


# TRATADO

DE

# LEJISLACION.

# TRATADO

DE

# LEJISLACION,

ó

# ESPOSICION

DE LAS LEYES JENERALES

CON ARREGLO A LAS CUALES PROSPERAN, DECAEN O SE ESTANCAN LOS PUEBLOS.


**Por Cárlos Comte,**

VOCAL DE LA CAMARA DE LOS DIPUTADOS Y DEL INSTITUTO, SECRETARIO PERPETUO DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLITICAS, PROFESOR HONORARIO DE DERECHO EN LA ACADEMIA DE LAUSANA, Y ABOGADO EN EL TRIBUNAL REAL DE PARIS.


E pur si muove.

**SEGUNDA EDICION,**

revista y correjida,

TRADUCIDA AL CASTELLANO

**POR A. B.**

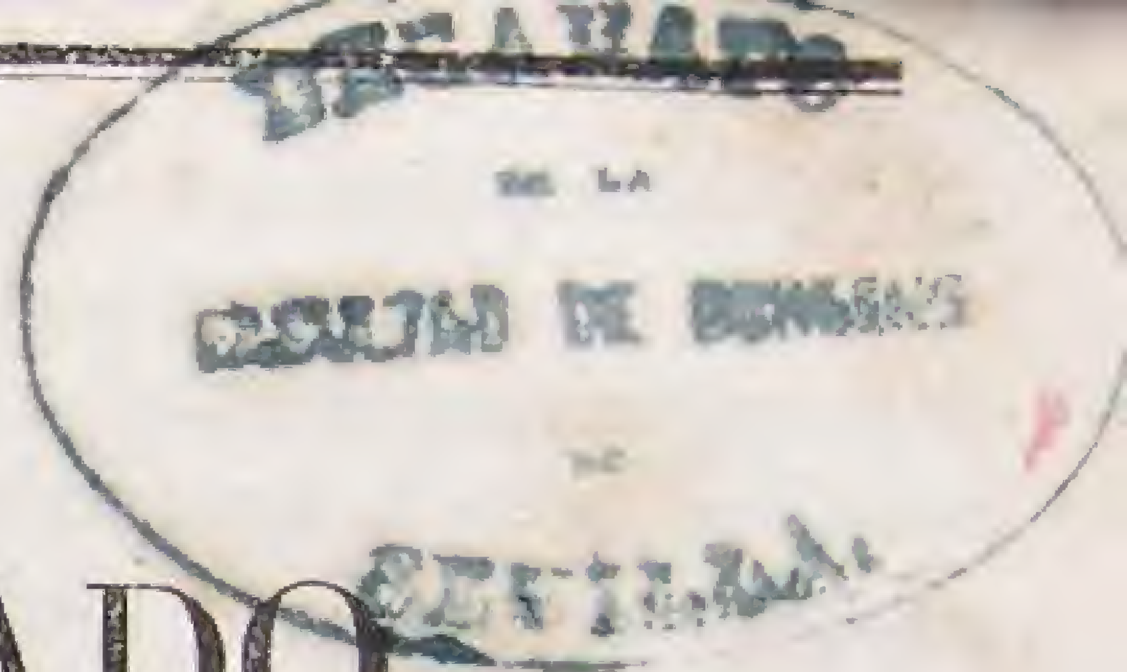



**TOMO SEGUNDO.**


BARCELONA,

IMPRENTA DE DON ANTONIO BERGNES, CALLE DE ESCUDELLERS, Nº. 36.

1837.



# TRATADO

DE

# LEJISLACION.

CONTINUACION

## DEL LIBRO SEGUNDO.

### CAPITULO IX.

*Doctrinas de los estoicos sobre los deleites y los quebrantos.—Error de Diderot y de Bentham sobre el particular.*

Hase acusado á los estoicos de haber reprobado los deleites y menospreciado las penalidades únicamente por envidia. «¿De dónde procede, dice Diderot, la intolerancia de los estoicos? Del mismo oríjen que la de los sobre-devotos; consúmeles el tedio porque luchan contra la naturaleza, porque se imponen privaciones y padecen: si

quisiesen escudriñarse de buena fe en órden al odio que tienen á los que profesan una moralidad menos austera, verian que *nace de su afan recóndito por una felicidad que envidian*, y de la cual se han privado, sin creer en las recompensas que les indemnizan de su sacrificio (1).»

Aunque esta opinion sobre los estoicos haya sido adoptada por un sabio filósofo (2), no puedo creerla fundada. No me cabe en la mente que Caton de Utica envidiase los placeres de Antonio, Epicteto los de Epafrodito, ni Marco Aurelio los de Vitelio. Los estoicos midieron el valor de los quebrantos y logros físicos en la misma escala que nosotros; y el órden social en que vivian es mas que suficiente para esplicarnos sus doctrinas.

Por sangrientas que hayan sido las guerras y revoluciones que ha habido entre los modernos, nos formaríamos un concepto equivocado del órden social de los antiguos, si juzgásemos de su estado por el nuestro. En las guerras civiles, la victoria de un bando sentenciaba el partido vencido á una destruccion casi completa; los mas débiles eran proscritos ó condenados á muerte por los mas fuertes, y sus bienes confiscados: muchas veces la venganza se estendia á toda la familia, á los ancianos, á los niños y á las mujeres. «Tenemos entre nosotros, decia Apio Claudio en el senado de Roma, hablando de la poblacion que se habia retirado de la ciudad, tenemos prendas de los rebeldes, sin que podamos desearlas mas preciosas. Somos dueños de sus esposas, de sus padres, de sus madres, de toda su posteridad; de nosotros dependeria degollarlos á todos en su presencia, si tienen la osadía de atacarnos, y darles á entender que igual tratamiento se les espera (3).»

(1) Diderot, *vida de Séneca.*
(2) Jeremías Bentham, *Tratado de Lejislacion.*
(3) Dionisio Halicarnaseo, lib. 6, § 62.



Estas no eran vanas amenazas, sino máximas del derecho público de aquella época (1).

En una guerra estranjera, la derrota convertia á los vencidos en propiedad de los vencedores; entregaba los pueblos al saqueo y al incendio, las tierras quedaban confiscadas, las mujeres, los niños, los ancianos eran declarados esclavos y vendidos como carneros, sin distincion de jerarquía ni condiciones. Tan espuesto estaba el sabio como el ignorante; Platon podia ser vendido al lado de una fregona, y Aristóteles figurar en el inventario junto con un mercader de pescado. Los riesgos que se corrian se habian multiplicado, sobre todo en Grecia durante las guerras del Peloponeso, y en las revueltas civiles que las acompañaron ó subsiguieron. En aquellas circunstancias asomó la secta de los estoicos.

Las mismas circunstancias que la habian producido en Grecia, hicieron adoptar sus máximas en Roma. Con efecto, ¿quién, á no ser el mas impróvido, podia contar segura su fortuna, su familia, su vida, ni siquiera su reputacion, despues de las proscripciones de Mario, de Sila, de los Triunviros, y despues de los reinados de Tiberio y de Neron? Todas las clases de desgracias se habian hecho probables; habia que disponerse á sufrirlas todas para no

(1) Cuando el senado envió diputados á Marcio para exhortarle á que no hiciese la guerra contra Roma, aquellos le amenazaron con degollar á su propia vista á su madre, á su esposa y á sus dos hijos. «Si asediais nuestros muros, le dijeron, no se perdonará á ninguno de vuestra familia, no habrá oprobio ni suplicio por el cual dejen de pasar.» Dionisio Halicarnaseo, lib. 8, § 28.

Cuando Casio fué condenado á muerte por haber aspirado á la tiranía, fueron confiscados sus bienes y arrasada su casa, y habiendo sido necesario un decreto del senado para eximir del suplicio á sus tiernos hijos. Hasta aquella época se habian degollado los hijos siempre que habian resultado reos sus padres. Dionisio Halicarnaseo, lib. 8, § 80.

verse sorprendido ni agoviado. Era necesario prever el destierro, la confiscacion, la ruina de la familia y la proscripcion, cual se preven los acontecimientos mas ordinarios en el curso de la vida. «Si quiero á mi cuerpo, si me apego á mi bien estar, decia Epicteto, y soy esclavo, ya he manifestado por donde se me puede cojer.» Los estoicos exhortaban á los súbditos de los déspotas para que no hiciesen caso de los quebrantos que les amagaban; pero no decian á los tiranos que el destierro ú la proscripcion fuesen un mal.

Las relijiones que preceptúan el menosprecio del dolor y enseñan al hombre á sobrellevar las calamidades inseparables de los malos gobiernos, formáronse tambien en circunstancias en que los pueblos tenian que luchar contra infortunios que no podian vencer. Hay perfecta identidad entre muchas máximas del cristianismo y los principios de los estoicos; y aun debiéramos estrañar que así no fuese, puesto que aquellos principios y máximas nacieron en la misma época y hablaban con las mismos hombres.

El menosprecio de los dolores físicos jamás ha sido pues un motivo de admiracion, sino en cuanto los hombres han tenido siempre una aversion invencible al dolor. Siempre que un hombre se ha encontrado entre dos sumas de males igualmente inevitables, y ha antepuesto la menor, aunque la mas inmediata, ha sido honrado por sus semejantes. Igual honor ha merecido el que, no pudiendo librar de ciertas calamidades á sus semejantes, les ha enseñado el medio de suavizarlas; mas el principio de tal honra no ha sido el afecto al dolor, sino su aversion.

La misma causa que hace apreciables á los hombres que desprecian los dolores físicos, hace honrar á los que menosprecian los placeres de la misma clase. Este desprecio ha podido estremarse, puede haber sido mal espuesta



su causa, pero ha tenido un fundamento mas sólido que la envidia ó los celos á que se atribuye.

Nuestros órganos no aciertan á descollar, adquiriendo y conservando el grado de perfeccion que les cabe, sino en cuanto satisfacemos las necesidades que están en nuestra propia naturaleza. No podemos prescindir de su imperio, sin que luego resulten padecimientos; y es imposible satisfacerlas sin que medien fruiciones. Mientras un hombre se ciñe á deleites de esta naturaleza, mientras no se da mas que los necesarios á sus medros ó á su conservacion, ó que á lo menos no pueden dañar, no es objeto de desaprobacion, si por otra parte á nadie ofende. Asoma la antipatía, cuando quiere renovar sus deleites sin esperar á que se renueven las necesidades, y juntar en el menor espacio de tiempo dable los logros que la naturaleza no quiso darnos sino por intervalos, y salpicándolos por la totalidad del curso de la vida. Despréciasele, ó se le aborrece, no porque se le tenga envidia, sino porque se le considera como un insensato que se destruye y se constituye inservible á sus semejantes, ó porque los deleites con que se regala redundan en desventura de otro.

El hombre es un ente limitado en los dolores que puede resistir, y en los placeres que puede disfrutar: cuando los padecimientos llegan á cierto grado, muere ó se vuelve insensible. Efecto análogo causan en él los placeres; cuando alcanzan un grado de intensidad ó de duracion incompatible con su naturaleza, le vuelven insensible ó le destruyen. Reduciendo á un cortísimo espacio de tiempo todas las penalidades que debe padecer un hombre en el curso de una larga vida, probablemente se le mataria. No menos desconcertaria un hombre su complexion, si quisiese concentrar en un espacio de breves dias, ó quizás tambien de algunos años, todas las fruiciones que puede

proporcionarse en el curso de una vida dilatada. El arte de distribuir logros y quebrantos en términos de que estos duren lo menos, y aquellos se prolonguen lo mas posible, no es en sustancia mas que el arte de la moral.

Cuando los órganos se hallan desgastados por deleites estremados y repetidos, no cabe reinfundirles la sensibilidad sino por medios artificiales y siempre nuevos; entonces las necesidades dejan de tener límites, y los placeres de un individuo pueden llegar á requerir el sacrificio del bien estar de una nacion. Un hombre desquiciado por los placeres físicos no siente placer alguno en satisfacer las urjencias mas naturales; no le mueven sino los estímulos muy pujantes: para esperimentar algunas sensaciones, Tiberio necesita los bacanales de Caprea, y Neron el incendio de Roma.

Cinco son las circunstancias que pueden determinar á los hombres á concentrar en el mas corto espacio la mayor suma de placeres posible: 1°. la ociosidad mental y corporal, que está pidiendo una serie continuada de sensaciones físicas: 2°. la escasez intelectual, que no deja ver las consecuencias venideras de los actos: 3°. la falta de afectos benévolos, que se opone á imponerse privacion alguna en obsequio de sus semejantes: 4°. los haberes ó el poderío, que facilitan el medio de dar pábulo á las pasiones, al propio tiempo que eximen de toda tarea: 5°. el peligro continuo de perder la vida ó la fortuna, peligro que puede no dejar tiempo de aprovecharse de las privaciones que se impusiesen.

Casi todas estas circunstancias se reunieron, cuando se propalaron las doctrinas de los estoicos y de algunas sectas relijiosas. La multiplicacion de los esclavos habia hecho odiosos y viles, á los ojos de los hombres libres, todos los trabajos que no tuviesen la dominacion por objeto ú resultado: el trabajo del hombre sobre la naturaleza estaba esclusivamente abandonado á la poblacion esclava. Cuando los Romanos no tuvieron mas naciones que combatir, cuando estuvo derrocada su república, no quedó para la clase de amos ningun objeto de ejercicio físico ú intelectual. Los hombres de esta clase no pudieron ya percibir su existencia, sino con el torrente de fruiciones físicas.



No se debe juzgar de la intelijencia de los pueblos antiguos por la de un corto número de hombres estraordinarios que aparecieron en ciertas épocas, sobre todo en un tiempo en que la imprenta no daba á las naciones los medios de instruirse. Si esceptuamos los conocimientos relativos al arte de la guerra, no cabia nacion mas ignorante ni mas supersticiosa que la romana, aun en los tiempos mas florecientes de la república. Un sabio escritor, que habia hecho particular estudio de las costumbres de los pueblos antiguos y de las usanzas de los salvajes, se ha admirado de la analojía que guarda el cuadro de las costumbres romanas con el de las iroquesas (1). Con efecto, es imposible pasar de la lectura de los historiadores antiguos al estudio de los viajes hechos por buenos observadores en lo interior de los bosques americanos, sin advertir la misma analojía.

La escasez de afectos benévolos estaba en la misma proporcion que el atraso intelectual, viniendo en parte á ser efecto de las mismas causas. Todas las pasiones rencorosas llegaban á un grado de pujanza desconocida entre nosotros; la crueldad, la venganza, y sobre todo la perfidia, eran caractéres distintivos de los pueblos de aquel tiempo. Este destemple no solo se manifestaba respecto de las naciones estrañas, sino que era el mismo con los estranjeros que con los ciudadanos. Entre los Romanos, la pa-

(1) Volney.

labra *virtud* jamás significó otra cosa que valor militar (1).

Muchos siglos de guerras y de saqueos habian concentrado en Roma todas las riquezas del mundo civilizado; pero aquellas presas estaban repartidas con mucha desigualdad. Los jenerales, los majistrados y los gobernadores de las provincias gozaban fortunones inmensos. La poblacion en globo estaba sumida en pavoroso desamparo, sin que hubiese medio de orillarlo, porque los oficios, las artes y el comercio quedaban desempeñados en provecho de los magnates por sus esclavos (2).

Riquezas inmensas, adquiridas todas por medio del saqueo y de la opresion, y un odio desmedido á toda clase de afanes provechosos infundian á los Romanos una pasion por los deleites fisicos, que podia graduarse de enfurecimiento; y aumentábase todavía aquella pasion con los peligros de la guerra y el temor de la proscripcion. Si, como se dice, es cierto que Neron deseaba que el pueblo romano no tuviese mas que una cabeza, para poderla cortar de un solo golpe, estaria por creer que los grandes deseaban concentrar en una sola fruicion todos los placeres que podian dar una inmensa fortuna y una larga vida, á fin de no esponerse á perder uno solo.

El ahito de los placeres inocentes les hacia buscar los feroces; las mujeres, despues de haber aventado todo rastro de rubor, iban al circo á buscar sensaciones mas intensas, complaciéndose en ver derramar la sangre de los gladiadores: los banquetes públicos se verificaban en medio de las proscripciones, y para lograr mas vehementes sensaciones, adornaban las mesas las cabezas de los pros-

(1) Plutarco, *Vida de Coriolano.*

(2) Mas adelante espondré la naturaleza, las causas y los efectos de la esclavitud, entre los antiguos y modernos.



critos (1); en los festines hediondos, algunos cónsules, para dar á sus privados un espectáculo agradable, hacian cortar la cabeza á sus esclavos (2); por último, hasta en las conspiraciones mezclaban la crueldad con los deleites; degollaban víctimas humanas, bebian su sangre, devoraban su carne (3).

Y atendido el estado de embrutecimiento y de ferocidad á que habia llevado á los magnates el abuso de los deleites físicos, ¿debemos estrañar qne los estoicos hubiesen tratado de poner un freno á los placeres de aquella naturaleza? ¿deberémos estrañar que propasasen á veces su objeto? Para reducir las *altas clases* á fruiciones inocentes y sencillas, hubiera sido necesario un poder que nadie tenia en aquel entonces. Cuando los estoicos reprobaron los deleites físicos, jeneralmente no entendieron mas que los aciagos; cuando se aferraron en el desprecio de las riquezas, no quisieron tiznar sino las mal adquiridas.

«Recoje bienes, me dicen, á fin de que nosotros los tengamos igualmente. Si los puedo, tener conservando el rubor, el recato, la buena fe, la magnanimidad, mostradme, decia Epicteto, el camino que debo seguir para hacerme rico, y lo seré; mas si quereis que pierda mis verdaderos bienes, para que vosotros los adquirais falsos, contemplad vosotros mismos cuán desequilibrada teneis la balanza (4).»

(1) Plutarco, *Vidas de Mario y de Sila.*

(2) Plutarco, *Vidas de Caton el Censor, y de Flaminio.*

(3) Plutarco, *Vidas de Publícola y de Ciceron.* Véanse las *Vidas de Mario, Sila, César, Pompeyo, Antonio, Ciceron y Caton de Utica.*

(4) Para infundir el desprecio de las riquezas tenian los estoicos una razon que aun no he manifestado; y es la de esponer al poseedor á quedar proscrito, manteniéndole en un estado de continuo sobresalto. Cuando Séneca suplicaba á Neron que le retirase los espléndidos regalos que le habia hecho, rogábale, en buenas palabras, que le devolviese la seguridad de que le habia privado.

Las mismas causas que hicieron reprobar el abuso de los placeres físicos á los filósofos de la antigüedad, lo han hecho desaprobar tambien por varias relijiones; pero tan imposible le es á una relijion hacer el hombre insensible al deleite como al dolor; y fuera contradiccion patente imponer á los hombres mutuos deberes, y querer al mismo tiempo que no fuesen dichosos.

Lejos de creer los estoicos que las penalidades fuesen apetecibles de por sí, ni los placeres siempre dañinos, opinaban, al contrario, que el hombre debia repugnar las primeras y buscar los segundos.

Todo viviente, segun Zenon, ha sido recomendado por la naturaleza á sus propios desvelos; infundiósele el amor de sí mismo, á fin de que pudiese conservar el todo y cada una de las partes en la mayor perfeccion posible.

En el hombre, el amor de sí mismo comprende su cuerpo y cada uno de sus miembros, su alma, y las diferentes partes de que se compone, y hasta el deseo de mantenerlos en el estado mas perfecto. La naturaleza indica al hombre que se granjee cuanto propende á conservarle, y deseche cuanto se encamina á destruirle.

Así la salud, la ajilidad, el bienestar del cuerpo, y cuanto puede franquearnos tales beneficios; la riqueza, el poder, los honores, el aprecio de aquellos con quienes vivimos, nos están señalados por la naturaleza como dignos de ser adquiridos, y su posesion debe ser preferida á su carencia.

Por otra parte, las indisposiciones, las enfermedades, las penas corporales y cuanto las motiva; el desamparo, el desvalimiento, el desprecio, el odio de aquellos con quienes vivimos, nos está demostrado como digno de evitarse.

Zenon va escudriñando la importancia de todas estas



particularidades, y mide el grado de aversion ó de amor que les debe el hombre por la suma de mal ó de bien que pueden producir. La virtud estriba en hacer una eleccion atinada, y seguirla; esto es lo que se llama *vivir conforme á la naturaleza.*

Pero en estos cálculos no se debe atender tan solo á los placeres y á las penas de un individuo: «La naturaleza nos enseña, dice, que la prosperidad de dos es preferible á la de uno solo, y la de muchos á la de dos. Así es que debemos anteponer el bienestar de nuestra familia al de nuestro individuo, y el del linaje humano al del estado (1).»

No es pues acertado decir que los estoicos reprobaron los deleites en sí, y que recomendaron las penalidades como apetecibles por su esencia; al contrario, sentaron una doctrina inversa. Arrostrar el dolor, no tener apego á la vida, no podia ser un mérito á sus ojos, sino en el caso de aspirar así á la utilidad de los hombres; á buen seguro no concordaba con sus arranques que fuese digno de aprecio el que arrostrase la muerte para satisfacer pasiones perniciosas. El menosprecio de las penas es un vicio ó una virtud, segun el objeto propuesto y el resultado que se logra: es un vicio en el malhechor que arrostra los castigos impuestos por la justicia; es una virtud en el ciudadano que desempeña su instituto á despecho de las amenazas y violencias de la tiranía.

Esta digresion acerca de los estoicos y de las causas que motivaron su doctrina, puede darnos fácilmente á entender, cómo el amor de los logros físicos y la aversion á las penas de la misma índole, son elementos principa-

(1) Puédese ver el sistema de moral de los estoicos en la teoría de los sentimientos morales de Adam Smith. — Esta doctrina es la misma que la de Bentham.

les de potestad que componen las leyes, y cómo se modifican estas segun la mayor ó menor pujanza de las pasiones.

Es evidente, en primer lugar, que si una poblacion que no tiene influjo alguno en sus propios destinos, ó que está privada de toda libertad política, se encuentra respecto de sus gobernantes en la misma posicion de los esclavos de un amo que hacia reinar algun órden al beneficiar sus dominios, los hombres del gobierno se hallan en el mismo caso de los que poseen esclavos: no tienen que entregarse á ningun ejercicio físico ú intelectual, como no sea para mantener su dominacion.

No teniendo que hacer ningun ejercicio corporal ni mental, y pudiendo por lo mismo entregarse á un ocio absoluto, solo adquirirán el convencimiento de su existencia mediante una serie de sensaciones físicas. La facilidad de satisfacer sus pasiones, que les da el poderío, y el hábito de saciarlas, aumentan su pujanza. Todos los que participan del poder, como auxiliares ó instrumentos, se sienten movidos por las mismas urjencias. Ahora bien, la suma de todas estas necesidades forma, en muchos estados, uno de los principales elementos de fuerza de un gran número de leyes, y particularmente de las relativas á la organizacion política, al servicio militar, al levantamiento de impuestos, y á la distribucion de las riquezas de que anualmente se despoja á la poblacion esclava.

Es evidente, por otra parte, que un pueblo que no tiene amos ni esclavos, y es árbitro en disponer como quiera de su suerte, no puede vivir ni perpetuarse sino mediante los productos de su industria; y por lo mismo se ve precisado á ejercer de continuo sus facultades intelectuales y sus órganos físicos: y asi no se encontrará en él la sensualidad que jeneralmente observamos en los dueños de



esclavos. Sin embargo, si no da á los encargados del gobierno mas riquezas que las precisas para indemnizarles de su trabajo; si se organiza de modo que venga á quedar siempre dueño de sí mismo, imposibilitando el robo á los jefes que haya escojido, sus leyes serán en gran parte la espresion de sus necesidades físicas, ó, por mejor decir, estas formarán en parte la potestad de que se compongan.

En todos los casos posibles, los deleites y las penalidades puramente físicas entran pues en el número de los elementos de fuerza que constituyen una ley; pero no son siempre las penas y las fruiciones de las mismas clases de personas. En los pueblos que no conocen amos ni esclavos, las necesidades físicas de la poblacion en globo son las que forman la mayor parte de las potestades que llevan el nombre de *leyes*. En los pueblos sujetos á amos, sea cual fuere su denominacion y forma, las pasiones ó las urjencias físicas de aquellos amos son las que constituyen uno de los principales elementos de las mismas potestades, y particularmente de las señaladas con el nombre de leyes políticas.

## CAPITULO X.

*De las penas y de los placeres morales considerados como elementos de la potestad de las leyes.*

Las leyes son potestades compuestas de diversos elementos de fuerza; pero estos no son en todas de igual naturaleza, ni están en la misma proporcion. La ley ó la potestad que determina los padres á mantener y educar á sus hijos, no se compone de los mismos elementos de pujanza que aquella en virtud de la cual se rejimentan dichos hijos para convertirles en instrumentos de opresion ó de saqueo. Una ley por la cual se quita á la parte laboriosa de la poblacion el tercio ú la mitad de sus medios de existencia, no se compone de los mismos elementos de pujanza que otra que pone las propiedades de cada uno al abrigo del robo. Una ley que prohibe la entrada de jéneros estranjeros por sus fronteras, no se compone de los mismos elementos de potestad que otra ley que afianza á cada uno la disposicion de los productos de su industria. Los principales elementos de fuerza de algunas de estas leyes se hallan en el globo de la poblacion, y son inherentes á la naturaleza humana. Los principales elementos de pujanza de las demás se encuentran en los hombres que están en posesion del poder.

En las varias revoluciones que ha corrido la Francia, ha habido momentos en que un gobierno habia perdido toda su potestad antes que otro le reemplazase. En aquellos cortos intervalos, las mujeres permanecian unidas á sus maridos, los hijos obedecian á sus padres; los padres mantenian á sus hijos, los jornaleros trabajaban para sus maestros, los maestros satisfacian su jornal á los oficiales; en una palabra, todas las operaciones necesarias á la existencia de un pueblo seguian practicándose sin novedad. ¿Y porqué? —porque los principales elementos de pujanza en las leyes sociales se albergaban en el regazo mismo de la poblacion, en sus urjencias, en sus propensiones, en sus conceptos y en sus arranques.

Pero si, entre las leyes establecidas, habia algunas cuyos principales elementos de poder no se hallasen mas que en las necesidades, en las pasiones ó en las vulgaridades de la parte gobernante del pueblo, quedaban embargadas ó destruidas en cuanto se desvanecian los elementos componentes. Si tenian por objeto estorbar que los hombres manifestasen públicamente ciertas opiniones, enarbolasen señales particulares, invocasen ciertos nombres, abandonasen unas banderas, ó se presentasen en determinados lugares, cada cual podia hacer libremente lo que hasta entonces le habian vedado; las penas mas severas promulgadas quedaban sin efecto; y nadie pensaba en acudir á su aplicacion.

Las leyes, sea cual fuere la parte de la poblacion en que residan los principales elementos de fuerza componentes, no pueden hallarse mas que en las necesidades físicas, en los afectos morales, ó en las opiniones de la parte de la poblacion que gobierna, ó de la que es gobernada. En el capítulo anterior he manifestado cómo entran en el número de los elementos de fuerza constitutivos de



las leyes, la pasion ó el amor sensual y la aversion á las penas de esta misma clase. Debo esponer ahora cómo forman otra parte de la misma potestad las afecciones morales, y cómo junto con estas varian á un tiempo las leyes.

Obsérvase que en jeneral, al paso que va sobresaliendo el impulso sensual, se apagan los afectos jenerosos, y que las personas que mas severas son consigo mismas, son tambien aquellas cuyos arranques benévolos abrazan una parte mayor del linaje humano. Los estoicos, que tenian á gloria menospreciar los deleites sensuales, y ejercitarse en los padecimientos, son los primeros que pregonaron la necesidad de anteponer la felicidad de una familia á la de un individuo, la de una nacion á la de una familia, y el bienestar del linaje humano al de una nacion. Los tiranos mas feroces han sido siempre hombres dados al regalo de los sentidos; y su crueldad ha seguido, en su ascenso, la misma escala que su sensualidad. Si hubiesen formalizado la teórica moral, hubiérase opuesto á la doctrina de los estoicos; hubieran preferido su nacion al linaje humano, su familia á su nacion, y su individuo á todo el mundo. Los únicos emperadores de los cuales pudo gloriarse Roma, como Marco Aurelio, Antonino y Juliano, fueron hombres austeros. Las mismas causas acarreadoras del apego á la sensualidad son tambien menguadoras de los afectos benévolos, y propenden á propagar ó robustecer las pasiones contrarias. De ahí se sigue que cuanto mas da un pueblo á los que le dominan el medio de proporcionarse, sin trabajo, deleites materiales, mas seguro puede estar de que le tratarán sin compasion.

Ora sean elejidos los gobernantes por la pluralidad de un pueblo, ora hayan recibido el poder de sus antecesores, encuéntrase en las disposiciones de las leyes cuya fuerza principal constituyen, la espresion de la mayor parte de

sus afecciones morales. Si son jenerosos y confiados, las disposiciones de las leyes llevan el sello de su confianza y jenerosidad; dejan á cada uno la libertad de sus opiniones y actos, en cuanto no cause daño á otro, no imponiendo penas sino en cuanto son necesarias para la represion de los delitos. Si son medrosos, desconfiados, vengativos, se espejan en las leyes sus zozobras, sospechas y venganza: precaven ó enfrenan la manifestacion de los pensamientos, ahogan la publicidad, y arrinconan á los sujetos, asegurando á los mandarines el medio de alcanzar y lastimar á los que suponen enemigos. Por último, si son crédulos y supersticiosos, en las leyes asoman estampadas su supersticion y su credulidad.

En una palabra, no hay pasion alguna dominante en los revestidos del poder, que no pare en manifestarse en las disposiciones de las leyes: la ambicion ó la pasion de las conquistas se patentiza en las leyes sobre el servicio militar y sobre la organizacion social; el orgullo, en sus leyes sobre los títulos y la distincion de las jerarquías; el quijotismo en las leyes sobre las libreas de los lacayos de todas las clases. Estas diversas pasiones pueden encontrarse, y hasta se encuentran á menudo en los prohombres de las clases mas humildes, lo mismo que en los nacidos en la cuna propia del poder. Ni debemos estrañar ó quejarnos de que así sea; los hombres no pueden obrar sino como perciben, y veríanse destituidos de todo principio de accion, si no encontrasen uno en sus urjencias, en sus aprensiones y en sus arranques.

He citado pasiones perniciosas como incluidas en el número de los elementos de fuerza que componen una ley; pero este caso, harto frecuente, no es sin embargo el mas comun en los pueblos civilizados. Hay un sinnúmero de leyes que sacan su principal pujanza de los afectos benévolos; tales son las que determinan las relaciones entre los individuos de las familias, las que regulan el traspaso de los bienes, las que aseguran el cumplimiento de los contratos, las que afianzan las propiedades, las que mantienen la tranquilidad pública, y otras varias.



Siendo la mayor parte de los impulsos morales otros de los elementos componentes de las leyes, no debemos admirarnos de que estas varien con las pasiones. Hubo un tiempo, por ejemplo, en que la poblacion de Francia se dividia en dos bandos igualmente fanáticos; la pasion dominante de los mas recios era la ley, y esta ley ordenaba la proscripcion de los desvalidos. El apocamiento del fanatismo ha producido la libertad de cultos; pero si la misma pasion recobrase su antigua pujanza, y se esplayase como estaba, convertiríase en ley, y trajera los mismos resultados.

La imposibilidad de satisfacer una pasion, sea cual fuere su naturaleza, es una pena, y su satisfaccion un deleite. Como quebrantos y logros, pues, entran las pasiones en el número de los elementos que forman la potestad de las leyes. Estos placeres y estos quebrantos no siempre acarrean los mismos resultados. El hombre que satisface el afecto de la compasion, socorriendo á un infeliz, se proporciona un placer; el que se venga de un enemigo, se da otro placer; pero los dos actos producen consecuencias inmediatas ó remotas muy diversas, tanto para el individuo que los practica, como para aquellos que forman su objeto. Mas adelante espondré en qué difieren estas consecuencias, y cómo influyen en el juicio que hacemos de la causa productora.

Si hubiese de manifestar aquí cual es la porcion de fuerza que da á cada ley cada una de las pasiones que pueden impresionar al hombre, tendria que escribir una obra de

muchísimos volúmenes. Y no menos dilatada fuera la que tratase de esponer el cómo varian ciertas leyes con las pasiones de los hombres revestidos de la autoridad pública. Para convencerse de que las pasiones de los que gobiernan son uno de los principales elementos componentes de ciertas leyes, basta parangonar las mudanzas que se observan en dichos hombres con las que se verifican en las leyes. Desde el principio de la revolucion francesa hasta el dia hemos visto pasar el poder á manos de hombres arrebatados por pasiones diversas y aun opuestas; hemos visto sucesivamente la asamblea constituyente, la lejislativa, el directorio, el imperio, y la restauracion. Cada una de estas épocas ha tenido sus leyes especiales, y en la mayor parte de ellas podríamos encontrar las diversas pasiones que embargaron á los hombres que mas estenso influjo ejercian.

Las pasiones de los hombres en quienes reside la autoridad se estrellan á veces con las de una parte de la poblacion. En tal caso manifiéstanse las primeras con mas ó menos pujanza, y se reflejan mas ó menos en las disposiciones de las leyes, segun sea mayor ó menor la resistencia que oponen las segundas. Hombres hay que cifran todo el talento de gobernar en el arte de vencer dicha resistencia, ya dividiendo á los ciudadanos, ya usurpándoles la eleccion de todos sus majistrados, ya privándoles de la facultad de espresar sus opiniones. Cuando los afectos ó los arranques populares se hallan individualizados de este modo, los afectos de los gobernantes y de los que les sirven de instrumentos, toman desde luego el carácter de leyes y reinan sin obstáculo.

Cuando esponga el estado de los pueblos en diversos grados de civilizacion, se verá cómo van variando las leyes con sus pasiones. Basta por ahora hacer notar que, sea cual fuere el estado de un pueblo, los impulsos morales,



gratos ó dolorosos, que esperimenta, forman uno de los principales elementos de potestad de sus leyes; y que la accion esperimentada de parte de su gobierno puede alcanzarle en sus afectos, lo mismo que en sus órganos físicos.

---

# CAPITULO XI.

*Especies sobre las diversas clases de la poblacion, consideradas como elementos de la potestad de las leyes.*

Habiendo espuesto el cómo las afecciones físicas y morales de las diversas clases de la poblacion entran en el número de los elementos de las potestades llamadas leyes, quizás dirán algunos que no habia necesidad de hablar de la potestad de las opiniones ó de los conceptos. Posible es, con efecto, que nuestras opiniones no obren en nosotros, ni nos determinen á obrar en los demás, sino moviendo alguna de nuestras pasiones, infundiendo zozobras ó esperanzas, escitando impulsos de simpatía ó de antipatía. Los que crean que los hombres no pueden moverse sino por sus afectos físicos ó morales, y que es imposible impresionarlos, por bien ó por mal, por otro medio que el de sus órganos físicos ó de sus afectos, pueden considerar este capítulo como una continuacion de los anteriores.

Los jurisconsultos y los escritores políticos están por lo jeneral propensos á considerar las opiniones ó las miras de los hombres que gobiernan, como á uno de los principales elementos de las leyes, y casi como el único; cuando han espuesto lo que ellos llaman el espíritu del lejislador,

creen que ya no hay mas que decir. Los hombres que se hallan revestidos de la autoridad pública no toman á mal que se consideren las leyes como la espresion de su pensamiento ú del de sus predecesores. Al contrario, lisonjéales este modo de juzgar, por cuanto es una prueba de su poder. ¿Hay prerogativa mas hermosa que la de encaminar las naciones por el rumbo que se quiera, con la sola fuerza del pensamiento? Las mismas naciones se complacen en creer que no obedecen mas que á una potestad intelectual é invisible; y este modo de considerar la potestad les da un viso de libertad que suele hacer veces de la realidad misma. No recelo pues que me contradigan; sí afirmo que las opiniones ó los pensamientos, ya de los hombres que gobiernan, ya de las demás clases de la poblacion, son otro de los elementos componentes de las leyes.

¿Porqué se complacen los filósofos, los pueblos y los gobiernos en mirar las disposiciones de las leyes como la espresion del pensamiento de tales ó cuales hombres, mas bien que como el espejo de sus urjencias físicas ó de sus afectos morales? Si se dice que tal disposicion de la ley ha sido la espresion del pensamiento de tal príncipe, de Claudio ú de Neron, por ejemplo, nadie encontrará injusto ú ofensivo este modo de espresarse. Si se dijese que fué la espresion de su sensualidad, de su apetito, de su lujo, de su orgullo, de sus zozobras ó de su menosprecio del linaje humano, se lastimaria á un sinnúmero de vanaglorias y preocupaciones. Un pensamiento parece una autoridad neutral y en cierto modo imparcial; una urjencia es una potestad activa y parcial que trae siempre consigo logros ó quebrantos.

Un pueblo podrá desentenderse de que se le esté mostrando en parte que las disposiciones de sus leyes, las concernientes á su organizacion política, por ejemplo, se idea-



ron por sujetos menguados; estrellaríanse empero tales desengaños con su amor propio, si se le probase que los principales elementos de pujanza que componen aquellas leyes, se encuentran en las pasiones de la clase de hombres que domina á todas las demás; si se le demostrase que los elementos de tal potestad, á la cual da el nombre de *ley*, se encuentran en la glotonería, la lujuria, la pereza, el lujo, la vanidad, el orgullo, el odio y el temor de los que le gobiernan. Aquellos hombres que no hubieran llevado á mal que se presentasen las leyes como la espresion de sus pensamientos, vendrian luego á enconarse al ver en ellas sus urjencias; hasta los hombres mas sensuales aspiran á conceptuarse de platónicos en cuanto se hallan posesionados del poder; quieren dar á entender que no yacen atenidos ni gobiernan sino en virtud de alcances propios ó de sus dependientes,

El sabio los sentidos avasalla,
Y al apetito vil alza una valla.

Los pueblos que mas influjo tienen en sus leyes políticas proceden á impulsos de sus necesidades físicas y de sus pasiones, lo mismo que los gobiernos mas absolutos. La principal diferencia que entre ellos media consiste en que, en el primer caso, las urjencias físicas y los afectos de todos se convierten en uno de los principales elementos de las leyes, mientras que en el segundo, son las necesidades y pasiones de un corto número. Sin embargo, los pueblos propenden, al par que los gobiernos absolutos, á no ver en las disposiciones de sus leyes sino la espresion de sus pensamientos. No pudiendo negar que adolecen de necesidades y pasiones, parece que á lo menos quisieran encubrirse que aquellas son potestades á las cuales obedecen.

Al esponer este fenómeno, me ciño á apuntar un hecho,

no me entro meto en crítica alguna; este hecho se halla en la naturaleza del hombre, y por lo mismo es indestructible. Por otra parte, diciendo que las urjencias físicas y los afectos de tal ó cual clase de la poblacion se cuentan en el número de los elementos de potestad de que se componen ciertas leyes, no intento afirmar que aquellos arranques ó urjencias sean perniciosas por su propia naturaleza. Lo mismo sucede en cuanto á los impulsos benévolos que en órden á los aviesos, y son tal vez mas pujantes los primeros que los segundos. No cabe pues atajar su intervencion en la potestad de las leyes; lo único que es dable proponer se reduce á procurar que los unos prevalezcan sobre los otros.

Pero, ¿cómo vienen á internarse en la potestad de las leyes las ideas ó las opiniones? — Por el influjo que ejercen en la naturaleza y la pujanza de los impulsos, en la estension de las necesidades, y en los medios de satisfacerlas. He indicado ya el cómo, sujetando á la observacion la naturaleza, las causas y las consecuencias de los hábitos humanos, se consigue modificarlos; y es claro que tal modificacion se verifica tan solo por la de las opiniones y los juicios.

Cuando se establece una ley, los elementos de pujanza componentes se hallan en las necesidades, en los conceptos, en los afectos de la parte de la poblacion que en aquella sazon mas influjo tiene. Parece pues que se deberia menoscabar y estinguir, al paso que fuesen feneciendo los hombres que abrigaban aquellos conceptos, urjencias ó afectos. Tal sucederia con efecto, si aquellos hombres no quedasen sustituidos por otros, puntualmente plagados en urjencias, afectos y pensamientos: los elementos que componen las leyes no abrigan pujanza efectiva sino en cuanto se hallan vijentes.



Se ha dicho algunas veces que solo hay que atender á las instituciones, y prescindir de las personas; mas con igual verdad se hubiera podido decir que se ha de atender solamente á las personas, y prescindir de las instituciones. Todo lo que de sí pueden dar las instituciones mas sabias es colocar al frente de un gobierno á tal clase de hombres con preferencia á tal otra, pero en definitiva dominan y forman parte de las leyes las pasiones, las urjencias y los conceptos de tal ó cual clase. No hay en el mundo combinacion que pueda hacer salir majistrados íntegros é ilustrados del cieno de una poblacion ignorante y bárbara.

Puédense considerar los conceptos y las opiniones de un pueblo en los prohombres de la sociedad, y en los individuos que están sujetos al gobierno. Cuando se contemplan en los primeros, son una parte de las leyes, y forman uno de los elementos de potestad que las componen; y cuando se consideran en los segundos, suelen ser uno de los productos de aquella potestad. Si sucede pues que, por efecto de alguna revolucion, pasen á primera fila los hombres de las últimas, reinan en gran parte los mismos conceptos, siendo uno de los elementos de las leyes.

En otra parte manifestaré cuales son las varias circunstancias que han ido labrando los conceptos de los hombres á quienes han constituido dueños de las naciones el nacimiento, ó los vaivenes de la fortuna ó de la guerra. Basta apuntar aquí, en términos jenerales, que los conceptos de las diversas clases de la poblacion forman uno de los principales elementos que componen las leyes. Puédese juzgar de la pujanza de este elemento, observando cual es el influjo de los sistemas equivocados, y de las verdades evidenciadas por el análisis.

## CAPITULO XII.

*Elementos de potestad de que se componen las leyes de la moral.*

Hemos visto que las consecuencias resultantes de nuestras acciones ó de nuestros hábitos se componen de una baraja de bienes y de males; que estos y aquellos se reparten casi siempre entre un número mas ó menos crecido de personas; que se manifiestan por intervalos mas ó menos distantes; que solo se reparten de una manera ilegal; y por último, que la perfeccion de las costumbres y de las instituciones depende en gran parte del conocimiento que tenemos de los efectos resultantes.

Debemos manifestar ahora cuales son las circunstancias que sucesivamente deben llamarnos la atencion para conocer de un modo cabal cada uno de aquellos efectos. A este fin tomaré por ejemplo uno de los hábitos mas obvios de la vida privada.

Supongamos un jornalero, con su esposa é hijos que subsisten del producto de su trabajo, que toma el sábado su semanada, y en vez de destinarla al mantenimiento de la familia, va á gastar la mayor parte en la taberna. Esta accion producirá inevitablemente logros y quebrantos: veamos en qué consisten unos y otros.

Primero causará un placer físico á una sola persona; este deleite vendrá á durar algunas horas, poco mas, poco menos; su intensidad estará en razon de la sensualidad del individuo.

Causará por otra parte quebrantos físicos á la mujer y á los hijos desazon, que consistirá en privacion de alimentos, de vestido, de limpieza, de abrigo, y de remedios en caso de enfermedad.

Producirá además diversos dolores morales, como, por ejemplo, los resultantes del recíproco espectáculo del desamparo, del concepto del abandono, de las esperanzas fallidas, de las zozobras para lo venidero, de la pérdida de la confianza, del vuelco ú estincion de los afectos de familia.

El número de las personas que participarán de estos dolores físicos y morales, será igual al de los miembros que componen la familia, y de los individuos que por ella se interesan.

La mínima duracion que puedan tener escederá con mucho á la de los logros que haya proporcionado la destemplanza; y aun podrá ser igual á la vida de muchos individuos de la familia.

La misma accion, despues de haber proporcionado deleites físicos á un solo individuo, le causará quebrantos de varias especies, trascendiendo á sus facultades intelectuales, morales y físicas.

No he abultado la cuenta con las ventajas que habrá reportado el tabernero de la venta de sus renglones, por no ser necesario; pues si el jornalero hubiese empleado su semanada para el gasto de su familia, tambien hubiera pasado la suma á manos de los que le hubiesen vendido lo necesario; de este último modo aun se hubiera repartido con mas igualdad entre varias clases, y sido por consiguiente mejor empleada.



De este símil resulta que los quebrantos causados por la destemplanza sobrepujan á los deleites por la variedad, por el número de las personas á quienes alcanzan, por la intensidad y por la duracion. Los placeres son un poco mas inmediatos ó cercanos que las penas, teniendo por lo mismo un escasillo grado mas de certeza; pero la diferencia es tan menguada que no merece apurarla.

Si nos tomamos la molestia de averiguar las consecuencias de los hábitos ó actos llamados viciosos por los pueblos civilizados, donde quiera encontrarémos los mismos elementos. Veráse que siempre que una accion produce, en los órganos físicos, en los impulsos morales, ó en las facultades intelectuales de los hombres, una suma de quebrantos mayor que la de logros, queda calificada de viciosa ó criminal; y se verá tambien que, para calcular la suma de unos y otros, todos los pueblos ilustrados han tomado en consideracion lo intenso del bien y del mal causados, el número de personas impresionadas, la duracion de los deleites y de las penas, su inmediacion ó desvío, su mayor ó menor infalibilidad.

Así se da el nombre de *vicio* al hábito de cometer actos que producen inmediatamente cierto placer, pero seguidos de penas morales mas estensas, por la duracion, por la intensidad, ó por el número de personas interesadas; se da tambien el mismo nombre al hábito de esponerse á quebrantos de mayor cuantía para lograr ventajas menos ciertas ó estensas; y dase por fin igual nombre al hábito de sacrificar á un individuo ú á un corto número de individuos los intereses de los mas.

Los elementos de cálculo que entran en el escrutinio de un hábito tenido por virtuoso, en una nacion civilizada, son puntualmente los mismos que entran en la valoracion de un ejercicio contrario; no hay mas diferencia que

en los resultados. En el primer caso, la suma de los males escede á la de los bienes; y en el segundo, sobrepujan los segundos. Permítaseme dar otro ejemplo: tomaré el de la economía.

Un jornalero laborioso é intelijente pone cada semana, durante muchos años seguidos, una parte de sus beneficios en una caja de ahorros. Este hábito, cuyo resultado será la formacion de un capital, será seguido, lo mismo que el anteriormente citado, de una mezcla de bienes y de males.

Los males consistirán en las privaciones que se imponga; recaerán en una sola persona, y no serán mas intensos ni duraderos que las tentaciones de gastar á las cuales tendrá que resistir.

El capital formado por el ahorro, sin que sea necesario tocarlo ni consumir sus intereses, produce por su sola existencia muchas clases de bienes. El primero es la seguridad: al capitalista y á los individuos de su familia no les aqueja ya la aprension de que una suspension de trabajo, causada por alguna enfermedad ú otro accidente, les reduzca á la última desdicha. Este bien de la seguridad se empieza á percibir desde el mismo instante en que el jornalero hace su primer ahorro, creciendo á medida que se acumulan los valores ahorrados.

El segundo logro es el aumento de fuerza que da á los afectos de familia. Un hombre que se impone privaciones para afianzar la suerte de sus hijos y esposa, les es mucho mas caro que si se limitase á proveer á su subsistencia diaria, pudiendo hacer mas. Por su parte, él estima mas á su familia, por la misma razon de que hace mas sacrificios en su obsequio: y los goces que resultan de estos afectos son mas acendrados en cuanto están exentos de las zozobras y congojas inseparables de una existencia precaria.



El tercer bien es la esperanza: los padres que con sus economías preparan á sus hijos un porvenir dichoso, disfrutan de antemano todos los bienes que deben poseer un dia; y este deleite se aumenta á proporcion que la esperanza está mas cercana á realizarse.

El cuarto logro es la independencia: un buen jornalero que ha reunido un pequeño capital, no se ve precisado á recibir la ley del que lo emplea; trata en algun modo con él, de igual á igual; si no le satisfacen las condiciones que se le hacen, puede esperar, ó irse á otro puesto donde sea mejor retribuido el trabajo.

La educacion de los hijos es la quinta ventaja que resulta de la economía. Un jornalero que no hace ahorro alguno, no tiene ningun medio de educar á sus hijos, viéndose obligado á dejarlos en las infimas clases de la sociedad. El que cuenta con un capitalejo puede hacer entrar á los suyos en una clase mas ilustre y acomodada, colocándoles de una manera mas honrosa y lucrativa.

El consumo de los réditos del capital juntado producirá logros de varias especies, no solo al que lo haya formado con sus ahorros y á los individuos de su familia, sino tambien á sus sucesores al infinito, mientras no se destruya el capital.

No he hablado mas que de las ventajas que produce la economía al que ha contraido tal hábito, y á su familia; pero tambien las produce en beneficio de otras personas que no he mencionado. Hay en la sociedad un sinnúmero de familias que no pueden medrar sino por medio de su industria, y ninguna industria se puede ejercer sin capital. Hacer ahorros ó formar un capital es pues crear medios de poner en actividad la industria de una parte de la poblacion, y por consiguiente fundarle medios de existencia.

Los efectos del hábito que acabo de analizar se componen pues de una baraja de quebrantos y logros; pero la suma de estos escede á la de aquellos, por la multiplicidad de las especies, por el número de las personas interesadas, por la intensidad, y sobre todo por la duracion.

Este hábito se califica por consiguiente de virtud, á causa de los provechos que rinde al hombre; y si se trata de indagar las consecuencias de los demás hábitos tenidos por virtuosos, se verá que siempre han servido de basa para las opiniones los mismos elementos de cálculo.

Fácil es pues formar concepto jeneral de los hábitos llamados *virtudes*. Dase este nombre al hábito de esponerse ó sujetarse á una pena actual para evitar penas remotas, pero mas graves; y se da tambien al hábito de sujetarse á privaciones individuales para proporcionar mayores ventajas á un número mas ó menos crecido de personas.

Valúase la grandeza de la virtud, comparando los bienes conseguidos con los males á cuyo precio se han comprado; el sobrante en bien mide el valor de la virtud, así como el esceso en mal denota el grado de aversion que debe infundir el vicio (1).

Siempre que los hombres se inclinan á ejecutar ó á vedarse ciertas acciones por fuerzas inherentes á su naturaleza, y sin intervencion de la autoridad pública, se da á estas fuerzas el nombre de *leyes morales*, ó mas simplemente *moral*: así, quebrantar meramente las leyes de la

(1) Si siempre se hubiesen juzgado las acciones humanas por los efectos que causan, ¿se hubiera soñado jamás en decir que la *opinion* de los pueblos es la que hace virtuosas ó viciosas sus acciones? Un filósofo jamás hubiera escrito el siguiente pasaje: « ¿Puédense encontrar en parte alguna pasos intermedios entre la fidelidad conyugal



moral, es cometer acciones nocivas no reprimidas por la autoridad pública.

No todos los pueblos convienen en dar nombres semejantes á las mismas acciones: las que unos tienen por honrosas y recomendables, son miradas por otros como torpes ó viciosas. Fácil es ver la razon de esta diferencia: todos calculan del mismo modo, pero no todos ven los mismos bienes ni los mismos males.

En la esposicion que acabo de hacer me he ceñido á ir siguiendo el método de Bentham en sus tratados de lejislacion; por su medio ha ilustrado varios ramos de la ciencia; y solo por él es dable confiar en algun adelanto.

impuesta por nuestras costumbres, y la prostitucion honrada en las tribus desparramadas por el grande Océano? Hay pues virtudes y vicios de paraje y convenio, asi como hay hermosura y fealdad convencionales; mudad de latitud, y la fealdad se trasforma en hermosura, *el vicio se trueca en virtud.* » Fleurieu, Viaje del capitan Marchand, t. 1, cap. 3, páj. 258.

Las leyes de la moral no son mas arbitrarias que las del mundo físico; pero se pueden ignorar las primeras como las segundas, y esta ignorancia no suspende sus efectos.

## CAPITULO XIII.

*Efectos particulares de cada uno de los principales elementos de pujanza que componen una ley.*

La palabra *ley*, segun hemos visto, tiene varias significaciones. En el sentido mas jeneral, denota una potencia compuesta de muchas fuerzas diversas, pero que obra de una manera igual en todos los casos parecidos.

Hay varias especies de leyes; unas son inherentes á la naturaleza del hombre ó á las mismas entidades, y obran por sí, ajenas de la autoridad pública; las otras se manifiestan por el empuje del gobierno ú de sus diversos ajentes. Las primeras son conocidas bajo el nombre de leyes naturales; la economía, por ejemplo, es una ley de esta clase; las fuerzas que la componen son, por una parte las ventajas que resultan de su hábito, y por otra las privaciones y padecimientos que subsiguen á la prodigalidad. Las penas y recompensas cuyo agolpamiento forma la ley, son tan infalibles en este caso como pudieran serlo en cualquier otro, repartiéndose entre todos los miembros de la sociedad sin distincion de clases, ni de cuna, de ignorancia, ni de instruccion.

Las segundas van señaladas bajo el nombre de leyes positivas. Así estas como aquellas consisten en una reunion de pujanzas diversas; pero se diferencian, por cuanto

en los elementos constitutivos de estas se halla el impulso de la autoridad pública.

Siempre que estas dos clases de fuerzas se encaminan al mismo fin, la ley que constituyen puede llamarse á un tiempo natural y positiva: cuando van desavenidas, y hay vaiven de empujes inherentes á la naturaleza humana y los del gobierno, hay por este solo hecho dos leyes; una natural, y otra contraria á la naturaleza.

En todas las sociedades civilizadas han tomado los gobiernos tal influjo, que, cuando se habla de una ley, sin añadir espresion alguna que modifique el sentido de la palabra, se entiende hablar de una reunion de fuerzas entre las cuales se halla siempre el impulso de la autoridad pública; importando por lo demás muy poco que la potestad inherente á la naturaleza humana y la del gobierno tiendan ó no al mismo objeto. En este sentido usarémos la palabra ley en el presente capítulo, y tambien en las demás partes de esta obra, siempre que no la modifiquemos con otros términos.

Puesto que toda ley positiva es una potestad que se compone de fuerzas diversas, solo podrémos conceptuarla atinadamente desentrañando de por sí los efectos de cada uno de los elementos componentes. Debemos proceder cual si se tratase de avalorar una accion ó un hábito; precisamente hay que considerar los mismos fenómenos, mas aquellos que resultan de la aplicacion de la fuerza de la autoridad pública. Supongamos, por ejemplo, que un gobierno imponga por deber la economía, mandando que toda persona que goce de tal fortuna esté obligada á guardar de sus rentas una suma determinada y depositarla en una caja de ahorros. Es claro que para desentrañar esta ley, no habrá mas que tomar todos los elementos que entran en el cómputo del hábito de la economía, y añadir



los bienes y males que resultan del uso de la fuerza pública. El cálculo fuera aun mas sencillo, si se orillasen los logros y quebrantos que son el resultado natural del hábito, y se calculasen separadamente la suma de bienes y de males que resultan esclusivamente de la aplicacion de las fuerzas de que dispone el gobierno. Estos dos procedimientos deben por precision acarrear al mismo resultado; pero, no obstante, el último es el mas sencillo y seguro.

Las varias fuerzas cuya reunion forma la potestad á la cual damos el nombre de ley positiva, pueden no producir todas igual cantidad de bienes y de males; cabe que las unas produzcan un tantillo mas de logro, y las otras un poco mas de perjuicio. Hemos visto, por ejemplo, cuales son los resultados naturales de la economía, cuando ninguna fuerza artificial los perturba; los deleites sobrepujan á los quebrantos en una proporcion inmensa. Supongamos que un gobierno quiera incorporar sus empujes con los que son inherentes á la naturaleza humana: cabe que su impulso produzca mas quebranto que beneficio. Sin embargo, el resultado de ambos impulsos mancomunados podrá continuar siendo provechoso á la humanidad, aun cuando lo sea menos de lo que lo hubiera sido, si la autoridad pública hubiese dejado obrar á la naturaleza. Como esta distincion entre los bienes y los males producidos por las fuerzas inherentes á la naturaleza del hombre, y las ventajas y perjuicios resultantes del impulso de la autoridad pública son de la mayor importancia, voy á ver de hacerlo comprender mejor con un ejemplo notable.

Las leyes de todos los pueblos de Europa imponen á los padres la obligacion de criar, mantener y educar á sus hijos; castigan además el infanticidio con severas penas. Estas leyes, como todas las demás, son una potestad com-

puesta de un sinnúmero de fuerzas; y entre estas debemos contar las que emplea el gobierno para hacer mas eficaces las otras. Considerando los efectos jenerales que producen estas leyes, encontramos que son inmensos; compónense de una multitud de males y de bienes. Los males consisten en las penas que han de pasar los padres para educar á sus hijos; y los bienes en los goces que esperimentan unos y otros durante el curso de su vida. Hasta se pudiera decir que todos los achaques de que adolecen los hombres, y todos los bienes que disfrutan, son consecuencias de aquellas leyes; puesto que si no se conservase la especie, para nadie habria bueno ni malo.

Pero en estas dos sumas inmensas de bienes y de males, ¿cuál es la parte de unos y otros que se debe atribuir á la porcion de empujes inherentes á la naturaleza humana, y que obran de suyo y ajenos del gobierno? ¿Cuál es la porcion que toca á la accion directa é inmediata que ejerce la autoridad pública sobre los padres, ya para obligarles á cuidar de sus hijos, ya para impedir que los destruyan? Los que creen que en la sociedad nada camina sino por el impulso de la autoridad pública, y que el objeto de los actos á los cuales dan esclusivamente el nombre de ley, es reprimir las inclinaciones mas intensas del hombre, no titubearán en afirmar que la porcion de fuerzas que pertenece al gobierno es la mas activa y poderosa. No se les pudiera objetar el corto número de casos en que es necesario recurrir á la accion de los tribunales para obligar á los padres á que cuiden de sus hijos, ó para que repriman los embates que dan á su seguridad ó á su vida, porque contestarian que basta que la accion de la fuerza pública sea empleada en un solo caso para impedir que este se repita. Débese juzgar pues del influjo de esta accion, no por lo que pasa en los paises donde se ejerce, sino por lo



que se verifica en aquellos donde no ha sido admitida (1).

Estudiando la historia de la lejislacion, se advierte que los deberes de los padres para con los hijos son los últimos cuyo cumplimiento han exijido los gobiernos. La accion de los padres sobre sus hijos no tuvo, por largo tiempo, otros límites que los de su afecto y su poder. No solo no hay autoridad pública que atienda á la conservacion de los hijos en los pueblos bárbaros, sino que aun en pueblos que acostumbramos á mirar como muy civilizados, no se hizo alto en tal objeto hasta muy tarde. Un Romano, en tiempo de la república, podia disponer de sus descendientes de una manera tan absoluta como de una especie de propiedad; podia venderlos, darlos ó matarlos, sin que la autoridad pública le dijese palabra. Su poder no tenia mas coto en este punto que el de un negro de la costa de Africa que vende su hijo al traficante europeo pagador de su precio. No vemos, sin embargo, que el abuso de este poder fuese un obstáculo para el engrandecimiento de la república romana, ni para la conservacion y prosperidad de las familias. Los primeros ataques dados á la potestad paterna fueron invasiones del despotismo; los emperadores se sustituyeron á los padres, y no por esto se encontraron mejor los hijos (2).

(1) El sistema que supone que todo el bien y todo el mal que sucede en la sociedad es parto del gobierno, viene á ser en sustancia igual al de Hobbes. Solo en un punto se diferencia: Hobbes supone que un individuo que manda siempre va á derechas, y el pueblo siempre á tuertas. En el sistema por el cual se afirma que el gobierno hace todo el bien, se atribuye á una asamblea ó á un consejo el privilejio que Hobbes atribuye á un individuo; pero así en uno como en otro sistema, el linaje humano se considera bajo un mismo punto de vista.

(2) Un lejislador de la antigüedad creyó que no debia dar leyes

En China, el gobierno no tiene puesto ningun dique á la autoridad paterna; ningun acto reprime allí el abandono de los hijos; cada cual es árbitro en desamparar los suyos y dejarlos perecer de miseria. Segun los últimos viajeros que han recorrido lo interior de aquel pais, la capital sola encierra tres millones de habitantes (1), y el todo de la poblacion del imperio asciende á trescientos cincuenta y tres millones (2). Unos ajentes de policía recorren cada mañana las calles de Pekin para recojer las criaturas abandonadas durante la noche; y como se llevan al mismo lugar para sacrificarlas, ha sido fácil saber su número. En solo Pekin asciende unos dias con otros á veinte y cuatro, ó sean unos nueve mil cada año. El número de los espósitos en lo restante del imperio no se valúa mas que á otro tanto; de suerte que los tres millones de la capital dan un número igual al de los trescientos cincuenta millones de las provincias (3).

Diez y ocho mil es pues el número anual de espósitos en toda la China; pero se deben incluir en este cómputo los que nacen muertos, los que mueren en el acto del parto, los que fallecen á pocos dias de nacidos, y de cuya sepultura no cuidan los padres, los que nacen mal conformados y á quienes no podrian conservar debidamente sus padres, y por último los hijos de padres tan pobres, que

para reprimir el parricidio. Nuestros gobiernos han sido mas próvidos, y sin duda han tenido razon. No creo mucho, sin embargo, que su imprevision sobre este punto y algunos otros hubiese turbado la seguridad pública entre nosotros, mas de lo que la turbó entre los Atenienses la imprevision de Solon.

(1) Macartney, viaje á China y Tartaria, t. 2, cap. 4, páj. 378. — Barrow, viaje á China, t. 3, cap. 13, páj. 94 y 95.

(2) Macartney, viaje á China y Tartaria, t. 4, cap. 3, páj. 203.

(3) Barrow, viaje á China, t. 1, cap. 4, páj. 283 y 286.



moririan de miseria á los pocos instantes de haber nacido, aun cuando no fuesen abandonados (1).

No hay que dudar que la mayor parte de los espósitos se hallan en este caso; y no de otra suerte puede ser en un pais donde las clases ínfimas de la poblacion yacen en el mas espantoso desamparo, devorando los restos de los animales podridos y arrojados al muladar, ó tirados al rio, las palomillas de los gusanos de la seda, los gusanos y las larvas de los insectos que buscan por tierra, y hasta las lombrices que les roen sus mismas entrañas (2).

Supongamos ahora que el gobierno chino, en vez de conceder á los padres una potestad arbitraria sobre sus hijos, imita á los gobiernos europeos, declara que el padre y la madre están obligados á criar, mantener y educar á sus hijos, señala severas penas contra el abandono, y sobre todo contra el infanticidio; por último, emplea la fuerza de que dispone para hacer cumplir los deberes que ha dictado: ¿cuáles serán la suma de bien y la suma de mal que resulten del uso de su fuerza en semejante circunstancia?

¿Estarán mejor criadas, mejor vestidas y mejor educadas todas las criaturas del imperio chino? Sin duda que no; porque la declaracion del gobierno y el uso de su fuerza no aumentarán de un grano de trigo, ni de una hebra de lino las posibilidades de los padres; y sin aumentarse estas, no podrán lograr mayor ensanche. En China, lo mismo que en todas partes, el desahogo de los hijos se cifra en los haberes, la ilustracion y las disposiciones morales de sus padres, y no en razon de la vijilancia ó de la pujanza de la autoridad pública. Cuando un hijo necesita vestidos, alimento ú remedios, su padre computa los recursos con

(1) Barrow, viaje á China, t. 1, cap. 4, páj. 298.

(2) *Id.* cap. 2, p. 126 y 127, y cap. 4, páj. 286 y 287; t. 3, páj. 280. — Macartney, t. 3, cap. 4, páj. 299 y 329.

que cuenta para decidir lo que debe hacer, cuidándose muy poco de lo que prescriben los decretos del príncipe. Si no hace cuanto pudiera, el majistrado, que no conoce los recursos del padre, ni las necesidades del hijo, en balde tratara de suplir aquel vacío. Las declaraciones y la pujanza del gobierno no pudieran pues tener influjo alguno en el bien estar ni en la conservacion de los hijos á quienes tratan de alimentar padres teniendo medios para conseguirlo.

Los beneficios de la autoridad pública deben ceñirse por consiguiente á las diez y ocho mil criaturas que poco mas ó menos esponen cada año los padres; pero estos beneficios son todavía nulos para las muertas antes de nacer, para las que fenecen en el acto del parto, y para las que no nacen mantenibles, ó que sobreviven pocos dias. Valuando á dos terceras partes el número de las criaturas que se hallan en alguno de dichos casos, no nos acercamos todavía de mucho á la verdad, pues, en igualdad de circunstancias, seria mucho mayor el número en Europa Quedan pues seis mil criaturas en favor de quienes podria servir de algo la proteccion del gobierno.

Pero de este número debemos restar aun las que nacen de familias tan pobres, que les fuera imposible educarlas. Mandar en tal caso á los padres que mantengan y eduquen á sus hijos, sin darles los medios de verificarlo, es dar una órden inútil: tanto valdria mandar á los enfermos que se pusiesen buenos, y á los mendigos á quienes se niega la limosna, que tuviesen ricos vestidos, sanos alimentos y cómodas habitaciones. La prohibicion del desamparo, en semejante caso, no puede producir otro efecto que mudar de sitio el lecho de muerte: la criatura que feneciera sobre cuatro andrajos frente á la puerta de una casa, morirá sobre cuatro pajas en lo interior de la misma. El número de



las que así están condenadas á muerte desde su nacimiento, debe ser muy crecido en un pais de inmensa poblacion, en el cual la clase ínfima es en estremo numerosa y miserable, y donde no hay hospitales para las criaturas cuyas madres mueren de parto, ni medios para que los padres proporcionen una nodriza á sus hijos.

Por último, débense restar del número de las criaturas para quienes seria inútil la accion del gobierno, aquellas que serian desamparadas ó destruidas no obstante las prohibiciones de la autoridad pública. Este número seria aun muy crecido, comparativamente al de aquellas que los padres no quisieran criar, en un pais donde se encuentra una poblacion inmensa apiñada en limitado espacio, donde la averiguacion y el descubrimiento de los delitos seria por consiguiente muy difícil, donde los majistrados tendrian muy poco interés en descubrirlos, y donde la desdicha y el despotismo minoran mucho el temor de los castigos (1).

El beneficio resultante de la accion del gobierno se limita de este modo á un número sobremanera corto en comparacion con el total de la poblacion. Para valuar este beneficio hay que considerar cuatro puntos: los males que resultan á las criaturas de su desamparo, y de los cua-

(1) Cuando se compara el número de las criaturas desamparadas por sus padres en los estados de Europa, y particularmente en las ciudades populosas, con el número de las que se abandonan en el imperio de la China, tomando al mismo tiempo en consideracion las diferencias de poblacion y de riqueza, pasma verdaderamente hallar bajo este sentido una ventaja inmensa en favor de las costumbres chinas. Creeríase quizás que el número anual de espósitos en una ciudad de tres millones de habitantes es mucho mayor de lo que dicen los viajeros, si no supiésemos que todas aquellas criaturas se llevan á un mismo sitio; que los misioneros jesuitas pasan á él cada mañana para bautizar á las que todavia respiran, ó para conservarlas; y que por los mismos misioneros se saben todos estos pormenores.

les les libra la autoridad pública; el número probable de años que les cabe vivir; los bienes y los males que han de percibir en el discurso de la vida; los quebrantos y logros que de su conservacion resultan á sus padres.

Las penas que acompañan al abandono son puramente físicas, por cuanto un recien nacido no puede tener prevision, temor, ni afecto alguno. La intensidad de dichas penas no se puede medir sino por el grado y la duracion de la sensibilidad: si dificil es computar los grados de la sensibilidad, es fácil á lo menos medir su duracion. Los Chinos no estiman al parecer ni la una ni la otra. «El hábito, dice lord Macartney, parece haber enseñado á creer que la vida no se hace verdaderamente preciosa, ni criminal la falta de apego á ella, hasta despues de haber durado lo bastante para dar al alma y á los afectos el tiempo de salir á luz; pero que la existencia, en su asomo, puede quedar sacrificada sin escrúpulo, aunque no lo sea sino con repugnancia (1).»

La probabilidad de la duracion de la vida debe calcularse por la endeblez de la complexion que tienen las criaturas al nacer y por las enfermedades que heredan de sus padres. Estas enfermedades y aquella endeblez deben ser muy considerables, á juzgar por la constitucion de sus enjendradores. En las clases mas pobres, entre los pescadores, manifiéstase la miseria por el descarnamiento, la palidez y las enfermedades escrofulosas (2). Individuos tan flacos y mal sanos no pueden en manera alguna enjendrar hijos robustos. La duracion probable de su vida se debe calcular además por el influjo que ejercen en las criaturas mal sanas y mal humoradas las enfermedades propias de la niñez, los alimentos escasos y perniciosos, la falta de esmero, de

(1) Macartney, viaje á China y Tartaria, t. 2, cap. 4, páj. 382.
(2) Barrow, viaje á China, t. 3, cap. 12, páj. 56.



aseo y de remedios. Las carestías son muy frecuentes en China, y los primeros pacientes de tales calamidades, en todos los paises, son siempre los mas débiles, los peor complexionados y los mas pobres. La mortandad causada por esta sola causa entre las criaturas debe ser mayor en aquel pais que en otro alguno de Europa, porque el número de los pobres es inmenso, no se conoce en él el arte de mendigar, y los miserables no alcanzan socorro sino de sus deudos (1).

Los logros y quebrantos de los individuos que no fenecen en los primeros años de su niñez por estas diversas causas de muerte, pueden valuarse por los placeres y dolores que sienten las clases mas miserables en las grandes poblaciones de Europa. Lícito es al menos dudar si la suma de logros que esperimentan y hacen esperimentar, escede á la de los males á que viven propensos, ó que ocasionan á otros, y si por consiguiente su existencia es un bien ó un mal.

Las penas inherentes á la conservacion forzada de una criatura, para la cual no se cree tener medios ni fuerza, vendrian á sobrepujar á los deleites resultantes, si nos atuviésemos al juicio de las personas sobre las cuales es necesaria la accion del gobierno; pero este fuera mal modo de calcular. El individuo sobre quien obra la autoridad pública, puede arredrarse por las penas y dificultades inmediatas á que por precision debe sujetarse, y no divisar los placeres remotos que serán su consecuencia. Los afectos de familia, al igual de todos los demás, descuellan y se fortalecen á una con las personas que forman su objeto; pero cuando los quebrantos que ocasionan paran en es-

(1) Barrow, viaje á China, t. 2, cap. 8, páj. 194 y 195. — Macartney, viaje á China y Tartaria, t. 2, cap. 4. páj 318 y 319; y t. 3, cap. 4. páj. 231.

cesivos, creyéndoselos al mismo tiempo infructuosos, disminuyen de mucho su intensidad, y á veces hasta su duracion.

Calculando pues las ventajas que produciria en un pais como la China, con trescientos cincuenta y tres millones de habitantes, la accion del gobierno empleada, ya para obligar á los padres á criar y educar á sus hijos, ya para enfrenar el desamparo y el infanticidio, resulta que, cuando mas, las esperimentarian algunos centenares de individuos de la clase mas infeliz. Este bien se reduciria á una mera prolongacion de existencia, que siempre iria acompañada de mas penas que placeres; quizás no fuera sentido por un solo individuo entre muchos centenares de miles, y se reduciria casi á nada (1).

Tales son las ventajas que podria producir la accion del gobierno, si se juntase á los diversos impulsos que obran en los hombres, y les determinan á mirar por la conser-

(1) Los viajeros nos delinean espantosos cuadros de los efectos que causa en China la falta de toda accion gubernativa que reprima el infanticidio y el abandono de las criaturas, obligando á los padres á criar y educar á los hijos que enjendran; reducidos empero á su justo valor los hechos que refieren, pasma verdaderamente la cortedad de la suma de bien que puede producir en este particular el impulso del gobierno, al cual se da sin embargo el nombre de ley. En los estados de Europa, donde por cierto no falta actividad y vijilancia por parte de los gobiernos, donde se decreta que los padres crien á sus hijos, donde se castiga de muerte el infanticidio, donde se aplican penas poco menos severas contra las supresiones y suposiciones de estado, y donde se jactan de poseer una relijion pura y una moral ilustrada, hay, á proporcion, diez veces mas abandonos é infanticidios que en el imperio chino, donde el gobierno no cree deber interponerse entre los padres y sus hijos para reprimir la accion de los primeros sobre los segundos. ¿Estarian por ventura desahuciados los Chinos de encontrar majistrados mas atentos, mas solícitos y apasionados que los padres para protejer á los criaturas?



vacion de su especie. Falta ahora saber la suma de mal que costaria este bien, y sin la cual no se pudiera lograr.

Los códigos de todos los pueblos cristianos declaran que los padres y las madres están obligados á criar y mantener á sus hijos, conforme á sus posibilidades; pero en todos los paises, la accion del gobierno es completamente ninguna, mientras los hijos no pueden hacer por sí reclamacion alguna. No hay, que yo sepa, ejemplo de que un majistrado se haya metido en lo interior de una familia para cerciorarse de si los hijos estaban criados, mantenidos, vestidos y educados segun los haberes de sus padres. De continuo pueden los majistrados ir encontrando por la calle criaturas mal vestidas y mal alimentadas; pero ninguno de ellos ha pensado jamás en citar á un padre ó madre ante el tribunal para sentenciarles á remendarles el vestido ú á darles mejor pan. Si pues las declaraciones del gobierno no obran un gran bien, tampoco causan ningun mal, y en este particular somos tan libres como los Chinos. El impulso de la autoridad no empieza sino cuando se trata de reprimir el infanticidio, la supresion ó la suposicion de estado de hijo lejítimo; de consiguiente, trátase solo de valuar el mal producido por esta accion (1).

(1) Segun Montesquieu, la obligacion natural que tiene la madre de mantener á sus hijos, hizo establecer el matrimonio, que declara quien debe llenar esta obligacion. — *Esprit des lois*, lib. XXII, cap. II.

Esto supone que la asociacion conyugal, y por consiguiente la conservacion de las criaturas, es obra de los lejisladores. Si los desvelos de la madre son insuficientes para criar á sus hijos, y si los padres no han desempeñado sus obligaciones naturales, sino desde el dia en que los gobiernos hicieron leyes sobre el matrimonio, ¿cómo pudo conservarse hasta entonces el linaje humano? Los primeros lejisladores y los hombres á quienes daban leyes, serian acaso bastardos que milagrosamente conservó la Providencia.

Para saber los males que en tal caso produce el empuje enfrenador de la autoridad pública, supongamos que el gobierno chino establezca contra el infanticidio y el desamparo de las criaturas, penas parecidas ó análogas á las que se conocen en la mayor parte de los estados europeos. Primeramente será necesario dar á los majistrados la facultad de pesquisar y perseguir los delitos, de mandar prender á los presuntos reos, citar é interrogar testigos; será necesario instituir enjuiciamientos, juzgar á los acusados é imponer castigos á los culpables.

El primer mal que resultará de semejante establecimiento, es una disminucion de seguridad para todas las personas que se hallen en el caso de ser acusadas ó meramente sospechosas. La estension y gravedad de este quebranto serán proporcionales á la mayor ó menor corrupcion de los majistrados, á su parcialidad ó á su ignorancia. Serán proporcionales además al cohecho ú parcialidad de los testigos, y á los vicios mas ó menos capitales del modo de proceder. Este mal podrá trascender tambien mas ó menos á la parte de la poblacion un tanto advertida.

El segundo daño consistirá en el producido por los yerros, arrojos, ó arbitrariedades de los majistrados; y las mismas circunstancias que agravarán el primero, servirán para hacer mas pesado el segundo. Esta segunda especie de achaque se hará percibir tanto mas intensamente, en cuanto recaiga sobre personas mas relacionadas; se estenderá á sus deudos y amigos, y aun podrá trascender á la sociedad entera, si se suscitan dudas acerca de su criminalidad.

El tercer mal se hallará en las penas padecidas por los acusados realmente reos, por los individuos de su familia y por sus amigos: y se irá esplayando particularmente sobre los hijos y sobre los ascendientes que todavía vivan.



El último mal consistirá en las penas y en la pérdida de tiempo que esperimentarán los majistrados, los ajentes judiciales y los testigos, si sus funciones son gratuitas, ó en los impuestos que será necesario establecer, si reciben una indemnizacion proporcionada á los sacrificios que se les imponen.

Paso por alto los daños accidentales que ocasionan todos los procedimientos judiciales, como perjurios, falsos testimonios, cohecho y prevaricacion de los majistrados, procedimientos y penas que estos desbarros hacen necesarios, y que son tanto mas considerables cuanto mas estragada está la poblacion.

Así, para desentrañar la potestad que atiende á la conservacion de las criaturas, y á la cual damos el nombre de ley, es necesario desmenuzarla, y considerar separadamente los buenos y malos efectos que resultan de cada una de las fuerzas componentes.

Hay en el hombre facultades que le inclinan á criar y educar á sus hijos. Obrando estas fuerzas sobre los individuos de todas las castas, bajo todas las formas de gobierno, y en cualquiera temperatura, siempre producen una baraja de bienes y males; pero no en todas las circunstancias obran con igual pujanza, pues á veces quedan atajadas por fuerzas contrarias.

Si, para darles mayor empuje, añade un gobierno sus propias fuerzas, causará sin duda un aumento de bienes y de males; pero no es seguro que la suma de los primeros esceda á la de los segundos. La suma de estos podrá ser dos, al paso que la de aquellos diez; y entonces habrá un quebranto de ocho, por mas que sea ventajoso el resultado jeneral de todas las fuerzas. Si el gobierno chino, por

ejemplo, estableciese penas para atajar el desamparo de las criaturas y reprimir el infanticidio, puédese dudar, sin calumniarle, si la suma de bien resultante quedaria sobrepujada por la suma de mal que acarrearian irremediablemente sus disposiciones.

Tambien hubiera podido aplicar á otras leyes ó á otras instituciones políticas las observaciones que llevo hechas acerca de la ley que determina á los padres á cuidar de sus hijos; y en muchos casos los resultados hubieran sido iguales. He buscado con preferencia un ejemplo en el cual el impulso de la autoridad pública propende á robustecer la inclinacion del jénero humano á su conservacion; y ya hemos visto cuan corto es en tal caso el influjo sobre la prosperidad de los pueblos; viene á ser un grano de arena llevado á la orilla del mar para estrechar sus límites. Bien diferente habria sido el resultado, si hubiese escojido un ejemplo en el cual se afanase la autoridad á fomentar las inclinaciones aviesas, y se encontrase en oposicion con las fuerzas que impelen el jénero humano hácia su prosperidad. Entonces se habria visto que los gobiernos, tan endebles para hacer el bien, poseen á veces un influjo inmenso para causar el daño; de donde pudiéramos inferir que cuanto mas escasean sus disposiciones, tanto mas prosperan los pueblos.

## CAPITULO XIV.

*Influjo que ejerce en las leyes que rijen á una nacion el conocimiento de los efectos causados por los diversos elementos de pujanza que las plantean.*

Hemos visto que para juzgar de la naturaleza y efectos de una ley, hay que deselementarla é ir desentrañando por partes los móviles que la constituyen, y apurar las consecuencias propias de cada uno de estos. Estas consecuencias no pueden ser mas que bienes ó males: la cuestion está en saber si en el cómputo de unos y otros comprenden á los pueblos, cuando ilustrados, los mismos elementos de cálculo que hemos encontrado en la calificacion de los actos privados. Para resolver esta cuestion, no hay mas que seguir el mismo método que hemos anteriormente empleado, para descubrir los elementos que entran en el escrutinio de nuestros hábitos; es decir, que debemos desentrañar antes los efectos de una ley, tenida en un arranque por acertada, y orillada luego como perniciosa, esponiendo en seguida las consecuencias de otra establecida y consolidada á proporcion que se han ido despejando los pueblos.

A fin de dar á entender mejor cómo se requiere desmenuzar una ley para juzgar de los efectos propios de

cada uno de los principales elementos que la forman, he tomado por ejemplo el caso en que el gobierno de un pueblo inmenso no ha creido que fuese necesario corroborar con su fuerza la que inclina á los padres á cuidar de sus hijos. Ahora tomaré por ejemplo un caso en el cual muchos gobiernos han pensado, al contrario, que debian promover con su impulso una propension que encamina los pueblos á su prosperidad.

Convencidos muchos gobiernos antiguos y modernos de las ventajas de la economía y de los estragos de la prodigalidad, han tratado de robustecer la naturaleza del hombre, y le encaminan hácia la prosperidad de su especie. Han tratado de contrarestar la propension de los pueblos á la liviandad y al desamparo, prohibiendo en su consecuencia á ciertas clases de la poblacion algunos alimentos, vestidos y habitaciones que han creido sobrado lujosos; han establecido, por fin, las llamadas *leyes sumptuarias.*

No atinarémos con su resultado sino desentrañando, como ya hicímos, las diversas partes que las constituyen, y escudriñando por separado las consecuencias que pertenecen á cada una de ellas. La cantidad de riquezas, cuya conservacion se debe atribuir á las precauciones que toma el gobierno para evitar que las consuman sus propietarios, y la cantidad que espontáneamente conservan estos, no pueden quedar comprobadas con la misma puntualidad que el número de las criaturas cuya conservacion es debida á la accion directa del gobierno, y el número de las que conservan los padres sin mediacion de la autoridad. Sin embargo, es fácil convencernos de que en ambos casos la proporcion es casi la misma.

Muchos gobiernos de Grecia habian tratado de moderar los gastos de los particulares á fin de atajar el malogro



de sus riquezas. Siguieron los Romanos su ejemplo, y hácia fines de la república, permanecian aun sus leyes suntuarias. En virtud de estas leyes, prohibia César á varias clases de ciudadanos el uso de las literas, de la púrpura y de las perlas, y confiscaba los renglones prohibidos en los mercados, y hasta en el domicilio de los ciudadanos, por medio de espías, soldados ó lictores que se las llevaban á su casa (1).

Casi todos los gobiernos de Europa han providenciado por el mismo rumbo, para atender á la conservacion de las riquezas de sus estados. Cárlos VII habia prohibido servir, en una comida, mas de dos platos con el potaje. Luis XII vedó el uso de los enseres de plata; mas se vió obligado á revocar el decreto. Francisco I prohibió las estofas de oro y seda. Bajo el reinado de Enrique II, los vestidos y los zapatos de seda fueron solo permitidos á los obispos, á los príncipes y á las princesas (2). Reglamentos parecidos hizo en diversas épocas el gobierno de Inglaterra (3).

Por último, el gobierno chino cree aun en nuestros dias que se hace su desvelo imprescindible, para que los súbditos no malgasten sus riquezas. Prohibe á los mas de ellos los grandes palacios, los jardines, los carruajes y toda especie de fausto y magnificencia esterior (4).

¿Cuál es la porcion de riquezas cuya conservacion se debe atribuir, ya á las ventajas naturales de la economía, ya á las penas que consigo trae la liviandad? ¿cuál es la porcion cuya conservacion se debe á las prohibiciones

(1) Suetonio, vida de César, cap. 44.

(2) Voltaire, ensayo sobre las costumbres, cap. 81 y 121, tom. I, páj. 233 y 484, edicion de Lefébre.

(3) Tomlin's law dictionary, vº. *Luxury.*

(4) J Barrow, viaje á China, t. 1, cap. 4. páj 250.

del gobierno? O en otros términos, ¿cuáles son los bienes que resultan del impulso de los gobiernos, y cuáles los males que cuestan?

En el momento que los gobiernos creyeron necesario ceñir los gastos de sus súbditos para obligarles á economizar sus desembolsos, habia sin duda una cantidad muy considerable de riquezas que se habian conservado sin influjo alguno de la autoridad; y desde que quedaron abolidos aquellos reglamentos en casi todos los paises, no se ha observado que los pueblos se hayan empobrecido. Un autor del siglo XIV se queja ya de los progresos de la liviandad, echando menos aquel tiempo que en Milan se desconocia la bujía, siendo la vela un lujo; en que los mas acomodados ciudadanos se alumbraban con hastillitas; en que no se comia caliente sino tres veces por semana; en que las camisas eran de sarga, y no de lino; en que el dote mas considerable no pasaba de cien libras.

La ropa de mesa, dice Voltaire, era entonces muy rara en Inglaterra; el vino no se vendia mas que en casa de los boticarios, como un cordial: todas las casas de los particulares eran de madera tosquísima cubierta con una especie de argamasilla que llamaban *torchis* (mezcla de barro y paja); las puertas bajas y estrechas, las ventanas pequeñas y casi sin luz: hacerse tirar en una carreta por las calles de Paris, apenas empedradas y llenas de barro, era sumo lujo; y este fué prohibido á la clase media por Felipe el Hermoso (1).

Los reglamentos para obligar á los ciudadanos á reducir sus gastos, y conservar de este modo sus riquezas, hace siglos que han parado en desuso en todos los estados de Europa. Hoy dia cada cual puede disfrutar y disponer de

(1) Voltaire, ensayo sobre las costumbres de las naciones, cap. 81



sus propiedades del modo mas absoluto, y el ensanche que goza toda persona mayor de edad de malgastar sus haberes no ha arruinado las naciones europeas, como no ha despoblado á la China la facultad que tienen en ella los padres de desamparar á sus hijos. Los Europeos son tan celosos de acrecer y conservar su fortuna, como pueden serlo los Chinos de multiplicar y conservar á sus hijos; ni unos perciben mejor que otros la urjencia de la intervencion del gobierno.

No es imposible, sin embargo, que muchos se arruinen con profusiones ó gastos desatinados; los ejemplos no son muy crecidos comparativamente á la poblacion de cada pais; pero no obstante hay varios. Supongamos pues que un gobierno, para precaver los infortunios de esta clase, renueva las antiguas leyes y trata de poner límites á los gastos que hacen los particulares. Como es posible arruinarse por un sinnúmero de medios, menester será que la autoridad determine los alimentos que será lícito usar, los trajes que se podrán vestir, y las casas que habitar. Supongamos ya determinado todo esto, y desentrañemos los elementos de cálculo que entrarán en el cómputo de tal reglamento.

Tan desacertado seria atribuir á semejante disposicion la conservacion de todas las riquezas actuales, como la conservacion del linaje humano á las penas señaladas contra los infanticidas convictos. El bien se ciñe á la conservacion de las riquezas que hubieran sido locamente gastadas, si la autoridad pública no hubiese impedido su disipacion. La dificultad está en valuar estas riquezas, siendo mas fácil decir en que no consisten, que determinar en que realmente se cifran. El gobierno casi no puede ejercer su influjo sino en los arranques de ostentacion; mas cuando estos se imposibilitan, el paradero es otro desbarro tal vez

reservado, pero no menos arruinador ni mas pundonoroso.

Las leyes suntuarias de los Romanos dejaban que un pez se vendiese mas caro que un buey, cuando hubo personas que tuvieron los medios de pagarlo y el deseo de adquirirlo (1). Los Chinos, á quienes está vedado gastar sus riquezas en jardines y carruajes, las consumen en placeres secretos (2). La suma de riquezas que puede conservar una ley suntuaria es de consiguiente cortísima ó tal vez ninguna; y seria cómputo abultado el decir que forma la milésima parte de las riquezas que se conservan por solo el poder de las costumbres ó de los intereses personales. El bien es pues infinitamente pequeño, incierto, y en algun modo inatendible; por último, se muestra muy remoto, puesto que no lo esperimentan aquellos para quienes es inútil el impulso del gobierno, y que aquellos sobre quienes se ejerce dicha accion, no perciben mas que privaciones.

Los males, al contrario, se difunden por toda la sociedad, y son muy graves, pues nadie puede estar seguro en su casa, ni zafarse de la arbitrariedad de los majistrados. Consisten dichos quebrantos en el desasosiego que esperimentan todos los ciudadanos, en la necesidad de manifestar el estado de su fortuna para sincerar sus gastos; en los procedimientos injustos á que pueden dar márjen los yerros, la preocupacion, lo malevolencia, y la codicia de los majistrados ó de sus ajentes; en las persecuciones y penas que padecen los acusados cada vez que contravienen á las vedas; en la creacion de nuevas majistraturas, y en las penalidades y gastos á que dan lugar; por último,

(1) Plutarco, vida de M. Caton, páj 404.
(2) J. Barrow, viaje á China, t. 1, cap. 4, páj. 250.



en la propension á los goces secretos que toma una parte de la poblacion.

Así los males sobrepujan á los bienes en una proporcion inmensa, por el número de las personas alcanzadas, por la intensidad, certeza, proximidad, y hasta por la duracion, por cuanto obran de una manera constante, y algunos se pueden esperimentar todavía habiendo fenecido su causal. Aquellos reglamentos ó leyes han sido pues proscritos por viciosos, y lo han sido porque la suma de mal que producian sobrepujaba á la de bien que podian acarrear.

Tratando de distinguir, entre los efectos de una ley, los que deben atribuirse únicamente al raudal de las costumbres, y los que pertenecen á la accion del gobierno, he tomado á propósito dos ejemplos en los cuales aquel ahincado empuje se encaminaba al mismo fin, á saber la conservacion y prosperidad de las naciones. Dos motivos me guiaron en la eleccion: el primero el desentenderme de la intencion de los gobiernos; y el segundo demostrar que su impulso puede algunas veces ser funesto, aun cuando su empuje se hermane con los arranques mas provechosos al linaje humano. Esto nos graduará la estension del daño que puede causar, cuando propende á robustecer inclinaciones viciosas; y nos hará ver tambien que hay males que los gobiernos deben saber tolerar, si no quieren producir otros mayores. Un gobierno que á viva fuerza quisiese desarraigar todos los desbarros, vendria á ser tan opresor como el que no quisiese permitir bien alguno. (1).

(1) Los gobiernos se han considerado de tal manera como los conservadores del linaje humano, que al parecer han creido que era necesario emplear la violencia para obligar á los pueblos á vivir y á reproducirse. Han hecho leyes para obligar á los hombres á casarse y

Por lo dicho se ve que es imposible desentrañar hondamente una ley, si no se van considerando separadamente todos los elementos de pujanza componentes, y si no se escudriñan los efectos propios de cada uno de dichos elementos; mas, insistiendo en este conato, admira el corto bien que produce la mano de la autoridad pública, comparativamente al que resulta de las leyes inherentes á la naturaleza humana. Si se sujetasen á igual prueba las mas de las leyes que son obra de los gobiernos, pasmaríanos la pequeñez de los resultados que se logran, por medio de inmensas contribuciones, de un sin fin de empleados públicos, de innumerables ejércitos, y de cuanto constituye la fuerza material de la autoridad pública; quizás llegaríamos á la consecuencia de que un á pueblo ya civilizado, para ser feliz, le basta el qué no le saqueen, y se le deje á sus anchuras, y que obraria con mas acierto á impulsos de sus propias costumbres, por el instinto que le impele á su conservacion y prosperidad, que los sabios políticos con sus sistemas sostenidos por ejercitos é innumerables ajentes.

Si aplicamos ahora al empuje de la autoridad pública lo que hemos dicho de los hábitos privados, y damos á

perpetuar de este modo su especie; las han hecho en seguida para declarar que los padres cuidarian de sus hijos, y para impedir que los destruyesen; han hecho otras para mandarles que no se arruinasen con locos gastos, ni se espusiesen á morir de hambre; por último las han hecho tambien para mandarles que aguantasen la vida y no se dejasen morir voluntariamente. Muy miserables debian estar los pueblos, cuando sus amos ó gobernantes creian tener necesidad de emplear una fuerza artificial para impedir que se destruyesen por sí mismos; por que yo no pienso que los príncipes ó los ministros que dictaban aquellas leyes juzgasen á todos los hombres por lo que ellos eran en sí, ni que tuviesen la tentacion de renunciar su sueldo, ahogar á sus hijos, y luego ahorcarse.



tal accion el nombre de ley, será fácil ver lo que distingue una ley viciosa de otra atinada: bastará trasladar aquí las definiciones que dímos en el capítulo anterior, y sustituir las palabras *ley* ó *institucion* á la voz *hábito*.

Así, una ley viciosa es la que produce una ventaja inmediata, pero seguida de males considerables, aunque remotos: tal fué la ley que estableció en Inglaterra un impuesto á favor de todos los menesterosos indistintamente. Una ley es viciosa, cuando produce males ciertos, para lograr ventajas dudosas y remotas; ó bien cuando sacrifica el interés de un número considerable de personas al de un número menor. Por último, es viciosa una ley, cuando, para conseguir un bien transitorio, causa un daño igual en trascendencia y mayor en duracion.

Una ley útil ó ventajosa es aquella que ofrece circunstancias contrarias: aquella por ejemplo, por la cual un pueblo ó un gobierno se sujetan á un quebranto actual para evitar males mas graves, aunque remotos, ó para adquirir ventajas mayores; aquella que, en cambio de algunos males individuales, produce un bien para la sociedad entera; aquella, en una palabra, cuyos efectos favorables sobrepujan á los perniciosos, dando á estas palabras su mas estensa acepcion.

Desentrañando los efectos que producen los hábitos, las acciones y las instituciones humanas en nuestras facultades físicas, morales é intelectuales; y deslindando las causas que determinan á los pueblos en el juicio que forman de aquellos mismos actos ó hábitos, he querido esponer meramente cómo van sobreviniendo los acontecimientos. Si, por ejemplo, la economía, la templanza, la jenerosidad, el pundonor y la sinceridad producen para el linaje humano una suma de bien infinitamente mayor que la de mal, y si los pueblos honran aquellos há-

bitos siempre que conocen sus consecuencias, no es porque haya ocurrido á una autoridad cualquiera el constituirlos en aquella obligacion, sino porque está en su naturaleza el que no pueda ser de otro modo. Así tambien, si la prodigalidad, la destemplanza, la venganza, la perfidia y la maldad producen para el linaje humano una suma de males mas considerable que la de bienes, y si los pueblos que ven las consecuencias de tales hábitos, los reprueban con calificaciones deshonrosas, no es porque así lo hayan querido los moralistas, los filósofos ó los ministros de las diversas relijiones, sino porque está en la naturaleza del hombre percibir y juzgar de dicho modo.

Podemos pues afirmar, con los estoicos, que los hombres mas virtuosos son los que viven de la manera mas conforme á las leyes de su propia naturaleza; y que cuantos adolecen de mas vicios, son los que mas suelen quebrantar dichas leyes, acarreándose penas, ya contra sí mismos, ya contra los demás.

## CAPITULO XV.

*Cotos con que las leyes naturales atajan el ejercicio de la autoridad humana.*

Estamos por momentos practicando acciones provechosas, ó nos abstenemos de cometer otras aciagas, sin que al intento medie la autoridad pública: la potestad de las leyes inherentes á la naturaleza humana basta en muchísimos casos para hacernos obrar, ó para mantenernos en inaccion. No necesitamos que se nos mande tomar alimentos, cuando nos acosa el hambre; y cuando enfermamos, acudimos al médico sin esperar órden del majistrado. Siempre que el bien ó el mal, resultantes de una accion, no pasan del que la ejecuta ó se abstiene de ejecutarla, podemos atenernos, respecto de la conservacion de la especie, al instinto de su propia conservacion, con los medios de llevarla á efecto.

Igual es nuestra conducta en muchos casos en que influye de una manera mas ó menos eficaz sobre la suerte de los demás hombres: un labrador ara, siembra y cosecha su campo sin que nadie se lo mande; un fabricante abre sus talleres, y un negociante sus almacenes, sin que para ello les amoneste un comisario de policía; un médico visita y cuida á sus enfermos sin que le obliguen á la

fuerza los alguaciles. Sin embargo, su inaccion pudiera ser perniciosa á otra clase de sujetos; si los labradores no cultivasen la tierra, poco tardaria en acosarnos la carestía; si los fabricantes cerrasen sus cuadras, y sus tiendas los negociantes, moririan de hambre un sin número de trabajadores, y nos hallaríamos faltos de varios artefactos muy necesarios; si los médicos se negasen á visitar los enfermos, muchas personas quedarian espuestas á perecer. Y ¿porqué no temen los pueblos calamidades de esta especie? ¿Porqué no recelan los habitantes de las ciudades que los cosecheros, para chasquearlos, dejen en descanso sus campos y no lleven trigo al mercado? ¿Porqué nunca se acongojan los campesinos de que los ciudadanos cierren sus tiendas y obradores? ¿Porqué no temen los enfermos el que los médicos se convengan en negarles los auxilios de su arte?

Nunca han asomado tamañas zozobras, y la razon es clara: porque en cada uno de estos casos la actividad lleva consigo su recompensa, y la inaccion su castigo. El bien que resulta del cultivo de las tierras se reparte sin duda por la sociedad entera; pero su porcion mas inmediata cabe al labrador. El mal que resultara de la falta de cultivo recaeria infaliblemente sobre todos; pero la parte mas considerable se haria sentir desde luego en el primero que dejase sus tierras sin cultivo.

Otro tanto podemos decir del fabricante, del negociante, y aun del médico, por cuanto no son menos necesarios los enfermos para la prosperidad de los médicos, que estos para la curacion de las enfermedades. Así, al tiempo que cada cual se hace cargo de que no puede prescindir de los otros, está convencido de que los otros no pueden carecer de él. No teme un quebranto que no pueden causarle sin apropiarse un daño mucho mas considerable, sintiéndose protejido contra ellos por el interés mismo de su conservacion y prosperidad. Nada pues requiere su seguridad de parte del gobierno; el establecimiento de una ley penal seria un aumento de daño, y no acarrearia bien alguno.



Hay un sin número de otras circunstancias en las cuales, para obrar bien, los hombres no necesitan mas que despejarse y seguir el impulso de sus arranques ó de sus intereses. Hemos visto anteriormente que aun en paises incultos, muy miserables y muy viciosos, los padres crian y educan á sus hijos, sin mediar la autoridad pública, pudiendo fundadamente dudar de si la accion directa de aquella autoridad, con la mira de cooperar al afecto natural de los padres, causaria mas daño que provecho. Hemos visto igualmente que las causas que producen el hábito de la economía, han bastado para crear y conservar todas las riquezas que poseen las naciones; y que los reglamentos llamados *leyes suntuarias* jamás han producido sino incomodidades y padecimientos: la accion de la autoridad no solo ha sido inservible, sino perniciosa.

Hay muchísimos otros casos en los cuales parece eficacísimo el empuje del gobierno, y en la realidad se reduce casi á cero. Paises hay en los cuales, despues de haber decretado que los padres mantendrán y educarán á sus hijos, se ha decretado tambien que les dejen sus bienes despues de su muerte. De aquí se pudiera tal vez inferir que si los hijos suceden á los padres, es principalmente porque así lo ha querido la autoridad pública. Para saber á qué se reduce sobre este punto el influjo de aquella autoridad, conviene escudriñar lo que sucede en los paises donde los padres tienen, como en los Estados Unidos, la facultad ilimitada de disponer de sus bienes hasta por testamento; y se verá que entre cien mil individuos, qui-

zás no hay uno que no deje sus bienes á sus hijos, pudiendo desheredarlos. Si se diese una ley para estorbar que los bienes saliesen de las familias, el influjo de la autoridad pública, comparado con el del espíritu de conservacion, no estaria pues en la proporcion de cien mil á uno; y en el caso de ejercerse dicha autoridad, aun podria dudarse de la utilidad de su ejercicio (1).

Las facultades que dirijen á los hombres en los casos precedentes, los encaminan tambien en la mayor parte de sus mutuas relaciones. Fórmanse y ejecútanse muchísimos convenios sin otro arrimo que el de las urjencias, intereses y honradez de las partes contratantes. A cada paso se están haciendo tratados ó convenios que pudieran romperse sin temor alguno de los tribunales; y sin embargo se cumplen, porque de otro modo no se podria vivir. No solo se cumplen sin que la autoridad intervenga, sino que en los mas de los casos se cumplirian, aun cuando quisiese oponerse la autoridad. Pagaríamos al panadero que nos ha dado el pan, al carnicero que nos ha abastecido de carne, aun cuando nos lo prohibiesen; menos temeríamos el dejar de obedecer que esponernos á quedar sin pan y sin carne. Si pues los convenios equivalen á ley para los convenidos, no es porque lo haya dicho tal código; sino que tal código lo ha dicho porque es así, y así por precision debia ser.

Desentrañando las acertadas disposiciones lejislativas que hay en un pais, encontraríamos que las acciones que prescriben ó vedan, están ya prescritas ó vedadas por los intereses, los afectos ó los hábitos de una parte mas ó menos considerable de la poblacion. Igual resultado encontraríamos si desmenuzásemos las leyes viciosas, pues veríamos que son la espresion de los intereses, de las pasiones y de las preocupaciones de la parte mas descollante de la sociedad. En ambos casos, la accion de la autoridad no causa otro efecto que jeneralizar acciones ya muy comunes, y hacer ejecutar por fuerza á algunos lo que otros practican á su albedrío. Si la autoridad pública no ejerciese influjo alguno, se ejecutarian no obstante las mismas acciones, pero de una manera menos jeneral, y gran número de individuos variarian de procederes ó comportamiento.

(1) Aquí solo hablo de la conservacion de los bienes en la familia, y no de la distribucion que se hace entre los individuos que la componen. Trataré de este punto en otro lugar.



Una atinada disposicion lejislativa es pues siempre el resultado de dos potestades, como resultante de las facultades inherentes á la naturaleza del hombre, y de las diversas pujanzas de que dispone el gobierno, ó de las voluntades que le dan movimiento. Permítaseme, para simplificar el lenguaje, dar á las primeras el nombre de *fuerzas naturales*, y de *artificiales* á las segundas. Todo lo regulado por las de la primera clase forma la moral de un pueblo; y todo lo regulado por las fuerzas reunidas de la primera y segunda clase forma sus leyes civiles. De ahí resulta que el coto de la lejislacion abarca mucho menos que el campo de la moral; el primero solo ciñe los actos que son producto comun de las dos especies de empujes, y el segundo ataja estos mismos actos, mas todos son ajenos de la autoridad pública.

He manifestado, por ejemplo, que los móviles de la primera clase determinan á los padres á criar á sus hijos, á educarlos, á traspasarles sus bienes; que determinan á los hombres á crear, multiplicar y conservar sus riquezas igualmente que á ejecutar la mayor parte de sus convenios. Si las fuerzas por las cuales se producen estos efectos no dejan de obrar, aun cuando las contrareste la auto-

ridad pública, es claro que tampoco deben cesar aun cuando las favorezca. La accion de las leyes morales se estiende pues tanto como la de la autoridad pública; pero aun cuando esta pueda esplayarse en estremo, nunca aventaja á la accion de las leyes morales. Hay un sin número de hechos que la autoridad pública no tiene medio alguno de hacer ejecutar; y otro número hay no menos crecido que en balde quisiera impedir.

Para que los hechos resulten del impulso de la autoridad pública, no basta que se hallen prescritos en un libro de leyes; necesítase además que aquella pujanza pueda producir todos los tales hechos en cuantos casos deben verificarse. Algunos gobiernos han tratado de reglamentar, por ejemplo, las relaciones que median entre el marido y la mujer, entre los padres y los hijos, diciendo que la mujer debe obedecer al marido, y este protejer á su mujer. La práctica de estas máximas y otras semejantes puede ser resultado de los móviles morales; mas no cabria proceder á impulsos de la autoridad pública. Nadie, con efecto, sabria deslindar hechos individuales que constituyen la obediencia ó la proteccion, como ni tampoco el momento en que se debe ejecutar cada uno de aquellos hechos. Ahora bien; puesto que la autoridad pública no puede ejercer empuje alguno, es claro que los hechos deben resultar de móviles diferentes de los suyos.

Las fuerzas naturales regulan cada uno de los movimientos que hacemos, y nos gobiernan aun cuando creemos deber mantenernos inactivos. Los empujes artificiales no regulan mas que un corto número de nuestras acciones; y solo obran con largos intermedios. En un estado civilizado, un hombre llega á veces al término de una larga carrera, sin que una sola vez le hayan incitado aquellos móviles. Pero aun cuando las fuerzas naturales



sean muy poderosas, sobre todo en una civilizacion descollante, no cabe su empuje en todos los casos, y en todos los miembros de la sociedad, con igual pujanza. La cuestion se cifra en saber cuáles son las acciones que requieren el empuje artificial para verificarse ó contrarestarse. Estas acciones solo pertenecen al dominio del gobierno; las demás quedan bajo el imperio esclusivo de los conatos naturales.

Hemos visto al principio de este capítulo que hay acciones útiles que el hombre ejecuta, y acciones perniciosas de las cuales se reporta, sin mas freno que el de sus propios impulsos, ó el daño ú beneficio que á él mismo le resultan. Si escudriñamos las acciones de esta clase, verémos que las encabezan cuantas le constituyen objeto y ajente; mientras una persona no obra mas que sobre sí misma ó sobre las entidades que le pertenecen, poco temibles son los abusos de poder por su parte. Si se gobierna acertadamente, halla la recompensa en las ventajas que le resultan; si se descamina, sobre ella recaen desde luego los castigos. Es cierto que casi no puede dañarse á sí mismo, sin dañar al propio tiempo á los demás; disminuyendo su capacidad ó mal parando sus haberes, priva á muchos de sus semejantes de los servicios que les debia, ó que podian esperar de ella. Pero á un tiempo se priva ella misma de los servicios que podia esperanzar de aquellos, y el daño que se causa y que se concentra particularmente en ella, es una pena represiva bastante fuerte para contenerla, si tiene el necesario conocimiento para ver las consecuencias de su conducta.

Cuando un hombre, en vez de obrar sobre sí ó sobre las entidades que le pertenecen, se estrella con sus hijos ó sus entidades, el bien y el mal resultantes de sus acciones pueden percibirse por ellos antes que por él, encarnán-

doles mas intensamente que á él mismo; en jeneral, un padre padece cuando castiga á sus hijos, y logra un deleite cuando les proporciona algun goce. Sin embargo, no es imposible que, en el caso de castigo, el dolor del hijo sea mas agudo é inmediato que el del padre, y que suceda lo mismo en punto á la recompensa. Así vemos que los gobiernos que no han creido necesario acotar la potestad que tiene el hombre sobre sí mismo y sus propiedades, han juzgado que no era de mas ceñir el poder de los padres sobre los hijos y las entidades que á estos pertenecen. No todos, sin embargo, han creido en esta necesidad; al contrario, hay muchos que no han supuesto mas aventurado dejar sin coto el poder de un padre sobre sus hijos, que el que tiene sobre su propia persona. Nunca han resultado de este poder inconvenientes muy graves, á lo menos en los paises donde los arranques naturales del hombre no han fallecido con la esclavitud doméstica, por el despotismo, ó por alguna relijion desatinada. La razon consiste en que el hombre está poco menos afecto á la conservacion de su posteridad que á la suya propia, estándolo algunas veces todavía mas por efecto de un impulso que ha infundido naturaleza á la mayor parte de los vivientes, y sin el cual no se conservarian. Un hombre que ve á sus hijos esperimentando un placer ó un quebranto, no siente la misma clase de pena ó de placer; mas sus afectos morales se coordinan por bien ó por mal. Ahora bien, puesto que nuestras facultades morales, y particularmente nuestros afectos de simpatía, son una parte tan esencial de nosotros mismos como nuestras facultades físicas, la misma potestad que resguarda una persona contra sus inclinaciones aviesas, defiende á sus hijos de los abusos de su poder: las mismas razones que le determinan á zelar sus intereses,



obran con no menor pujanza en favor de los de sus descendientes (1).

Pero cuando un hombre, en vez de obrar sobre sí mismo ú sobre sus hijos, ejerce su accion sobre otros miembros de la sociedad, causa en ellos un efecto que no es de la misma naturaleza que el sentido por él. Si se entrega á una venganza, si arrebata propiedades, puede percibir, á lo menos en el acto, cierto deleite, al paso que causa desazon á otros. Si satisface una deuda, si cumple un empeño, puede esperimentar un sinsabor, mientras que la persona con la cual se desquita, esperimenta un placer. Así, aun cuando las acciones que ejerce un hombre sobre sí mismo, y á veces sobre sus hijos, para estar bien reguladas, pueden abandonarse á su propia direccion, no sucede lo mismo cuando obra sobre otras personas. En este caso conviene que las fuerzas de que dispone la autoridad pública puedan obligarle, cuando convenga, á ejecutar ciertos hechos, ó á abstenerse de determinadas acciones. Aquí ocurre un problema cuya solucion ofrece notables dificultades: ¿es bueno que se emplee siempre la fuerza? ¿Conviene usarla para enfrenar toda propension perjudicial y fomentar las provechosas?

Si observamos atentamente á todos los hombres, verémos que no hay uno en quien dejen de residir dos especies de inclinaciones: las unas buenas ó virtuosas, y las otras malas ó viciosas. El hombre que tenemos por mas apreciable no es aquel cuyas inclinaciones propenden al par hácia el bien, pues en este sentido no podríamos apreciar á nadie, sino aquel cuyas acendradas inclinaciones son

(1) La identidad se hallaba tan bien establecida á los ojos de los jurisconsultos romanos, que la familia entera no formaba en cierto modo mas que una persona cuya voluntad residia en el padre. Si este moria, sus hijos eran considerados como una continuacion del mismo.

siempre mas eficaces que las aviesas. Así tambien, el que nos infunde mas desprecio ú aversion, no es aquel que solo tiene inclinaciones viciosas, pues no es posible la existencia de semejante individuo, sino aquel cuyas torcidas inclinaciones preponderan habitualmente á las rectas. El grado de aprecio que dispensamos á tal hombre está pues en razon de la debilidad de las inclinaciones aciagas que tiene, y de la pujanza de sus inclinaciones virtuosas. El grado de aversion que nos acarrea tal otro, al contrario, está en razon de la pujanza de sus inclinaciones viciosas, y de la debilidad de las buenas. Todos los bienes y todos los males que resultan de los actos humanos, resultan de una ú otra de aquellas dos clases de inclinaciones (1).

Ningun gobierno se conoce que haya creido jamás que debia emplearse su accion en fomentar todas las buenas

(1) Es harto comun en los sofistas aprovecharse de la existencia de estas dos especies de inclinaciones para recomendar grandes malhechores al aprecio público, ú para ajar á los prohombres de la humanidad. Si en un tirano ú algunos de sus satélites asoma allá algun albor de beneficencia, si despues de haber sumido en el luto y la desolacion á poblaciones enteras, dan algunas leves muestras de afecto á un corto número de personas á quienes olvidan un instante despues; si tras haber reducido naciones enteras á la mas intolerable esclavitud, conceden algun viso de ensanche á alguno de sus esclavos; olvídanse todos los crímenes presentes y pasados para no ofrecer á los ojos de los pueblos mas que estos actos de una benevolencia estraordinaria. Si, por otra parte, un hombre que ha prestado eminentes servicios á la humanidad, que ha difundido luces inmensas á su siglo, ó cuya vida se ha señalado con incalculables beneficios, tiene la desgracia de manifestar un momento de debilidad, impaciencia ó mal humor, basta esto para ajar todo el bien que hizo. Sincéranse los crímenes de los primeros por la suposicion de buenas intenciones que no tuvieron; y repruébanse las acciones esclarecidas de los segundos, achacándolas á torpes motivos que desconocieron.





inclinaciones del hombre ó en reprimir todas sus propensiones viciosas. Uno puede formar la resolucion de portarse bien, ó de dar una educacion atinada á sus hijos; mas si no tiene la fuerza de ejecutar lo que ha resuelto, no encontrará fuera de sí arrimo para el desempeño de su intento. Así tambien, si sus inclinaciones le llevan á la pereza, á la destemplanza, á la avaricia ú á otras acciones aciagas, sus acciones torpes tampoco quedarán enfrenadas por la fuerza de la autoridad pública. Tampoco enfrenará esta pujanza su vanagloria, su orgullo, ó su indiscrecion, por mas que tales vicios puedan causarle varios perjuicios, y sean en algun modo ofensivos á muchos miembros de la sociedad.

Varios pueblos han tratado, no obstante, de fortalecer las inclinaciones virtuosas y contrarestar las viciosas con la fuerza de la autoridad pública. No otro era, entre los Romanos, el objeto de la censura. « Un censor, dice Plutarco, debe informarse de la vida de cada cual, y reformar sus costumbres; porque los Romanos han creido que no convenia que cada cual fuese árbitro de casarse, procrear hijos, vivir privadamente en su casa, ni celebrar banquetes y festines á su capricho, sin zozobra de reconvencion (1). » Este réjimen podia ser tolerable para un pueblo militar que necesitaba estar sujeto á la disciplina y arbitrariedad de los campamentos hasta en lo interior de la vida casera; mas hubiera sido tan inútil como insufrible para un pueblo industrioso y civilizado. El efecto que causó en las costumbres fué completamente nulo, por cuanto es dudoso que haya habido jamás pueblo tan vicioso como el romano. Tambien en balde han sido las tentativas hechas en las naciones modernas para reformar las costumbres mediante la accion directa de la autoridad pública: las penas,

(1) Vida de M. Caton.

á veces escesivas, señaladas contra ciertas acciones viciosas, y los reglamentos por medio de los cuales se han querido poner límites á los gastos privados, no han producido ningun bien, y ha sido preciso anticuarlos.

Si se desentrañan las causas que han hecho desentenderse del sostenimiento de todas las inclinaciones virtuosas y de la represion de todos los actos maléficos, se verá desde luego que en jeneral ha sido por la imposibilidad del buen éxito; y veráse, en segundo lugar, que la suma de mal producida por semejante accion siempre ha escedido á la de bien.

Siempre que la accion ó la inaccion de un hombre no se estiende mas allá de sí mismo, no hay medio de alcanzarle, porque no le hay de convencerle. Seria necesario impedir que nadie pudiese encontrarse aislado, ó crear tantos vijilantes como individuos. Y poco menos dificil es tambien reprimir las acciones de mancomun entre dos personas, cuando un tercero no tiene que ver sino en razon de los males que se causan á sí mismas. Las acciones que se verifican en lo interior de las familias, están tambien fuera del alcance de los majistrados, á menos que dejen en pos suyo señales por medio de las cuales puedan ser evidentemente conocidas, tales como violencias graves (1).

La accion que ejerce un hombre sobre sus entidades es

(1) En Inglaterra las leyes señalan tambien penas contra el suicidio; pero los jurados evaden siempre su aplicacion por medio de una mentira: en todos los casos declaran que la muerte fué resultado de una demencia, *insanity*. Bajo el gobierno imperial hemos visto en Francia decretos que castigaban la mutilacion de si mismo y la espatriacion: esta era una consecuencia de la esclavitud. Un gobierno queda juzgado, cuando sus súbditos creen no poder conservarse sino mediante la fuga ó el sacrificio de sus miembros.



en ciertos casos mas fácil de escudriñar que la que ejerce sobre sí mismo. Así, en los mismos paises donde se ha orillado la represion de ciertas acciones viciosas por la fuerza pública, se ha creido que no era imposible impedir que un hombre consumiese sus bienes en locos gastos. Hay entre nosotros leyes que conminan la interdiccion á los pródigos, que les prohiben contraer deudas ó enajenar ciertas propiedades; pero si nos tomamos la molestia de desentrañar cuales son los efectos reales de aquellas pretendidas leyes, nos convencerémos de que son completamente nulos. Si un hombre, que no esté loco, y que sea libre de sus bienes, ha resuelto arruinarse, es tan imposible evitarlo, como el impedir el suicidio, cuando se quiere y se puede. Las penas dictadas contra el suicidio no son tampoco ya temibles cuando se ha incurrido en ellas; sucede lo mismo que con las que se ha pretendido poner límites á la prodigalidad; cuando llega el majistrado, ya está consumado el daño, y á la accion de la autoridad ni siquiera le queda la ventaja de poder arredrar.

Los actos de los gobiernos que han querido conseguir, mediante el uso de la fuerza pública, lo que solo puede lograr la prepotencia de las costumbres, han sido juzgados por las mismas reglas que todos los hábitos y actos humanos: han sido desaprobados siempre que se ha visto que la suma de males escedia á la de bienes, habida razon de la trascendencia, duracion, certeza y proximidad de unos y otros, y sobre todo del número de individuos interesados.

De aquí resulta que hay males cuya destruccion es en balde esperar del uso de la fuerza, y bienes que tampoco se pueden producir por tal medio. Hay actos ó hábitos perniciosos que es forzoso tolerar, como no se quiera causar un mal mayor que el resultante de aquellos; y por

otra parte hay actos ó hábitos virtuosos que no se pueden exijir con el uso de la fuerza, á menos de consentir en perder bienes mayores que cuantos es asequible alcanzar por aquel medio.

He dicho anteriormente que la accion de las leyes naturales se estiende mucho mas que la de la autoridad pública. De aquí se ha sacado la consecuencia que el punto desde el cual no puede ya ejercerse la accion del gobierno, sin causar mas mal que bien, es el punto que separa la lejislacion de la moral. Esto puede ser positivo, cuando no se mira en la lejislacion mas que el arte de aplicar la accion de la autoridad pública á los hombres ó á las entidades; considerada empero la lejislacion como una ciencia, no es posible separarla del conocimiento de las leyes inherentes á nuestra naturaleza, y que obran cuando deja ya de percibirse la accion del gobierno.

## CAPITULO XVI.

*Accion de algunas de las leyes inherentes á nuestra naturaleza, y condiciones de su eficacia.*

Hemos dividido los hábitos humanos en dos clases: unos favorables á la humanidad, y otros adversos: hemos visto que la accion de la autoridad pública puede aplicarse á promover cierto número de los primeros como de los segundos; y hemos visto por fin que hay acciones útiles al linaje humano, que la autoridad pública no puede mandar, y acciones funestas que no le es dado reprimir, sin causar mas daño que utilidad. Estas últimas se sustraen á la autoridad de los gobiernos, y entran en el dominio de la moral.

El hábito del trabajo, por ejemplo, es uno de los mas útiles al linaje humano, y otra de las principales causas de nuestros progresos. El hábito de la ociosidad, al contrario, es esencialmente aciago; si este sobrepujase al primero, decayeran rápidamente los estados mas florecientes. Sin embargo, un gobierno no puede ejercer accion alguna directa sobre los ciudadanos para obligarles á trabajar: si quisiese hacerlo, imponiendo penas, se veria precisado á tratarles como esclavos; si quisiese estimularles con recompensas, no podria dar mas que lo que ya

hubiera tomado; el desaliento que causara por una parte seria mayor que el fomento que diese por otra; y además fuérale imposible lograr una medida exacta de valoracion, tanto para los premios como para los castigos.

Si el mal que resulta de una accion funesta recayese inmediatamente en el causante, y se concentrase por entero en él, poco tendríamos que discurrir; pronto le recordara su deber el instinto de cada cual de mirar por su conservacion. Tambien fuera ocioso escudriñar las acciones causadoras de bien, si el efecto siguiese de un modo inmediato á la causa, y se concentrase aquel por entero en el autor de la accion. Tan poco necesario ha sido hacer leyes para obligar á los hombres á que tomen alimentos sanos y gratos al paladar, como para impedirles que se arranquen los ojos.

Pero no todos los malos efectos de un mal hábito se dejan sentir de un modo inmediato, ni recaen esclusivamente en el individuo que lo ha contraido. Las acciones llamadas viciosas, al contrario, son jeneralmente subseguidas de un placer inmediato para el que las comete, y el mal remoto se reparte además entre otras personas. Así tambien, no todos los buenos efectos de un hábito útil se sienten en el mismo instante de contraerlo, ni son únicamente sentidos por el que lo contrae. Al contrario, los resultados útiles de las acciones ó de los hábitos llamados virtuosos son, ó remotos, ó esperimentados por personas diferentes de las que los contrajeron.

Supongamos un hombre que posea cierto capital mas ó menos considerable empleado en una empresa industrial, y lo invierta en necios gastos: ¿en quiénes recaerán las funestas consecuencias de sus vicios? — Primero en él; en segundo lugar, en su esposa, hijos y demás familia, y estas consecuencias serán en parte de la misma naturaleza



que las que él esperimentará: en tercer lugar, en las diversas clases de la poblacion que hallaban, en el capital disipado, un medio de ejercer su industria y ganar por lo mismo su sustento; y por último recaerán en todas las personas que encontraban en los productos del mismo capital el medio de cambiar los suyos y de satisfacer sus necesidades.

Los buenos efectos de un hábito virtuoso se reparten entre los miembros de la sociedad, del mismo modo que los malos efectos de un hábito vicioso. El hombre, por ejemplo, que, con su trabajo y economía, logra formarse un capital que dedica á la produccion, causa efectos diametralmente opuestos á los que he advertido en el caso anterior. Si al principio esperimenta privaciones y fatigas, los buenos efectos resultantes de su conducta son mas adelante sentidos por él mismo, por su familia, por las varias clases de la sociedad á las cuales proporciona el medio de ejercer su industria, y por las personas á quienes da sus productos en cambio de los que de ellas recibe.

Los mismos resultados encontraríamos si analizásemos cualquier otro hábito virtuoso ú vicioso, aun de aquellos cuyos efectos al parecer mas se limitan á las personas que los han contraido. Un hombre, por ejemplo, dedica la mitad de su vida al estudio de las leyes de su pais, y llega á ser un hábil jurisconsulto ó un buen majistrado; es claro que no podrá ser útil á sí mismo y á su familia, sino en razon de la utilidad que prestará á los demás. Podrá disfrutar suma consideracion, y tal vez adquirir una fortuna inmensa, pero esto solo se verificará mediante una permuta de servicios; constituyéndose consejero ú guía de los que no tengan bastantes conocimientos para dirijir sus negocios; administrando la justicia con imparcialidad

y presteza, é inspirando de este modo seguridad á una porcion mas ó menos considerable de miembros de la sociedad.

Si, en lugar de un hombre que con sus tareas é integridad ha conseguido hacerse útil á sí mismo, á su familia y á un número mayor ó menor de conciudadanos, suponemos otro que, despues de haber adquirido dilatados conocimientos, contrae hábitos viciosos, llegarémos á un resultado opuesto. Un médico, por ejemplo, que contrajese el hábito de la destemplanza, no solo se perjudicaria á sí mismo y á su familia, sino á todos aquellos que necesitasen de su auxilio, y á sus interesados.

Todos los vicios, sea cual fuere su naturaleza, producen para los viciosos una mezcla de placeres y de penas, aunque la suma de estas es mayor que la de aquellos; pero al mismo tiempo causan á un número mas ó menos considerable de personas una gran cantidad de males que no están compensados por ninguna especie de bienes. Una mujer que falta á ciertos deberes de su sexo, puede hallar en algunas fruiciones volanderas una compensacion de las miserias á que se espone; pero el oprobio y sentimiento que sufren el marido, los padres, los hermanos, las hermanas, y los temores que en las familias infunde aquel suceso, son males que no traen consigo ninguna mezcla de bienes.

Todos los hábitos virtuosos producen igualmente, para los que los han contraido, una mezcla de bienes y de males; pero al mismo tiempo causan á otras personas cierta cantidad de bienes sin mezcla de mal alguno. Una madre de familias que dedica la mayor parte de su vida al cuidado de la casa y á la educacion de sus hijos, se sujeta á penas colmadamente resarcidas por los goces resultantes. Los beneficios que de su conducta reportan el



marido, los hijos, los deudos y las personas á quienes sirve de ejemplo su conducta, son bienes de que disfrutan sin que les cuesten el menor sacrificio.

La conducta buena ó mala de cada persona influye, pues, en bien ó en mal en la suerte de un sinnúmero de otras personas. Hemos visto sin embargo que la accion de la autoridad pública no puede ser útilmente empleada para atajar todas las inclinaciones funestas de los hombres, ó para dar predominio á sus tendencias provechosas. De consiguiente, para reprimir los hábitos viciosos, ó fortalecer los virtuosos, no quedan mas que las fuerzas inherentes á la naturaleza humana, y que resultan de nuestra organizacion. Pero, ¿en qué consisten estas fuerzas? ¿cuáles son los medios que pueden hacerlas triunfar, ó que tienden á paralizarlas? He aquí una de las cuestiones mas importantes de lejislacion y de moral.

Un vicio, decimos, causa males á un gran número de personas; pero la parte mayor recae en el causante; y esta es la pena represiva establecida por el mismo autor de nuestra naturaleza. Una virtud causa bienes á un número mas ó menos considerable de personas; pero la porcion mayor toca jeneralmente al mismo virtuoso; y esta es la recompensa por cuyo medio se producen las acciones virtuosas. Estamos pues afianzados contra las aciagas consecuencias de los vicios de otro, no por la accion de la autoridad pública, sino por los castigos que la misma naturaleza impone á los vicios: una persona no puede dañarnos con un hábito vicioso, sin dañarse al mismo tiempo á sí propia; y esta es nuestra única proteccion. Las ventajas que nos resultan de los buenos hábitos de los demás tampoco nos están garantidas por la fuerza del gobierno, sino por los bienes que de los mismos hábitos reportan los que los han contraido y sus allegados.

Las penas que causa un vicio al vicioso, y que podemos asemejar á los castigos que imponen los tribunales para la represion de los crímenes, son de diversas clases, y varian como los vicios de que resultan; pero afectan siempre al individuo en sus órganos físicos, en sus facultades intelectuales, ó en sus afectos morales. Si un vicio causa la miseria, como la pasion del juego, la destemplanza, la prodigalidad, y á veces tambien la pereza, es harto comun ver que el individuo que tales vicios tiene, es afectado por las penas consiguientes, en todas las partes de su sér; sufre dolores físicos por la imposibilidad en que se halla de satisfacer sus necesidades, ó por las enfermedades que ha contraido; y sufre dolores morales por el espectáculo de los quebrantos con que agovia á su familia, por la decadencia en que la ve sumida, por el desprecio ú el odio que á todo el mundo inspira, y finalmente, resiéntense sus facultades intelectuales por la mengua de su intelijencia ó por la imposibilidad de cultivarla.

Vicios hay que ningun mal físico inmediato causan á los que á ellos se entregan: tales son la ambicion, el orgullo, la perfidia, la venganza, la crueldad y algunos otros. Las penas resultantes de estos vicios, para los que los han contraido, son todas morales; si las producen físicas, como á menudo sucede, nunca son inmediatas: en tal caso, los males físicos son enjendrados por las penas morales.

Acerca de los hábitos virtuosos podemos hacer iguales reflexiones que las que acabamos de emitir sobre los viciosos. Hay muchos cuyos buenos efectos alcanzan á las personas que los han contraido, en sus órganos físicos, en sus afecciones morales y en sus facultades intelectuales. De este número son los que multiplican ó conservan para los hombres los medios de subsistencia, como el trabajo, la economía, el amor al órden y la templanza. Hay otros



que no producen inmediatamente para los que los contraen mas que goces morales, como la benevolencia, la jenerosidad, la sinceridad y algunos otros.

Puesto que las penas de varias clases que causa un vicio á la persona que lo ha contraido forman la única garantía que tenemos contra la existencia del mismo, y puesto que los placeres que produce un hábito virtuoso para quien lo ha contraido, forman igualmente la sola garantía que tenemos de la existencia y duracion de tales hábitos; resulta que el medio mas seguro, tanto de disminuir el número de las acciones viciosas, como de aumentar el de las virtuosas, es no turbar con medios artificiales la accion de las leyes de la naturaleza, dejando que cada cual cargue con las consecuencias buenas y malas de su conducta.

Las penas ó recompensas que son consecuencia natural de cada una de nuestras acciones, no son eficaces sino en cuanto reunen las condiciones exijidas para la eficacia de las recompensas y penas distribuidas por la autoridad de los gobiernos. Es menester que sean públicas, para que nadie obre ó se abstenga de obrar por ignorancia: ciertas, para que nadie contraiga un vicio con la esperanza de evitar su castigo, ó se abstenga de una accion virtuosa con el temor de no percibir sus frutos; y por último, proporcionadas á la gravedad del vicio ú á la grandeza de la virtud, á fin de que el hombre no se sienta arrastrado por los goces concomitantes de un hábito vicioso, ú contenido por las penas ó los sacrificios que exije una buena accion.

Las penas que causa el vicio al vicioso, y las ventajas que resultan de una conducta virtuosa para el que la sigue, pueden hacerse públicas de dos modos. Pueden serlo, primero, por la enseñanza de la moral, que da á conocer

la naturaleza, las causas y las consecuencias de las acciones humanas, viniendo á ser, si así puedo espresarme, la promulgacion de la ley. Cuando un tribunal ha impuesto una pena á un individuo reo de una mala accion, la sentencia se ejecuta en medio del dia y en público. Trátase de protejer á la sociedad contra nuevos crímenes, conteniendo por medio del temor de los castigos á los que intentasen cometerlos. Para dar igual eficacia á las leyes de nuestra naturaleza, seria menester, si posible fuese, que su infractor padeciera la pena á la vista de cuantos pudiesen estar propensos á seguir su ejemplo. Cuando un gobierno quiere multiplicar cierta clase de acciones, las recompensa públicamente; quiere que cada cual perciba con la posible exactitud la conexion que media entre la recompensa y la accion por cuyo medio se ha alcanzado. No de otro modo necesitarian los hombres ver la relacion que existe entre los hábitos virtuosos y las consecuencias que de ellos subsiguen á los que los practican.

La certeza de las penas es una condicion no menos forzosa para su eficacia que la publicidad. Con efecto, lo que aumenta el número de los delitos no es la debilidad de las penas, sino la incertidumbre de su aplicacion. En todos los paises, casi todos los hombres temen por igual la cárcel, la cadena y la muerte; pero no en todos vemos reinar la misma certeza en punto á la aplicacion de aquellas penas. El malhechor mas arrojado no ejecutaria un robo en presencia de testigos y bajo la mano de la fuerza pública. Para determinarse á asaltar la propiedad ajena, necesita persuadirse de que no será descubierto, ó que no podrá ser convicto, ó que tendrá medios de sustraerse al castigo. Los que infrinjen las leyes de la moral calculan del mismo modo, quebrántanlas tan solo porque no conocen los castigos, ó los gradúan de inciertos. La ignorancia ó la in-



certidumbre de las recompensas producen un efecto análogo respecto de los hábitos virtuosos: no se arrostra una pena cuyo fruto no se está seguro de alcanzar, ya sea en provecho propio, ya en el de sus allegados.

# CAPITULO XVII.

*De qué modo turban la accion de las leyes inherentes á nuestra naturaleza ciertas instituciones llamadas de* BENEFICENCIA.

La proporcion entre la gravedad de los vicios y la penas que enjendran para las personas que los han contraido, ó entre la grandeza de las virtudes y los provechos que causan, ha sido señalada por la misma naturaleza; pero dicha proporcion se halla á menudo alterada por la ignorancia y los falsos cálculos de los gobiernos ó de los pueblos. Las penas que causa un vicio al vicioso, y las ventajas de un buen hábito para el que lo ha contraido, no pueden ser eficaces, sino en cuanto las primeras esceden á las fruiciones que indujeron á entregarse al vicio, y las segundas á los sacrificios que cuestan. Pero como los efectos remotos de una accion son siempre mas inciertos que los concomitantes ó inmediatos, las penas destinadas por la naturaleza á reprimir el vicio, y los galardones con que recompensa la virtud, no pueden ser eficaces sino sobrepujando en duracion é intensidad á lo que tal vez les falte en certeza.

La naturaleza no deja á los pueblos mas que la eleccion

de los males: si quieren guardarse de los que resultan de los delitos ó crímenes, es menester que dejen obrar á los que constituyen la represion; es necesario que establezcan tribunales, enjuiciamientos y cárceles; es indispensable por fin que concedan á un corto número de hombres la facultad de perseguir, arrestar y encarcelar á los que crean reos. De aquí resultan muchos padecimientos, no solo para los criminales perseguidos y convictos, para sus parientes y amigos, sino tambien para los inocentes acusados ó condenados, y para los que temen serlo. Si algun dia quisiese un pueblo librarse de todos los males de esta especie, no habria otro arbitrio que sujetarse á todos los males infinitamente mas graves, que son la consecuencia natural de un latrocinio desenfrenado.

En una posicion exactamente igual se hallan los pueblos respecto de los hábitos viciosos; es neeesario que escojan entre dos clases de males; es menester que dejen á las penas físicas, morales ó intelectuales, destinadas por la naturaleza á la represion del vicio, y que recaen sobre el vicioso, la publicidad, la certeza, duracion y enerjía que les son propias, ó que sufran la multiplicacion de los males que causa el vicio aun á los mismos inocentes; si no quieren el mal de la represion, es indispensable que se sujeten al de la impunidad. Un hábito vicioso causa placeres y penas al que lo ha contraido; y á otras muchas personas les causa penas sin mezcla alguna de placeres. Cercénense los quebrantos que enjendra para el hombre vicioso, y no le quedarán mas que placeres; este hombre, por consiguiente, ya no conocerá freno, y las demás personas á quienes sean aciagos sus vicios, se hallarán indefensas. Se encontrarán relativamente á él en una posicion todavía mas desventajosa de la que tendrian los miembros de la sociedad respecto de los malhechores puestos fuera del



alcance de la justicia; por cuanto es dable resistir los ataques de un facineroso, pero no hay arbitrio de impedir que un individuo se entregue á un hábito vicioso.

Un vicio causa naturalmente al que lo ha contraido diversas penas físicas, como las que resultan de la miseria; produce además penas morales, como el menosprecio, el desamparo, la antipatía, el disgusto de ver decaer ó estinguirse su estirpe; produce finalmente la incapacidad intelectual y los males que la acompañan. Ahora bien, todo acto por el cual un particular, una sociedad ó un gobierno disminuyen la publicidad, la intensidad, la duracion ó la certeza de alguna de dichas penas, es un ataque á las buenas costumbres. Semejante acto tiene por efecto enflaquecer la única garantía con que cuenta cada uno de los miembros de la sociedad contra los vicios de otro. Obra, en órden á los hábitos viciosos, como obraria, respecto de las acciones reprimidas por la autoridad pública, la existencia de una asociacion que por humanidad se impusiese el deber de descerrajar las puertas de las cárceles. Algunos ejemplos harán mas palpable esta verdad.

Ningun vicio mas funesto para una mujer, ni mas humillante para su familia, que el que la lleva á la prostitucion. Este vicio causa en la prostituta cierto número de placeres, pero tambien muchísimos quebrantos, como la certeza del menosprecio y del desamparo, la estincion de todo afecto moral acendrado, la espulsion de toda sociedad que se aprecia en algo, la dificultad y casi imposibilidad de educar á sus hijos, la privacion de los socorros y del apoyo de su padre, la miseria y los padecimientos inseparables de semejante estado, el desprecio y los malos tratamientos de los únicos individuos con quienes puede estar relacionada, enfermedades vergonzosas que á menudo se vuelven mortales, la perspectiva de tener que mi-

rar á sus hijos en el mas humilde escalon de la jerarquía social, y una vejez, si es que llegue á vieja, que termina en la mas espantosa miseria y en la mas vil ocupacion.

Tal es la suerte desventurada aneja á esta clase de vicio para la persona que lo contrae; suerte espantosa, pero que corresponde debidamente á la represion del vicio, si atendemos al poder de la seduccion, á la facilidad con que se encuentran al principio los medios de subsistencia, á la dispensacion de toda clase de trabajo, y hasta de toda sujecion, á la distancia á que, al parecer, se hallan los quebrantos, y por consiguiente, á su aparente incertidumbre.

Las penas que recaen en los ancianos padres son menos graves; pero son males que se sienten desde luego, y sin mezcla de bien, como la vergüenza, el abandono, las esperanzas fallidas. Una parte de estos males se estiende á los hermanos, á las hermanas, y á otros miembros de la familia, pudiendo alcanzar hasta á familias estrañas, por el influjo ú por el solo temor del ejemplo. Y no quiero hablar de las varias especies de males que puede directamente producir, por sus relaciones, el individuo de quien se trata, á las personas á quienes tal vez arrastre al vicio con sus consejos ó con sus seducciones.

Supongamos ahora que un pueblo que no ha sabido precaver, mediante una educacion acertada, el hábito de la prostitucion, y que está convencido de la impotencia de las leyes penales, quiera sin embargo desarraigar de cuajo aquel vicio: ¿qué medios deben naturalmente ocurrirle? No hay mas que dos: el uno disminuir, ó destruir, si posible fuese, los goces anejos á dicho vicio; y el otro dar á las penas, que son su consecuencia natural para el vicioso, todo el grado de publicidad, proximidad, certeza y duracion de que son capaces. Siendo impracticable el primer medio, no queda mas que el segundo; pero, ¿cómo se



pondrá en planta? No turbando el órden de la naturaleza, abandonando á sí mismas las personas viciosas, y mostrando á las demás lo que fué de ellas.

Mas si se forma en el regazo de una poblacion una sociedad que tienda á disminuir el número de los quebrantos que enjendra aquel vicio para los que del mismo adolecen, ó para su posteridad, y que establezca á sus costas casas donde ofrece acojer grátis á todas las mujeres que quieran ir á parir en ellas, ensánchase entonces mucho mas la senda del vicio; y disminúyense sus penalidades, no para las personas inocentes, sino para las viciosas, sin disminuir en nada los atractivos que para ellas tiene el vicio.

Si se presenta en seguida otra sociedad que se encarga de acojer, criar y mantener á sus espensas á todas las criaturas ilejítimas que pudieran servir de estorbo á sus madres, y de las cuales no quiere cuidar su respectivo padre, allánase aun mas la carrera de la prostitucion. Los quebrantos que causa este vicio á las personas que no lo han contraido, serán los mismos; é idénticos serán los placeres para las viciosas; mas para estas, los males decrecerán en proporcion inmensa. Las zozobras, las incomodidades, y á veces las dolencias inseparables de la maternidad, tan penosas hasta para las familias acomodadas, desaparecerán completamente; la prostituta no tendrá necesidad de suspender el curso de sus malos hábitos. Y no hablo de la suerte de las criaturas; mas adelante verémos cuán corto es el bien que se alcanza en este punto en comparacion de los males que ocasiona.

Si se presenta una tercera sociedad que establezca una casa para admitir y tratar á sus espensas á las personas que, por haberse entregado á hábitos viciosos, han contraido enfermedades peligrosas, mengua aun mas la pena del vicio, no para las personas que la sufren sin ser viciosas,

sino para la persona que sola gozó de sus placeres; los logros que arrastran al vicio conservan todo su atractivo, perdiendo el freno los quebrantos que pueden atajarlo.

Por último, si se forma una cuarta sociedad que se proponga poner las personas empeñadas en una carrera viciosa al abrigo de las aciagas consecuencias que traen consigo el desprecio y el desamparo, que ofrezca un asilo á las prostitutas, bajo el nombre de arrepentidas; que les suministre alimentos y vestidos cuando se fastidian de su infame oficio; que trate de reintegrarlas en la estimacion que perdieron, restituyéndolas á la sociedad de la cual fueron escluidas, las funestas consecuencias del vicio son siempre las mismas para las personas inocentes, y desvanécense al parecer para las culpadas; y como la minoracion de las penas no produce mengua en los goces, casi deja de haber motivo para que en ciertas clases no se multiplique el vicio al infinito (1).

A fines de 1824, se estableció en cierta ciudad de Inglaterra una sociedad de treinta á cuarenta individuos, con el objeto de pagar, en comun, los gastos en que incurriese cada uno de los socios para el mantenimiento de los hijos bastardos cuya paternidad les atribuyese la justicia. Esta sociedad, que tenia su presidente, tesorero y secretario, fué denunciada á la opinion pública por los periódicos, como dirijida á fomentar abiertamente el vicio. Conminósela con publicar el nombre de cada uno de los miembros que la componian, si no se disolvia (2).

Es imposible, con efecto, desconocer que tal sociedad era un aliciente para el vicio; ¿y cómo? reduciendo á cor-

(1) Una ley de Justiniano queria que las prostitutas vueltas á la virtud se considerasen como si nunca hubiesen delinquido. — *Cod.* lib. 5, tit. 4, l. 3.

(2) *The Times*, 31 de diciembre de 1824.



tos quebrados una de las penas que las leyes concentran en el solo individuo culpable. Si la declaracion de paternidad, por ejemplo, es seguida de la obligacion de pagar anualmente una cantidad de trescientos francos, la asociacion, suponiéndola compuesta no mas que de treinta personas, la reduce á diez para el culpado. El temor de tener que pagar anualmente trescientos francos hubiera podido poner un freno á sus pasiones; y el temor de tener que pagar diez, será casi nulo ú sin influjo. Es cierto que si bien recaerá en él solo la trijésima parte de la pena en que haya incurrido, tambien cargará con la trijésima en que incurra cada uno de los asociados. Si tiene que pagar diez francos por su cuenta, pagará doscientos noventa por la de los otros; mas esta última parte de la pena, aunque de mayor cuantía, no influirá en su conducta, por cuanto no será una consecuencia de la misma.

Esta sociedad, á todas luces inmoral, puesto que reducia á una trijésima parte, para el reo, una de las principales penas que tienden á atajar sus vicios, haciendo recaer en otros individuos los veinte y nueve trijésimos restantes, era sin embargo menos inmoral en sus efectos que las asociaciones de que antes he hablado, y que existen bajo diversos títulos en todas las ciudades populosas de Europa, y particularmente en Inglaterra. Realmente, supongamos que los miembros de esta sociedad, despues de haber convenido en que se repartirian entre sí las condenas en que cada uno de ellos individualmente incurriese, hubiesen añadido que suministrarian igualmente en comun á las mujeres seducidas por cada uno de ellos los medios de parir en una casa cómoda: ¿no hubiera sido su asociacion un nuevo estímulo para el vicio? Y ¿no hubiera sido todavía mayor el estímulo, si hubiesen añadido que harian curar á sus espensas y en casas especiales todas las

dolencias causadas por el vicio ; que librarian á las madres de todas las obligaciones de la maternidad, y que costearian los gastos en comun? ¿No hubiera cobrado mas pujanza la seduccion, si hubiesen añadido que establecerian á sus costas un asilo para las mujeres que, despues de haberse entregado con ellos á una vida licenciosa, quisieran volver al regazo de la sociedad, y que no se omitiria medio para proporcionarles una subsistencia decorosa?

Pero, ¿qué diríamos si, despues de haber formado semejante asociacion, se hubiese anunciado públicamente y con toda solemnidad? ¿si se hubiese invitado á tomar suscripciones? ¿si se hubiese dirijido la palabra á las *almas benéficas y caritativas*? ¿si se hubiesen abierto grandiosos establecimientos para plantear tan magníficos proyectos, y que las mujeres de todas clases y condiciones hubiesen podido leer en el frontispicio las ventajas que se les proporcionaban? Los miembros de semejante asociacion hubieran ciertamente sido acusados de corruptores de la moral pública, y condenados por todos los tribunales celosos de entronizar las buenas costumbres. ¿Cuáles son, no obstante, las diferencias que median entre una sociedad tal como la que supongo, y los establecimientos que existen en la mayor parte de las ciudades de Europa? — una sola: en el caso que supongo, los asociados no fomentan mas que sus propios vicios y los de las personas que se avienen á ser cómplices suyos, y á aprovecharse de sus *benéficas instituciones*; el número de las mujeres que pueden ser seducidas está precisamente limitado por el de hombres que pueden seducirlas; y en los establecimientos que realmente existen, el llamamiento al vicio es universal para ambos sexos. No hay duda que estos establecimientos se fundaron con recta intencion; mas ¿qué



vale la intencion del fundador para la bondad ó el perjuicio intrínseco de la fundacion?

Si las instituciones por cuyo medio se espera disminuir para las personas viciosas las penas que únicamente recaen sobre ellas, y que forman el único medio de represion que conocemos, produjesen los efectos deseados, serian esencialmente malas, pues multiplicarian los vicios, fomentándolos; y entre todos los males que se seguirian, solo se suavizara la parte que recayese sobre los viciosos; pero es de advertir que producen el primero de estos efectos sin causar el segundo. Un solo resultado dan seguro; y es hacer inciertas las penas represivas de los vicios, sin quitarles casi nada de su realidad. Obran en el mismo sentido que las loterías; dan esperanzas á todos los que quieren correr algun riesgo; mas para un individuo á quien salven de una ruina completa, causan la pérdida de una infinidad.

Se ha observado que el número de mujeres públicas de Lóndres escede en mucho al de las de Paris, tomando en cuenta la respectiva poblacion. Paris es no obstante la morada de una infinidad de estranjeros ociosos; el número de militares, particularmente oficiales, es muy crecido; en Paris se hallan establecidas todas las grandes escuelas; por último, en ninguna parte de Europa se halla reunido en tan corto espacio un número tan grande de jóvenes ó solteros; al paso que en Lóndres son pocos los estranjeros que concurren para sus negocios; hay pocos militares, y la mayor parte casados, aun los meros soldados; no hay universidad; los padres alejan cuanto pueden de Lóndres á sus hijos; y, á escepcion de los espectáculos, casi no hay reunion pública para los dos sexos. La capital de Francia encierra no obstante un número harto considerable de instituciones propias para alentar el vicio, pero

menor que la capital de Inglaterra; y los males que causa el vicio á los infectados de él, inspiran mucha mas compasion á los Ingleses que á los Franceses. En Francia, *mujer pública* y *mujer rematada* son dos espresiones perfectamente sinónimas; y así resulta que su número no es comparativamente de mucho tan crecido como en otros paises. En Inglaterra, no hay mujeres *rematadas*; y por esto se cuentan en aquel pais una multitud inmensa de prostitutas (1).

Hay muchas clases de vicios cuyo principal efecto es causar la miseria de los individuos que los han contraido. Una institucion que tiene por objeto poner al abrigo de la miseria á toda clase de personas, sin distincion de las causas que la han producido, trae por consecuencia fomentar todos los vicios que conducen á la pobreza. Los tribunales no pueden multar á los individuos culpables de pereza, de destemplanza, de imprevision ó de otras especies de vicios; pero la naturaleza, que ha impuesto al hombre la ley del trabajo, de la templanza, de la moderacion y de la prevision, ha tomado tambien á su cargo imponer á los culpados los castigos en que incurren. Neutralizar estos castigos, dando derecho á un socorro á

(1) En Paris no hay mas que un hospital donde se admiten las mujeres que no pueden ó no quieren parir en su casa. Lóndres tiene once, y en estos entran anualmente cuatro mil personas, prescindiendo de los socorros domiciliarios que se prestan. Lóndres tiene además cuatro casas donde son admitidas las mujeres á quienes su mala conducta ha espulsado de la sociedad: *Magdalen hospital*, *London female Penitentiary*, *The Asylum*, *Refuge for the destitute*, sin contar otros muchos establecimientos de tan buen efecto moral como estos. Varias disposiciones de la lejislacion inglesa, de las cuales tendré ocasion de hablar en otra parte, contribuyen á afirmar todavia mas los malos resultados de estos establecimientos.



los que en ellos incurrieron, es, como en los casos anteriores, dejar al vicio con todos sus atractivos; es dejar obrar, además, los males que causa á los individuos que no lo han contraido; es apocar ó destruir las solas penas que pueden reprimirlo. Las leyes que en Inglaterra establecen un impuesto en favor de todos los pobres indistintamente; las que en algunos cantones de Suiza ponen á cargo de las parroquias ó de los vecindarios la manutencion de todos los habitantes indijentes, cualquiera que sea la causa de su pobreza; y por último, las que en los Estados Unidos dictan disposiciones análogas, tienden por consiguiente á multiplicar un gran número de vicios (1).



(1) Son tan estensas las consecuencias de estas leyes, que tendré que hablar de ellas en otra parte.

## CAPITULO XVIII.

*Consecuencias que resultan para los pueblos de los obstáculos que oponen á la accion de las leyes inherentes á la naturaleza humana.*

No todos los vicios causan la misma cantidad ni la misma clase de quebrantos á los individuos que á ellos se han dado. Muchos hay, segun ya llevo dicho, que no producen mas que penas morales, como el desprecio, la aversion, la esclusion de ciertas sociedades, y otras análogas. Estas penas traen á veces por secuela quebrantos físicos muy graves; pero paralizadas las primeras, no hay ya que temer á los segundos.

Aquí me ocurren varias cuestiones interesantes: ¿cuáles son los vicios que no producen mas que penas morales para los individuos que los han contraido? ¿cuáles son las consecuencias de aquellos vicios para los individuos que no los han contraido? ¿cuáles son los actos de los gobiernos, de las asociaciones privadas, ó de los pueblos que disminuyen para los individuos viciosos la publicidad, la intensidad, la duracion y la certeza de las penas morales propias para atajar dichos vicios? ¿cuáles son, para el

público, los efectos de esta minoracion de quebrantos? La completa solucion de todas estas cuestiones exijiria una obra muy estensa; para decirlo todo, fuera necesario componer un tratado de moral, y presentar á un tiempo la historia de los gobiernos. Me ceñiré á ilustrar el punto con algunas esplicaciones.

Hase intentado muchas veces producir ó atajar, con la fuerza de la autoridad pública, actos ó hábitos que solo pueden ser producidos ó atajados por la fuerza de las costumbres; y ya he demostrado el porqué siempre se han desgraciado semejantes ensayos: pero hay muchas acciones que han quedado bajo el imperio esclusivo de la moral, y que debieran haber sido atajadas por la fuerza de la autoridad pública.

Príncipes ha habido que se han interesado lo bastante en favor de sus súbditos para quererles regular su gasto doméstico, y reprimir con leyes penales el vicio del desperdicio de la hacienda ó de la prodigalidad. Hasta ahora ninguno se ha visto que haya creido necesario atajar por el mismo estilo la codicia, la bajeza ó el orgullo de sus cortesanos, las dilapidaciones ó las concusiones de sus ministros, la ineptitud de los altos empleados, los asaltos dados por los ajentes de su gobierno al bien estar de los individuos ó de las naciones. En todos los estados de Europa, inclusa la Inglaterra, casi todos estos hechos han quedado bajo el dominio de la moral; y aun pudiera decir del mundo entero, esceptuando los Estados Unidos, cuyas instituciones comportan mucho menos los vicios de esta clase.

La bajeza, la codicia, el orgullo, la ambicion, la perfidia, la venganza, la crueldad, la rapacidad, no son vicios que, en nuestros supuestos paises civilizados, causen quebrantos físicos á los hombres colocados en los altos puestos de la sociedad. Los mismos vicios, en las clases inferiores, pueden conducir al robo, al ultraje, al asesinato, y atraer á los individuos en quienes existen, penas físicas muy graves, ora les sean impuestas en el momento de la accion por las personas ofendidas, ora les sean inflijidas en virtud de una condena legal: estos vicios que, poducen el desprecio y la aversion, causan á menudo la miseria, harto fecunda por sí sola en dolores de toda especie. Cuando se encuentran en las categorías elevadas, rara vez conducen ante los tribunales á los hombres que los han contraido; lo mas comun es que se conviertan en un manantial de riquezas, y por consiguiente, de placeres físicos. Si Louvois hubiese nacido en la clase de la cual salió Cartucho, hubiera mandado incendiar por su pandilla las casas de algunos majistrados; hubiera perecido en la hoguera ó en la rueda, y Bossuet no hubiera compuesto su oracion fúnebre. Si Cartucho hubiese nacido en la cuna que meció á Louvois, sin duda hubiera hecho saquear el Palatinado, pero es probable que no le hubiera mandado pegar fuego. Hubiera disfrutado en paz del fruto de sus depredaciones, y habríanle acompañado al morir el sentimiento de la *jente de bien* y las bendiciones de la Iglesia.



Hay pues acciones viciosas, y aun crímenes, si se quiere, que no causan dolor físico alguno á sus autores; al contrario, tienen por efecto producir muchas fruiciones del mismo jénero: y puesto que ninguna pena legal las reprime, solo pueden atajarse por penas morales, como el desprecio, la aversion, el odio que inspiran al público sus autores, y los que de ellas se aprovechan. Las penas de esta clase producen otra, que á veces es muy poderosa: tal es la absoluta falta de seguridad, y la certeza de verse abandonado ú oprimido en caso de desgracia. Un hom-

bre, cuyos vicios ó crímenes han labrado la desventura de una ó mas naciones, está entregado sin defensa á los palaciegos que le rodean, si es rey; á la arbitrariedad del amo á quien ha servido, si es súbdito. Los cortesanos de Neron se libran, con la muerte, del temor que les causa; y Neron, para librarse del terror que le inspiran sus enemigos, atrae contra su propio pecho el puñal de su liberto.

Los vicios no reprimidos por ninguna pena física causan pues á los viciosos y á sus instrumentos una mezcla de placeres físicos y de penas morales; pero causan á una inmensa multitud de personas quebrantos de toda suerte, sin mezcla alguna de placeres: producen la esclavitud, la falta de toda seguridad, la miseria, la ignorancia, las persecuciones, las guerras, los patíbulos, y todas las calamidades que naturalmente aborta el despotismo.

No teniendo los pueblos otras garantías contra estos azotes, que las penas morales que causan los vicios contra los viciosos y los que se aprovechan de sus vicios, ¿por qué medios es dable acrecer ó disminuir la publicidad, intensidad, duracion y certeza de dichas penas?

El medio mas seguro de quitar á la pena su publicidad, es impedir que se forme ninguna opinion pública, y quitar á cada cual todo medio de espresar su opinion individual; sujetar á previa y arbitraria censura todos los escritos que se hayan de dar á luz; atajar toda reunion pública en la cual pudieran los ciudadanos comunicarse sus sentimientos; castigar á cualquiera que osase descargar baldon y menosprecio á todo hombre que por sus actos se hubiese hecho odioso ú despreciable: la mayor parte de los hombres consideran como inexistentes los sentimientos que no se pueden manifestar.

Los mismos actos que menoscaban la publicidad de la



pena, disminuyen su intensidad; el desprecio y la aversion que quedan sepultados en lo íntimo del alma, son un castigo moral menos severo que el desprecio y la aversion que se ostentan públicamente. Estos actos disminuyen tambien su certeza y duracion; pues se duda de la existencia de sentimientos que nada hay que manifieste, y el tiempo menoscaba ó estingue aquellos que no hay medio de dar á luz. No hay gobierno que, deseando establecer el reinado de cierto número de vicios, no haya conocido la necesidad de apocar las penas represivas de los mismos, y tratado de destruir la publicidad de las penas.

El medio mas seguro de disminuir su certeza, es dar estimacion ó aprecio á signos convencionales, cuya distribucion arbitraria se reserva la autoridad. Un hombre ejecuta una accion útil á su pais, se le da el signo convenido, y el público honra el signo á causa del mérito de la persona. Otro hace alguna bajeza, es cómplice afortunado de alguna concusion ó traicion, se le da el mismo signo; y como en el primer caso el público honró el signo por el mérito del hombre, en el segundo honra al hombre por el honor que le concedió el distintivo. De este modo se puede hacer servir el acatamiento tributado á las virtudes por los pueblos, para volver inciertos los castigos que destinó naturaleza á la represion de los vicios. Esto nos esplica el porqué se han encontrado hombres que desecharon los supuestos honores que se les confirieran. No quisieron que la estimacion que les dispensaba el público fuese representada por una insignia que en su caso podia encubrir los vicios del individuo mas infame. Aquellas insignias consisten á veces en un mote ó sobrenombre, en un pedacito de oro ú de plata, á veces en un bordado, otras en un pedacito de cinta, y hasta tambien en una liga.

Algunas veces la fortuna se constituye señal del mérito de un individuo; entonces no hay mas que tener parte en el saqueo de un pueblo para granjearse su estimacion. Otras veces consiste el mérito en la manifestacion de un dictámen; en tal caso, el hipócrita mas ducho es el mas apreciado.

Es imposible aumentar los vicios sin decrecer á la par las virtudes. Siempre, pues, que se disminuye la publicidad, intensidad, certeza ó duracion de una pena, se apoca por el mero hecho el hábito contrapuesto. Sin embargo sucede á veces que, en lugar de atacar indirectamente los hábitos virtuosos, se les acomete de una manera directa, disminuyendo la publicidad, intensidad, certeza ó duracion de las ventajas que son sus consecuencias naturales. Si un hombre, por ejemplo, presta un servicio importante á una nacion, y es recompensado con honores particulares ó riquezas, el acto que se oponga á la publicidad de la recompensa, ó que arrebate su fruto al agraciado, ó que amenace con alguna pena á sus autores, será un acto esencialmente inmoral. Cuando un gobierno logra hacer estériles el denuedo y la adhesion de los hombres á los intereses de la nacion ó de la humanidad, no se encuentran por mucho tiempo ciudadanos denodados ó dispuestos á sacrificarse por tan nobles objetos (1).

De lo dicho podemos sacar tres consecuencias jenerales: primera, que hay acciones maléficas inalcanzables por

(1) Los Americanos, con los honores que han tributado á Mr de Lafayette, han hecho mas por su independencia que si hubiesen erizado de plazas fuertes los límites de los Estados Unidos. Cuando una nacion decreta tamaños honores á los hombres que la han servido, trasmitiendo de jeneracion en jeneracion la memoria de los servicios prestados, puede estar segura de que nunca le faltarán hombres que se consagren á su defensa.



las leyes penales, y acciones benéficas que no pueden prescribirse: segunda, que las primeras de tales acciones no pueden atajarse sino por las varias clases de penas que enjendran para sus autores, y las segundas no pueden producirse sino mediante las recompensas que son su consecuencia natural. Tercera, que todo acto por cuyo medio se disminuye la publicidad, la intensidad, la certeza ó la duracion de la pena que causa el vicio al vicioso, es inmoral y contrario á las leyes de nuestra naturaleza; y que un acto que propende á disminuir la publicidad, intensidad, certeza ó duracion de las ventajas inherentes á los hábitos virtuosos, es igualmente contrario á las buenas costumbres, pues da por resultado la disminucion del número de las buenas acciones.

El decir que hay padecimientos que el interés de la humanidad nos veda aliviar, y placeres cuyo goce esclusivo se debe dejar á aquel á quien lo ha señalado la naturaleza, chocará, no lo dudo, con los sentimientos de mas de un lector. ¿No nos ordenan la relijion y la humanidad aliviar á los pacientes? ¿No son hermanos todos los hombres? ¿No deben compartirse los bienes y los males que deben á su autor comun? ¿Es lícito mostrarse inexorable y sin piedad con alguno de sus semejantes?

Yo no digo que no se deba aliviar á los que padecen; digo tan solo que el hombre que, para disminuir los padecimientos de una persona, causa ó otros padecimientos mayores, no hace una buena accion. Un imprudente cae en el mar; si no se le puede salvar mas que perdiendo la tripulacion, es una triste necesidad, pero no hay otro recurso que dejarle perecer. Es cierto que la relijion nos ordena socorrer á los que padecen y consolar á los aflijidos, pero tambien nos prohibe causar padecimientos y aflicciones. Un hombre tiene hambre; la relijion manda que se le

dé que comer; mas si no se pudiese lograr esto sino hambreando á una ciudad sitiada, por ejemplo, ¿mandaria la relijion que se le socorriese?

Percíbese sin duda una sensacion dolorosa al ver entes que padecen, y á quienes no es dable socorrer; pero cuando, con la mira de atajar delitos, hiere la justicia á los reos, ¿deberémos, por humanidad, insurreccionarnos contra ella? Las leyes establecidas por los gobiernos para la represion de los crímenes no son mas justas que las establecidas por la misma naturaleza con el mismo objeto; los fallos de nuestros tribunales no son mas infalibles que las leyes de nuestra propia naturaleza. Si ha podido ponerse en duda la utilidad de la facultad de indultar, aun con nuestras leyes defectuosas y nuestros tribunales sujetos á prevencion y á error, ¿quién cargará sobre sí el poder de indultar á alguno de la pena destinada á la represion de sus vicios? Si el vicio es constante, ¿quién osará decir que la pena es escesiva ó mal aplicada? ¿Habria justicia en la tierra, si la facultad de indultar perteneciese indistintamente á todo el mundo, y cada cual la usase?

En todos los estados de Europa, la disposicion de los pueblos á minorar, para los viciosos, las penas represivas del vicio, está en razon directa de la misma necesidad que tienen de la represion. Si un mal hábito produce pocos logros al que lo ha contraido, y es al mismo tiempo causador de miseria, de enfermedades físicas y de dolores morales, los pueblos se mostrarán poco dispuestos á la compasion; pero si al tiempo que produce espantosas calamidades al linaje humano, proporciona, al que lo ha contraido, grandes riquezas, y por consiguiente muchas fruiciones físicas, cada cual se sentirá dispuesto á perdonar al individuo vicioso las penas morales que hubiera podido reprimirle. Disimularáse el menosprecio y la aversion que



se le profesará; y si se encuentra un hombre que tenga harto valor y probidad para manifestar categóricamente su sentir, se le tildará de impolítico, se le dirá que ignora lo que se llama *saber vivir*, y tacharásele quizás de grosero y mal criado.

Despues de haber allanado las sendas que conducen á la prostitucion, despues de haber públicamente ofrecido á las mujeres que quisiesen seguir aquella carrera, librarlas de los gastos y afanes de la maternidad, curarlas en sus enfermedades, proporcionarles un asilo cuando están desamparadas, reintegrarlas en la estimacion pública, y hasta afianzarles la subsistencia en su vejez, hase creido al parecer que convenia fundar un asilo *penitenciario* para todos los prostituidos políticos. Si algun reo descollante, tras haber sido el instrumento de la traicion ó la bajeza; despues que, por codicia, venganza ó solo vanidad, ha sumido en el desconsuelo á poblaciones enteras; despues de haber perdido por la proscripcion á una multitud de familias inocentes, y mandado al cadalso á los hombres mas apreciables de su pais, es repudiado como un vil instrumento por el príncipe ó gobierno cuyos proyectos favoreció; con solo mentir cuatro frases y protestas de sus rectas intenciones, logrará el indulto. Aparecen luego almas benéficas y caritativas que le curan las heridas, le consuelan y tratan de rehabilitarle en el aprecio público.

¿No es, pues, un error decir que la misma naturaleza ha puesto una pena inherente á toda mala accion? Si hay una infinidad de vicios que no causan pena física alguna á quien los ha contraido; y si los mismos pueblos cuidan de anular las penas morales, encubriendo ú sufocando el odio y menosprecio que naturalmente les inspiran los malhechores afamados, ¿cuál es el castigo que les está reservado?

Al decir que todo vicio ocasiona al vicioso una suma de males mas ó menos considerable, no he afirmado que siempre tuviesen lugar dichos males; al contrario, he manifestado que los pueblos tenian el medio de minorarlos, y á qué precio podian atajarlos. Los pueblos se hallan, respecto de los hábitos viciosos, en la misma posicion en que están relativamente á las acciones criminales: es indispensable que opten entre los males de la represion y los de la impunidad. Jueces ignorantes ó cohechados pueden absolver á un tirano y á sus satélites de sus delitos ó de sus bajezas; pero ellos mismos llevarán la pena de su ignorancia ó corrupcion, y serán castigados por la misma multiplicacion de los tiranos y de sus satélites. Pueden olvidar ó perseguir á los hombres adictos á su defensa; pero serán castigados de su ingratitud ó iniquidad por la estincion de todo impulso jeneroso y por el desamparo en que se hallarán bajo el azote de sus verdugos. Los delitos ó vicios de algunos reos famosos pueden quedar impunes ó ser incompletamente castigados; pero, ¿quedan tambien sin castigo la cobardía, la bajeza y demás vicios que producen la impunidad? ¿Acaso los suplicios que los prepotentes han destinado siempre á los cobardes tendrian algun atractivo para los que los padecen?

No hay vicio que deje de tomar algun nombre honroso, cuando se jeneraliza: mientras un hombre disfruta de gran poderío, no hay atrevimiento para decir lo que se piensa de sus vicios ó delitos, porque fuera imprudencia y faltar por otra parte á lo que exijen las dignidades y categorías; cuando vacila en su poder ó está caido, seria cobardía el embestirle; cuando ha muerto, no puede ya defenderse, y fuera poca jenerosidad combatir á hombres á quienes no cabe defenderse: esto desdice de pueblos valientes y jenerosos.



Al escuchar este lenguaje, se podria decir tal vez que en la tierra no hay mas juicios justos que los que se deciden en campo cerrado ú en los campos de batalla. ¿Porqué no se dirijen á la justicia los que así hablan? Ese miserable á quien se espone en una plaza pública, inerme, maniatado, cercado de una imponente fuerza militar, ¿no es tambien un ente débil é indefenso? ¿Porqué no pedis, antes que un hierro encendido estampe en él la marca de baldon, porqué no pedis que se le vuelva la libertad, que se le permita armarse con su puñal y llamar en su auxilio una gavilla armada de cómplices? ¿no fuera digno de una nacion valiente, leal y jenerosa una lucha cuerpo á cuerpo entre los malhechores y los majistrados encargados de administrar justicia? Tácito estigmatizó á Sejano y á Tiberio, y Sejano y Tiberio no podian defenderse. La ignominia que acompaña al nombre ó á la memoria de un criminal famoso es la única pena que reconocen los hombres que gozan de un gran poder. Cuanto mas cerca del deleite está semejante pena, mas cierta es é intensa, y por lo mismo mas eficaz. Vale mas que un tirano y sus satélites sean infamados durante el curso de su reinado, que cuando han caido del poder; y mejor es aun que lo sean luego de caidos, que despues de muertos. En una palabra, siempre que cierta clase de vicios ó deleites no puedan atajarse sino con penas morales, como el desprecio, la aversion y el abandono, todos los actos, todas las máximas que tienden á disminuir la proximidad, certeza, intensidad y duracion de dichas penas, propenden por este solo hecho á la multiplicacion de los mismos crímenes. Y al contrario, todos los actos ó máximas que tienden á aumentar la proximidad, certeza, intensidad y duracion de aquellas penas, propenden tambien á la estirpacion de los mismos crímenes y vicios.

No es arduo atinar en las causas que determinan los juicios de las naciones respecto de ciertos deleites ó vicios. Las acciones viciosas ó criminales que no pueden atajarse sino con penas morales, son en jeneral las cometidas por hombres revestidos de gran poderío; pero tales hombres no pueden ser malhechores sin tener muchísimos cómplices, y compartir con ellos los provechos que les produce el vicio ú el delito. Cuando caen, estos quedan en pié, y tienen mayor interés en que el castigo no siga de muy cerca á la ofensa; este castigo recaeria en parte sobre ellos, y les desahuciaria de prestar sus servicios á otro reo.

«Como el mayor suplicio de los tiranos es el miedo, dice Montesquieu, el mayor delito que uno puede cometer respecto de ellos, es el hacerles miedo.» Lo que dijo este ilustre escritor de los tiranos, podemos nosotros decirlo de todos sus cómplices. De este impulso de temor resulta que casi todos los hombres que han estado revestidos de gran poder, han tratado de falsear el juicio de las naciones respecto de los vicios y delitos peculiares de ciertas categorías. En todos los paises, los amos son los que amoldan el entendimiento de los esclavos, y lo hacen en beneficio de la esclavitud y de los vicios que son á su vez causa y resultado de la misma. Las últimas reformas en que piensa un pueblo son las de sus preocupaciones y conceptos; aun cuando la mas rematada miseria le impela á sacudir el yugo, continúa por mucho tiempo formando juicios tales como se los habia dictado el interés de sus opresores; y cediendo á una falsa piedad, se prepara nuevas calamidades.

Todo hombre que llega al mundo, mira abiertos á su vista dos senderos; el de las virtudes y bellas acciones, y el de los vicios y delitos. Conviene iluminar en lo posible



ambos senderos; pero una vez alumbrados, y manifestado el término á que respectivamente llevan; y sobre todo, despues de haber empleado cuantos medios caben para lograr que los hombres contraigan buenos hábitos, una sola salvaguardia queda á las naciones, y es poner á la entrada del sendero del vicio la siguiente inscripcion del *Infierno* del Dante :

Per me si va nella cittá dolente;
Per me si va nell eterno dolore;
Per me si va tra la perduta gente.
Giustizia mosse 'l mio alto fattore.
. . . . . . . . . . . . .
Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate.

# LIBRO TERCERO.

PERFECCION Y DEGRADACION DEL HOMBRE. — DISTINCION DE LAS DIVERSAS ESPECIES DE HOMBRES. — CAUSAS A QUE SE ATRIBUYE LA PRODUCCION DE ESTAS ESPECIES O VARIEDADES. — DESARROLLO ADQUIRIDO POR PUEBLOS DE DIVERSAS ESPECIES BAJO DIFERENTES GRADOS DE LATITUD. — INFLUJO DE LOS LUGARES, DE LAS AGUAS Y DEL CLIMA EN AQUEL DESARROLLO.

## CAPITULO I.

*Qué es lo que constituye la perfeccion y la degradacion de las diversas partes del hombre.*

Siendo el objeto de esta obra averiguar las leyes jenerales que hacen prosperar ó decaer á las naciones, conviene determinar ante todas cosas lo que se entiende por las palabras decadencia y prosperidad.

Hemos visto en el libro anterior que el hombre puede ser considerado bajo tres puntos de vista diferentes: en sus órganos físicos, en sus facultades intelectuales y en sus pasiones. Cada una de estas diversas partes se pudiera subdividir en otras muchas; pero la division no tendria aquí objeto alguno.

Imposible fuera formarnos cabal concepto del engran-

decimiento ú de la degradacion de un pueblo, si no empezásemos por concebir la grandeza ó degradacion de una persona; y en balde quisiéramos formarnos una idea exacta de una persona, sin observar las diversas partes de que se compone.

Para saber pues lo que constituye la decadencia ó la prosperidad de una nacion, es indispensable conocer en qué consiste la degradacion ó el acabalamiento de cada una de las principales partes cuya reunion forma un individuo. Conocidas la perfeccion y la degradacion de cada una de las partes de nosotros mismos, nada mas fácil que formarnos conceptos exactos del menoscabo y perfeccion de un hombre, de una familia, de un pueblo y del linaje humano entero.

Nuestros órganos físicos son capaces de dos especies de perfeccion: la primera consiste en la bondad de su constitucion, la segunda en la aptitud para ejercer ciertas operaciones que le ha comunicado el ejercicio. Un hombre que al nacer se ha encontrado favorecido con una buena constitucion física, criado bajo un temple apacible, y en un ambiente puro; que se nutre de alimentos sanos y abundantes; que hace un ejercicio moderado, sin que le afecte temor ni recelo alguno, adquiere por lo jeneral una organizacion física tan perfecta como lo permite su naturaleza. La fuerza de sus órganos, su exacta proporcion respectiva, su aptitud para llenar las diversas funciones á que le ha destinado naturaleza, ó á practicar las varias operaciones á las cuales ha apropiado el estudio y el hábito, constituyen su perfeccion.

Esta primera especie de perfeccion no se encuentra á veces mas que en alguna de las partes: un hombre puede tener uno de sus órganos internos viciados, al paso que bien constituidos todos los esternos; puede tener la vista



ó el oido escelente, sin que guarden ninguna proporcion sus miembros; por último, aunque las diversas partes del hombre ejercen unas sobre otras cierto influjo, raras veces se fortalecen ó se menoscaban en proporcion exacta.

La segunda especie de perfeccion de que son capaces los órganos físicos del hombre, consiste en ejecutar ciertas operaciones mas ó menos útiles, ora al mismo individuo, ora á sus semejantes. Esta especie de perfeccion se valúa por las ventajas que de ella resultan, ya para el individuo, ya para su familia, como para la humanidad. Un hombre puede ejercer sus órganos, adelantando en aptitud en el arte de la pesca, de la caza, de la agricultura, en la fabricacion ó en las bellas artes. La perfeccion que les da está en razon de la rapidez con que ejecuta las operaciones á que se dedica, de la diversidad de los objetos que es capaz de producir, del valor de sus productos ó de los adelantos que resultan.

Estas dos especies de perfeccion influyen mas ó menos una sobre otra. Un hombre dotado de buena organizacion física tiene mas maña y fuerza que el de organizacion defectuosa; puede tolerar afanes mas duraderos y penosos; puede entregarse á estudios mas dilatados, y adquirir por consiguiente mas habilidad. Nuestros órganos físicos son los primeros instrumentos que naturaleza pone al servicio de nuestra intelijencia; y es evidente que cuanto mas perfectos sean aquellos instrumentos, mas fácil será sacar de ellos un partido ventajoso. Por otra parte, cuanto mas ejercemos cada uno de nuestros órganos, mas aumentamos su fuerza, flexibilidad y finura.

Sin embargo, aunque estas dos especies de perfeccion ejercen entre sí recíproco influjo, pocas veces existen en el mismo individuo en proporcion igual. Muchas veces un hombre dotado de una escelente organizacion física no ha

dado habilidad alguna á sus órganos, y solo puede sacar de ellos cortísima utilidad. A menudo tambien un individuo dotado de organizacion endeble, con el estudio y el ejercicio se ha granjeado mayor habilidad, y saca de sus facultades ventajas que desconoce el primero. El hombre que reune estas dos especies de perfeccion es superior al que no logra mas que una sola, y el que posee la segunda es superior al que no cuenta mas que con la primera.

Las facultades intelectuales del hombre son igualmente capaces de dos especies de perfeccion. En un sentido se dice que un individuo tiene el entendimiento bien formado, si cada una de sus facultades intelectuales es apta para desempeñar las funciones á que la naturaleza le ha destinado. Así entendida, la perfeccion consiste en la capacidad de los órganos intelectuales para desarrollarse por el estudio ú por el ejercicio. No todas las intelijencias son capaces del mismo grado de desarrollo: algunas están mas dispuestas que otras á adquirir cierta clase de conocimientos ó á dedicarse á tareas particulares. No es propio de la materia que trato el averiguar las causas físicas y morales de estas diferencias; bástame indicarlas.

En otro sentido se dice que un hombre tiene las facultades intelectuales perfeccionadas, cuando con el estudio y el ejercicio les ha dado todo el desenvolvimiento de que son capaces. Nunca sucede que una persona desenvuelva sus facultades intelectuales con la misma estension en todos los ramos del saber humano. Cada cual escoje ordinariamente un estudio especial, dedicando á él la mayor parte del tiempo; y si se entrega á investigaciones relativas á otros conocimientos, jeneralmente no es mas que para ilustrar la ciencia que cultiva con especialidad. Un hombre puede tener pues sus facultades intelectuales muy



desarrolladas sobre una materia particular, al paso que no las habrá desenvuelto acerca de otras materias. Todas las especies de conocimientos son útiles á los que los poseen y á sus semejantes; pero aquí se juzga tambien de la mayor ó menor perfeccion intelectual de una persona ó de un pueblo por el grado de utilidad que de sus luces reporta el linaje humano.

En las facultades intelectuales, así como en las físicas, la perfeccion que consiste en la buena organizacion del individuo, influye considerablemente en la que resulta del ejercicio, y esta á su vez influye en la otra. Un hombre de entendimiento sano, si se dedica al estudio, da á sus facultades intelectuales un desarrollo que no podria dar á las suyas el que recibió de la naturaleza un entendimiento vicioso ú débilmente constituido. Por otra parte, el que ejercita su intelijencia le da una fuerza y prontitud que no podria adquirir sin ejercicio; la pujanza del entendimiento, como la del cuerpo, está á la par en razon del ejercicio que se le ha dado, y de sus disposiciones naturales.

El hombre que agrega al estudio una buena organizacion primitiva, tiene una superioridad incontestable sobre el que no logra mas que el uno ú la otra; pero el que ha cultivado con el estudio y el trábajo una intelijencia mediana tiene una superioridad no menos incontestable sobre el que, habiendo nacido con una escelente constitucion intelectual, no se ha dedicado á ninguna especie de estudio, ó, lo que es peor, ha falseado su entendimiento desde la niñez. Un hombre nacido con escasa intelijencia, pero bien educado, tiene una inmensa superioridad intelectual sobre otro nacido con las mas bellas disposiciones, pero embrutecido por el fanatismo ú la opresion.

Consistiendo la perfeccion intelectual del hombre en la aptitud de cada una de sus facultades para desempeñar lo mejor que cabe las diversas funciones á que están destinadas, síguese que el individuo que puede aplicar su atencion con mas ahinco y menos fatiga á los objetos que necesita conocer; aquel cuya memoria retiene con mas fidelidad y conserva por mas tiempo las impresiones recibidas; el que puede comparar mejor y con mas prontitud las diversas ideas que concibe, y percibir las relaciones que existen entre ellas; aquel cuyo entendimiento sigue con mas facilidad la trabazon de los hechos ó de las ideas, ya remontándose de los efectos á las causas, ya descendiendo de las causas á los efectos; el que mejor sabe combinar las imájenes que reflejan en su alma los objetos que le han impresionado; y por último, el que mejor puede conocer las entidades y lo que producen, es tambien el que tiene el entendimiento mejor organizado ú mas perfectas las facultades intelectuales.

La perfeccion moral del hombre consiste, no en la falta de las diversas afecciones de que es capaz, ni en la estincion de cierto número de pasiones y en el desenvolvimiento de algunas otras, sino en la cabal direccion de todas, y en el imperio que ejerce sobre cada una de ellas, conforme á las reglas de una intelijencia ilustrada. La perfeccion moral del hombre, pues, no tanto consiste en la naturaleza de las pasiones que le afectan, como en el discernimiento y la medida con que las aplica. El impulso del amor no es de suyo virtud ni vicio; es una manera grata de sentir, de la cual raras veces somos dueños; y empieza á ser viciosa en el momento en que nos arroja á acciones aciagas para la humanidad. Aborrecer es en sí un sentimiento penoso, y bajo este aspecto una pasion viciosa; pero aborrecer los hábitos y las acciones maléficas, y no ceder al odio mas que la medida necesaria para la represion de aquellas acciones ó hábitos, no es un vicio, sino una virtud.



Habiendo visto en qué consiste la perfeccion de las diversas partes de que se compone el hombre, fácil es comprender en qué consiste el menoscabo ú la falta de desarrollo. Siendo capaces nuestros órganos físicos de dos especies de desenvolvimiento, una que consiste en la bondad de su constitucion, y otra en las diversas clases de aptitud que les ha dado el ejercicio, puédese decir que son capaces de dos especies correspondientes de imperfeccion. Su debilidad, su falta de proporcion, la dificultad con que desempeñan las funciones que exije la conservacion del individuo ú de la especie, constituyen el menoscabo de la primera clase: la cesacion completa de estas funciones es la muerte del individuo. La ineptitud, la poca destreza, el embotamiento que resultan de la falta de aplicacion y de ejercicio, constituyen la segunda especie de degradacion, que es mas ó menos honda, segun la mayor ó menor importancia de los actos que el individuo es incapaz de ejecutar.

Las facultades intelectuales del hombre son capaces asimismo de dos especies de imperfeccion: la una resultante de algun vicio de organizacion, y la otra producida por la falta completa de ejercicio ú por una falsa aplicacion. Un individuo que no puede fijar seguidamente su atencion sobre ningun objeto, ó retener las impresiones causadas á su entendimiento por los objetos esternos, ó combinar un corto número de ideas que ha concebido, adolece de la primera imperfeccion. En igual caso se halla el que no puede percibir las relaciones que existen entre sus conceptos, ó hacerse cargo de su trabazon; y otro tanto le sucede al que es incapaz de recibir impresiones exactas,

ó de correjir, por medio de la aplicacion de sus órganos, las falsas ideas que han calado en su entendimiento. Estas diversas especies de imperfeccion pueden fácilmente graduarse : cuando son llevadas hasta cierto punto, desígnaselas bajo el nombre de imbecilidad, falso juicio, ú manía, sin que sea dable no obstante fijar el término en que empiezan la manía ó la imbecilidad.

La imperfeccion ó menoscabo moral del hombre puede depender de tres causas : de la falsa direccion de las pasiones, de su debilidad, y de un esceso de pujanza. Las pasiones han recibido falsa direccion, cuando los sentimientos benévolos, como el amor, la amistad, la simpatía, la compasion, la admiracion, el respeto, etc., se dirijen á acciones ú objetos aciagos al linaje humano, y cuando los impulsos malévolos, como el odio, la aversion, la antipatía, el desprecio, etc., versan sobre objetos ó acciones contrarias. La debilidad de las pasiones es en el hombre una imperfeccion moral, cuando no son bastante pujantes para determinarle á ejecutar las acciones que de él exijen su posicion y el interés de su especie. Por último, la fuerza de las pasiones es una imperfeccion moral, siempre que el hombre se deja arrastrar por ellas mas allá de los lindes que le ha trazado una razon ilustrada.

Cada una de las principales partes del hombre ejerce un influjo mas ó menos estenso sobre las demás. Un hombre, cuyos órganos físicos están todos bien constituidos, y desempeñan perfectamente las funciones que les son propias, logra mayores medios para desarrollar su intelijencia que el que recibió de la naturaleza una organizacion viciosa. Así tambien, aquel cuyo entendimiento ha sido muy desarrollado, alcanza mayores medios para acabalar sus facultades físicas y morales, que aquel cuyas facultades intelectuales no recibieron el menor desarrollo.



Sabe cuáles son los ejercicios que le fortalecen, y conoce las causas capaces de debilitarle ó destruirle ; pudiendo juzgar mejor de las consecuencias de sus actos, tiene á la mano el regular sus afecciones de la manera mas provechosa. Por último, el hombre que contrajo hábitos atinados conserva mejor sus facultades físicas é intelectuales que el que adolece de hábitos viciosos, y puede dar á entrambas mayor desenvolvimiento que el plagado de costumbres corrompidas.

Sin embargo, aun cuando cada una de nuestras facultades sea capaz de desarrollo, y ejerzan unas sobre otras cierto influjo, es raro que en una misma persona estén desarrolladas en igual grado, y se encuentren en cabal armonía; al contrario, casi siempre sucede que algunas de ellas dominan sobre todas las demás. Un hombre puede estar perfectamente constituido, reunir exactas proporciones en las diversas partes de su individuo físico, estar dotado de suma pujanza muscular, ser muy ájil, y tener no obstante una intelijencia limitada, ó pasiones desordenadas. Y al contrario, puede otro estar dotado de una intelijencia estraordinaria, y poseer estensísimos conocimientos, con una salud delicada, y órganos físicos defectuosos ; así no es raro ver juntas en una misma persona las prendas del entendimiento y las dolencias del cuerpo. Finalmente, así las pasiones endebles como las violentas pueden observarse en un hombre dotado de buena organizacion física, pero de escasas facultades intelectuales, lo mismo que en un hombre de físico defectuoso, pero de entendimiento ilustrado.

## CAPITULO II.

*Efectos jenerales del desarrollo de las facultades humanas. Errores de algunos filósofos sobre este punto.*

Un hombre no puede perfeccionar ninguna de sus partes, sin producir al mismo tiempo muchas ventajas, ya para sí, ya para sus semejantes. La perfeccion de sus órganos físicos produce la salud, la fuerza, la destreza, la ajilidad; dispónele para ejecutar un sin fin de operaciones precisas para satisfacer sus necesidades ó sus placeres, y librarse de una multitud de accidentes; hácele menos necesarios los socorros gratuitos de sus semejantes, y contribuye de este modo á su independencia; líbrale de las zozobras que son natural consecuencia de la debilidad ó de la torpeza; y finalmente contribuye á su satisfaccion interior, dándole la conciencia íntima de los servicios que puede prestarse á sí mismo, ó prestar á los demás.

La perfeccion de sus facultades intelectuales le pone tambien en el caso de hacer de sus órganos físicos y de las entidades de que puede disponer, el uso mas ventajoso para sí y para sus semejantes; dale un influjo mas ó menos estenso sobre los menos intelijentes, y acrecienta

de este modo su poder; proporciónale la ventaja de dirijir las fuerzas de la naturaleza obligándolas á trabajar para él, y á producir las entidades mas adecuadas para satisfacer sus urjencias, con preferencia á las que le fueran perjudiciales ó inútiles; contribuye, lo mismo que la perfeccion de sus órganos físicos, á aumentar su independencia, á librarle de muchos riesgos, y á ahuyentar los recelos que acosan á las personas cuyo entendimiento está poco desarrollado; hácele preveer las consecuencias remotas de sus acciones, y le pone en el caso de tomar siempre el partido mas ventajoso para él y para los demás; le facilita el medio de ser útil á otro, y aumenta de este modo su satisfaccion interior, con la percepcion íntima de su provecho; por fin, le pone en comunicacion con las personas de intelijencia igualmente desarrollada, y le hace partícipe de sus descubrimientos y progresos.

La perfeccion de sus facultades morales, que es la consecuencia ordinaria, aunque no constante, de la perfeccion de sus facultades intelectuales, produce ventajas de no menor cuantía. La primera es poner al hombre en paz con sus semejantes, y afianzarle en todo estado civilizado, el mayor de los bienes, que es la seguridad. Con efecto, es obvio que el hombre á quien solo afectan pasiones benévolas hácia los objetos útiles á su especie, y que no percibe ó no manifiesta aversion mas que á los perjudiciales, solo tiene por enemigos á los malhechores, al paso que cuenta con el apoyo de cuantos le conocen. Los impulsos benévolos, que tambien podemos llamar sociales, producen una multitud de fruiciones, no solo para los que los perciben, sino tambien para aquellos que son su objeto. Las pasiones malévolas ó anti-sociales, al contrario, son tan penosas para los que de ellas adolecen como para sus víctimas; y aquí hay reaccion de penas, como hay allí



reaccion de fruiciones. Los pueblos atajan el orgullo con el odio, la crueldad con la venganza, la perfidia con la desconfianza, la bajeza con el menosprecio, y todos los vicios con el desamparo.

La perfeccion de las facultades humanas no solo influye en el bien estar de los individuos, sino tambien en el número de la poblacion. Un hombre dotado de buena organizacion física, de intelijencia estensa y de costumbres acendradas, educa mas fácilmente una familia, que otro que no cuente con las mismas ventajas, suponiendo iguales todas las demás circunstancias. La diferencia sobre este punto es tan grande, que no cabe formarse cabal concepto de ella, á no haber considerado en su totalidad un número considerable de hechos que espondrémos mas adelante.

Resulta de lo dicho que el individuo que designamos con la palabra hombre no puede ser considerado como un ente tan determinado, que no sea dable ceñir ó estender su existencia sin anonadarle. En la ciencia de los números, una cantidad cambia de denominacion por la adicion ó por la sustracion á que se la sujeta. No así en el hombre: su existencia se dilata ó se acorta, sin que se suponga destruida la identidad del individuo; basta que se le designe siempre con un mismo nombre, para imajinarse que es siempre exactamente el mismo. Esta es una ilusion que ya llevo advertida, y que debo recordar aquí, por cuanto ha hecho tropezar en gravísimos yerros á eminentes filósofos y célebres escritores (1).

No son solo los órganos físicos los que constituyen tal persona, sino que entran además sus facultades intelectuales y morales, sus conceptos, sus impulsos, sus afecciones, y en una palabra, toda su existencia, tal como la han

(1) Véase el tomo I, libro II, cap. I.

modificado el hábito ú la educacion. Si, con el ejercicio ú con los alimentos de que se sustenta, agrega un hombre alguna cosa á sus órganos naturales, no hay duda de que lo aumentado forma parte del mismo. Si da á alguno de sus órganos una calidad particular, aumentando su finura, su flexibilidad, su fuerza ó destreza, tampoco se duda de que esta calidad sea una parte del mismo, á la manera que la elasticidad dada á tal pieza de metal forma parte de tal resorte. Si, por medio del estudio, aumenta el número de sus conceptos, y da fuerza ó estension á sus afectos; ¿por qué razon estos y aquellos no deberian ser una parte del mismo, como cualquiera de sus facultades físicas? ¿No es obvio que todo lo que acrecienta en nosotros la facultad de sentir, de pensar y de obrar, dilata nuestra existencia, supuesto que solo existimos por nuestras sensaciones, pensamientos y actos?

Así, desde el instante en que el hombre empieza á formarse, hasta el en que empieza á declinar, su existencia puede desarrollarse de una manera gradual en cada una de las partes que la componen, á saber, en los órganos físicos, en las facultades intelectuales, y en las morales. El desenvolvimiento de cada una de sus facultades aumenta su capacidad para percibir, ó sea la capacidad de esperimentar fruiciones ó penas. Ya hemos visto antes que cada uno de los desarrollos que recibe va seguido de una ventaja; y un hombre no puede alcanzar la capacidad de esperimentar un goce, sin ser por esta misma razon capaz de sufrir un dolor correspondiente. El propio impulso que nos hace tomar parte en los placeres de las personas que amamos, nos hace tomarla en sus penas.

Las diversas partes del hombre pueden menoscabarse del mismo modo y por el mismo órden con que se desenvuelven. A veces empieza la destruccion por los órganos físicos; otras veces las facultades intelectuales son las primeras que se resienten, y otras tambien se estinguen todas ellas á un tiempo y gradualmente. Como no cabe determinar exactamente el instante en que se estingue cada una de las partes internas ó esternas del hombre, solo vemos la muerte en la cesacion completa de todas las funciones vitales. Pero la vida, tan divisible como la materia, puede cesar en muchas partes del hombre antes de haber cesado en todas. Un soldado recibe una herida grave y sufre una amputacion: he aquí una parte del mismo que ya fué, he aquí uno de sus órganos físicos irremisiblemente perdido. Declárase, de resultas de la operacion, una calentura violenta; altéranse sus facultades intelectuales; bórranse de su mente las ideas que tenia; viene á ser incapaz de formar conceptos nuevos: he aquí otra parte del individuo que ha dejado de existir, ó que esta amenazada de muerte. La estincion de sus facultades intelectuales no le dejan ningun recuerdo de sus padres, de sus amigos, de su patria, ni siquiera de sus enemigos; sus impulsos de afecto ú de odio se apagan á su vez; y he aquí tambien una parte del hombre que muere antes que cese en su totalidad. En una palabra, cada parte del individuo puede perecer antes que los órganos esenciales á la vida hayan cesado completamente de desempeñar sus funciones.



Dos sistemas diametralmente opuestos se han fraguado acerca de la naturaleza del hombre. Algunos filósofos han considerado nuestros órganos físicos como parte no esencial de nosotros mismos. Epicteto ha dicho: mis miembros no son yo, mi cuerpo no es yo, mi vida no es yo, mi reputacion, mis bienes, mi mujer, mis hijos, no son yo. Ha visto al hombre todo entero en alguno de los impulsos que le animan. No pudiendo sustraer á la accion de la tiranía

mas que sus afectos y pensamientos, en ellos ha cifrado el *yo* humano; ha colocado al hombre en una abstraccion, para no ver en él mas que un juguete baladí de un tirano furioso ú imbécil. Pero nuestro modo de considerar las cosas no trueca su naturaleza; dando esclusivamente á un afecto ú á un pensamiento un nombre que designaba mucho mas que aquello, Epicteto desnaturalizaba el lenguaje, y se formaba conceptos equivocados, sin hacer mas tolerable la condicion del linaje humano.

Rousseau, en el cuadro de un ente imajinario que ha llamado *hombre de la naturaleza*, ha labrado un sistema opuesto al de Epicteto: ha visto al hombre todo entero en sus órganos físicos y materiales. Si el hombre de Epicteto dice que sus miembros, su miserable cuerpo y su precaria vida no son él, el hombre de Rousseau puede decir que sus afectos, sus ideas, en una palabra, sus facultades intelectuales y morales tampoco son una parte del mismo. El primero se aisla de su objeto material, trasfórmase de tal manera en afectos y pensamientos, que al fin se le pierde de vista, no quedando mas que una voz. El segundo se despoja de conceptos, sentimientos, afecciones é intelijencia, en términos, que solo le quedan músculos, huesos y estómago; viene á parar en irracional estúpido.

No hay porque acudir al raciocinio para demostrar el error de Epicteto: cada cual sabe perfectamente que sus órganos físicos son una parte de si mismo; pero no todos están convencidos de que nuestras facultades intelectuales y morales sean una parte de nosotros mismos. En teoría, se intenta ser el hombre de Epicteto; pero en la práctica, se tropieza á menudo con el hombre de Rousseau; consúltase á un médico para recobrar las fuerzas del estómago y restaurar el apetito, ó para enderezar un miembro que nos hace claudicar; pero no se consulta á un filósofo para ro-



bustecer las afecciones benévolas, destruir impulsos perversos, ó enderezar un juicio torcido. No parece sino que cuanto á nuestra vista constituye el hombre es la materia de que están compuestos su órganos físicos, y que los conocimientos que constituyen un hombre de talento, los vicios que forman un imbécil ó un malvado, no hacen parte del individuo en quien se observan.

Por último, nuestros afectos son una parte tan esencial de nosotros mismos como cualquiera de nuestros órganos físicos: no damos valor á nuestra existencia, ni calculamos la duracion de la vida, sino por las impresiones que recibimos. Propiamente hablando, no contamos como parte de la vida las horas del sueño, porque el individuo que se durmiese al nacer, y muriese al dispertar, nos pareceria no haber vivido, por mas que su sueño durara un siglo. No vivimos pues sino por nuestros recuerdos, por nuestras zozobras, por nuestras esperanzas, por nuestros afectos de toda especie, por las impresiones que causan inmediatamente los objetos esternos sobre nuestros órganos físicos. Aféctannos las impresiones producidas sobre nuestros hijos, sobre nuestros amigos, sobre nuestros conciudadanos, sobre nuestros semejantes, como las producidas sobre nosotros de una manera inmediata. Nuestros afectos morales logran á veces tal pujanza, que dominan todos los demás impulsos y nos inducen á sacrificar nuestra existencia física. Consideraríamos en cierto modo como forastero á la humanidad, al individuo que, accesible á los placeres y á los quebrantos físicos, no percibiese penas ni fruiciones morales.

He considerado separadamente cada una de las partes del hombre, para abarcar conceptos mas cabales del todo; pero sus partes no están separadas en la naturaleza, como lo están en una obra; no forman mas que un sistema, y

accionan ó reaccionan sin cesar unas sobre otras. La division de las partes está muy distante de ser tan señalada en la naturaleza como en el lenguaje; tal facultad, que yo pongo en la categoría de las facultades morales, puede otro clasificarla entre las físicas. Lo he dicho ya; una clasificacion no es mas que un método mas ó menos cabal, un instrumento de que no puede prescindir el entendimiento, y que participa de la imperfeccion de todas nuestras obras.

Habiendo determinado lo que constituye la perfeccion y el menoscabo de cada una de las principales partes del hombre, es fácil formar un concepto jeneral de lo que constituye la perfeccion ó el menoscabo del individuo considerado en su totalidad. El hombre, cuyos órganos físicos están todos bien formados, y pueden ejecutar con menos tiempo y dificultad las diversas operaciones que exijen su conservacion y la de sus semejantes; aquel, cuyas facultades intelectuales han adquirido el desarrollo mas estenso acerca de los objetos que mas le importa conocer; y por último, aquel cuyas inclinaciones son mas avenibles con los intereses del linaje humano, es tambien el que alcanza la perfeccion en su mayor grado.

El hombre mas degradado es aquel en quien se encuentran los defectos ó vicios contrapuestos. Un pueblo camina hácia su prosperidad, cuando los individuos de que se compone tienden á adquirir las diversas especies de desarrollo de que acabamos de hablar, al mismo tiempo que se van multiplicando. Al contrario, camina hácia su decadencia, cuando las facultades físicas, morales é intelectuales de los individuos menguan ó bastardean, al paso que va disminuyendo la poblacion: este último fenómeno es ordinariamente consecuencia del primero.

## CAPITULO III.

### *Caracteres que han servido para juzgar de la grandeza de las naciones.*

Las proposiciones jenerales contenidas en los dos capítulos anteriores sufririan muy poca contradiccion si no saliesen de la esfera de la teoría; pero si se tratase de aplicarlas á naciones enteras, probablemente encontrarian recia oposicion. ¿Quién es el hombre, por ejemplo, que no esté dispuesto á creer que el pueblo romano, despues de la destruccion de Cartago, no hubiese alcanzado el mas alto grado de prosperidad posible? ¿Y en qué consistian, sin embargo, las diversas especies de perfeccion á que habian llegado los individuos que componian aquel pueblo? Los soldados romanos habian logrado suma pujanza muscular, mediante una alimentacion copiosa y repetidos ejercicios; ¿pero cuáles eran las operaciones que habian aprendido á ejecutar? — las necesarias para destruir ó despojar á pueblos menos bárbaros que ellos. Ni siquiera atesoraban la industria mas sencilla de todas, la que consiste en atender á su propia subsistencia: los pueblos vencidos

eran los que les daban pan; libertos ó esclavos eran los únicos que sabian conservar las artes de que no podian prescindir; y los esclavos no se renovaban sino por medio de la guerra.

Sus facultades intelectuales estaban aun menos desarrolladas que sus órganos físicos; ignoraban las leyes mas sencillas de la naturaleza; veian donde quiera portentos, y estaban incesantemente acosados de terrores supersticiosos. No tenian mas sagacidad que la peculiar de los animales que viven du presa; sabian engañar ó vencer á los pueblos cuya ruina habian jurado; mas no pasaban de aquí sus luces.

La perfeccion moral estaba en razon del desenvolvimiento intelectual: como amos, estaban en hostilidad contra sus esclavos; como patricios y plebeyos, se hostilizaban entre sí; y como romanos, estaban en guerra contra el jénero humano, porque veian enemigos donde quiera no veian súbditos, y sus súbditos eran tratados siempre como enemigos. Todas las pasiones malévolas, el orgullo, el engaño, la venganza, el odio, fermentaban en sus almas, viéndose frecuentes esplosiones de las mismas en la revuelta de los esclavos, en las discordias civiles, ó en las guerras estranjeras.

Es raro, ó, por mejor decir, nunca sucede que los escritores que juzgan de la grandeza ó de la decadencia de un pueblo comprendan bien el sentido que dan á estas palabras. Considerando algunos á los hombres como máquinas de guerra, miran la grandeza de un pueblo en la fuerza de sus ejércitos, en las victorias que ha alcanzado, en el número de hombres que ha sacrificado, en la estension de los campos que ha talado, en el número de ciudades que ha destruido, y en los monumentos de las artes destinados á trasmitir el recuerdo de tan espantosos desastres.



Considerando otros escritores á los hombres como máquinas de produccion ó de acarreo, miran esclusivamente la prosperidad de un pueblo en la cantidad de mercancías que produce, en la rapidez con que fabrica, trasporta ó trueca ciertos objetos; ni se curan de si la poblacion se compone de hombres endebles ó robustos, intelijentes ó estúpidos, viciosos ó morijerados; si el talento de cada una de esas máquinas productivas se ciñe á la operacion mecánica mas sencilla, ó si se estiende á muchas y diversas operaciones; si la parte de la poblacion que ejecuta las tareas está ó no reducida á lo rigurosamente necesario para la conservacion de las fuerzas que reclama la produccion; si la parte mas segura de sus afanes le es mañosamente sonsacada por una aristocracia feudal, sacerdotal ó militar, bajo el nombre de diezmos, impuestos ó contribuciones: menos se curan aun de saber si la existencia de la masa de la poblacion se reduce á una vida puramente irracional, ó si comporta alguna especie de animacion intelectual y moral. Todo les parece bien, como los almacenes se llenen y se vacien en el mas breve plazo posible. Segun este sistema, cabe saber que la prosperidad de tal nacion aventaja á la de otra en tantas varas de paño, ó en tal número de máquinas.

Otros calculan la prosperidad de un pueblo esclusivamente por la cantidad de granos que produce el suelo, ó por el número ú la fuerza de los animales que sustenta. Si ven campos bien cultivados, praderas bien regadas, propiedades bien acotadas, y caminos bien trazados y conservados, ya no necesitan mas para persuadirse de que la prosperidad nacional ha llegado á su cumbre. No les ocurre averiguar si la parte mas numerosa de la poblacion vive cómodamente, ó está sumida en la miseria; si está reducida á una suerte mas miserable que los animales que

cria; si está embrutecida por la supersticion, encorvada bajo la estola de un sacerdote, el sable de un soldado, ú el baston de un celador de policía: poco les importa que los hombres que cultivan los campos sean, como los Ilotas, el juguete del corto número de aquellos que consumen sus productos; que se prosternen ante los mas viles animales, como los Ejipcios, ó que tiemblen á la vista del bambú, como los Chinos: lo que constituye la grandeza de un pueblo no es la de cada uno de los hombres de que se compone, sino el estado del suelo que pisa, el número y la gordura de los animales que cria.

Miden otros la prosperidad de una nacion por el número de individuos que ocupan un espacio dado de terreno. Si en dos paises de igual estension advierten que el uno tiene doble poblacion que el otro, afirmarán que la prosperidad del primero es dupla de la del segundo; y no examinarán cuál de los dos cuenta hombres mas fuertes, mas robustos, mas intelijentes, mas cuerdos, porque para ellos la primera calidad es la multiplicacion. En virtud de este principio de valoracion, tal gobierno concederá privilejios ó pensiones, no á los padres de familia que mejor hayan educado á sus hijos y mas felices hayan sabido hacerles, sino á los que mayor número hayan procreado; como si el mérito consistiese en enjendrarlos, y no en hacer de ellos hombres útiles á sus semejantes.

Otros hay finalmente que, en sus cálculos acerca de lo que constituye la prosperidad de una nacion, echan en olvido la mitad del jénero humano, y para nada cuentan el desarrollo físico é intelectual de las mujeres. Poco les importa que no puedan ser útiles á sí mismas ó á los demás, ni que estén privadas de intelijencia, hasta en las cosas que mas les interesan; todo defecto ú toda imperfeccion que en definitiva las haga mas independientes, se



considera como una condicion feliz; los grillos que atajan el desarrollo de sus facultades intelectuales y morales les parecen tan bien discurridos como los lazos de que se sirven los Chinos para evitar los medros de los piés de sus hijas: unos y otros tienen por objeto y efecto impedirles que se sostengan por sus propias fuerzas.

Cuando se examina lo que constituye la prosperidad de una nacion, es necesario hacer entrar en cuenta, no solo cada una de las partes de que se compone un sér humano, si que tambien cada uno de los hombres que pertenecen á aquella nacion. Las diversas denominaciones con que se designan los hombres en cada estado no les hacen cambiar de naturaleza: en Esparta, los Ilotas no formaban menor parte del jénero humano que los Espartanos; en Aténas, en Roma, los libertos y esclavos eran hombres como los ciudadanos; en Polonia, en Rusia, los siervos son tan hombres como los señores; en Francia, en Inglaterra y en otros paises, los labradores, los artistas, los sirvientes son tan individuos de la especie como los hacendados, como los próceres ó los lores; finalmente, donde quiera las mujeres son una parte tan esencial de la especie como los hombres; todos los individuos, bajo cualquiera denominacion que se les designe, son capaces de medros y menoscabo, y la grandeza y prosperidad de un todo debe calcularse por la prosperidad y grandeza de cada una de las partes.

Los progresos de la industria, del comercio y de la agricultura son sin disputa elementos esenciales de la prosperidad de las naciones, pero no la constituyen esclusivamente; tomar la prosperidad de una entidad cualquiera por la prosperidad de un pueblo, es confundir el medio con el fin. Un rico propietario de campos dilatados puede hacerlos muy feraces, y cultivarlos con el

mayor esmero, al paso que los hombres que emplee en el cultivo estén faltos de lo mas necesario á la vida, y se hallen en el estado mas infeliz. La cantidad ó calidad de los productos no siempre prueba la perfeccion del hombre que los posee, porque puede invertirlos en consumos frívolos, ó ser altamente vicioso así en lo moral como en lo físico. Lo que puede ser cierto para un individuo puede serlo para un millon: y lo que digo de un propietario de campos y viñas es aplicable á un capitalista ó un fabricante (1).

Considerando al jénero humano en su totalidad, no es arriesgado decir que todos los individuos que lo componen están formados para todos, pero que nadie está especialmente hecho para otro. Las mujeres no fueron mas bien formadas para los hombres, que estos para las mujeres; los hijos para los padres, que estos para los hijos; los sirvientes para los amos, que estos para los sirvientes. En todas las posiciones se verifica una permuta de servicios, que no es equitativa, sino en cuanto son respetados los intereses de todos; y la causa de que tan ámenudo se yerre, consiste en la tendencia que manifiestan en la sociedad las clases mas influyentes á considerarse como fin al cual debe todo encaminarse. Cada cual entiende por prosperidad de la especie, la prosperidad de su casta ó de los hombres que ocupan el mismo puesto que él.

Los gobiernos se consideran tambien con frecuencia

(1) La miseria ó la prosperidad de una parte de la poblacion influye jeneralmente en la suerte de las demás partes; pero puede muy bien suceder que ciertas clases de la sociedad vivan en la abundáncia, posean ricos muebles, suntuosos palocios y amenas quintas, al paso que otras yazcan en la miseria, estén mal vestidas, y habiten miserables chozas. Ocasion tendré de presentar mas de un ejemplo.



como el fin para el cual existen las naciones; no admiten en ellas otro desarrollo que el que está en armonía con su interés; tratan de limitar la existencia de cada persona á lo preciso á los fines que se proponen; obran sobre las facultades de los hombres que les están sujetos por cuantos medios están á su alcance, y su accion propende siempre á mantener ó ensanchar su predominio.

No se oponen directamente al desarrollo material de los órganos físicos, pero atajan su aplicacion. No hacen mutilar, por ejemplo, las manos de los ciudadanos, pero les imposibilitan usar de ellas en la esplotacion de tal ó cual jénero de industria, para manejar armas, ó para entregarse á ejercicios que desarrollarian su fuerza y destreza, aumentarian su valor, les darian seguridad, y afianzarian su libertad é independencia. No les privan de la vista, pero les vedan aplicarla al estudio de ciertos objetos que juzgan interesante mantener ocultos, como la física, la astronomía, la ciencia del cuerpo humano ú cualquiera otra.

La accion que ejercen sobre la intelijencia tiende á falsearla ó contener su desarrollo. Falséanla difundiendo nociones erróneas, ó propagando ciertos embustes; y atajan su desenvolvimiento prohibiendo usar de ella en el estudio de la historia, de la moral, de la política, ó de otros ramos propios para ilustrar á los hombres acerca de sus intereses.

Obran por último sobre sus facultades morales, no destruyendo sus pasiones, sino dirijiéndolas en un sentido contrario á los intereses de la humanidad. Inspíranles afecto á las personas ó cosas que les son aciagas, y antipatía á las que les son provechosas; desenvuelven en ellos pasiones descarriadas, como el orgullo, la falsía, la ambicion, la ociosidad, el fausto, la prodigalidad y la aficion al juego,

al paso que debilitan ó estinguen impulsos virtuosos, como la sencillez, el patriotismo, la sinceridad, la economia y el amor al trabajo.

## CAPITULO IV.

*Límites impuestos por la naturaleza á la perfeccion de las facultades humanas.*

Al hablar de la perfeccion y del menoscabo de las facultades humanas, no he querido designar mas que la potencia esencialmente variable que tienen nuestros órganos de desempeñar diversas funciones. No he tratado de las prendas cuya reunion constituye la belleza, segun las ideas particulares de cada pueblo; porque sobre este particular no hay tipo alguno que sirva de regla á todos los juicios. Cada especie ó cada variedad mira como sus mas bellas prendas los caracteres que la distinguen de las demás: á sus ojos, la perfeccion consiste en la misma exajeracion de aquellos caracteres. Los pueblos mas bárbaros, y las naciones mas civilizadas, todas se parecen en este punto. Algunos ejemplos bastarán para probar este aserto.

Los solariegos de la isla Van Diemen tienen la tez muy oscura; para ellos una parte esencial de la belleza es ser completamente negros, y para aproximarse á esta especie de perfeccion se tiznan con carbon (1). Los Hotentotes del

(1) Anderson, tercer viaje de Cook, lib. 1, cap. VI, t. I, páj. 234; Cook, segundo viaje, lib. III, cap. I, tom. 5, páj. 1 y 2.

Cabo de Buena Esperanza tienen igualmente la tez muy negruzca, y aumentan con la pintura esta clase de perfeccion. Tienen además la nariz muy corta y ensanchada; y, segun relato de Kolbe, aumentan este carácter de su belleza aplastando con el pulgar la nariz de los reciennacidos (1).

Uno de los rasgos característicos de los indíjenas del continente americano es el color cobrizo: para ellos la belleza se cifra en ser rojo. Así los pueblos de esta especie exajeran con la pintura su color natural: háblase entre ellos de la miseria de un hombre que no tiene con que pintarse de rojo, como se habla entre nosotros de un hombre que no tiene camisa que ponerse (2). Otro rasgo característico de los pueblos de esta casta es tener poco pelo: la belleza consiste en no tener ninguno. Así es que se depilan con tanto esmero, que por mucho tiempo se ha creido no tenian barba (3). Entre ellos hay tribus que tienen la frente comprimida de un modo muy singular: la belleza es tener la cabeza aplanada, y para dar á sus hijos esta especie de perfeccion, al nacer les aplastan sus padres la frente entre dos planchas (4).

Uno de los rasgos particulares de la especie caucásica ó europea es la blancura de su tez y un tinte encarnado en las mejillas; cuando falta este rasgo en algunas personas, tratan de suplirlo con medios análogos á los que usan los negros de la tierra de Van Diemen y los cobrizos de Amé-

(1) Kolbe, *Description du cap de Bonne-Espérance*, t. I, cap. VI y XVII, páj. 83 y 368.

(2) De Humboldt, *Viaje á las rejiones equinocciales*, t. VI, lib. VII, cap. 19. p. 223, 324 y 331.

(3) Robertson's *History of America*. Voltaire. *Diccionario filosófico*, artículo *Barbe*.

(4) Al. de Humboldt, *Ensayo político sobre Nueva España*, t. I, lib. II, cap. 6, páj. 398,





rica. Los Griegos, lejos de tener la cabeza aplanada, como ciertas tribus americanas, presentaban, al contrario, el ángulo facial muy abierto: entre ellos el mas perfecto era quien se distinguia por semejante carácter, que se observa constantemente en las estatuas de Júpiter y Apolo que nos han trasmitido (1). Una observacion análoga se ha hecho en los pueblos y en las estatuas de Ejipto: basta mirar aquellas estatuas y compararlas con las griegas, para convencerse de que no eran idénticas las ideas de perfeccion en ambos paises (2). Finalmente algunos viajeros han observado que los pueblos de casta mogola tienen naturalmente los piés y las manos sumamente pequeños (3); y esto podria esplicarnos el trabajo que se toman los Chinos para reducir los piés de sus mujeres al menor volúmen posible (4).

Sin duda que en muchos casos hay algunas relaciones entre las formas esteriores de nuestros órganos y la ap-

(1) Cuvier, *Anatomie comparée*, t. II, páj. 6.

(2) V. Denon, *Voyage dans la basse et la haute Egypte*, t. II, páj. 20.

(3) Rollin, *Voyage de La Pérouse*, t. IV, páj. 89.

(4) Esta tendencia que tiene cada especie á considerarse como el tipo de la perfeccion, ha hecho que todas confeccionasen sus dioses semejantes á ellas, y que se prosternasen ante sus propias imájenes. Si los triángulos confeccionaran un dios, ha dicho un filósofo, lo harian con tres lados. Si quisiese probar que en las teorías que han hecho los pueblos sobre lo bello, han tomado siempre por modelo á su propia especie, veríame precisado á apartarme mucho de mi objeto principal. Me limitaré á recordar los caracteres por los cuales creen los indíjenas del norte de América reconocer la belleza: «Preguntad á un Indio del Norte, dice Hearne, en que consiste; y os dirá que un rostro ancho y aplanado, ojos pequeños, mejillas escavadas, tres ó cuatro rasgos negros al través de cada una de ellas, frente baja, grande barba, nariz gruesa y encorvada, cutis moreno y garganta pendiente, constituyen la verdadera belleza.» *Viaje al Océano del Norte*, cap. 4, páj. 84.

titud que tienen para ejercitar las funciones para que están destinados. No es imposible que las ideas que tienen los pueblos de la belleza hayan nacido de cierto jénero de perfeccion, de alguna calidad real. La intelijencia puede manifestarse por la forma de tales órganos esteriores, la fuerza ó la destreza por la forma de tales otros, la mocedad y la lozanía por tales otras señales; pero las mismas formas ó los mismos signos pueden no indicar las mismas calidades morales ó físicas en todos los individuos ó en todas las especies (1). La tez, que en un individuo de estirpe caucásica es signo de salud, no lo es en un individuo de casta africana; y por consiguiente lo que es belleza para uno no puede serlo para otro. Por lo demás, no entra en el plan de esta obra inquirir las relaciones que existen entre la forma de nuestros órganos y su aptitud para desempeñar ciertas funciones: este estudio pertenece á otra clase de conocimientos.

Hemos visto en el capítulo anterior que si bien no tenemos medios de determinar el punto de perfeccion á que puede alcanzar la naturaleza humana, tampoco puede dudarse de que aquella perfeccion tiene sus límites. Algunos filósofos han aparentado, sin embargo, creer lo contrario, pero su creencia se funda solo en hipótesis; y los hechos, lejos de justificarla, demuestran su ningun fundamento. Los obstáculos que se oponen á la perfeccion y á los me-

Entre los negros, el blanco es el color de la tristeza y del luto; con este mismo color pintan á los espíritus infernales: los espíritus celestes y benéficos son negros como ellos. Nosotros juzgamos de otro modo; y la mejor razon que pudiéramos dar de nuestro juicio, es que somos blancos.

(1) Si se juzgase de la intelijencia de ciertos animales por la forma esterior de su cabeza, se tendria por mucho mas estensa de lo que realmente es. No de otra suerte juzgaron tal vez los Atenienses, cuando hicieron del buho el ave de Minerva.



dros de un pueblo son de dos especies: los unos se encuentran en la naturaleza misma del hombre, y los otros en las entidades que le rodean. Aquí solo se trata de los primeros.

Los progresos de las artes y de las ciencias han puesto á los pueblos civilizados al abrigo de ciertas enfermedades, y les han proporcionado el medio de curarse de algunas otras; les han dado además arbitrios para atender á sus urjencias y multiplicarse; han prolongado tambien la duracion media de la vida; mas por grandes que hayan sido estos progresos, nadie ha descubierto aun el secreto de aumentar de algunos años el término de la vida, cuando no se ve acometida por ningun accidente ó enfermedad. Los hombres mejor constituidos no llegan en nuestros dias á una edad mas avanzada que los hombres igualmente constituidos en los tiempos de la mas profunda ignorancia. La vejez llega en nuestra época exactamente á la edad en que llegaba hace tres mil años; y si alguna confianza pudiesen merecer las tradiciones fabulosas, casi debiéramos creer que en el dia es mas precoz que antiguamente.

Tampoco parece que los hombres hayan llevado el desenvolvimiento de las fuerzas musculares mas allá de lo que eran en los siglos remotos. Vemos, por lo que nos queda de los tiempos mas antiguos, que los hombres tenian las mismas dimensiones que en el dia; lo que nos cuentan los poetas y los historiadores de los tiempos remotos mas bien pudiera persuadirnos que nuestras fuerzas físicas son inferiores á las de algunos pueblos de entonces. El cambio que se ha verificado en las máquinas de guerra, junto con el abandono de los ejercicios jimnásticos, seria mas que suficiente para esplicarnos la diferencia.

Por último, ningun hecho hay que demuestre que los órganos de la vista, oido y olfato tengan hoy mas finura ó

estension de la que tenian en otro tiempo. La duracion de la infancia y de la vejez, los dolores concomitantes del crecimiento ú destruccion, son en el dia lo que han sido en todos tiempos. Para alimentarnos ó vestirnos necesitamos á corta diferencia la misma cantidad de alimentos y vestidos que nuestros antepasados. Ni somos mas insensibles al dolor, ó mas sensibles al placer, que los hombres del tiempo de Homero. En una palabra, si no juzgásemos del hombre mas que por sus órganos físicos ó materiales, estaríamos por creer que es hoy lo que ha sido siempre; y aun hay algun motivo para pensar que ha dejenerado bajo ciertos aspectos.

El sistema que presentase cada una de nuestras facultades como capaz de una perfeccion ilimitada, lejos de apoyarse en los hechos, quedaria desmentido por la esperiencia. Lo que se ha perfeccionado en nosotros es el arte de usar de nuestros órganos físicos ó intelectuales, el arte de acrecer su potencia por medio de máquinas ó métodos nuevos, el arte de preveer los resultados de nuestros actos, y de regular en su vista nuestras afecciones de una manera mas provechosa á nosotros mismos y á nuestros semejantes. La parte de nosotros mismos menos capaz de perfeccion es la que consiste en nuestra constitucion física, aquella cuya fuerza y duracion están subordinadas á la accion de los órganos que obran independientemente de nuestra voluntad. Las partes mas capaces de perfeccion son nuestras facultades morales é intelectuales, y la aptitud de alguno de nuestros órganos para ejecutar ciertas operaciones.

Un filósofo ha supuesto que todos los hombres colocados en una posicion parecida eran capaces de la misma especie de perfeccion intelectual y moral. Este sistema, sostenido con mucho talento, no se funda sin embargo en la



esperiencia, y por consiguiente debemos considerarlo como infundado. Es muy evidente que los hombres no son iguales por sus órganos físicos, y que fuera vicioso querer dar á los que nacen endebles y mal constituidos la misma ajilidad, fuerza y destreza que á los que nacen robustos y vigorosos. Es muy dificil encontrar en la naturaleza organizada dos entes perfectamente parecidos, y ¿cómo concebiríamos una semejanza cabal en todos los individuos de la especie que mas complicada tiene la organizacion? Difiriendo los hombres unos de otros por su organizacion física, no se pudiera admitir que son todos capaces de igual perfeccion intelectual y moral, á menos de admitir que los órganos físicos no ejercen influjo alguno en las facultades morales é intelectuales, proposicion tan desmentida por la esperiencia, que se puede dudar si vale la pena de ser refutada.

Otra cuestion hay mas sublime que la de saber si todos los individuos de una misma nacion son capaces de recibir el mismo desenvolvimiento intelectual, y es la de averiguar si todas las castas de hombres pueden alcanzar un mismo grado de civilizacion, puestas en circunstancias iguales. Esta cuestion se da la mano con otra no menos importante, y es la del influjo de los lugares y climas en las facultades humanas. Muchos naturalistas y filósofos han considerado el clima como causa productora de las castas que se observan en el linaje humano. Algunos han pensado que no todas las especies ó variedades de hombres eran capaces de igual acabalamiento. Han creido que algunas tenian sobre otras gran superioridad de organizacion física, y que esta superioridad les permitia llevar mas lejos la perfeccion de sus facultades intelectuales y morales. Esta opinion ha sido adoptada, no solo por los filósofos, sino tambien por algunos teólogos. Desde los primeros años de la con-

quista de América, los sacerdotes españoles disintieron en la cuestion de si los individuos de especie cobriza tenian bastante intelijencia para ser admitidos á participar de los misterios de la relijion católica. Muchos de ellos consideraron á los Indios como pertenecientes á una especie inferior, cuyas facultades intelectuales no eran capaces de desarrollo; y la decision de la corte de Roma no fué bastante para hacerles variar de dictámen. Otros han juzgado lo mismo de los individuos de las razas etiópica y malaya, sirviéndoles este mismo juicio para motivar la esclavitud de los primeros. La cuestion de las variedades ó razas se da de este modo la mano con la de la esclavitud, al mismo tiempo que con la relativa al influjo de los climas.

Entre todas las cuestiones concernientes á la perfeccion del órden social, quizás no hay otras mas importantes que las que se refieren á los diferentes órdenes de aristocracia. Las cuestiones de esta naturaleza han ajitado el mundo desde los tiempos mas remotos hasta nuestros dias; sin embargo en todas estas contiendas las diversas clases de la poblacion pertenecian á la misma raza de hombres. Pero desde que los Europeos se han establecido en América, en el Mediodia de Asia, en algunas islas del Grande Océano, y en el Mediodia y Occidente de Africa, vemos aparecer una especie de aristocracia, de la cual no se tenia antes el menor concepto, cual es la aristocracia de las castas. Esta nueva combinacion influirá considerablemente en la organizacion social y en la suerte de las poblaciones que pertenecen á diversas especies, y que han cambiado de resultas de la conquista ó de la esclavitud; influirá sobre todo en los destinos de las repúblicas americanas; y bajo este aspecto, merece toda nuestra atencion.

## CAPITULO V.

*Diversas especies (1) de que se compone el jénero humano.—Opinion de algunos escritores sobre este punto.*

Para determinar de una manera exacta cada uno de los puntos en los cuales se asemejan ó difieren las diversas especies ó variedades de hombres, seria necesario entrar en averiguaciones ajenas de esta obra, y que exijirian estudios á que no me he dedicado. En estas materias, los libros son un manantial de instruccion muy imperfecta; y realmente la historia natural del hombre está poco adelantada para que nada nos deje que desear sobre este punto. Cuando se leen las obras escritas sobre la materia, admira el corto número de hechos que han observado los sabios acerca de la mayor parte de las especies en que se divide el linaje humano; y uno titubea en sacar ilaciones jenera-

(1) Cuvier da el nombre de *especie* á la coleccion de todos los cuerpos organizados nacidos unos de otros, ó de padres comunes, y de todos aquellos que se les parecen tanto como ellos entre sí.

Da el nombre de *variedad* á los cuerpos organizados que no difieren ó no parecen diferir de una especie sino por ciertas causas accidentales. Véase la introduccion de su *Tableau elementaire de l'histoire naturelle des animaux*.

les, temeroso de convertir en regla hechos que tal vez no son mas que escepciones. Así, en este capítulo no me propongo mas que esponer los hechos jenerales que, segun algunos fisiólogos, caracterizan cada una de las principales especies que se han observado, y averiguar si el clima ejerce algun influjo en la produccion. Examinaré en seguida las consecuencias que pueden sacarse en moral y en lejislacion de las diversidades intelectuales ó morales que se han creido ver entre las varias especies.

Blumenbach, y despues de él, W. Lawrence, han dividido el jénero humano en cinco razas ó variedades: la Caucásica, la Mogola, la Etiópica, la Americana y la Malaya (1).

Comprenden en la raza caucásica á los habitantes antiguos y modernos de Europa, esceptuando tan solo los Lapones y demás pueblos de raza finesa; los habitantes antiguos y modernos del Oeste del Asia hasta la ribera del Obi, el Mar Caspio y el Gánjes, tales como los Asírios, los Me-

(1) La denominacion de cada raza no me parece muy bien escojida, pues dichas denominaciones suponen resueltos problemas de oríjen que no lo están. Unas denominaciones sacadas de los caracteres distintivos de cada especie hubieran sido mas oportunas que las tomadas de los lugares de donde se las supone orijinarias; los pueblos pueden variar de lugar, pero llevan donde quiera los caractéres que les distinguen. Mucho mejor se designarian, por ejemplo, los indíjenas de América con la denominacion de *raza cobriza*, y los pueblos que tienen la piel negra con la de *raza negra*, que con las de raza americana y raza etiópica. No es fácil atinar porqué los pueblos negros, diseminados por las islas del océano Pacífico, son designados bajo el nombre de raza etiópica, ni porqué los pueblos cobrizos, que se suponen una variedad de la raza llamada caucásica, han de llevar el nombre de raza americana, cuando casi toda la América está poblada de individuos de otra especie, que han nacido igualmente en el territorio, y que, en el sistema segun el cual todos los pueblos pertenecen al mismo tronco, tienen con ellos un oríjen comun.



das y los Caldeos, los Sármatas, los Escitas y los Partos, los Filistinos, los Fenices, los Judíos y todos los habitantes de la Siria, los Tártaros propiamente dichos, las diversas tribus que ocupan el Cáucaso, los Jeorjianos, los Circasios, los Mingrelianos, los Armenios, los Turcos, los Persas, los Arabes, los Afghaneses, los Indios de las altas castas, los habitantes del norte de Africa, los del norte del gran Desierto, y por último algunas tribus que viven en rejiones mas australes, los Ejipcios, los Abisinios y los Guanchos.

Comprenden en la raza mogola las numerosas tribus, mas ó menos bárbaras, y en gran parte nómades, que ocupan el centro y el norte del Asia, como los Mogoles, los Calmucos, los Buratos, los Manchúes ó Mandtchures, los Daurios, los Tonguses y los Coreanos, los Samojedos, los Coriakos, los Tschutskes, los Kamtchadales, los Chinos, los Japoneses, los habitantes del Tibet y de Butan, los de Tonquin, de la Cochinchina, de Ava, de Pegú, de Camboya, de Laos y de Siam; las razas finesas del norte de Europa, como los Lapones; y las tribus de los Esquimales, diseminadas por la América Septentrional, desde el estrecho de Bering hasta la estremidad de Groenlandia.

Todos los indíjenas del Africa, á escepcion de los comprendidos en la raza caucásica, son designados bajo el nombre de raza etiópica; clasifícanse tambien bajo la misma denominacion los habitantes de las islas que se hallan al Sudoeste del Grande Océano, como los de la Nueva Holanda, de la isla de Van-Diemen, de la Nueva Guinea, de la Nueva Bretaña, de las islas de Salomon, de la Nueva Jeorjia, de las islas Carlotas, de las Nuevas Hébridas, de Tanna, de Mallicollo, de la Nueva Caledonia y de la islas Fidgi (1).

(1) Los Ingleses escrib n *Feejee*.

La raza americana comprende, segun los mismos escritores, á todos los indíjenas de América, escepto los Esquimales. Algunos viajeros creen sin embargo haber encontrado, tanto en lo interior de aquel continente, como en las costas del Noroeste, algunas tribus pertenecientes á diferentes especies, segun verémos mas adelante.

Por último, la especie malaya comprende todos los habitantes de las islas del Océano Pacífico, desde la Nueva Zelandia hasta las islas de Sandwich, y desde la isla de Pascua hasta la península de Málaca. Débense esceptuar tan solo los habitantes de algunas islas, que han sido comprendidos en la especie etiópica: parece todavía dudoso que deba admitirse esta escepcion.

Cada una de estas razas tiene caracteres que la distinguen de las demás, y que se perpetúan de jeneracion en jeneracion. He aquí sus caracteres segun los dos fisiólogos que he citado.

Los de la raza caucásica son: piel blanca, tez encarnada ó que tira á morena; mejillas encarnadas; cabellos espesos, suaves, mas ó menos rizados, negros ó de varios colores mas ó menos claros; iris negro en los individuos de tez morena, y azul, gris ó verdoso en los individuos de tez rosada; cráneo abultado y cara comparativamente pequeña; las rejiones superiores y anteriores del cráneo muy desarrolladas, y la cara perpendicularmente debajo; el rostro ovalado y recto, las facciones distintas unas de otras, la frente despejada; la nariz estrecha y jeneralmente aguileña; la boca pequeña; los dientes anteriores de las dos mandíbulas perpendiculares; los labios, y particularmente el inferior, algo retorcidos hácia fuera; la barba llena y redondeada; los sentimientos morales y las facultades intelectuales muy enérjicas y capaces de sumo desarrollo.



Los individuos que componen esta especie son designados bajo el nombre de raza ó variedad caucásica, ya por haberse supuesto que su cuna primitiva fué en las montañas del Cáucaso, ya porque en los pueblos que siempre las han habitado y las habitan todavía, los caracteres particulares de la raza son mas señalados que en ningun otro pueblo (1).

Los pueblos de la raza mogola están caracterizados por una tez de color aceitunado que en muchos casos es muy poco subido; los ojos negros; los cabellos negros, erizados, ásperos y escasos; poca ó ninguna barba; la cara cuadrada; la frente pequeña y hundida; la nariz ancha y aplanada; las facciones se confunden unas con otras; las mejillas redondeadas y salidas; los párpados poco abiertos y bridados; los ojos situados con mucha oblicuidad; la barba algo salida; las orejas grandes; los labios gruesos; la estatura, particularmente en los pueblos del Norte, mas baja que la de los Europeos.

Los caracteres de la raza etiópica son la piel y los ojos negros; los cabellos negros, lanudos; el cráneo lateralmente comprimido y oblongado hácia delante; la frente baja, estrecha y deprimida hacia atrás; las mandíbulas estrechas y salidas hacia delante; los dientes anteriores de la mandíbula superior, situados oblicuamente; la barba tirada hácia atrás; los ojos salidos; la nariz ancha, gruesa, achatada, y que se confunde con una enorme

(1) La sangre de los Mingrelianos, dice Chardino, es muy hermosa; los hombres son bien conformados, y las mujeres muy bonitas. Las de categoría tienen todas alguna particularidad ó alguna gracia que encanta. Las he visto maravillosamente bien formadas, de aire majestuoso, de rostro y talle admirables; tienen además un mirar espresivo, que halaga á cuantos las miran, y parece brindarles al amor. *Voyage en Perse*, t. I, páj. 168 y 169.

mandíbula ; los labios , particularmente el superior , gruesos ; las rodillas frecuentemente vueltas hácia dentro (1).

Los caracteres de la raza americana son piel oscura de tinte mas ó menos rojo ; cabellos negros , erizados y ásperos ; barba poca , y jeneralmente arrancada artificialmente ; el cráneo y el aire del rostro mogoles ; la frente baja ; los ojos hundidos , la cara ancha , particularmente en la rejion de las mejillas , pero un poco menos aplanada que en los individuos de raza mogola ; la nariz y demás facciones mas distintas ; la boca grande ; los labios gruesos (2).

(1) No todos los pueblos de raza negra tienen los caracteres que les señalan Blumenbach y Lawrence. Muchos hay , segun verémos mas adelante , que tienen los órganos tan bien formados como los pueblos de raza caucásica mejor constituidos. Las descripciones de los fisiólogos serian diferentes, si, en vez de haberlas hecho con individuos de ciertas tribus á la vista , lo hubiesen verificado con individuos de otras. Los hechos particulares que sirvieron de base á sus descripciones jenerales , son tan pocos , que se hace muy dudoso puedan servir para caracterizar razas enteras. El retrato que hacen Blumenbach y W. Lawrence de los pueblos de raza etiópica , se parece tan poco á los Cafres y otros pueblos africanos , como los labradores de la Baja-Bretaña á las estatuas griegas.

(2) Este cuadro que traza Lawrence de los caracteres particulares de la raza americana , no es completo , ni tampoco enteramente exacto.

Los individuos de esta raza tienen , casi sin escepcion , las manos y los piés pequeños y bien formados : este carácter se ha observado en todos los pueblos de la raza , desde los Patagones hasta los habitantes del Canadá. Wallis, *Viaje al rededor del mundo*, t. II, c. I, páj. 18 y 19. — Ulloa , *Discursos filosóficos* , t. II, Discurso 17 , páj. 4. — Azara , *Viaje por la América meridional* , t. II , c. X , páj. 9.

Tienen los ojos pequeños , negros y hundidos. Rollin , *Voyage de La Perouse* , t. IV , páj. 52 y 53. — Dampier , *Voyage autour du Monde* , t. I, cap. VII , páj. 383. — De Humboldt , *Viaje á las rejiones equinocciales* , t. III , lib. 3 , cap. IX , páj. 278. *Ensayo político sobre Nueva España* , t. I , lib. II , cap. VI , páj. 387 y 388. — Ulloa, *Discursos filosóficos* , t. II , páj. 4.

Los indíjenas de América difieren de todos los demás pueblos , particularmente en la forma de la cabeza. « La osteolojia nos enseña , dice el Sr. de Humboldt , que el craneo del Americano difiere esencialmente del de la raza mogola : el primero presenta una línea facial mas inclinada , aunque mas recta que la del negro ; no hay raza sobre el globo que tenga el hueso frontal mas deprimido hácia atrás , ó la frente menos salida. El Americano tiene los huesos pomulares casi tan salidos como el Mogol; pero su contorno es mas redondeado, sus ángulos menos agudos : la mandibula inferior es mas ancha que la del negro; sus ramas están menos separadas que en la raza mogola; el hueso occipital está menos combado , y las protuberancias que corresponden al cerebelo , y á las cuales tanta importancia da el sistema de Gall , son poco perceptibles. » *Ensayo político sobre Nueva España* , t. I , lib. II , páj. 397 , 398 y 399.

En los individuos de esta especie , los huesos del craneo son mas gruesos que los de la raza caucásica. Ulloa , *Disc. filosóf.* , t. II , discurso 17, p. 12 y 13.

Los individuos de raza cobriza tienen tambien la piel mas gruesa , y están al parecer dotados de menos sensibilidad. — Ulloa , t. II, páj. 12. — Azara , t. II , cap. II, páj. 181.

Sus huesos , depuestos en la tierra , se disuelven en menos tiempo. — Azara , t. II , cap. X , páj. 59.

No están sujetos á la incomodidad de perder los dientes , ni de volverse calvos. Rara vez encanecen , y esto muy tarde. Azara , *Viaje por la América meridional* , t. II , cap. X , páj. 9. — De Humboldt , *Ensayo político sobre Nueva España* , t. I , lib. II , cap. 6 , páj. 394.

En las rejiones donde no son destruidos por la guerra , ó por los escesos, alcanzan una vejez mucho mas avanzada que la nuestra. Azara , t. II , cap. X, páj. 24, 25, 104 y 110. — De Humboldt , *Ensayo político sobre Nueva España* , t. I, lib. II , cap. 6 , páj. 394. — Ulloa ,



Los caracteres de la especie malaya son la piel morena, desde un matiz bronceado, como el de los Portugueses y Españoles , hasta el pardo oscuro que se acerca al negro;

los cabellos negros, poblados, y mas ó menos rizados; la cabeza algo estrecha; los huesos de la cara abultados y salidos; la nariz llena y ancha en la punta; la boca grande (1).

No todos los pueblos comprendidos en cada una de estas especies ofrecen puntualmente los mismos caracteres; cada una de ellas pudiera dividirse en un número mas ó menos crecido de variedades tan diferentes entre sí como

t. II, páj. 35. — Charlevoix, *Nouvelle-France*, t. III, lib. III, páj. 18. = Lahontan, t. II, páj. 96.

Los hombres tienen las partes sexuales comparativamente pequeñas; las mujeres tienen los diámetros del bacinete y las partes sexuales muy grandes. Paren sin auxilio ajeno, con la mayor facilidad, y casi sin dolores. El parto no las obliga á interrumpir sus tareas habituales. Están muy sujetas á abortar. Rollin, *Voyage de La Perouse*, t. IV, páj. 58. — Azara, *Viaje por la América meridional*, t. II, cap. X, páj. 59, 152, 180 y 181. — Stedman, t. II, cap. XIV, p. 122 y 123.

(1) *W. Lawrence's lectures on physiology, zoology and the natural history of man*, secc. 2, cap. 10, páj. 549, 572.

Los pueblos de raza malaya son los mas afines de la raza caucásica. No todos tienen los cabellos negros, como ha creido Lawrence. Los de las islas Marquesas de Mendoza presentan en el pelo las mismas variedades que los Europeos, pues entre ellos se ven cabellos rubios, castaños, negros, largos, rizados, muy lacios, muy ásperos, etc. Aquellos pueblos tienen las facciones regulares y agradables segun el sentido que damos á estos adjetivos. Su tez, sin ser blanca, es sin embargo parecida á la de los Europeos que no se esponen al sol: distínguelos una tez amarillenta, y la falta de los colores particulares á los rostros de los pueblos de raza caucásica. (Rollin, *Voyage de La Perouse*, t. IV, páj. 20. — Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. I, cap. II, páj. 97, 152 y 153, — Krusenstern, *Viaje al rededor del mundo*, t. I, cap. IX, 205). Cook observa que los Malayos no tienen en las mejillas los tintes que nosotros llamamos *colores*. (*Primer Viaje*, lib I, cap. XVII, t. II, páj. 537 y 538). Esta particularidad les es comun con todas las demás especies. Los individuos de raza caucásica son los únicos que tienen la facultad de *ponerse colorados*.



difieren las primeras unas de otras. La raza caucásica es la que mas divisiones comportaria. Hase atribuido el gran número de variedades que en ella se notan, á una organizacion mas flexible, mas suave, mas delicada, y á una civilizacion mas antigua. La raza etiópica, que es la que parece mas remota de la caucásica, comprende tambien un gran número de variedades muy señaladas. Hay mas diferencias, por ejemplo, entre un Bosjesman, un Cafre y un Etíope, clasificados en la misma variedad, que entre un Malayo, un Europeo, y un Cafre pertenecientes á especies diversas. La division del jénero humano en cinco especies ó variedades no deja de tener su poco de arbitrariedad; y era quizás mas fácil dividirlo en quince ó veinte, que probar que todos los pueblos del globo van comprendidos en una de las cinco especies anteriormente designadas (1).

Es un problema entre los fisiólogos el si el jénero humano se divide en muchas especies, ó si no comprende mas que una sola, siendo variedades de la misma los diferentes pueblos que existen sobre la haz de la tierra. Buffon y Blumenbach creyeron que el jénero humano no comprendia mas que una sola especie; que la raza caucásica era el tronco del cual habian derivado todas las demás; y que los hombres aceitunados, cobrizos, negros ó morenos, no eran mas que caucásicos dejenerados.

Lawrence ha tratado de averiguar si las diversas especies ó variedades que ha reconocido deben considerarse

(1) El Sr. Bory de Saint-Vincent ha dividido el jénero humano en quince especies. No admite la opinion de una sola especie primitiva dividida en muchas variedades. Al contrario, opina que las divisiones, miradas como meras variedades, forman otras tantas especies primitivas. Las razones en que se funda pueden verse en el *Dictionnaire classique d'histoire naturelle*, artículo *Homme*.

como existentes desde el oríjen del linaje humano, ú como resultados de variaciones subsecuentes á la variacion de los hombres. Ha adoptado la opinion de Buffon y de Blumenbach; y juzgando del jénero humano por los hechos que ha creido observar en ciertas especies de animales, ha atribuido al estado de domesticidad las diversas variedades en que se divide el linaje humano.

Está averiguado, porque así lo demuestra la esperiencia diaria, que los hombres de todas las especies ó variedades son capaces de menoscabo y de perfeccion; pero ¿cuáles son los hechos que pueden servirnos para sentar que tal ó cual variedad es el tronco primitivo del cual han derivado todas las demás? Un hombre de raza caucásica se imajina que todas las demás han nacido de la suya; pero un hombre de especie malaya ¿no puede creer con igual fundamento que pertenece á la especie primitiva, y que todas las demás son degradaciones de la suya? Individuos de especie caucásica, dicen algunos, han podido producir individuos de variedad etiópica, africana, ó malaya; pero si esto ha podido suceder, tambien ha podido verificarse lo contrario; yo no veo razon de preferencia para admitir un supuesto mas bien que otro. Para probar la antigüedad de su oríjen puede cada especie ó variedad raciocinar del mismo modo que se ha hecho para demostrar la antigüedad de la variedad ó especie caucásica. Es cierta la observacion de que los pueblos del Cáucaso se han diseminado por rejiones muy distantes; pero ¿estaban por ventura desiertas todas las demás partes del mundo cuando empezaron aquellas emigraciones? ¿Quién nos dirá si aquellos pueblos que, segun nuestro modo de ver, forman la especie mas hermosa, deben su belleza á su organizacion primitiva, ó á una perfeccion que hayan adquirido en los mismos lugares que habitan? Los mas



bellos individuos que se conocen de la raza malaya son los que ocupan las islas Marquesas; y ¿basta esto para suponer que tomó nacimiento la raza en aquellas islas?

El orgullo mas tenaz en el hombre es el orgullo de raza: un hombre puede desentenderse del orgullo individual, del orgullo de familia, y hasta del orgullo nacional; pero el orgullo de casta no se orilla tan fácilmente; y á este impulso hay que atribuir nuestros sistemas sobre la formacion y division de los pueblos. Para conocer cuán endebles son las bases en que se fundan estos sistemas, no hay mas que hacer sistemas parecidos respecto de otros jéneros en que el orgullo está desinteresado, en jéneros diferentes del nuestro. Pregúntese, por ejemplo, si todos los osos descienden de un tronco comun; si los negros son una dejeneracion de los blancos, ó estos una perfeccion de aquellos; si los negros son tales por haber pasado de un clima templado á otro cálido; si los blancos han adquirido esta calidad, porque dejaron los climas cálidos para vivir en climas frios; y se verá que la solucion de estas cuestiones acerca del estado primitivo de las especies está fuera del alcance de la ciencia, porque, para resolverlas, seria necesario conocer hechos de que no podemos absolutamente cerciorarnos; y los hechos que nos faltan no pueden suplirse con vagas conjeturas ó supuestas probabilidades (1).

(1) «Los pueblos de piel blanca, dice el Sr. Alejandro de Humboldt, empiezan su cosmogonia por hombres blancos. Segun ellos, los negros y todos los pueblos morenos han sido ennegrecidos ó tiznados por el escesivo ardor del sol.

«Esta teoría, adoptada por los Griegos, aunque no sin contradiccion, se ha propagado hasta nuestros dias. Buffon ha vuelto á decir en prosa lo que Teodectes habia emitido en verso dos mil años antes: *las naciones llevan la librea de los climas que habitan.*

Lawrence cree que todas las razas existentes son variedades de la caucásica, fundado en que se observan variedades análogas entre los animales domesticados por el hombre. Este modo de raciocinar es poco concluyente; en primer lugar, todas las razas de hombres viven en estado de sociedad, y cada una puede considerar á todas las demás como á variedades de sí misma, con tanto motivo como la raza caucásica. En segundo lugar, los animales que el hombre ha sujetado á su imperio no elijen á su albedrío el alimento ni las moradas, ni los individuos de su especie con quienes se asocian. Para que fuese cabal la analojía, fuera menester que los hombres estuviesen sometidos á séres de un jénero superior á ellos mismos, y que estuviesen sujetos, como lo están, los animales domésticos. En tercer lugar, las variedades observadas entre estos animales resultan principalmente, segun el mismo Lawrence, de la diferencia de clima, de alimentos y de afanes; admitiendo que ninguna de estas causas produce igual efecto en los hombres. En cuarto lugar, de que tal jénero de

«Si la historia hubiese sido escrita por pueblos negros, habrian sostenido, como han dicho recientemente hasta algunos Europeos, que el hombre es orijinariamente negro ú de un color muy oscuro, que se ha blanqueado en algunas razas por efecto de la civilizacion y de una debilitacion progresiva, á la manera que los animales, en estado de domesticidad, pasan de un tinte oscuro á otros mas claros.

«En las plantas y en los animales, algunas variedades accidentales formadas á nuestra vista se han vuelto constantes y propagádose sin alteracion. Pero nada prueba que, en el estado actual de la organizacion humana, las diferentes razas de hombres negros, amarillos, cobrizos y blancos, cuando se mantienen sin mezcla, dejeneren considerablemente de su tipo primitivo por el influjo de los climas, del alimento y otros ajentes esternos.» *Viaje á las rejiones equinocciales*, lib. III, cap. IX, páj. 367 y 369.



animales sea capaz de esperimentar tal variacion, no hay que inferir que séres de un jénero absolutamente distinto sean capaces de esperimentar una modificacion parecida, y menos que la hayan esperimentado. Aun cuando estuviese sentado que pudo suceder de tal manera, no se podria sacar la consecuencia de que efectivamente sucedió así, hasta despues de haber probado que no ha podido suceder de otro modo. Por último, millones de nacimientos nos prueban la constancia con que se perpetúan y conservan puras las especies; pero no conocemos hecho alguno del cual sea dable inferir que dos individuos de raza caucásica puedan enjendrar un negro, ó dos negros un individuo de raza caucásica.

La procreacion de un blanco por dos negros, ó de un negro por dos blancos, seria ya un fenómeno muy estraordinario, y sin embargo no bastaria para producir una ú otra de las dos variedades, siendo menester otro individuo parecido, pero de diferente sexo. Con efecto, no vemos que la union de un individuo de especie caucásica con otro de especie etiópica, produzca individuos ora blancos ora negros, ó individuos pios como entre los animales. Los hijos que nacen de semejante enlace son de color uniforme entre el de las dos especies; para enjendrar á un individuo de raza pura, es necesario que padre y madre sean de la misma raza; y este fenómeno bastaria para probar cuán poco concluyente es la analojía que se saca de un jénero de animales para otro (1).

(1) Este error, que consiste en juzgar de las leyes á que está sujeta la naturaleza humana por las que rijen á los animales de jénero distinto, es harto comun: es el error que, segun verémos mas adelante, sirve de base á muchos de los sofismas de J. J. Rousseau.

«En el hombre, dice Humboldt, las desviaciones del tipo comun á la raza entera se notan particularmente en la talla, en la fisonomía y

Otra razon ha determinado á Lawrence á creer que todas las razas de hombres son variedades de una sola primitiva, y es el gran número de especies que se debieran admitir en la ciencia, si se sentase que hay mas de una. Cada una de las variedades, dice él, debiera dividirse en otras muchas, y su número seria tan crecido que agoviara la imajinacion. Yo no puedo comprender este raciocinio; no veo que la dificultad de clasificar ó esplicar cierto órden de hechos sea una prueba de la existencia de tal ó cual fenómeno. Esta dificultad probaria todo lo mas los límites de nuestro entendimiento, la imperfeccion de nuestros métodos, la poca certeza de nuestros conocimientos; pero no pasaria de aquí. La formacion de cinco especies primitivas no es un fenómeno menos inconcebible que la formacion de veinte: y la formacion de una sola es un misterio tan impenetrable como la de ciento. Las ciencias no pueden darnos sobre este punto el menor conocimiento, pues no merecen este nombre las conjeturas vagas ni las falsas analojías. Desde el punto en que nos es imposible saber cosa alguna sobre la filiacion de los pueblos, la cuestion de unidad ó multiplicidad de las especies no es mas que una cuestion de método. La mejor solucion es la

en la forma del cuerpo mas bien que en el color. No así en los animales, pues en estos se encuentran las variedades mas bien en el color que en la forma. El pelo de los mamíferos, el plumaje de las aves, y hasta las escamas de los peces, cambian de color segun el influjo mas ó menos prolongado de la luz y de la oscuridad, segun la intensidad del calor y del frio.

«En el hombre, la materia colorante se deposita al parecer en el sistema dermoideo por la raiz ó bulbo de los pelos; y todas las buenas observaciones prueban que la piel varia de color por la accion del estímulo esterior, en los individuos, y no hereditariamente en la raza entera.» *Viaje á las rejiones equinocciales*, t. III, lib. III, páj. 366 y 367.



que da al entendimiento mayor facilidad para abrazar cierto órden de hechos; pero ninguna clasificacion pudiera esplicarnos hechos que la naturaleza nos ocultó.

## CAPITULO VI.

*Invariabilidad de los caracteres que distinguen las diversas especies en que se divide el jénero humano, y particularmente del color.*

Las diversas poblaciones que ocupan el continente americano, y las demás partes del mundo donde han formado colonias las naciones europeas, esperimentan ciertos embarazos, y están espuestas á riesgos que no se habian notado. Compuestas de una mezcla de diversas razas que se aborrecen ó desprecian, y que se distinguen unas de otras por caracteres palpables, no pueden admitir en práctica esta reciprocidad de derechos y deberes, que consideramos como una de las bases de nuestra civilizacion, y sin la cual no pudiera haber paz duradera entre hombres obligados á vivir juntos. Cada especie, segun es mas ó menos numerosa, ó recibe mas ó menos poder de sus relaciones con otros pueblos, está ó se cree en la alternativa de oprimir á los demás, ó de ser oprimida por ellos, temiendo que el aflojar la servidumbre doméstica, civil ó política, sea para ella la señal de la esclavitud ó del esterminio.

Si la unidad del jénero humano fuese un hecho averiguado por las ciencias, si estuviese demostrado que las diferencias que advertimos entre las diversas razas de hombres han sido producidas por ajentes esteriores; si la esperiencia nos hubiese enseñado, por ejemplo, que son resultado de la temperatura atmosférica, de la naturaleza del suelo, de la calidad de los alimentos, ó de operaciones artificiales, los inconvenientes y riesgos de que acabo de hablar serian volanderos: sometidos todos los hombres situados bajo un mismo clima y bajo un mismo suelo á la accion de unas mismas causas, el tiempo reduciria cada poblacion á la unidad desfigurada por las emigraciones ó las trasplantaciones forzadas; mas si las diferencias fuesen independientes de la accion de las causas esternas; si procediesen de diferencias de especie ó de orijen, el tiempo, lejos de remediar el achaque, sirviera tan solo para agravarlo; y entonces seria forzoso pensar en otros medios para establecer la armonía entre las diversas especies de que se compone cada poblacion en ciertas partes del globo.

Varios escritores han creido que para modificar la especie bastaba modificar á los individuos durante cierto número de jeneraciones; han creido, por ejemplo, que estampando cierto color á un hombre y á una mujer, y repitiendo la misma operacion en sus descendientes, se llegaria á producir una raza de hombres que tendrian al nacer el mismo color que se hubiese estampado á sus antepasados; que, dando artificialmente á tal ó cual órgano cierta forma, se lograria con el tiempo hacer nacer hombres que poseyesen y trasmitiesen á sus descendientes la forma deseada. Así se ha creido, no que los indíjenas del continente americano se pintasen de rojo porque nacian cobrizos, sino que venian al mundo de este color porque sus antepasados se habian pintado de rojo. Volney atribuye al influjo de causas análogas la tez y las formas esternas de los negros (1).



Lejos de confirmar la esperiencia estas opiniones, prueba, al contrario, que no tienen el menor fundamento, pues nos demuestra que la accion de las causas esternas no ejerce influjo alguno en los descendientes de los hombres que á ellas están sujetos. Casi todos los isleños del Océano Pacífico se estampan en la piel colores indelebles. Estos colores no se limitan al epidérmis, sino que son introducidos por medio de instrumentos agudos en el mismo tejido de la piel. Por lo jeneral, empieza á ejecutarse la operacion antes de la pubertad; las mujeres se avienen á ella lo mismo que los hombres. Ignoramos desde que época está en práctica semejante costumbre; pero es creible que proceda de los tiempos mas remotos. Con efecto, se encuentra en casi todas las islas, siendo probable que á ellas fuese traida en el momento en que se poblaron. Sin embargo en ninguna nacen las criaturas pintadas; en cada jeneracion, se debe repetir la operacion cual si nunca se hubiese practicado en las jeneraciones precedentes.

La reduccion que dan los Chinos á los piés de sus hijas, por medio de una compresion artificial, nunca se trasmite de una jeneracion á otra. Los hombres y las mujeres caribes, cuya cabeza ha sido artificialmente aplastada des-

(1) Yo observo, dice este sabio viajero, que la cara de los negros representa precisamente aquel estado de contraccion que toma nuestro rostro cuando le afecta una luz muy viva ó una fuerte reverberacion de calórico. Entonces se fruncen las cejas, se levantan los pómulos, se cierran los párpados, y se hacen jestos con la boca. Y esta contraccion que se verifica perpetuamente en el árido y caluroso pais de los negros, ¿no ha debido convertirse en carácter propio de la cara? *Voyage en Syrie et en Egypte*, t. I, p. 74.

de su nacimiento, enjendran hijos con las proporciones que caracterizan su especie; solo pueden asemejarlos á sus padres sujetándolos á la misma compresion (1). Los indíjenas del Noroeste de América, que se horadan debajo del labio inferior una ancha abertura á la cual dan la traza de una segunda boca, no trasmiten por la jeneracion esta deformidad á sus descendientes (2). Los individuos de algunas tribus africanas, que con incisiones producen en ciertas partes de su cuerpo prominencias artificiales, no han logrado modificar su raza con semejante arbitrio (3). Casi todos los pueblos de especie americana, una parte de los que pertenecen á la raza malaya, y los Orientales de raza caucásica, se despilan esmeradamente una parte del cuerpo; pero esta práctica no ejerce influjo alguno en la constitucion física de sus descendientes. En casi todos los paises las mujeres se horadan las orejas para llevar suspendidos de ellas varios adornos; y no hay ejemplar de criatura nacida con las orejas taladradas. Por último, por mucha que sea la persistencia con que mutilamos á los animales, nunca hemos logrado afectar su especie. Los caballos y los perros á quienes se les cortan las orejas ó la cola, solo enjendran individuos parecidos á los que no padecieron tal operacion.

El dictámen de Buffon y de algunos otros naturalistas que atribuyen las diferencias características de las especies á medios artificiales; que creen, por ejemplo, que la tez aceitunada de la especie mogola, y la cobriza de la ameri-

(1) De Humboldt, *Viaje á las rejiones equinocciales.*

(2) La Pérouse, tom IV, páj. 54 y 55. — Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, tom. II, cap IV, paj. 48 y 49. — Cook, *tercer viaje*, tom. V, lib. 4, cap. V, paj 247.

(3) Enrique Salt, *Viaje por Abisinia*, tom. I, cap. I, páj. 50. — Degrandpré, *Viaje á la costa occidental de Africa*, tom. II. cap. IV, páj. 38 y 39.



cana, han sido producidas en gran parte por su poca limpieza ó por el humo de sus chozas, no solo no se funda en la esperiencia, sino que antes bien queda desmentido por la misma. Los carboneros, los que trabajan en las minas ó en las herrerías y los deshollinadores enjendran hijos tan blancos como los de las personas mas limpias y aseadas. Si las causas de que habla Buffon produjesen los efectos que les atribuye, muchos Europeos serian tan negros como los Etíopes. No hay duda que aquel ilustre escritor atribuye á mas de una causa las variedades que se observan entre los hombres: segun él, el clima es el ajente que mas contribuye á la produccion de estas variedades; pero ya verémos luego que aquel supuesto ajente no causa el efecto que se le atribuye, y que los rayos del sol, al modificar la tez del individuo, afectan tan poco á la especie, como la impresion de colores en la piel á los isleños del Grande Océano.

Los varios colores de la tez entran en el número de los caracteres que sirven para distinguir las especies; pero estos caracteres no son los únicos. Los negros pudieran tener la tez de los Europeos, y diferir de ellos sin embargo bajo otros muchos aspectos. Los naturalistas que tratan de esplicar la diferencia de tez por la diferencia de clima, dejan sin esplicacion todas la demás diferencias; y estas, no obstante, son harto numerosas para caracterizar las especies y evitar que las confundamos.

La tez de la especie caucásica varia, con la temperatura atmosférica, para las personas que viven al descampado. Los Moros que habitan las costas de Berberia, tienen la tez mas oscura que los habitantes de Portugal y de España; estos mas que los Franceses; y los Franceses mas que los Alemanes y los Ingleses (1). Estas diferencias son pro-

(1) En este particular hay tambien muchas escepciones individuales.

ducto incontestable del ambiente y de la luz; un Aleman que viviese en España adquiriria en ella la tez de un Español, y un Español que viviese entre los Alemanes llegaria á adquirir la tez de los pueblos de Alemania. Mientras los naturalistas se limitaron á observar superficialmente estos fenómenos, y mientras solo admitieron pueblos negros en la parte mas ardiente del Africa, era natural que atribuyesen la diferencia de color á la de clima; pero mas acrisolados los hechos, y multiplicado su número, ya no cabe profesar la misma opinion.

La accion del ambiente, del color y de la luz, que tan poderosa es sobre el individuo, no ejerce el menor influjo en su posteridad. Las criaturas de raza caucásica nacen blancas bajo todas las latitudes y en todos los grados de temperatura, y se mantienen tales hasta que la accion del aire ó de la luz modifican mas ó menos su tez. Ninguna diferencia de color se echa de ver entre el hijo de un Arjelino, el de un Español, y el de un Sueco ú de un Ruso. Los hijos de los criollos ingleses, que nacen entre los trópicos, ofrecen puntualmente el mismo color que los nacidos en la Gran Bretaña. Los descendientes de los Españoles, en la América del Sur, tienen la tez tan hermosa como los que nunca salieron del territorio español, y quizás la tienen mas blanca cuando no se esponen á los rayos solares. Los hijos de los Holandeses que nacen al lado de los Cafres, son tan blancos como los que nacen en Amsterdam. El influjo del clima no solo no afecta el color de la especie, sino que tampoco afecta al individuo en su totalidad; las partes del cuerpo que se llevan cubiertas son tan blancas en los pueblos del Mediodia como en los del Norte; y áun lo parecen mas por el contraste que presentan con las mas ó menos denegridas por la accion del sol (1).

(1) Entre todos los pueblos conocidos, los Arabes del desierto son aquellos cuya raza se ha conservado mas pura; nunca han estado esclavizados; nunca se han mezclado con otras razas: habitan hoy el mismo suelo que habitaban en los siglos mas remotos; conservan las costumbres que tenian en los tiempos mas antiguos que mencionan la historia ó la tradicion; y sin embargo, aunque situados bajo un cielo ardiente y espuestos al descampado, no han adquirido el color ni el cabello ni las facciones de los Etiopes. Segun J. Bruce, muchas de sus mujeres, al contrario, son muy rubias. *Voyage aux sources du Nil*, t. II, l. I, c. 6, p. 270.

Los Moros que andan al descampado tienen la tez muy morena; pero los que viven en lo interior de las casas son muy blancos. «Las mujeres de las ciudades, dice Poiret, no estando, como las montañesas, tostadas por el sol, ni ajadas por el trabajo, son casi todas hermosísimas, de admirable blancura y buena talla.» Poiret, *Voyage en Barbarie, ou Lettres ecrites de l' ancienne Numidie*, t. I, lett. XXI, p. 144, 145 y 146.



Los individuos de la especie etiópica nacen casi del mismo color que los de la caucásica: al nacer, todos se presentan de color encarnado. Al tercer dia, los órganos de la jeneracion, el círculo de las uñas y los pezones son enteramente negros; del quinto al sexto dia, el cuerpo de la criatura ha adquirido completamente el color particular de su especie. Este cambio se verifica en los climas mas frios lo mismo que en los mas cálidos. Camper lo observó en un niño nacido en Amsterdam en el invierno, en un aposento bien cerrado, y mantenido cuidadosamente envuelto con pañales (1). Kolbe hizo observaciones análogas en los hijos de los Hotentotes: aquellas criaturas tienen al nacer el color de los Europeos; pero al cabo de diez ó doce dias, aquel color queda reemplazado por otro negruzco que les cubre todo el cuerpo, escepto la palma de las manos y las plantas de los piés, cuyas rejiones siguen blanquizcas como en todos los individuos de la misma

(1) *W. Lawrence's lectures on physiology, zoology*, etc., sec. II, cap. 9, páj. 522 y 523.

raza (1). Los negros diseminados por la superficie del continente americano, bajo todas las latitudes, y en todos los grados de elevacion, aunque descendientes de padres que habian nacido y vivido en aquel pais, son de color tan oscuro como los nacidos en el centro de Etiopia y que nunca salieron de su pais nativo. Los negros establecidos en el norte de Europa, no solo conservan su color orijinal, sino que lo trasmiten á sus descendientes tan oscuro como lo recibieron. Las criaturas que nacen en Inglaterra de un negro y de una mujer blanquísima, son tan morenas como los mulatos nacidos y criados bajo los trópicos. Las partes del cuerpo de los negros que nunca estuvieron espuestas á la accion del sol ó de la luz, son tan negras como las que nunca están cubiertas.

Varios pueblos de raza negra están diseminados por algunas islas del Océano Pacífico; ignórase desde que tiempo se hallan allí establecidos, y cuál fué su orijen; sábese tan solo que ya estaban cuando los Europeos descubrieron aquellas islas. Pero por mas que vivan á gran distancia unos de otros, por mas que algunos estén situados debajo del ecuador, otros en un clima templado, y otros en un clima comparativamente frio, no se observa entre ellos diferencia de color. Los habitantes de la isla del Almirantazgo, á los 2°, 11', 45" de latitud austral (2); los de la isla de Buka, á los 5° 30" de la misma latitud (3); los de las islas de Salomon, entre el octavo y décimo grados (4); los de la isla de los Leprosos, al décimocuarto (5); los

(1) *Descripcion del cabo de Buena Esperanza*, tom, I, cap. 7 pág 91.
(2) Labillardiere, tomo II, cap. XIV, páj. 276.
(3) Bougainville, *Voyage autour du Monde*, segunda parte, tom. II, páj. 122. —Dentrecasteaux, *Voyage à la recherche de La Pērouse*, tom. I. cap. V, pájina 124 —Labillardiere, tom. I, cap. VI, páj 227.
(4) D'Entrecasteaux, *ibid.* cap. VI, p. 132: Labillardiere, cap. VII. páj. 254 y 263.
(5) Bougainville, segunda parte, cap. IV, t. II, p. 90.



de las Nuevas Hébridas, bajo el décimo octavo (1); los de la Nueva Caledonia, entre el vijésimo y vijésimo segundo (2), ofrecen color uniforme y parecido al de los negros; tienen como ellos el cabello erizado ú lanudo, aunque las islas que habitan, refrescadas por los vientos, se encuentran bajo temperaturas distintas.

Los habitantes de la isla Van Diemen, situados bajo una latitud mucho mas alta, entre los 41 y 43 grados de latitud austral, son negros, y tienen el cabello tan crespado como los de la isla de Buka, que se hallan bajo el quinto grado de latitud, como los negros de Guinea (3). Dificilmente sin embargo se puede suponer que aquel pueblo sea oriundo de Nueva Holanda, pues los que habitan este continente son de color menos oscuro, y difieren de él bajo otros muchos aspectos. «La esclusion de toda especie de relaciones entre los pueblos de la tierra de Diemen y los de la Nueva Holanda, dice un sabio naturalista que los ha visitado; el color mas oscuro de los Diemeneses, sus cabellos cortos, lanudos y crespos, en un pais mucho mas frio que la Nueva Holanda, me han parecido nuevas pruebas de la imperfeccion de nuestros sistemas sobre las comunicaciones de los pueblos, sus emigraciones y el influjo de los climas en el hombre (4).

«Entre todas las observaciones que se pueden hacer al pasar de la tierra de Diemen á la Nueva Holanda, añade el mismo viajero, la mas obvia sin disputa, la mas inesplicable, es la diferencia absoluta de las razas que pueblan cada una de aquellas dos tierras. Con efecto, si prescindimos de la endeblez de los miembros, que se observa á la par

(1) Cook, *Segundo Viaje*, t. IV, cap. V, p. 97.
(2) Cook, *Segundo Viaje*, tomo V, capítulo I, pág. 1 y 3.
(3) Cook, *Tercer Viaje*, libro I, cap VI, tom. I, páj. 192 y 193.
(4) Peron, *Voyage de decouvertes aux terres australes*, t. II, lib. IV, cap. XXVIII, secc. 2. p. 182.

en ambos pueblos, casi nada parecido ofrecen en sus costumbres, ni en sus usos, ni en sus toscas artes, ni en sus instrumentos de caza ni de pesca, ni en sus moradas, ni en sus piraguas, ni en sus armas, ni en su idioma, ni en el todo de su constitucion física, ni en la forma del cráneo, ni en las proporciones del rostro, etc. Esta absoluta desemejanza se reproduce tambien en el color; los indíjenas de la tierra de Diemen son mucho mas atezados que los de la Nueva Holanda. Reprodúcese igualmente en un carácter que todo el mundo mira como el mas importante de los que sirven para distinguir las diversas razas de la especie humana, y es la naturaleza del cabello: los habitantes de la tierra de Diemen lo tienen corto, lanudo y crespo; los de Nueva Holanda lo tienen largo, recto y tieso (1).

«¿Cómo concebiríamos que una isla de sesenta leguas á lo mas, situada en los confines del hemisferio oriental, y separada de toda otra tierra conocida por distancias de quinientas, ochocientas, mil y doscientas, y hasta mil y quinientas leguas, pudiese tener una raza de hombres absolutamente distinta de la del dilatado continente que le está cercano? ¿Cómo concebiríamos esta esclusion de toda analojía, tan contraria á nuestras ideas sobre las comunicaciones de los pueblos y sus trasmigraciones? ¿Cómo esplicaríamos ese color mas oscuro, ese cabello crespo y lanoso, en un pais mucho mas frio? (2).»

(1) En este particular hay escepciones que al parecer no conoció Peron, Labillardiére, *Voyage á la recherche de La Pérouse*, tom. I, cap. V, páj. 176. Particularmente al norte de Nueva Holanda, es decir, en la parte mas distante de la tierra de Van-Diemen, es donde se encuentra una raza de negros con cabello lanoso. Dampier, *Nuevo viaje al rededor del mundo*, tom. II, cap XVI, páj. 141.

(2) Peron, *Voyage de decouvertes aux terres australes*, tom. II, lib. IV, cap. XXVIII, secc. I, p. 163 y 164. — Labillardiére, *Voyage*



Todos los individuos clasificados bajo el nombre de especie ó de variedad etiópica conservan pues en todos los climas y temperaturas el color que es uno de sus caracteres distintivos. En ningun pais se ve que los individuos de esta especie tomen la fisonomía ó enjendren hijos semejantes á algunos de las otras. Sus rasgos y fisonomía se mantienen tan invariables bajo las latitudes mas altas, como los rasgos y la fisonomía de la especie caucásica bajo la zona tórrida (1).

*á la recherche de La Pérouse*, t. II, cap. X. p. 33 y 34. — L. Freycinet, *Voyage de decouvertes aux terres australes*, lib. II, cap. IX, páj. 292. — De Paw, que escribia antes del descubrimiento de la mayor parte de las islas del Océano Pacifico, ha pretendido, como Buffon, que la diferencia de temperatura de los climas habia producido las diferencias de color que se observan entre los pueblos de raza etiópica y raza caucásica. «En ninguna parte hay negros, dice, sino en los paises sumamente cálidos: *no los hay fuera de los límites de la zona tórrida.*» *Recherches philosophiques sur les Americains*, tomo I, primera parte, secc. II. p. 178.

(1) Los pueblos comprendidos bajo la denominacion de raza etiópica se subdividen en una multitud de especies diferentes, con sus caracteres particulares, que se trasmiten por la jeneracion, y en los cuales no tiene al parecer influjo alguno el clima. Los nómades Tibbos y Tuarykes son los únicos á quienes afecta el calor mas ó menos intenso. «Presentan, dice Humboldt, un fenómeno fisiolójico muy notable, pues algunas de sus tribus, segun la naturaleza del clima, son blancas, amarillentas ó casi negras, pero sin el cabello crespo, ni las facciones negras.» *Tableaux de la Nature*, t. I, p. 101.

Se ha pretendido en América, que un negro, llamado Enrique Moss, se habia vuelto blanco, y sus cabellos lisos y castaños como los de los Europeos. No nos dicen si su nariz se volvió tambien aguileña, delgados sus labios, perpendicular su rostro, y desarrollado su celebro. Mr. de Larochefoucault Liancourt habla de esta trasmutacion en su *viaje á los Estados Unidos*, t. V, p. 124, 525 y 526; y Volney asegura haber visto, no el hecho, pero una informacion verbal auténtica de la trasformacion: *Tableau du climat et du sol des Etats Unis*, t. II, p. 437.

La especie americana ó cobriza, aunque menos numerosa que la mayor parte de las demás, está diseminada por un territorio mucho mas dilatado que el que ocupan las demás especies: comprende un millon y medio de leguas cuadradas, desde las islas de la Tierra de Fuego, hasta el rio de San Lorenzo y el estrecho de Bering. Así pues, se la encuentra en rejiones casi glaciales por su distancia del ecuador, en las montañas mas encumbradas, y por consiguiente las mas frias, lo mismo que en los valles mas profundos y espuestos al sol mas ardiente. Si la tez, que es otro de los caracteres distintivos de las especies, fuese efecto del frio ú del calor del clima, encontraríanse en América pueblos de todos matices, desde el blanco mas puro hasta el negro mas subido. Pero los hechos desmienten aquí tal sistema: las variaciones de color que se observan entre las tribus americanas no guardan relacion con la temperatura en que viven. Bajo todas las latitudes y en todos los grados de elevacion, presentan el color que distingue á su especie, á saber, el de cobre mas ó menos subido, desde el rojo hasta el pardo (1). Los habitantes de la Tierra de Fuego, espuestos todo el año al frio mas riguroso, y los Patagones, que son sus vecinos mas cercanos, presentan un color cobrizo ú que se asemeja al de herrumbre mezclado con aceite (2). Todos los pueblos que habitan desde el estremo austral de

Voltaire estaba persuadido de que los indíjenas de América en ninguna edad tenian *barba*, fundando su creencia en *certificaciones jurídicas de personas fidedignas*. Dicc. filosófico, artículo *Barbe*.

(1) Ulloa, *Discursos filosóficos*, tom. II, D. 17, páj 3, 4. y 5= Alejandro de Humboldt, *Viaje á las rejiones equinocciales*, lib. III, cap. IX, tom. III. páj. 277 y 278.

(2) Cook, *Tercer Viaje*, lib. I, c. V, t. II, p. 336.— Bougainville, *Voyage autour du monde*, parte primera, c. VIII, t. I, p. 163 y 164. — Wallis. *Viaje al rededor del mundo*, t. II, c. I, p. 18 y 19.



América hasta el centro de la zona tórrida, ofrecen un color parecido (1). Los pueblos que habitan en el otro estremo del mismo continente son de un color tan subido como los que están debajo del ecuador: el color de su piel, dice Hearne, es el del cobre subido (2). Los viajeros que han recorrido aquellas dilatadas comarcas en todas direcciones confirman el mismo aserto (3).

Hay sin embargo algunas variaciones de color entre aquellos pueblos; pero dichas variaciones no guardan conexion alguna con la mayor ó menor temperatura del clima. En el Canadá, los Misisaguis, que habitan las orillas del lago Ontario, son de color mas subido que las tribus mas vecinas al sur. Su piel, dice un viajero, es de un tinte mas negro que ninguna de las naciones indias que he encontrado; algunos se parecen á los negros por su color (4). Los Californios, que habitan un clima templado, tienen la tez mas subida que los Mejicanos, ó que otros pueblos que habitan paises mucho mas cálidos (5). Los Mejicanos son mas subidos de color que los moradores de las rejiones mas ardientes de América (6). El clima ejerce tan poco influjo en la tez de los pueblos de esta raza, que cuando se encuentran juntos individuos que habitan di-

(1) De Humboldt, *Viaje á las rejiones equinocciales*, t. III, l. III, c. 9, p. 227 y 278.— Dampier, *Nouveau Voyage autour du Monde*, t. I, c. XVII, p. 185.

(2) Hearne, *Voyage a l' ocean du Nord*, cap. IX, p. 285.

(3) Lahontan, *Viaje á la América septentrional*, t. II, p. 93 y 94.— Ellis, *Viaje á la bahía de Hudson*. p. 233. — Mackenzie, *Viaje á la América septentrional*, t. I, p. 230, 231, 281 y 282.— Weld, *Viaje al Canadá*, t. I, cap. 35, p. 63.

(4 Weld, *Viaje al Canadá*, tom. II, cap. XXX, páj. 247.

(5) Raynal, *Histoire philosophique*, tom. III, lib. VI, pág. 519.

(6) De Humboldt, *Ensayo político sobre Nueva España*: tom. I, lib, II, cap. VI, pág. 385.

ferentes climas, es imposible determinar por el color el pais á que pertenecen (1).

Sin embargo, entre esta muchedumbre de tribus de tez cobriza, que se hallan diseminadas por el continente americano, se encuentran algunas cuya tez es poco subida, y que por el color, por las facciones, y hasta por el lenguaje, corresponden al parecer á una especie diferente. En el Canadá, al lado de tribus casi negras, se encuentran otras cuya tez no es mas subida que la de los habitantes de España ó del mediodia de Francia. Encuéntranse tambien en la costa noroeste del mismo continente, pueblos que no tienen la tez mas oscura que los campesinos de Francia, y cuyas facciones se parecen á las de los Europeos, naciendo sus hijos blancos (2).

Estas diferencias entre los pueblos de un mismo continente no esplican cómo pudo Volney encontrar en América razones suficientes para creer en la unidad del jénero humano. No habiendo visto mas que un corto número de individuos de la misma tribu, habiendo observado que uno de ellos no tenia la tez mas subida que los campesinos del mediodia de Francia, y habiendo sabido por él que sus hijos nacian tan blancos como los de la raza caucásica, á los cuales probablemente jamás habia visto aquel Americano, creyó que todos los indíjenas de América eran semejantes, y que su supuesto color cobrizo solo era efecto del clima. «Si, como demuestra la física, dice él, no hay color sino por la luz, es claro que los diversos colores de los pueblos son debidos tan solo á diversas modificaciones de aquel flúido con otros elementos que obran

(1) Ulloa, *Discursos filosóficos*, t. II, Disc. XVII, p. 3.

(2) La Pérouse, *Viaje al rededor del mundo*, tom. II, cap. IX, páj. 229 y 230.—De Humboldt, *Ensayo político sobre Nueva España*, tom. I. lib. II, cap VI, páj. 387 y 388.— Cook, *Tercer Viaje*, tom. V, lib. IV, cap. II, páj. 100 y 106.



sobre la piel, y que hasta la componen. Tarde ó temprano quedará demostrado que no tiene otro orijen el negro de los Africanos (1).

Isaac Weld, á quien ya he citado, encontró en el Canadá tribus parecidas á aquellas de las cuales observó Volney algunos individuos; pero encontró tambien otras, bajo la misma latitud, de color de cobre muy subido. Observó criaturas nacidas de individuos de especie cobriza, y se convenció de que al nacer llevaban ya los caracteres que distinguen á sus padres. Creyó finalmente demostrado que aquellos pueblos deben á la naturaleza los diversos matices que los caracterizan. «He formado esta opinion, dice, despues de haber observado que los hijos nacidos de padres cuya tez era oscura, tambien la tienen oscura (2).» Las criaturas de especie cobriza se parecen tan poco, al nacer, á las de la especie caucásica, que cuando se presentaba á la pila un recien nacido de una mujer cobriza, los misioneros distinguian á primera vista á cual de las dos especies pertenecia el padre (3). Por último, Mr. de Humboldt, que ha vivido largo tiempo entre los Americanos, y los ha observado bajo diferentes latitudes y en diversos grados de elevacion, se ha conven-

(1) *Tableau du climat et du sol des Etats-Unis*, t. II, p. 437.

Sin necesidad de discutir aquí los efectos que causa la luz en los cuerpos, convendráse fácilmente en que no produce en todos efectos semejantes. Vemos crecer en un mismo suelo y bajo los rayos de un sol igualmente ardoroso rosas de todos colores: los cisnes, blancos en los climas frios, no se ponen pardillos en los climas templados, ó negros en la zona tórrida: los lirios se mantienen blancos, así bajo el cielo mas ardiente, como bajo el clima mas frio en que les es posible crecer.

(2) *Viaje al Canadá*, tom. III, cap. XXXV, páj 64 y 65.

(3) Henequin, *Costumbres de los Salvajes de la Luisiana*, páj, 34.

cido de que llevan al nacer la tez que forma uno de los caracteres de la especie americana.

«No he visto, dice, las naciones del Canadá, de las cuales habla el jefe de los Miamis (observado por Volney); pero puedo afirmar que en el Perú, en Quito, en la costa de Caracas, en las orillas del Orinoco y en Méjico, las criaturas nunca son blancas al nacer, y que los caciques indianos, que gozan de ciertas comodidades, y se mantienen vestidos en lo interior de sus casas, presentan todas las partes de su cuerpo, escepto la palma de las manos y la planta de los piés, de un mismo tinte rejizo, parduzco ú cobrizo (1).»

Las muchas observaciones que ha hecho Mr. de Humboldt en el continente americano, le han convencido de que el color particular de los indíjenas de aquel continente no es variable por el influjo de los climas, dependiendo de disposiciones orgánicas que siglos hace se propagan de jeneracion en jeneracion (2). «El efecto de este influjo, dice, parece casi nulo en los Americanos y en los negros. Estas razas, en las cuales el carburo de hidrójeno se deposita con abundancia en el cuerpo mucoso ú reticular de Malpighi, resisten de una manera singular á las impresiones del ambiente. Los negros de las montañas de la Alta Guinea son tan negros como los que habitan cerca de las costas (3).»

(1) *Ensayo político sobre Nueva España*, tom. I, lib II, cap VI, páj. 388 y 389. — La escepcion que observa Mr. de Humboldt respecto de la raza cobriza ha sido observada por Camper respecto de las razas negras, y por Kolbe respecto de los Holentotes.

(2) *Viaje á las rejiones equinocciales*, lib, III, cap. IX, tom, III, páj. 277 y 278.

(3) *Ensayo político sobre Nueva España*, tom. II, cap. VI, p. 385.

En el *Viaje á las rejiones equinocciales* de Mr. de Humboldt, se encuentran observaciones que confirman las hechas en su *Ensayo político*. Este sabio viajero divide la poblacion que habia en América antes de la conquista, en muchas razas: y he aquí en qué términos habla de las pertenecientes á la cobriza: «los hombres que pertenecen á esta segunda rama son mas altos, mas robustos, mas guerreros mas taciturnos. Presentan tambien diferencias muy notables en el color de la piel. En Méjico, en el Perú, en Nueva Granada, en Quito, en las riberas del Orinoco y de las Amazonas, en toda la parte de la América meridional que he examinado, en las llanuras como en los páramos mas frios, los niños indios, á la edad de dos ó tres meses, tienen la misma tez bronceada que se observa en los adultos. La idea de que los naturales pudieran ser blancos curtidos por el aire y el sol, no ha ocurrido jamás á ningun Español habitante de Quito ú de las orillas del Orinoco». Lib. III, c. IX, t. III, p. 360 y 366.



Los Malayos son, entre todas las especies, la que presenta menos variedades. Esparcidos en todas las partes del Grande Océano, ocupan, desde la Nueva Zelandia hasta las islas Sandwich, una estension de sesenta grados de latitud ó de mil doscientas leguas y desde la isla de Pascua hasta las Nuevas Hébridas, una estension de ochenta y tres grados de lonjitud, ó de mil seiscientas sesenta leguas de levante á poniente: es, entre todas las especies, la que está diseminada sobre una superficie mas dilatada. Todas las tribus que pertenecen á esta especie tienen á poca diferencia el mismo color, hablan dialectos de la misma lengua, aunque con algunas escepciones, cultivan los mismos vejetales, crian los mismos animales, se dedican á las mismas artes, profesan la misma relijion, y no hay entre ellas mas diferencia que la resultante de un poco mas ó menos de civilizacion.

El color que distingue á esta especie varia desde un leve tinte curtido, como el de los Españoles, hasta el moreno oscuro que se acerca á negro. No todos los habitantes de la Nueva Zelandia tienen la misma tez; algunos son amarillentos ó aceitunados; y otros de un color muy subido, aunque no tan negros como los indíjenas de la isla

de Van Diemen (1). Los isleños de Pascua tienen un tinte moreno, pero menos subido que los de la Nueva Holanda, aunque mucho mas cercanos al ecuador (2). La tez de los habitantes de las islas de los Amigos varia segun los individuos se esponen mas ó menos á la accion del sol. En la mayor parte, la tez es mas subida que el cobre oscuro; muchos son amarillentos, y algunas mujeres se aproximan al color de los Europeos (3). Los pueblos de tez mas

(1) Anderson, *Tercer Viaje de Cook*, lib. I, cap VIII, t. I, p. 319, y 321. — D'Entrecasteaux, *Voyage á la recherche de la Peroues.*

(2) Cook, *Segundo Viaje*, t. III, cap. III, páj. 140. — Rollin, *Viaje de La Perouse*, t. IV, páj. 19 y 20.

(3) Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. X, t. III, páj 90.

Labillardière dice que las mujeres que se resguardan constantemente del sol tienen la tez *muy blanca*. (*Voyage á la recherche de La Perouse*, t. II, cap. XII, páj. 117). Pero su dicho se halla en oposicion con el de infinitos viajeros que han visitado aquellas islas. Las islas de Sandwich, situadas á la misma distancia del ecuador que las de los Amigos, están sujetas al mismo influjo. Los moradores de unas y otras, como que pertenecen á la misma especie, deben ser de color idéntico, cuando se encuentran en la misma categoría. He visto en Inglaterra al jefe de la primera de aquellas islas, con su mujer y las personas de su comitiva; y lejos de encontrar su tez *muy blanca*, la ví aceitunada ó de un pardo muy oscuro. No es creible, sin embargo, que el sol los hubiese tiznado mas que á las mujeres observadas por Labillardière. Si en vez de comparar la tez de las mujeres de las islas de los Amigos, con la tez de los hombres morenos que las rodeaban, ó con la de los marineros de la tripulacion, la hubiese comparado aquel viajero con la tez de la mayor parte de los Europeos, es muy probable que no la habria encontrado *muy blanca*. Cook dice que vió en aquellos pueblos tres individuos perfectamente blancos; mas (añade) presumo que su color es mas bien una enfermedad que un fenómeno de la naturaleza. *Tercer Viaje*, lib. II, cap. X, t. III, páj. 90. Hay, no obstante, en aquellos pueblos muchos individuos que ponen especial cuidado en blanquearse la tez: pasan muchos meses sin salir de casa; van cargados de estofas para resguardarse del contacto del aire, y no comen otra cosa que el fruto del árbol pan, que, segun ellos, tiene la propiedad de blanquear la piel. Anderson, *Tercer Viaje* de Cook, lib. III, cap. IX, t. IV, páj. 113.



clara son los mas cercanos al ecuador, como los habitantes de las islas Marquesas (1).

La tez aceitunada que caracteriza á los hombres de especie mogola, se conserva bajo todas las latitudes y en todos los grados de elevacion, como la cobriza de la especie americana. Los Persas, cuyo color no ha sido alterado por su mezcla con mujeres de raza caucásica, tienen la tez muy subida. Los que habitan el clima mas cálido no se diferencian de los que habitan los climas frios de las montañas; así unos como otros ofrecen un color entre amarillo y negro (2). Los Chinos, diseminados por un territorio inmenso, tienen jeneralmente la tez morena y sucia de los pueblos de Persia (3).

Los Mogoles que observó la Perouse en la bahía de Castries, bajo los 51 grados 21 minutos de latitud boreal, tenian la piel aceitunada y barnizada de aceite y humo (4). Por fin, los pueblos mas cercanos al polo septentrional, en el continente americano, y pertenecientes á la misma especie, tienen igual color que los habitantes del centro del Asia (5).

(1) Krusenstern, *Viaje al rededor del mundo*, t. I, cap. IX, páj. 202. — Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. I, cap. II, páj. 97, 152 y 153.

(2) Chardino, *Voyage en Perse*, t. III, cap. XI, páj. 403, y tomo VIII, páj. 177.

(3) Macartney, *Viaje á la China y Tartaria*, t. III, cap. IV, página 158.

(4) La Perouse, *Voyage autour du Monde*, t. III, cap. XIX, páj. 104 y 105.

(5) Hearne, *Viaje al Océano del Norte*, cap. VI, páj. 157. — Ellis, *Viaje á la bahía de Hudson*, páj. 172 y 173.

Los diversos colores propios de cada especie son pues independientes de toda causa artificial, no menos de la accion de la luz que de la del calor. Si por medios artificiales,ó por la accion de un sol mas ó menos ardiente, se puede modificar la tez de los individuos de ciertas especies, tales modificaciones jamás afectan á sus descendientes; fenecen con las personas que las han esperimentado, y aun muchas veces cesan con la accion de las causas que las produjeron.

Los Esquimales de Groenlandia, de Labrador y de la costa septentrional de la bahia de Hudson, los habitantes del estrecho de Bering, de la península de Alasca y del golfo del príncipe Guillermo, pertenecen todos á la misma raza. «El tronco oriental y el tronco occidental de esta raza polar, los Esquimales y los Tchogazes, á pesar de la enorme distancia de 800 leguas que les separa, están enlazados por la analojia mas íntima de los idiomas. Esta analojia, segun recientemente se ha probado de una manera indubitable, se estiende hasta los habitantes del nordeste del Asia; pues el idioma de los Tchuktches, á la embocadura del Anadyr, tiene las mismas raices que el de los Esquimales que habitan la costa de América opuesta á Europa. Los Tchuktches son los Esquimales del Asia.» *Viaje á las rejiones equinocciales*, lib. III, cap. IX, páj. 360 y 361.

---

## CAPITULO VII.

*Invariabilidad de los caracteres físicos, diferentes del color, que son peculiares de cada especie. — Continuacion del capítulo anterior.*

El color de la tez no es el único carácter que distingue á las diversas especies que componen el jénero humano. Hay entre unas y otras cierto número de diferencias que bastarian para caracterizarlas, aun cuando se asemejasen en el color, y dichas diferencias no pueden ser productos de medios artificiales de que se valgan los mismos hombres, ni de la accion de los climas.

Para convencerse de la exactitud de esta observacion, no hay que cotejar los individuos de una especie con los de otra, sino las diversas naciones en que se subdivide cada especie entre sí. Son muchas las diferencias que existen entre algunas de ellas, y estamos muy distantes de haberlas observado todas. Así que, no es mi ánimo hablar sino de las de mayor importancia, ó que indican un entendimiento mas ó menos capaz de desarrollo.

La raza caucásica está diseminada por el globo en todas

direcciones; encuéntrasela en todos los continentes y bajo todas las latitudes. Ocupa casi esclusivamente la Europa, porque el territorio habitado por los Lapones y los Fineses apenas merece entrar en cuenta. De Europa se ha difundido por todas las demás partes del mundo; los Franceses, los Ingleses, los Holandeses, los Españoles y los Portugueses ocupan el continente americano y las islas adyacentes desde la bahía de Hudson hasta Rio Negro. En cada una de las partes de aquel continente, todos han conservado, no solo el color particular de su raza, sino tambien todos los rasgos principales que la caracterizan. Los Franceses, los Holandeses, los Ingleses y los Portugueses se han diseminado igualmente por las costas de Africa desde el Senegal hasta el cabo de Buena Esperanza. Los caracteres distintivos de su especie se han mantenido invariables lo mismo que el color. Los descendientes de los Holandeses no han tomado en el Cabo ningun rasgo de semejanza con los Hotentotes, los Bosjesmanes ó los Cafres. Los descendientes de los Portugueses, en el canal de Mozambique, y los descendientes de los Franceses, en la Isla de Francia, tampoco han tomado los caracteres de las tribus que habitan la costa oriental de Africa. Los Moros y los Arabes han conservado en este continente todos los rasgos propios de su especie. Los Ingleses establecidos en el Indostan, los Holandeses establecidos enlas Molucas, y los Españoles de Filipinas, no han tomado ninguno de los caracteres de las razas mogola ó malaya. Por último, los caracteres particulares de la especie mogola han llegado al fin á desaparecer en los Persas que se han enlazado constantemente con mujeres de raza caucásica. El influjo de la raza se ha mostrado superior al que se atribuye al clima.

Los pueblos en quienes mas señalados se encuentran los caracteres de la raza caucásica, son los habitantes de



las montañas del Cáucaso. Los pueblos que mas pronunciados ofrecen los caracteres propios de la raza mogola, son los que habitan el Asia central; allí es donde particularmente se ven hombres de rostro plano, ancho y cuadrado, de ojos pequeños y situados diagonalmente, de boca grande, de nariz aplastada, de cabeza abultada, de cuello corto, de cabellos negros, ásperos y tiesos, de talla corta y rehecha. Estos caracteres no han cedido al influjo de los climas, como ni tampoco la tez amarillenta ú oscura propia de los mismos pueblos; tan idénticos son en las provincias mas cercanas al Indostan, como en las montañas del norte (1); é idénticos son tambien en toda la estension de la China (2), en las costas orientales de Asia (3), en las islas adyacentes (4), en Kamstchatka (5), en las islas de los Zorros (6), y en el norte de América (7). El estado casadero es mas precoz en las mujeres de raza mogola que en las de las otras especies, pues se manifiesta de los nueve á los doce años. Este carácter, atribuido al calor del clima, porque se le observó primero en el Asia meridional,

(1) Chardino, *Voyage en Perse*, t. III, cap. XI, p. 403 y 404, y t. VIII, páj. 177.

(2) Macartney, *Viaje á China y Tartaria*, t. III, cap. IV, páj. 252 y 257.

(3) De La Perouse, *Voyage autour du Monde*, t. III, cap. XIX, páj. 104 y 105. — Rollin, *Voyage de La Perouse*, t. IV, páj. 90, 91, 98 y 99.

(4) Thunbergo, *Viaje al Asia, al Africa y al Japon*, cap. XIII, páj. 411 y 412.

(5) La Perouse, t. III, cap. XXI, páj. 193.

(6) Coxe, *Nuevos descubrimientos de los Rusos*.

(7) Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. II, cap. IV, páj. 46, 47 y 48. — La Perouse, t. III, cap. IX, páj. 231 y 232. — Cook, *Tercer Viaje*, lib. IV, cap. V, t. V, páj. 240 y 241. — Hearne, *Viaje al Océano del Norte*, cap. VI, páj. 157. — Ellis, *Viaje á la bahia de Hudson*, páj. 172 y 173.

se nota en los climas mas frios lo mismo que en los mas cálidos. Echase de ver en la costa noroeste de América, entre los Esquimales; y en Asia entre los Kamtchadales y entre los Korockas, donde las niñas son ya madres á los diez años (1).

Los pueblos clasificados por los naturalistas bajo la denominacion de raza etiópica, difieren de tal manera unos de otros, que si no se les caracteriza por el color, es muy difícil encontrarles rasgos comunes, y determinar por consiguiente los caracteres jenerales que los distinguen. Como ni la historia ni la tradicion nos han dado á conocer jamás sus emigraciones, no tenemos arbitrio para determinar si las diferencias que los distinguen son ó no producto del clima. Es cierto que, con el tráfico de los esclavos, han logrado los Europeos formar colonias de negros lejos del continente africano; pero la formacion de aquellas colonias ha producido una mezcla de razas que no permite ya conocer cuál fué el oríjen de la poblacion negra actual. Por otra parte, los efectos producidos por aquellas emigraciones forzadas no se han observado debidamente para que podamos lisonjearnos de conocerlos, y menos aun de señalar sus causas. Vémonos pues reducidos á raciocinar sobre conjeturas ó analojías.

Hemos visto que el color de las variedades negras no es capaz de modificacion por efecto de temperatura atmosférica, y no tenemos fundamento alguno para creer que sean mas modificables los demás caracteres particulares de aquellos pueblos. Al contrario, debemos pensar que dichos caracteres no pueden resentirse de semejante causa,

(1) Chardino, *Voyage en Perse*, t. VI, cap. XVI, páj. 82 y 83. — Thunbergo, *Viaje al Africa, el Asia y al Japon*, cap. II, páj 47. — De Humboldt, *Viaje á las rejiones equinocciales*, lib. II, cap. IX, t. III, páj. 292 y 293.



cuando vemos que todas las demás especies conservan los suyos propios bajo todos los climas. Si los descendientes de los Europeos establecidos en el Cabo de Buena Esperanza, por ejemplo, no toman ninguno de los caracteres particulares de los Bosjesmanes; si los Mogoles establecidos en el norte de América no toman los caracteres de la especie americana; si los Malayos, en las islas de la Sonda, no toman ni los de la especie africana, ni los de la mogola (1); ¿qué motivo podria inducirnos á pensar que los negros del Congo trasladados al cabo de Buena Esperanza se convirtieran en enanos parecidos á los Bosjesmanes, ó que estos, trasportados al Congo, adquiririan en él una estatura colosal? Los Cáfres, tan notables por su alta estatura, por la belleza de sus proporciones y por la regularidad de su fisonomía, solo están separados por cortísimo trecho de los Bosjesmanes, cuya estatura no pasa de cuatro piés, y cuya conformacion nos parece monstruosa. ¿Media acaso alguna razon que pueda persuadirnos que si aquellos dos pueblos trocasen de territorio, conservando el mismo réjimen de vida, cambiarian tambien de proporciones por el solo efecto del clima?

Si los caracteres que distinguen á la especie negra de la caucásica fuesen productos del clima, los Hotentotes del Cabo serian, entre todos los pueblos africanos, los que mas se asemejaran á los Europeos, y esta semejanza menguaria conforme adelantásemos hácia la zona tórrida; pero no es esto lo que se observa. Pueblos que viven bajo un clima mucho mas caluroso que el de los Hotentotes, se asemejan mucho mas que ellos á los pueblos del Cáucaso. Los Cáfres difieren tan poco de nosotros por las fac-

(1) Peron, *Viaje de descubrimientos á las tierras australes*, lib. II, cap VII, páj. 144.

ciones, que un viajero los ha creido descendientes de los Arabes Beduinos (1). Obsérvanse las mismas facciones en otras tribus africanas que habitan un clima todavía mas cálido.

«No temo afirmar, dice Dauxion-Lavaisse, que, no obstante la semejanza del color de los negros, hay mucha variedad en la forma de las cabezas de las diversas naciones ó tribus, y que los Mandingas, los Koromantinos y los Mozambiques, por ejemplo, tienen la cabeza tan bien formada como el Europeo, y el resto del cuerpo igualmente hermoso y robusto. Si algun dia se forma una coleccion de cráneos de aquellas tres naciones, no titubeo en vaticinar que se encontrarán muchos cuyo ángulo facial pasará de ochenta grados (2).»

Avanzando mas hácia el ecuador, échanse de ver fenómenos todavía mas notables, como son pueblos numerosos compuestos de tres especies ó variedades muy distintas, de negros, de morenos y de blancos. Los hombres de las dos últimas especies tienen las facciones tan finas como los pueblos de Europa, aunque situados casi bajo el ecuador (3).

Los pueblos negros que habitan en muchas islas del Grande Océano, no están todos bajo la misma latitud; los rasgos de unos se asemejan mas que los de otros á los caracteres que se creen mas peculiares de la raza etiópica; pero dichos rasgos no son mas señalados en los mas cerca-

(1) Barrow. *Nuevo Viaje á la parte meridional del Africa*, t. I, cap. I, páj. 148.

(2) *Viaje á las islas de la Trinidad, de Tábago*, etc., tom. I, cap. I, páj. 148.—Molien, *Viaje por lo interior de Africa*, t. I, cap. 4, páj. 289 y 290.

(3) Véase Malte-Brun, *Précis de la Géographie universelle*, t. V. entrega XCIII, páj. 94 y 108.



nos que en los mas distantes del ecuador; al contrario, se ha visto que los habitantes de la isla de Van-Diemen tienen el cabello lanudo de los negros, al paso que los de Nueva Holanda, situados bajo un clima mas cálido, tienen el cabello largo y liso; los habitantes de Nueva Caledonia, aunque unos 21 grados mas cerca del ecuador que los de la isla de Van-Diemen, y perteneciendo al parecer, por el color y la naturaleza de los cabellos, á la misma especie, son bien conformados, fuertes y robustos; la mayor parte tienen las facciones mas regulares (1); al paso que los de las Nuevas-Hébridas, que solo se adelantan dos grados mas que los de Nueva Caledonia, son pequeños, tienen los brazos y las piernas largas y delgadas, la nariz ancha y chata, los huesos de las mejillas salidos, la frente muy corta y á veces sumamente comprimida, pareciéndose á los micos (2); los habitantes de las islas de Salomon ofrecen facciones menos irregulares, aunque situados bajo un clima mas ardiente (3). Por último, los naturales de las islas del Almirantazgo difieren poco de los Europeos por la fisonomía, aunque, por la naturaleza del cabello y el color de la tez, pertenecen á la raza negra (4).

De estos hechos resulta que los pueblos clasificados por los naturalistas bajo la denominacion de raza etiópica, se subdividen en muchísimas variedades; que difieren considerablemente unas de otras; que si el color comun á todas existe, prescindiendo del frio ú del color que esperimentan, tambien son independientes del clima los demás rasgos que las caracterizan; y que, por consiguiente, la

(1) Cook, *Tercer Viaje*, t. V, cap. I, páj. 1 y 2.

(2) Forster, *Segundo Viaje de Cook*, t. IV, cap. III, páj 97.—Cook, *Segundo Viaje*, t. IV, cap. III, páj. 128.

(3) Labillardière, t. II, cap. XIV, páj. 275 y 276.

(4) Labillardière, t. I, cap. VII, páj. 254.

historial natural no da razon que persuada que aquellos pueblos tengan un oríjen comun, no digo, con las razas caucásica, mogola, americana ó malaya, pero ni siquiera con las tribus de negros que pueblan el Africa. Estos pueblos, que se hallan diseminados por el Grande Océano, y que se encuentran igualmente tiznados bajo todos los grados de latitud, no solo difieren de los pueblos de especie malaya, entre quienes habitan, por el color, el cabello y las proporciones del cuerpo, sino tambien y particularmente por el idioma, por los usos, por las costumbres y por el grado de civilizacion. Aunque á menudo están muy cercanos unos á otros, parece que nunca han tenido comunicacion entre sí; al paso que á primera vista se conoce que pertenecen á la misma raza los habitantes de las islas de Sandwich, los de Nueva-Zelandia, los de la isla de Pascua y los de la isla de Sumatra, aunque los primeros disten de los segundos sesenta grados ó mil y cien leguas, y que los terceros estén separados de los cuartos por una distancia de ciento cincuenta grados, que equivale á cerca de la mitad de la circunferencia de la tierra.

Los pueblos de raza americana difieren unos de otros por la tez mas ó menos oscura, por la talla mas ó menos alta, y sobre todo por el idioma; pero bajo todos los demás aspectos, hay entre ellos tanta semejanza, que, segun Ulloa, visto un Indio de cualquiera distrito, puede decirse que se han visto todos (1). Mr. de Humboldt halló exajerado este aserto acerca de la semejanza de las formas; pero sin embargo le sorprendió el aire de familia que existe en todos aquellos pueblos, sea cual fuere el clima donde vivan. En un millon y medio de leguas cuadradas, dice, desde las islas de la Tierra de Fuego, hasta el rio de San Lorenzo y el estrecho de Bering, choca desde luego

(1) *Discursos filosóficos*, t. II, disc. XVII, p. 5.



la semejanza que presentan los rasgos de los habitantes. Figúrase uno advertir que todos descienden de un mismo tronco, á pesar de la diferencia de los idiomas y la distancia que los separa (1). Y por precision debe ser chocante esta semejanza de familia, puesto que al leer las diversas relaciones de viajes hechos por aquellas costas ó por el interior de aquel continente, vemos que todos los viajeros han atribuido á los indíjenas casi los mismos caracteres (2).

Los pueblos de especie cobriza diseminados por la haz del continente americano, habitan en todas las zonas,

(1) *Ensayo político sobre Nueva España*, t. I, lib. II, cap. V, páj. 81 y 82.

(2) Buffon, Voltaire, Robertson y de Paw han pretendido que los individuos de raza americana eran barbilampiños; esto es un error que casi no vale la pena de refutar. Los hombres de dicha raza tienen barba como los de la raza mogola; la tienen clara, pero áspera y fuerte. El esmero que ponen en depilarse es lo que ha dado lugar á creer que no la tienen absolutamente. Si se encuentran algunos individuos que no la tengan, son escepciones raras y que nunca se estienden á toda una tribu. De Humboldt, *Ensayo político sobre Nueva España*, t. I, lib. II, cap. VI, páj 389 y 390, y *Viaje á las rejiones equinocciales*, lib. III, cap. IX, t. III, páj. 293 y 294. — Despons, *Viaje á Tierra Firme*, t. I, cap. IV, páj. 278. — La Perouse, *Voyage autour du Monde*, t. II, cap. IX, páj. 229 y 230. — Rollin, *Viaje de La Perouse*, t. IV, páj. 52, 53 y 58. — Stedman, *Viaje á Surinam*, t. II, cap. XIV, páj. 93 y 95. — Dixon, *Viaje al rededor del mundo*, t. II, páj. 10 y 11. — Hearne, *Viaje al Océano del Norte*, cap. IX, páj. 285. — Mackenzie, *Viaje al interior de la América septentrional*, t. I, páj. 230, 231, 282 y 283. — Los filósofos que, apoyados en algunos relatos superficiales, han pretendido que los Americanos eran barbilampiños, han espuesto estensamente las razones de este supuesto fenómeno. Los que deseen enterarse de ellas pueden consultar á de Paw, *Recherches philosophiques sur les Americains*, t. I, primera parte. Dificilmente se podrian esponer con mas injenio las causas de un hecho que no existe.

desde la tórrida hasta la glacial, y sin embargo sus caracteres, así como su color, se mantienen invariables. Las variaciones que se notan entre ellos no guardan relacion alguna con el calor mayor ó menor que esperimentan. No cabe por consiguiente atribuir al calor del clima las diferencias que se notan entre los hombres de especie cobriza y los de las demás. Desde que los Europeos se han establecido en el continente americano, y han llevado á él hombres de raza etiópica, los indíjenas no se han vuelto semejantes á los hombres de estas dos especies, como ni tampoco estos á los indíjenas. Cada especie, no modificada por alianzas, ha conservado todos los caracteres que le son propios.

Los pueblos de especie malaya son los mas afines, por su constitucion física, de la especie caucásica. Las variaciones que en ella se observan, versan particularmente, como las que hemos observado en los pueblos de raza americana, en la estatura y en la tez, mas oscura en unos que en otros. Las facciones varian de un individuo á otro, como en los Europeos; pero las diferencias que existen entre ellos no guardan la menor relacion con la temperatura del clima. En la Nueva Zelandia, en las islas de Pascua, y en las Marquesas, se encuentran igualmente hombres con facciones europeas, el cabello negro, castaño, liso y rizado. Segun cierto viajero, el rostro de los habitantes de la isla de Pascua no difiere del de los Europeos sino en el color, y á las mujeres solo les falta la tez para ser hermosas en el sentido que damos á esta palabra (1). Los habitantes de las islas Marquesas, mucho mas cercanos al ecuador, no difieren de ellos y de los de la Nueva Zelandia, sino en la mayor regularidad de facciones. Tienen el cuello largo y de bella forma, ojos hermosos, negros y

(1) Rollin, *Viaje de La Perouse*, t. IV, páj. 19 y 20.



rasgados, bellísimos dientes, y todas las partes del cuerpo bien proporcionadas. Las mujeres, dice Krusenstern, son en jeneral muy lindas; su cabeza sobre todo es admirable y bien proporcionada; su rostro mas bien redondo que ovalado; ojos rasgados, brillantes, tez florida, hermosos dientes, y cabellos rizados (1). Estos pueblos se hallan situados bajo la misma latitud que los negros de las islas de Salomon.

Ninguna de las especies que hemos observado se desvia pues de los rasgos que las distinguen, ni por medios artificiales, como pinturas, compresiones ó mutilaciones, ni por medios naturales, como son el frio ú el calor; bajo todas las latitudes y en todos los grados de elevacion, los individuos trasmiten á sus descendientes los caracteres distintivos de su raza particular. Las ciencias no nos han enseñado, ni probablemente nos enseñarán jamás, si las principales razas que conocemos pertenecen á otras tantas especies primitivas, ó se derivan de una especie única. Menos aun pueden decirnos si la raza única que se supusiese haber existido, se ha semejado mas bien á tal especie que á tal otra; si, por ejemplo, los Etíopes son caucásicos dejenerados, ó si los caucásicos son negros vueltos blancos por un antojo de la naturaleza. Los naturalistas dividen en varias especies todos los demás jéneros de animales, curándose muy poco de decirnos si todas las especies que refieren á un mismo jénero son ó no derivadas de una sola. En las variaciones que observan entre ciertos animales domésticos, como el perro, el gato, el conejo y el asno, encuentran razones para creer en la unidad del jénero

(1) Krusenstern, *Viaje al rededor del mundo*, t. I, cap. IX, páj. 206. —Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. I, cap. II, páj. 97, 151 y 153.

humano; pero el que buscase en otros animales, en el mono, por ejemplo, razones para creer en la pluralidad de especies entre los hombres, seria tenido por torpe analojista. Hasta los mismos que no admiten que las cuestiones de historia natural ó de astronomía puedan siempre resolverse acertadamente por los conocimientos teolójicos, no saben determinarse á ignorar lo que no podrian enseñarles las ciencias. Su orgullo se encona al pensar que el jénero humano ha podido componerse de tantas especies primitivas cuantas son las variedades que cuentan, y que su especie, única en el universo, no ha dado oríjen á todas las demás.

Al esponer los caracteres físicos peculiares de cada raza, y al examinar si han sido efecto de medios artificiales ó del influjo de los climas, no me he propuesto averiguar si han existido muchas especies primitivas, ó una sola. Esta cuestion, que está, á mi entender, fuera del ámbito de las ciencias naturales, y que, por consiguiente, no es, á mi modo de ver, cuestion filosófica, nada importa á mi propósito. Mi intento es averiguar si los hombres de todas las razas son capaces de perfeccion; si las mismas causas producen en todas efectos semejantes, ó si pueden llegar á resultados idénticos por iguales medios; finalmente, averiguar en especial cuáles son los efectos resultantes de la dominacion de una especie sobre otra, de la mezcla de muchas en el mismo territorio, y sobre todo de sus alianzas.

Esta cuestion sobre la mezcla de las especies y el predominio de unas sobre otras, seria quizás poco importante, si la tierra hubiese quedado repartida entre ellas segun las leyes establecidas al parecer por la misma naturaleza; si los pueblos de especie cobriza hubiesen conservado esclusivamente la posesion del continente ame-



ricano; si los pueblos de especie mogola no se hubiesen mutuamente turbado en la posesion de sus territorios, y sobre todo, si nunca hubiesen traspuesto las fronteras del Asia; si los pueblos de especie malaya hubiesen disfrutado sosegadamente la posesion de las islas del Grande Océano; si la raza etiópica hubiese quedado esclusivamente dueña del Africa; y por último, si la especie caucásica, señora de Europa, no la hubiese nunca traspuesto, ni vístose turbada en sus dominios.

Pero los Mogoles del centro de Asia han invadido por donde quiera hasta donde han podido trasportarles sus caballos: no solo han establecido su dominio en todos los demás pueblos que pertenecen á su misma especie, sino tambien entre los pueblos de raza caucásica, confundiéndose con ellos. Los pueblos de especie caucásica, á su vez, al paso que han tratado de dominarse unos á otros, se han derramado por todas las partes de la tierra, y mezcládose con pueblos de todas especies. En Africa, han establecido su dominio en las costas del Mediterráneo y del mar Rojo, en las orillas del Senegal, en el Cabo de Buena Esperanza, en el canal de Mozambique y en las islas contiguas. En Asia, se han barajado con los Persas, estableciéndose en el Indostan y en las innumerables islas situadas entre Nueva Holanda y el continente asiático. Allí se encuentran reunidos en el mismo suelo, negros, mogoles, malayos y caucásicos, cada cual con su color, fisonomía, costumbres, idioma y creencia especial. En el Grande Océano, manifiéstase ya su predominio por su establecimiento en la isla de Van Diemen, en Nueva Holanda y en las islas de Sandwich, siendo indudable que se barajarán al fin con los pueblos de raza malaya.

Pero, entre todas las mezclas de especies, la mas importante y digna de observacion es la que, de mas de

tres siglos á esta parte, se verifica en el continente y las islas de América. Los pueblos de especie caucásica, como los Franceses, los Ingleses, los Holandeses, los Españoles y los Portugueses, no se han ceñido á establecerse en los territorios ocupados ya por pueblos de raza cobriza, desde el Canadá hasta los pampas de Buenos Aires; sino que han trasladado al mismo suelo infinidad de individuos de especie etiópica, y muchos de especie malaya. Si los pueblos de especie cobriza que se encuentran al norte de la América septentrional, no pueden complicar mucho el estado de la especie caucásica, puesto que su número va perceptiblemente á menos, no así los pueblos de especie etiópica que se encuentran en las islas ó en la parte meridional de los Estados Unidos: su número, lejos de menguar, se multiplica en proporcion mayor que el de los Europeos. En la América meridional y en el estremo austral de la América del norte, los pueblos de especie cobriza, ya muy numerosos, se han multiplicado desde la conquista. La mezcla de estos pueblos con Europeos, Negros y Malayos, ha producido variedades nuevas, y la poblacion de aquella parte del mundo presenta fenómenos ajenísimos de Europa (1).

Mientras la América solo fué considerada como un vasto dominio esplotado en provecho de los Europeos,

(1) La poblacion mejicana, dice Mr. de Humboldt, se compone de los mismos elementos que los que ofrecen las colonias españolas. Distínguense en ella siete razas: 1°. Los individuos nacidos en Europa, vulgarmente llamados *Gachupieres*; 2°. Los Españoles criollos, ó los blancos de raza europea nacidos en América; 3°. Los Mestizos, descendientes de blancos y de Indios; 4°. Los mulatos, descendientes de blancos y de negros; 5°. Los Zambos, descendientes de negros y de Indios; 6°. Los mismos Indios ó la raza cobriza de los indijenas; 7°. Los negros africanos. *Ensayo político sobre Nueva España*, t. I, lib. II, cap. VI, páj. 367.



los hechos que pasaban en aquel continente ajenos del comercio, llamaban escasamente la atencion de los observadores; pero todo ha cambiado desde que la América del norte hizo reconocer su independencia, estableciendo formas de gobierno estrañas para los Europeos, y desde que la América del sur ha seguido su ejemplo. La Europa, por sus costumbres, sus conocimientos, sus artes, sus riquezas, en una palabra, por su civilizacion, ocupa todavía el primer puesto en el mundo; pero si atendemos á la posicion, estension y fertilidad del continente americano, al número é inmensidad de los lagos que cuenta, á los caudalosos rios que le bañan, á la variedad y riqueza de los productos de su agricultura, y á la índole de sus instituciones, no es arduo preveer que llegará dia en que disminuya de mucho la importancia relativa de Europa. No desdice pues de las ciencias morales el escudriñar los fenómenos que les presenta aquel pais.

Estos fenómenos serian menos importantes, si el influjo del clima ó de los lugares debiese aunar á los pueblos á quienes afectan; pero nada demuestra todavía que los caracteres propios de cada especie sean el resultado de ajentes esternos. No tenemos motivo para pensar que los descendientes de las diversas especies ofrezcan algun dia caracteres semejantes, aun cuando se barajen entre sí. El tiempo, lejos de remediar el achaque resultante de esta confusion, no podrá menos de agravarlo.

El objeto de estas investigaciones acerca de la mezcla de las razas y el dominio de unas sobre otras, es saber los efectos que tales mezclas y predominio producen en la constitucion física y las facultades intelectuales y morales de la poblacion que de ellas resultan, en sus leyes, y particularmente en su organizacion política. Mas para apreciar dichos efectos, conviene deslindarlos de los que se han

atribuido á causas en las que ejerce menor influjo la voluntad del hombre, es decir, las del clima, de los sitios y de las aguas.

## CAPITULO VIII.

*Accion de la naturaleza física en el desarrollo de las facultades del hombre. — Influjo de los climas segun el sistema de Montesquieu.*

Nada hay que nos demuestre, ni siquiera que pueda hacernos suponer, que los caracteres que distinguen en el dia á las diversas razas de hombres, hayan sido producidos por medios artificiales ó por el influjo de circunstancias locales. Al contrario, todo nos inclina á creer que las especies, mientras no se crucen, se conservan puras unas al lado de otras, sean cuales fueren por otra parte las circunstancias físicas que las rodeen, y las operaciones artificiales que en ellas se practiquen.

Pero si las circunstancias físicas á cuya accion ha sometido la naturaleza todos los séres organizados, no ejercen al parecer influjo alguno en los caracteres que distinguen las especies unas de otras, no hay que inferir que las mismas circunstancias no ejerzan ninguna accion en el acabalamiento y la multiplicacion de cada especie. Las diferencias de constitucion, de intelijencia y de costumbres, que se echan de ver entre los individuos ó las nacio-

nes de la misma especie, y que por consiguiente ofrecen los mismos caracteres, dependen en gran parte del efecto de ajentes esternos: conviene pues saber cuáles son estos ajentes, y cuál el influjo propio de cada uno de ellos.

Hay una accion y reaccion continuas entre los hombres y las entidades en medio de las cuales los colocó naturaleza; la nacion que ejerce en los objetos que la rodean una accion mas variada, mas incesante y poderosa, es por necesidad mas intelijente, mas industriosa, mas civilizada, y mas numerosa comparativamente al espacio que ocupa; y al contrario, la que ejerce una accion mas limitada ó menos poderosa, es en jeneral la menos numerosa y civilizada.

El hombre solo obra en las entidades para apartar el influjo de las que le serian aciagas, ó para sujetarse á la accion de las que pueden serle provechosas. Síguese de aquí que la industria, el comercio, los conocimientos, las costumbres de una nacion, y el número de individuos que la componen, son en gran parte determinados por los diversos objetos que la rodean. Un pueblo que se halla en medio de una naturaleza rebelde, y en cierto modo inmutable, no podria progresar tanto como otro á quien es dable hacer concurrir á la satisfaccion de sus deseos ó de sus urjencias la mayor parte de las cosas en medio de las cuales se halla situado.

Ya llevo manifestado que el mero conocimiento de la naturaleza de las entidades basta para hacer progresar á una nacion. Pero tal conocimiento no puede servirnos sino cuando tenemos el medio de obrar, ya sobre nosotros mismos, ya sobre los diversos objetos á cuya accion estamos ó podemos estar sujetos. Trátase de saber las posiciones físicas en las cuales pueden hacer los hombres progresos mas ó menos considerables, y aquellas en que la naturaleza les ha condenado en cierto modo á quedarse estancados, y en que les fueran estériles los conocimientos que pudiesen adquirir. Trátase de saber sobre todo si hay posiciones en que sean de todo punto imposibles el desarrollo de la intelijencia y la perfeccion de las costumbres, y cuáles son estas posiciones.



Si sucede en el linaje humano lo que en todos los jéneros de séres animados, si se subdivide en muchas especies, y si difieren unas de otras por su organizacion, cabe que no todas sean capaces del mismo desarrollo intelectual, y por consiguiente de la misma perfeccion moral y física. Así, en las investigaciones en que voy á entrar, no es mi intento cotejar diversas especies entre sí, sino naciones de una misma especie, pero que se hallan en circunstancias físicas diferentes. La cuestion, en cuanto á estas naciones, se cifra en saber si por circunstancias accidentales de posicion, se han hecho capaces de deslindar la verdad del error, de contraer buenos hábitos y perder los malos; ó si, atesorando de suyo la capacidad de concebir la verdad, les atajan el progreso las circunstancias locales.

Las falsas relijiones y los gobiernos viciosos oponen grandes obstáculos al desarrollo de las naciones; pero si una falsa relijion y un mal gobierno fuesen obstáculos incontrastables, ¿cuál es el pueblo que no hubiera quedado sumido en eterna barbarie? Porque, ¿cuál es el que no estuvo sujeto á un gobierno despótico, ó en el cual no dominó una relijion falaz? No hay error ó falsa opinion que no haya tenido un principio, y que por consiguiente no pueda volcarse. El hombre, al entrar en el mundo, no trae en su entendimiento un sistema relijioso y una política enteramente formados: las ideas de gobierno y relijion que adquiere, le calan conforme va formando su

entendimiento; y las circunstancias que presiden á esta formacion pueden variar al infinito.

Aquí solo se trata de averiguar las causas que obran constantemente sobre el hombre, y que no está en su mano destruir, como el clima, la posicion local, el curso de las corrientes, la naturaleza del suelo y otras semejantes. El calor del clima, segun el sistema de muchos escritores, y la vejez de los pueblos, segun otros, pueden ser obstáculos insuperables para la perfeccion de los hombres. Al esponer el estado físico, intelectual y moral de los pueblos de todas las razas, en las diversas partes del globo, demostraré que estas opiniones están muy distantes de fundarse en una observacion atinada de los hechos.

Para determinar cabalmente cual sea en el hombre el influjo de los lugares y del clima, convendria entrar en investigaciones que escederian de mucho los límites que me he impuesto, y la naturaleza de esta obra. Seria forzoso abrazar, no solo toda la historia natural, sino tambien la física, la moral y la política del linaje humano; y encontraríamos de paso muchas cuestiones que por ningun término podríamos resolver. Si no queremos perdernos en investigaciones sin fruto ni objeto, es fuerza ceñirnos á observar las causas mas jenerales é influyentes; y para acertar con tales causas, es necesario determinar primero los grados de civilizacion á que han alcanzado, en distintos lugares, los pueblos de diversas especies. El medio mas infalible para estraviarse en investigaciones de esta clase, y enredarse en interminables discusiones, seria querer determinar las causas, antes de haberse cerciorado de la existencia de los resultados.

Nadie puede razonablemente poner en duda la accion ejercida en el hombre por las entidades en medio de las cuales le colocó naturaleza; pero no todas las entidades



ejercen en él el propio influjo, ni todas oponen igual resistencia á su accion. Muchas hay sobre las cuales puede obrar; hay otras sobre las cuales no alcanza ningun medio de accion, y que ejercen sin embargo sobre él sumo poderío. La mayor parte de los pueblos pueden, por ejemplo, modificar el suelo sobre el cual se hallan colocados; pero ninguno de ellos puede trocar la naturaleza de la atmósfera, ni el curso de las estaciones. La temperatura de la atmósfera, además de la accion que directamente ejerce sobre el hombre, ejerce otra muy pujante en casi todos los productos del suelo.

Algunos escritores han atribuido un influjo inmenso á la accion que ejerce directamente sobre el hombre la temperatura del clima; y han creido que dicho influjo se dejaba sentir en sus órganos físicos, en el desarrollo de su intelijencia, en la naturaleza y fuerza de sus pasiones, y por último en toda su existencia. Otros, al contrario, han supuesto que aquel influjo era nulo.

Montesquieu ha fijado, al parecer, sobre este punto la opinion popular: su fallo no ha arrastrado á todos los hombres doctos; escritores eminentes y sabios ilustres no han visto en él mas que un error aciago; pero este error no quedó volcado por los ataques de Helvecio, ni por las chuscadas de Voltaire, ni por los raciocinios de Volney. Hay todavía muchísimas personas, aun entre las instruidas, que consideran las instituciones y costumbres de los pueblos como producto del clima en que habitan: esta opinion se ha convertido en cierto modo en preocupacion popular.

La opinion de Montesquieu sobre los efectos del frio y del calor no ha nacido, como pudiera creerse, del exámen profundo de los hechos; es un sistema que encontró en el *Viaje de Chardino*, quien lo habia sacado de

otros, y en cuyo apoyo contó algunos hechos, sin curarse de si estos eran consecuencias del principio que les asignaba, ó si tal vez se hallaban en oposicion con una multitud de hechos contrapuestos. La identidad entre los sistemas de ambos escritores es tan palpable hasta en los pormenores, que basta colocarlos uno al lado de otro para convencerse de que el filósofo nada añadió al viajero (1).

Chardino supone haber observado en sus viajes que el calor del clima destronca el entendimiento, lo mismo que el cuerpo; que disipa aquel ardor de imajinacion tan necesario para la inventiva y perfeccion de las artes; que imposibilita el ahinco y aplicacion que requieren las obras maestras en las artes liberales y en las mecánicas; que de ahí nace el ser tan escasos los conocimientos de los pue-

(1) Si historiásemos la mayor parte de las falsas opiniones que gobiernan á los hombres, encontraríamos que casi todas nacieron, no solo antes de haberse observado los hechos que debian haberles servido de base, sino aun antes que cupiese conocerlos. Así es que la opinion sobre el influjo de los climas, emitida, primero por Hipócrates y por Diodoro de Sicilia, en un tiempo en que los hombres mas ilustrados desconocian la mayor parte del globo, fué ciegamente adoptada por Bodino, en su república, quien la trasmitió á Chardino, este al abate Dubos y á Montesquieu, quienes á su vez la trasmitieron á Robertson, á Gibbon, al abate Raynal, y á la mayor parte de los escritores que les han sucedido. Si al leer *L' Esprit des Lois*, se nota la opinion de Chardino adoptada sin exámen, nótase tambien al leer á Robertson que ha adoptado ciegamente la opinion de Montesquieu. El historiador hace suceder los hechos para justificar un sistema, en vez de cimentar sus opiniones en la esposicion de los hechos: *History of America*, *Book* IV, vol. II, páj. 138 y 139, the 10 edit. — M. Malte Brun ha advertido el error en que cayeron los escritores que fundaron un sistema, segun la opinion de Hipócrates, sobre el influjo de los climas: *Precis de géographie universelle*, t. III, entrega XLVI, páj. 19 y 22, segunda edicion.



blos asiáticos, que solo consisten en aprender y repetir lo que se lee en los libros de los antiguos; que su industria es tosca, y que en el Norte es donde deben buscarse las ciencias y artes en su mas alta perfeccion (1).

Yo encuentro siempre, añade el mismo viajero, la causa y el oríjen de las costumbres y hábitos de los Orientales en el temple de su clima, habiendo observado en mis viajes que, así como las costumbres siguen el temperamento del cuerpo, segun advierte Galeno, el temperamento del cuerpo sigue el temple del clima; de suerte que las costumbres ó los hábitos de los pueblos no son efecto de mero antojo, sino de algunas causas ó urjencias naturales que no se echan de ver hasta despues de detenida averiguacion (2).

Con todo, al adoptar este sistema, no quiso Montesquieu fiarse ciegamente en el dictámen de Chardino, sino que lo sometió al crisol de los hechos. El esperimento por cuyo medio lo juzgó, es de naturaleza tan rara, que pareceria increible, á no haberla él mismo consignado en el *Espíritu de las leyes*. El jurisconsulto filósofo tomó la mitad de una lengua de carnero; sometióla alternativamente á una temperatura muy alta y á otra glacial; examinó con un lente los efectos producidos por el frio y por el calor en aquella mitad de lengua, los cuales le sirvieron para determinar el influjo que ejercen el frio y el calor en lo físico y moral del hombre, en todas las partes de nuestro globo. He aquí los resultados de tan singular esperimento.

Por el efecto único de la temperatura, el hombre del Norte tiene el cuerpo mayor, y por consiguiente, mas confianza en sí mismo, es decir, mas valor; mayor cono-

(1) Chardino, *Viaje á Persia*, t. IV, cap. XVII, páj 91.
(2) Chardino, *Viaje á Persia*, t. VI, cap. XII, páj. 9.

cimiento de su superioridad, ó sea menos deseos de venganza; mayor certeza de su seguridad, es decir, mas franqueza, menos recelos, menos política, menos artimañas. Los pueblos de los paises cálidos son apocados como los viejos; los de los paises frios animosos como los mozos. Los pueblos del Norte han de tener poca viveza, poca sensibilidad, así para los placeres como para el dolor: para que un Moscovita dé señales de impresionabilidad, es menester desollarle. En los climas del Norte, la parte física del amor apenas tiene la pujanza indispensable para que se perciba; en los paises cálidos, el alma es soberanamente movida por cuanto tiene referencia á la union de los sexos.

En los paises del Norte, una máquina sana y bien constituida, pero pesada, se complace en todo lo que puede movilizar el entendimiento, como la caza, los viajes, la guerra y el vino. En los climas del Norte, hallaréis pueblos que adolecen de pocos vicios, virtudes por demás, mucha sinceridad, increible franqueza. Acercaos á los paises del Mediodia, y no parecerá sino que os vais alejando de la misma moral; pasiones vivísimas multiplican los crímenes al infinito; y cada cual trata de adquirir sobre los demás las ventajas que pueden halagar á aquellas mismas pasiones. En los paises templados veréis hombres mas inconstantes en sus hábitos, en sus vicios, y hasta en sus virtudes: el clima no es allí una calidad bastante determinada para fijarles á ellos mismos.

El calor del clima puede ser tan estremado, que el cuerpo quede absolutamente desvalido. Entonces la postracion contajiará al entendimiento; nada de curiosidad, nada de nobles empresas, nada de impulsos jenerosos; las inclinaciones serán todas pasivas, la pereza constituirá la felicidad mayor; los castigos serán por lo jeneral m^n



tolerables que la accion del alma, y la esclavitud mas llevadera que la pujanza de espíritu necesaria para gobernarse á sí propio (1).

Los Indios no tienen de suyo valor por consecuencia de su clima; y si ejecutan actos que requieren pujanza, como son el arrojarse voluntariamente á las llamas, ó el imponerse las penas mas crueles, es porque el clima enardece su fantasia. En tiempo de los Romanos, los pueblos del Norte de Europa vivian sin artes, sin educacion, casi sin leyes, y sin embargo, por solo el recto sentido inherente á las toscas fibras de aquellos climas, se mantuvieron con admirable cordura contra la prepotencia romana, hasta que traspusieron sus selvas para volcarla (2).

El clima, que causa la postracion del cuerpo y del espíritu, que ataja toda curiosidad y noble empresa, clava por este solo hecho irrevocablemente la relijion, las costumbres, los hábitos y las leyes. Como inclina los hombres á la contemplacion, enjendra el monaquismo, la pereza y el orgullo, que son sus consecuencias; los hombres pues no se inclinan á un deber penoso, sino por el temor de los castigos, y en su virtud, la servidumbre es natural á ciertos paises particulares de la tierra (3).

La ley que prohibe el uso del vino no seria acertada para los paises frios, donde el clima al parecer infunde cierta embriaguez nacional. Esta se halla establecida en todo el globo en razon de la frialdad y humedad del clima. Pasad del ecuador hasta nuestro polo, y veréis que la embriaguez va á mas con los grados de latitud. Pasad del mismo ecuador al polo opuesto, y veréis que la embria-

(1) *Esprit des lois*, lib. XIV, cap. II.
(2) *Esprit des lois*, lib. XIV, cap. III.
(3) *Esprit des lois*, cap. IV, VII, IX y X, lib. XV, cap. VII y VIII.

guez corre hácia el mediodia, así como de este habia subido hácia el Norte (1).

El clima no solo produce vicios morales, sino que enjendra tambien dolencias, como la lepra y la peste. El clima es quien impele á los Ingleses al suicidio en el regazo de su prosperidad. Por último, á la misma causa hay que achacar las costumbres atroces de los Japoneses, y la desconfianza que estas costumbres inspiran á las leyes y á los majistrados de aquel pueblo (2).

Tal es el sistema de Montesquieu sobre los efectos del clima, ó, para hablar con mas exactitud, del frio y del calor; pues aquel ilustre filósofo solo se dedicó al influjo inmediato causado en el hombre por la temperatura de la atmósfera. He reducido sus opiniones cuanto me ha sido posible, sin trastornar sus conceptos; y en los pasajes mas notables he copiado las mismas espresiones de que se sirvió. No examinaré si los fenómenos morales y políticos de que habla Montesquieu, deben resultar de los fenómenos fisiolójicos á que los atribuye, como el encojimiento de las fibras esternas por la privacion de calórico, y el recrecimiento de fuerza que resulta; y la flojedad y postracion de las mismas fibras por la accion del calórico, con la mengua de fuerza que es su consecuencia; ni tampoco trataré de averiguar si la accion del corazon y la reaccion de las estremidades de las fibras son mas perceptibles en el norte que en el mediodia; si los líquidos están mejor equilibrados, si la sangre es mas impelida hácia el corazon, y si recíprocamente el corazon alcanza el poderío. Aunque poco versado en los conocimientos fisiolójicos, se me hace muy cuesta arriba el creer que tales hechos puedan cimentarse en esperimentos practicados

(1) *Esprit des lois*, lib XIV, cap. II.
(2) *Esprit des lois*, cap. XI, XII y XV.



en una media lengua de carnero; y aun cuando esto fuere asequible, no sabria ver relacion alguna entre ellos y las consecuencias morales que de los mismos deduce Montesquieu. Un sistema moral y político fundado en semejantes esperimentos, estriba á mi entender en muy endebles cimientos.

Antes de examinar si los fenómenos morales que Chardino y Montesquieu atribuyen al influjo de los climas, son consecuencias de la accion del frio ú del calor sobre las fibras esternas, debian haber demostrado la existencia de aquellos fenómenos; en seguida hubiera sido menester indagar si dichos fenómenos eran producto de una sola causa, y cuál era esta; pero ha sucedido en este caso lo que en otros muchos: se ha empezado por imajinar un sistema, y luego se han recojido por acá y acullá algunos hechos para justificarlo, sin curarse siquiera de demostrar la supuesta relacion entre los efectos y las causas.

Para descubrir las leyes jenerales segun las que prosperan, se estancan ó decaen las naciones, hay que deslindar las causas de prosperidad ó desamparo que existen en los hombres considerados en sí mismos, de las que existen en las entidades que los rodean. Si no se refieren exactamente á cada causa los efectos que produce, si se atribuye á los hombres lo que es producto de la naturaleza de las entidades, ó á estas lo que es producto de los errores ó de los vicios de los hombres, no se puede tratar de influir en la suerte de una nacion, sin empeñarse en una lucha espuestísima ó inútil cuando menos. El hombre ejerce sumo influjo sobre la mayor parte de los objetos que le rodean; pero tambien las entidades ejercen sobre él otro no menos pujante. Tal es el influjo que conviene aclarar, si deseamos saber hasta qué punto son dueños los pueblos de sus destinos, y cómo deben gobernarse

para progresar un tanto. Los publicistas y moralistas han vislumbrado apenas el influjo de las entidades sobre los hombres. Hanlo designado con la denominacion vaga de influjo *de los climas;* pero no han dado pruebas de acierto al querer determinar los efectos que han atribuido á dicho influjo.

El clima del norte, ó por mejor decir, una temperatura fria, da pues al hombre un cuerpo alto y poca vivacidad, confianza, valor, seguridad, franqueza y pocos deseos de venganza; infúndele pocas sospechas y ardides, poca sensibilidad para los placeres y las penas, poca tendencia al amor y á los celos, pocos vicios, y bastantes virtudes; le da por fin un recto sentido anejo á unas fibras toscas, y una inclinacion irresistible á la embriaguez (1).

Un clima ó pais templado hace al hombre mas inconstante en sus hábitos, en sus vicios y en sus virtudes, y mas sensible á los placeres y las penas.

Un clima cálido priva al hombre de su fuerza, postra su espíritu, le priva de valor, de imajinacion, de impulsos jenerosos; le induce á la contemplacion, á la pereza y al orgullo; le hace desconfiado, suspicaz, astuto, falso y vengativo; le da una sensibilidad estremada para las fruiciones y los quebrantos, le inclina al amor y á los celos; lo clava en su relijion, en sus costumbres y en sus leyes; y por último, dicho clima convierte para él la esclavitud en necesidad.

Si este sistema es verdadero, todos los pueblos situados bajo cierta latitud están condenados por la misma naturaleza á vivir eternamente en el vicio, el delito, la ignorancia y el desamparo. En balde seria ilustrarles; una potencia incontrastable les imposibilita gobernarse mejor. Los pueblos situados en los climas templados de Europa, de América y de Asia están condenados por la misma potencia á trocar eternamente de costumbres, de leyes y opiniones, pasando alternativamente del vicio á la virtud, de la virtud al vicio, de las luces á la ignorancia, de la ignorancia á la ilustracion, del despotismo á la libertad, y de la libertad al despotismo. Los pueblos situados bajo un clima frio son los únicos para quienes se muestra irrevocablemente propicia la naturaleza.

(1) Gibbon, á ejemplo de Montesquieu, considera como efecto del clima la alta estatura atribuida por Tácito á ciertos pueblos jermanos; *The History of the decline and fall of the roman empire*, vol. 1, cap. IX, páj. 348.



La primera dificultad con que se tropieza al querer comprobar con la aplicacion la exactitud de este sistema, es la de saber los límites de los tres climas que producen efectos tan contrapuestos. Para los pueblos que viven entre los trópicos, en sitios poco elevados sobre el nivel del mar, la Italia, la España y el Portugal son paises templados, si es que no llegan á frios; mas para los Rusos, son paises cálidos. Los habitantes de las islas de Salomon, de Quito y de Sumatra pudieran figurarse, al leer el *Espíritu de las Leyes*, que los Italianos, Españoles y Portugueses tienen un cuerpo abultado y poca vivacidad; pero los Rusos, al leer aquella obra, deben creer que aquellos mismos pueblos están faltos de valor, de imajinacion, de injenio, y que son tan inmutables en sus costumbres como las abejas y los castores. Las palabras *frio* y *calor*, aplicadas á la sensacion que causa en nosotros la atmósfera, son voces relativas, cuyo valor está solo determinado por nuestros hábitos. La temperatura que un habitante de la Siria tuviera por glacial, haria sudar á un Sueco ú á un habitante de San Petersburgo. Lor moradores de Charlestown están tiritando de frio, y no pueden prescindir de la lumbre, cuando el termómetro de Reaumur no está mas que

á 12 grados sobre cero. Aunque en su pais los inviernos son muy cortos, el frio no dura tres dias seguidos, y la mas fuerte helada no penetra dos pulgadas en la tierra, consumen tanta leña para calentarse como los habitantes de Filadelfia (1). Los Rusos no se quejan de frio cuando el termómetro no pasa de algunos grados bajo cero. ¿Qué es pues para unos y otros un clima frio, un clima cálido y un clima templado (2)?

Pero tomemos las palabras en el sentido que sin duda quisieron darles Chardino y Montesquieu. En esta acepcion, un clima templado será el habitual de un Parisiense; un clima cálido será el que produce en él cierta dejadez y una traspiracion sobrado copiosa; y un clima frio será aquel en que la impresion de la atmósfera le causa habitualmente una sensacion desagradable, haciéndole necesaria la compañía del fuego. Esto es todavía muy vago; pero no cabe dar mayor precision á las palabras; en este

(1) Larochefoucault-Liancourt, *Viaje á los Estados Unidos de América*, segunda parte, t. IX, páj. 55. — Weld, *Viaje al Canadá*, t. I, cap. VI, páj. 119 y 120.

(2) Los habitantes de Nueva Caledonia, para librarse de la importunidad de los mosquitos, se ven en la precision de tener siempre fuego y humo en sus estrechas chozas. El hábito de la lumbre les vuelve tan frioleros, que, si bien situados entre los trópicos y en terreno poco elevado, no se atreven á esponerse al fresco de la noche. «Parecian helados de frio, dice D'Entrecasteaux, cuando venian á bordo los dias en que hacia un poco de fresco; así es que recibian con placer toda clase de vestidos que se les diesen, y se los ponian desde luego.» *Voyage á la recherche de La Perouse*, t. I, cap. XXVI, página 356.

Los habitantes de las islas de los Amigos, situados bajo la misma latitud, pero no teniendo precision del fuego para librarse de los insectos, se acuestan desnudos en cabañas abiertas á todos vientos y cubiertas escasamente de hojas, y no sienten frio. — Bougainville, *Voyage autour du Monde*, segunda parte, t. II, cap. III, páj. 50.



sentido, la Polonia, Suecia, Rusia y Dinamarca son en Europa climas frios; lo propio sucede en cuanto á las demás partes del Asia y América situadas bajo la misma latitud; podemos considerar como climas cálidos todas las partes bajas del globo situadas entre los trópicos. Con efecto, la temperatura de un pais no depende tan solo del grado de latitud en que se halla, sino tambien de la mayor ó menor elevacion del suelo, y de la esposicion. Depende además del estado del pais; bajo el mismo grado de latitud, un suelo cuajado de bosques no tiene la misma temperatura que un suelo arenoso ú otro cubierto de prados; un suelo situado en el centro de un vasto continente, como el Africa, no tiene la misma temperatura que una isla situada en medio del Océano. Montesquieu no ha tomado en cuenta ninguna de estas circunstancias, ni otras muchas de igual influjo, que merecian su consideracion.

# CAPITULO IX.

*Desarrollo físico adquirido, bajo diferentes grados de latitud, en América y en las islas del Grande Océano, por pueblos de diversas razas.*

Antes de fallar sobre las causas que concurren con mas ó menos pujanza al desarrollo de la constitucion física del hombre, conviene observar los lugares y las circunstancias en medio de las cuales han adquirido los pueblos un desarrollo mas ó menos considerable. No se pudiera afirmar con certeza que tales ó cuales fenómenos son resultado de ciertas causas, hasta despues de haber averiguado que efectivamente existen aquellos fenómenos donde quiera se observan las causas á las cuales se atribuyen. Y aun esto no bastaria, porque dos hechos pueden existir simultáneamente uno contiguo á otro, sin que sea dable inferir que este es la consecuencia de aquel. Para demostrar, por ejemplo, que un clima frio es favorable al desenvolvimiento de las fuerzas físicas del hombre, y funesto un clima cálido, no bastaria demostrar que se encuentran en paises frios hombres altos y robustos, y hombres

pequeños y endebles en paises comparativamente cálidos. Seria necesario establecer además que en ambos paises no asoman otras circunstancias influyentes en el desarrollo físico del hombre.

Ya llevo advertido que entre las entidades bajo cuyo influjo se hallan los hombres, hay muchas sobre las cuales ejercen estos mismos sumo poderío, al paso que hay algunas, como la temperatura atmosférica y el órden ó la duracion de las estaciones, que no está en su mano el modificar. Debo añadir sin embargo que cuanto mas progresan los hombres en la industria y el comercio, mas obvio se les hace sustraerse al influjo directo ú indirecto del frio ú del calor del clima. Un rico habitante de San Petersburgo logra, en medio de los hielos del norte, un clima templado, y producciones que solo se dan entre los trópicos. Los salvajes en los paises incultos, y los pobres en los civilizados, son los que están mas sujetos á la accion directa é inmediata de la temperatura de la atmósfera, pudiendo con dificultad sustraerse al rigor de las estaciones, ó lograr las producciones que solo crecen bajo otros climas. Compulsando pues el desarrollo adquirido en diversos paises por estas dos clases de hombres, y comparándolo con el que alcanzan otros hombres colocados en diferentes circunstancias, es como podrémos conocer las causas que mas poderosamente obran en nuestra naturaleza fisica.

Los Esquimales, que habitan en las orillas del rio de Cobre, cerca de los 70 grados de latitud norte, son jeneralmente pequeños; su estatura ordinaria es de cuatro piés, y muchos aun no llegan; presentan un esterior bastante regular, pero no son bien formados ni robustos (1). Los que

(1) Hearne, *Viaje al Océano del Norte*, cap. VI, páj. 157. — De Paw, *Recherches philosophiques sur les Americains*, t. I, tercera parte, páj. 259.



habitan las islas de la Resolucion, algo mas allá de los 60 grados, son de estatura mediana (1); algunos viajeros no dan mas que cuatro piés á la estatura de los naturales de la bahía de Hudson (2). Los indíjenas del Canadá, situados entre los 45 y 50 grados, casi en igual latitud que Francia, pero en un pais mas frio, ofrecen jeneralmente poca corpulencia (3); pero son derechos, bien formados y altos, particularmente los Iroqueses y los Hurones. Existen sin embargo, bajo la misma latitud, muchas tribus de estatura mediana (4). Las mujeres, en jeneral, son pequeñas y de complexion muy delicada (5). Conforme van entrando en edad, se vuelven macizas y gordas. A treinta años, tienen los ojos hundidos, la frente surcada, la piel floja y arrugada (6). Los Illineses, mas cercanos al Mediodia, son de talla mas que mediana, y de regular corpulencia (7). Por último, los indíjenas de la Luisiana, mas cercanos todavía al Sur, y mas cerca del nivel del mar, son fuertes y robustos. Los hombres, las mujeres y los niños están dotados de estraordinaria pujanza, y son mas infatigables que los Iroqueses (8).

(1) Ellis, *Viaje á la bahía de Hudson*, páj. 172.

(2) Raynal, *Hist. philosoph.*, t. VIII, lib. XVIII, páj. 357.

(3) Hearne, *Viaje al Océano del Norte*, cap. IX, páj. 284.

(4) Lahontan, *Viaje á la América septentrional*, t. II, p. 95.

(5) Hearne, c. IV, p. 85.

(6) Weld, *Viaje al Canadá*, t. III, c. XXXV, páj. 68.

(7) Michaux, *Viaje al Oeste de los montes Alleghanis*, c. XXIII, p. 236.

(8) Hennepin, *Costumbres salvajes de la Luisiana*, p. 14 y 17. Las mujeres de la Luisiana, dice Hennepin, son tan vigorosas como pocos hombres haya en Europa: llevan fardos que con dificultad levantarian dos ó tres de nosotros. A veces cargan sobre sus espaldas, cuando sus maridos vuelven de la caza, trescientas libras de carne, poniendo á sus hijos encima de la carga, y el todo no les incomoda mas

La constitucion física del hombre es de consiguiente mas robusta en la parte Nordeste de América, bajo un clima templado que bajo un clima frio (1). El mismo fenómeno se observa en la parte Noroeste del mismo continente. Los Indios qne habitan las riberas del Mackenzie, hácia los 70 grados de latitud, son flacos, pequeños, feos, contrahechos, y al parecer muy enfermizos; tienen las piernas gruesas y cuajadas de pústulas (2). Los que viven en la bahía de Bering, á la entrada del Príncipe Guillermo, hallándose situados bajo una latitud menos elevada, son tambien menos endebles; algunos son de ordinaria estatura; pero los mas son muy bajos (3). Los del Puerto de los Franceses, bajo los 58 grados 37 minutos de latitud, son de estatura mediana, pero la armazon de su cuerpo es endeble; muchos tienen las piernas hinchadas, y, segun afirma La Perouse, el mas robusto de entre ellos no hubiera resistido al mas endeble de sus marineros (4). Los habitantes de Nootka, á los 49 grados 36 minutos, son

que á un soldado el peso del sable. De este modo hacen mas de 200 leguas de camino por los bosques. Hennepin, *ibid.*, p. 17, 82 y 123. —Los moradores del estremo boreal del continente americano son considerados como pertenecientes á la especie mogola, y los hombres de esta raza son jeneralmente mas pequeños que los otros; pero mas adelante verémos que los hombres de esta especie, que habitan en paises frios, son mas pequeños que los que habitan en paises cálidos ó templados.

(1) Muchos viajeros han creido que, en América, el clima no influia en la talla y fuerza de los hombres. Ulloa, *Disc. filosof;* t. II, D. XVII, páj. 5. — Azara, *Viaje á la América meridional*, t. II, cap. XI, páj. 17 y 178.

(2) Mackenzie, *Viaje al interior de la América septentrional*, t. I, cap. III, páj. 383 y 384.

(3) Cook, *Tercer Viaje*, lib. IV, cap. V, t. V, páj. 240 y 241.

(4) La Perouse, *Viaje al rededor del mundo*, t. II, cap. IX, páj. 208, 229 y 230.



de estatura algo mas baja, pero tienen el cuerpo bien redondeado, y sus miembros, aunque gordinflones, nunca adquieren al parecer demasiada gordura (1). Finalmente, los Indios de Monterey, bajo los 36 grados 41 minutos de latitud, son bien conformados y robustos, y sus obras indican mucha destreza (2).

La constitucion física del hombre es pues mas robusta en los climas templados que en los frios, en el norte del continente americano. No va debilitándose bajo los trópicos; muchas tribus que viven entre los veinte y veinte y dos grados de latitud austral, esceden de mucho á los Europeos en fuerza y estatura. La talla comun de los Mbayas es de 5 piés 8 pulgadas; la de los Lenguas es de 5 piés 9 pulgadas; sus formas y proporciones son muy hermosas. Otras muchas tribus se hallan constituidas en las mismas proporciones (3). Los Caribes, que viven casi debajo del ecuador, entre los 8 y 10 grados de latitud austral, son de constitucion todavía mas robusta. Segun Mr. Alejandro de Humboldt, alcanzan aquellos hombres una estatura casi atlética. A dicho viajero le parecieron mas altos que los Indios que hasta entonces habia visto; sus mujeres son igualmente muy altas. La fuerza y pujanza de estos pueblos corren pareja con su estatura; cuando se hallan vivamente escitados, reman contra la corriente mas rápida catorce y quince horas seguidas, con un calor de 30 grados del termómetro de Reaumur (4). Los

(1) Cook, *Tercer Viaje*, lib. IV, cap. II. t. V, páj. 100 y 106.

(2) Broughton, *Viaje de descubrimientos*, t. I, lib. I, cap. III, páj. 93.

(3) Azara; *Viaje á la América meridional*, t. II, cap. X y XI, páj. 105, 149, 182 y 183.

(4) De Humboldt, *Viaje á las rejiones equinocciales*, lib. VII, cap. XIX, t. VI, páj. 257 y 258.

habitantes de las Amazonas, debajo del ecuador, están dotados de igual fuerza y pujanza (1). Los Indios tenateros que trabajan en las minas de Méjico, permanecen cargados, por espacio de cinco y seis horas continuas, con un peso de 225 á 350 libras, hallándose al mismo tiempo espuestos á una temperatura muy elevada, y subiendo de ocho á diez veces seguidas unas gradas de 1800 escalones (2). Uno no se cansa de admirar, dice Mr. de Humboldt, la fuerza muscular de aquellos Indios y de los mestizos de Guanajato, sobre todo cuando uno se halla ya postradísimo al salir de la mayor profundidad de la mina de Valenciana, sin ir cargado con el mas leve peso (3).

Si del centro de América nos trasladamos al estremo austral de aquel continente, en la Tierra de Fuego, entre los 52 y 53 grados de latitud, encontrarémos un clima rigurosísimo y una poblacion del todo diferente. Allí se ven hombres pequeños, flacos y desmedrados (4), con una estampa que anuncia ya la miseria y asquerosidad mas horrorosas; ojos pequeños y sin espresion; la nariz destilando continuamente mucosidades en la boca entreabierta; las espaldas y el cuerpo anchos y huesosos; y los demás miembros tan delgados y endebles, que mirándolos por separado, parece casi increible que pertenezcan á

No hay que confundir los Caribes, de que habla aquí Mr. de Humboldt, con los zambos dejenerados de la isla de San Vicente, que se designaban antiguamente bajo el mismo nombre, como bajo el de *caraibes*.

(1) De Humboldt, *Viaje á las rejiones equinocciales*, t. II, lib. II, cap. V. páj. 360 y 361, y t. VI, lib. VII, páj. 379 y 380.

(2) De Humboldt, *Ensayo político*, t. I, lib. II, cap. V, páj. 362.

(3) *Ibid.*, t. IV, lib. IV, cap. XI, páj. 36 y 37.

(4) Bougainville, *Viaje al rededor del mundo*, t. I, primera parte, cap. IX, páj. 196.



los mismos individuos (1). Este pueblo vive bajo la misma latitud que Dinamarca, en el hemisferio opuesto, pero bajo una temperatura mucho mas fria.

La primera tribu que se encontró en el continente americano, volviendo por la parte del oeste, desde el estrecho de Magallanes hácia el ecuador, son los Patagones, cuya estatura pareció colosal á los primeros viajantes que los vieron. El capitan Byron, comparando su talla con la propia, calculó que deberian tener cerca de siete piés ingleses (unos siete piés y siete pulgadas de Burgos); están bien conformados. Son mas bien jigantes, dice aquel viajero, que hombres (2). Dos individuos de aquella tribu que habian ido á Buenos Aires, fueron allí medidos; el uno tenia siete piés ocho pulgadas, y el otro siete piés con cinco. Azara, que cuenta este hecho, calcula que la estatura ordinaria en aquella tribu es de siete piés tres pulgadas (3). Bougainville, á quien aquellos hombres parecieron tambien de estatura estraordinaria, halló sin embargo otros, yendo hácia el ecuador, de constitucion mas robusta y de estatura todavía mas aventajada (4).

Esta tribu, que se halló hácia los 45 grados de latitud austral, parece ser del número de las nómades que viven al sur de Buenos Aires. Casi todos los hombres iban montados y cubiertos de una piel de guanaco (5). Azara cree

(1) Cook, *Viaje al rededor del mundo*, segunda parte, t. V, lib. III, cap. V.

(2) Byron, *Relacion de los Viajes al rededor del mundo*, cap. III, páj. 54 y siguientes.

(3) Azara, *Viaje á la América meridional*, t. II, cap. X, páj. 50 y 51.

(4) Bougainville, *Viaje al rededor del mundo*, t. I, primera parte, cap. VIII, páj. 166.

(5) «Indúceme á creer que los pueblos que viven al Sur de la Plata,

que son el mismo pueblo que los Tehuelchues. Otras tribus que viven entre los 36 y 40 grados, casi á la misma latitud, se distinguen igualmente por su alta estatura y enormes fuerzas musculares. Todas aquellas tribus descuellan por su pujanza y valor (1).

Si tuviésemos que juzgar por estos hechos del influjo que en América ejerce el clima sobre la constitucion física del hombre, creeríase que este influjo es análogo al ejercido sobre el reino vejetal. En aquellas rejiones, encuéntrase, bajo el ecuador, una vejetacion robusta; debilítase conforme uno va adelantando hácia los polos, y finalmente no se encuentran mas que algunos abetos y abedules desmedrados. Con estos hechos se pudiera fundar un sistema diametralmente opuesto al de Montesquieu; pero tampoco seria mas que un sistema; porque al lado de los altos y robustos Caribes, se encuentran algunas tribus cuya estatura es inferior á la nuestra (2); mientras que al lado de los pueblos endebles que viven hácia el polo nor-

hasta el estrecho de Magallanes, son nómades, la naturaleza misma del suelo, que no permite al hombre tener en él morada fija. Aquel suelo, desprovisto de árboles, es demasiado salobre para comportar el cultivo de los cereales. Puédese decir que, desde el rio de la Plata hasta el estrecho de Magallanes, no hay árboles, y que ni siquiera se encuentra un zarzal.» Azara, *Viaje á la América meridional*, t. I, lib. V, páj. 103 y 104, y lib VI, páj. 141.

Admitiendo que los pueblos que habitan al Sur del rio de la Plata son nómades, conforme parece demostrado, no admirarán ya las contradicciones en que han caido los viajeros que han visitado la costa de los Patagones; las tribus vistas por los unos pueden no ser las mismas que las vistas por los otros. Bougainville no ha dudado de que aquellos pueblos eran nómades. *Viaje al rededor del mundo*, primera parte, cap. VIII, t. I, páj. 166.

(1) Azara, *Viaje á la América meridional*, t. II, cap. X, páj. 35, 41, 42, 50 y 51.

(2) De Humboldt, *Viaje á las rejiones equinocciales*, t III, lib. III, cap. IX, páj 277 y 278.



te, se encuentran otros de mediana fuerza. Estas variaciones han persuadido á muchos viajeros que el frio y el calor no ejercen influjo alguno en la estatura y pujanza de los hombres (1).

Las observaciones hechas en los isleños del Grande Océano ofrecen los mismos resultados que las hechas en el continente americano. Los hombres mas altos, y sobre todo los mejor constituidos de aquel Océano, son los que habitan las islas Marquesas de Mendoza, observadas bajo los 10 grados 25 minutos de latitud austral. Su estatura ordinaria es de cinco piés ocho pulgadas; tienen el pecho y las espaldas anchas; los muslos llenos y carnosos, la voz fuerte y sonora. Su conformacion es tan cabal, que los escultores podrian tomarlos por modelos: entre ellos, dice Fleurieu, se encontrarian hércules, Antínoos y Ganimedes (2). Estos pueblos aventajan tanto en hermosura á los pueblos de los demás archipiélagos, que no cabe entre ellos la menor comparacion (3).

(1) Ulloa, *Discursos filosóficos*, t. II, disc XVII, páj. 5. — Azara, *Viaje á la América meridional*, t. II, cap. XI, páj. 17 y 18.

(2) Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. I, cap. II, páj. 151 y 152. — Cook, *Segundo Viaje*, t. III, cap. IV, páj. 179 y 199.

(3) Krusenstern, *Viaje al rededor del mundo*. t. I, cap. VII, y IX, páj. 164. 180, 203, 204 y 206. — *Langsdorff's Voyages and travels in various parts of the world*, t. V, páj. 108. — Cook, *Segundo Viaje*, t. III, cap. V, páj. 217 y 218.

Cook da acerca de los habitantes de las islas Marquesas, noticias menos circunstanciadas que el capitan Marchand; pero opina lo mismo acerca de la hermosura de su constitucion. Dice que son la mas bella estirpe de los isleños de aquel mar, aventajando al parecer á todos los demás pueblos por la regularidad de su talla y de sus facciones. Y hablando de los mozos que aun no tenian pintada la piel, añade: «Su belleza era tan peregrina, que escitaba nuestra admiracion, y comparábamos la mayor parte de ellos con los mas famosos modelos de la antigüedad.»

Los moradores de las islas de los Navegantes viven entre los 16 y 14 grados de latitud austral; por consiguiente solo distan del ecuador cuatro grados mas que los isleños de las Marquesas, de los cuales difieren muy poco. Son los mas altos y mejor formados que encontró La Perouse en sus viajes; su estatura ordinaria es de cinco piés y nueve, diez ú once pulgadas; pero son menos notables por su estatura que por las proporciones colosales de las diversas partes de su cuerpo. Algunos pocos no llegan á dicha talla; otros no tienen mas que cinco piés cuatro pulgadas, pero estos son los enanos del pais, segun dice el célebre viajero que nos ha dado la descripcion; y aunque su estatura parece acercarse á la nuestra, sus brazos fuertes y robustos, sus anchos pechos, sus piernas y sus muslos, se hallan en proporcion muy diferente; puédese asegurar que son respecto de los Europeos lo que los caballos daneses respecto á los de las diferentes provincias de Francia (1). Las mujeres son de talla proporcionada á la de los hombres; son robustas, delgadas, graciosas, y algunas muy bonitas (2). Los descendientes de los Malayos, añade La Perouse, han adquirido en aquellas islas un vigor, una fuerza, una estatura y unas proporciones que no recibieron de sus padres, y que deben sin duda á la abundancia de subsistencias, á la blandura del clima, y al influjo de las diferentes causas físicas que han obrado constantemente y por una larga serie de jeneraciones (3).

Adelantando 4 ó 5 grados hácia el polo austral, bajo los 17 grados 29 minutos de latitud, se encuentran las islas de la Sociedad. Estos isleños solo distan del ecuador

(1) La Perouse, *Viaje al rededor del mundo*, t. III, cap. XXV, páj. 272 y 273.

(2) La Perouse, t. III, cap. XXV, páj. 254 y 274.

(3) La Perouse, t. III, cap. XXV, páj. 278.



siete grados mas que los de las Marquesas. Aunque inferiores á estos y aun á los moradores de las islas de los Navegantes, se encuentran entre ellos hombres tan hermosos, que, segun Bougainville, pudieran servir de modelo para pintar á Hércules y Marte. Vense algunos, dice este viajero, cuya estatura escede de seis piés (1). Otros viajeros les han dado una talla menos alta (2). La estatura de algunos, y particularmente de los caciques, es notable por su fuerza, por su robustez y firmeza. La circunferencia del muslo de uno de ellos, dice Cook, era casi igual á la del cuerpo de uno de nuestros mas robustos marineros medido por la cintura (3). Pero en aquellas islas no todos los hombres alcanzan una estatura igualmente fuerte y elevada; hay muchos cuya talla es mediana, y que difieren de los demás por su color, cabellos, facciones y fuerza, en términos que Bougainville los creyó pertenecientes á una especie distinta (4).

Los habitantes de las islas de los Amigos, algo mas distantes todavía del ecuador (bajo los 27 grados de latitud austral), rara vez esceden de la talla ordinaria; pero son robustos y bien constituidos (5); tienen bellísimas formas, y sus músculos están muy señalados (6). Son sin embargo inferiores á los habitantes de las islas de los Navegantes,

(1) Bougainville, *Viaje al rededor del mundo*, Segunda parte, t. II, cap. III, páj. 51.

(2) Cook, *Primer Viaje*, lib. I, cap. XVII, t. II, páj. 537 y 538; *Segunndo Viaje*, t. II, cap. I, páj. 82 y 83.

(3) Cook, *Segundo Viaje*, t. II, cap. II, páj. 163 y 164. = Bligh, *Viaje al mar del Sur*, cap. V. páj. 88.

(4) Bougainville, *Viaje al rededor del mundo*, segunda parte, t. II, páj. 51.

(5) Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. X, t. III, páj. 88.

(6) Labillardière, *Voyage à la recherche de La Perouse*, cap. XII, t. II, páj. 176.

lo cual se atribuye á la aridez del suelo y á otras circunstancias físicas del territorio y del clima (1). Hay tambien en aquellas islas dos clases de hombres que difieren unos de otros lo bastante para que algunos viajeros hayan creido que no pertenecian á una misma raza. Los individuos de las ínfimas clases no tienen la talla, ni la constitucion, ni la fuerza de los de las primeras. No llegan á la talla mediana, y aun á veces son pequeñísimos; tienen la tez mas oscura, las facciones mas groseras, los cabellos crespos y ásperos como clin (2).

Las islas Sandwich, situadas á la misma distancia del ecuador que las islas de los Amigos, pero en el hemisferio norte, contienen habitantes de igual talla, pero menos bien constituidos. La estatura ordinaria entre ellos es de unos cinco piés tres pulgadas; tienen los músculos muy señalados, poca gordura, y las facciones toscas. Las mujeres son pequeñas y de talla desproporcionada; gruesas, pesadas y rechonchas; sus facciones son muy toscas (3). En aquellas islas, lo mismo que en algunas otras situadas mas cerca del ecuador, los caciques se distinguen sin embargo del resto de la poblacion por su talla mas alta y una constitucion mas robusta (4). La poblacion de aquellas islas parece que está mas propensa á las enfermedades cutaneas (5). Los habitantes de la isla Carlota, situados casi bajo la misma latitud que los de las islas de Sandwich, pero al

(1) La Perouse, *Viaje al rededor del mundo*, t. III, cap. XXVI, páj. 303.

(2) Bougainville, segunda parte, cap. III, t. II, páj. 51. —D'Entrecasteaux, t. I, cap. XIV, páj. 320. — Cook, *Primer Viaje*, lib. I, cap. XVII, t. II, páj. 537 y 538.

(3) La Perouse, t. IV, páj. 25.

(4) Cook, *Tercer Viaje*, lib. 15, cap. VII, t. VII, páj. 83.

(5) Broughton, *Viaje de descubrimientos*, t. I, lib. I, cap. IV, páj. 103.



otro lado del ecuador, son de mediana estatura, pero las mujeres están mejor formadas (1).

Los habitantes de la isla de Pascua, situados bajo los 27 grados 9 minutos de latitud austral, y por consiguiente siete grados mas distantes del ecuador que los de las islas de los Amigos, son inferiores de mucho á estos. Su estatura ordinaria es de unos cinco piés cuatro pulgadas; no se ve ninguno de seis piés seis pulgadas (seis piés ingleses), talla tan comun en las islas situadas entre los trópicos. El médico que acompañaba á La Perouse, les da una gordura regular; pero los viajeros ingleses, comparándolos con los hombres de la misma especie situados en las islas mas cercanas al ecuador, los hallan de constitucion endeble, con el cuerpo mas flaco y el rostro mas delgado que ninguno de los demás pueblos de aquellos mares (2).

Los habitantes de la Nueva Zelandia, situados entre los 35 y 45 grados de la misma latitud, y pertenecientes á la misma especie de hombres, no pasan de la estatura ordinaria de los Europeos. En jeneral, no son tan bien conformados, sobre todo de brazos, piernas y muslos; algunos tienen los músculos fuertes, y presentan robustas espaldas; pero son pocos los que tienen muchas carnes (3). No obstante en algunas partes están mejor constituidos, compitiendo con los Europeos mas robustos, sin semejarse á los moradores de las islas de los Navegantes (4).

(1) Wallis, *Relacion de un viaje hecho al rededor del mundo*, cap. IV, t. II, páj. 102 de la coleccion de Hawkesworth.

(2) Rollin, *Viaje de La Perouse*, t. IV, páj. 19 y 20. — Forster, *Segundo Viaje de Cook*, t. II y III, páj. 90, 91 y 141.

(3) Cook, *Tercer Viaje*, lib. I, cap. VIII, t. I, páj. 319 y 321.

(4) Cook, *Primer Viaje*, lib. II, cap. X, t. III, páj. 311 y 313. —En una lucha á la inglesa entre un marinero de Cook, y un indijena, ganó el primero; pero esta ventaja debe quizás atribuirse tanto á la astucia como á la fuerza. — Cook, *Segundo Viaje*, t. I, cap. VIII, páj. 424 y 425.

Así, los hombres que en el Grande Océano, están situados mas cerca del ecuador, son los mas altos, los mejor constituidos, los mas robustos, en una palabra, los mas bellos; y conforme se avanza hácia el uno ú el otro polo, échase de ver que los hombres dejeneran. No es posible seguir la gradacion en el Océano como en el continente americano; las innumerables islas que cubren una parte de aquellos mares, están casi todas situadas entre los trópicos. Para proseguir nuestras observaciones, hay que pasar por alto, por la parte del sur, un intervalo de cerca de trece grados, y otro de cerca de cuarenta por la parte del norte. Por la parte de este, debemos pasar de las islas de Sandwich á las Aleutias, en el mar de Kamtchatká; y por la parte de aquel, desde las islas de Pascua á la Nueva Zelandia, y á la estremidad del Sur de la Nueva Holanda. Si grande es la diferencia de un clima á otro, no es menor la que media entre las poblaciones; en la escala de las proporciones de las fuerzas humanas, hay tanta distancia de los indíjenas de Puerto-Jackson, ó de la tierra de Van Diemen, á los indíjenas de las islas de los Navegantes, como, en la escala de las distancias, desde el ecuador á la estremidad austral de la Nueva Holanda. Hay que advertir sin embargo que los hombres de esta última rejion pertenecen á una especie diferente.

Los indíjenas de la tierra de Van Diemen, situados entre los 41 y 42 grados de latitud austral, son de una estatura mediana que varia entre cinco piés dos pulgadas y cinco piés con cuatro. Tienen, como los habitantes de la Tierra de Fuego, las espaldas y el pecho anchos, y á la par de ellos, delgadas y endebles las estremidades, el vientre grueso, salido y como aglobado. Tienen los brazos y las piernas tan delgadas, que se pasmaban al ver los de los individuos de la tripulacion francesa. La endeblez de sus



miembros corresponde á su mala constitucion; cuando querian luchar con marineros ú oficiales de la marina francesa, quedaban siempre vencidos (1). Tienen las muñecas tan endebles como los lomos; en los esperimentos que en ellos se hicieron con el dinamómetro, los mejor constituidos fueron inferiores de mucho á los Franceses estenuados por un largo viaje (2).

Los indíjenas de la Nueva Holanda, aunque un poco mas cercanos al ecuador que los de la tierra de Van Diemen, no están mejor constituidos ni son mas robustos. Su estatura es casi la misma; pero tienen el tronco menos desarrollado (3), y los miembros de una pequeñez estraordinaria (4). Los esperimentos hechos en ellos con el dinamómetro, han dado iguales resultados, demostrando que son sumamente endebles, no solo en comparacion con los moradores de las islas de los Navegantes, sino tambien respecto de los Europeos (5). Las mujeres están todavía peor constituidas que los hombres; tienen las formas flacas y descarnadas, la garganta floja y colgante hasta los muslos, aumentando la falta de limpieza su natural fealdad (6).

(1) Cook, *Tercer Viaje*, lib. I, cap. VI, t. I, páj. 198, 234 y 236. — D'entrecasteaux, *Voyage á la recherche de La Perouse*, t. I, cap. II, páj. 240. — Peron, *Viaje de descubrimientos á las tierras australes*, t. I, lib. III, cap. XIII, páj. 280 y 281.

(2) Peron, *Viaje de descubrimientos á las tierras australes*, t. I, lib. III, cap. XIII y XX, páj. 280, 281, 286 y 449.

(3) *Ibid.*, lib. III, cap. XX, páj. 450.

(4) Cook, *Primer Viaje*, lib. III, cap. IV, t. IV, páj, 48 y 49. — L. Freycinet, *Viaje de descubrimientos á las tierras australes*, lib. II, cap. IX, páj. 292.

(5) Peron, *Viaje de descubrimientos á las tierras australes*, t. I, lib. III, cap. XX, páj. 451.

(6) Peron, lib. II, cap. V, páj. 81.

Los pueblos de la misma raza, que habitan la Nueva-Guinea, y que por consiguiente se hallan mucho mas cerca del ecuador, son de un negro brillante, robustos, y de alta estatura; tienen los ojos rasgados y la boca muy hundida (1).

Nada diré aquí de las tribus que habitan las islas Aleutias, y que pertenecen á la raza mogola ó asiática; pero hablaré de ellas en el capítulo siguiente, y se verá que allí los climas frios no son mas propicios que en otra parte á los medros de las fuerzas humanas.

En las islas del Grande Océano, lo mismo que en América, se echan de ver muchas especies de hombres, y bajo la misma latitud se encuentran algunos que no ofrecen entre sí la menor semejanza. Así los habitantes de las Nuevas Hébridas, situadas á corta distancia de las islas de los Navegantes, bajo la misma latitud que los moradores de las islas de los Amigos, pero pertenecientes á una especie distinta, son infinitamente mas pequeños. Su estatura alcanza apenas cinco piés; sus miembros son jeneralmente desproporcionados; tienen los brazos y las piernas largas y delgadas; son negros y tienen las facciones y los cabellos lanudos de los negros (2). Los habitantes de la Nueva Caledonia, situados bajo la misma latitud que los de las islas de la Sociedad, tienen el cuerpo endeble, los brazos y las piernas delgadas. Su escesiva postracion descubre á la legua su miseria; parécense á los habitantes de la tierra de Van Diemen (3). Los naturales de Mallícollo son todavía mucho mas pequeños; tienen la tez

(1) Forrest, citado por Malte-Brun, *Précis de Géographie universelle*, t. IV, lib. LXVIII, páj 380.

(2) Cook, *Segundo Viaje*, t. IV, cap. III, páj. 97.

(3) Dentrecasteaux, *Voyage á la recherche de la Perouse*, t. I, cap. XXV, páj. 330.



bronceada, el pelo lanudo de los negros y el hocico de los monos: los que se aprietan el cuerpo con una cuerda, se asemejan á las hormigas gruesas (1). Bajo diversas latitudes se han observado otras variedades, sin que se hayan podido atribuir á la diversidad de los climas las diferencias que se han notado entre ellas (2). Pero estas son escepciones, y es de advertir que cuando al lado de tribus robustas y bien constituidas, se encuentra alguna endeble, pertenece siempre á una especie distinta, es menos industriosa y habita una tierra menos fértil; de suerte que si el mayor ó menor calor del clima ejerce algun influjo en la constitucion física de los hombres, es inapreciable ó imperceptible (3). En el capítulo siguiente verémos cuales son los puntos de Asia, Africa y Europa donde mejor se han desarrollado las facultades físicas de los hombres que habitan aquellas rejiones; y en seguida tratarémos de determinar las causas y los efectos de tal desarrollo.

(1) Cook. *Segundo Viaje*, t IV. cap. III, páj. 97 y 128.

(2) *Ibid.*, cap. VI, páj. 356. — Bougainville, *Viaje al rededor del mundo*, segunda parte, cap. IV, t. II, páj. 90, y cap. V, páj. 114. — D'Entrecasteaux, *Voyage á la recherche du la Perouse*, t. I. cap. XIX, páj. 414. — Dampier, *Nuevo Viaje al rededor del mundo*, t. II, cap. XII y XVI, páj. 3, 141 y 146.

(3) D'Entrecasteaux, *Voyage á la recherche de La Perouse*, t. I, cap. XV, p. 330. — Labillardière, t. II, cap. XIII, páj. 210. — Cook, Segundo Viaje. t. V, cap. I, páj. 1, 2 y 4.

## CAPITULO X.

*Desarrollo físico adquirido bajo diferentes grados de latitud, en Asia, Africa y Europa, por pueblos de diversas especies.*

Los viajeros han hecho sobre los pueblos que habitan la costa oriental del Asia é islas contiguas, observaciones análogas á las hechas en la costa é islas occidentales de América. Los Kamtchadales, que viven entre los 50 y 60 grados de latitud norte, y bajo un clima infinitamente mas riguroso que el de las rejiones de Europa situadas bajo la misma latitud, son pequeños y endebles. Segun La Perouse, estos pueblos, asi como los Lapones y los Samojedos, son al jénero humano lo que sus abetos y abedules desmedrados á los árboles de los bosques mas meridionales (1). Sus vecinos, que viven en la costa, entre los 45 y 52 grados, son mal constituidos como ellos. Su estatura media no llega á cuatro piés y diez pulgadas; tienen el cuerpo delgado, la voz débil y aguda como los niños (2). El médico que acompañaba la espedicion de La Perouse, asegu-

(1) La Perouse, *Viaje al rededor del mundo*, t. III, cap. XX, páj. 127 y 128.

(2) *Ibid.*, cap. XIX, páj. 104 y 105.

ra que son los hombres mas feos y miserables que vió jamás (1).

Los habitantes ds la isla Tchoka ó Sakhalien, que solo están separados de ellos por un canal de tres ó cuatro leguas, que viven por consiguiente bajo la misma latitud, y siguen el mismo réjimen dietético, son jeneralmente bien formados, de constitucion robusta y fisonomía agradable. La estatura mas comun es entre ellos de cinco piés, y la mas alta de cinco piés y cuatro pulgadas; pero los hombres de esta última estatura son escasos. Estos isleños difieren en tales términos de los que habitan la costa continental vecina, que La Perouse ha dudado si pertenecian á la misma especie, y si eran de oríjen asiático. Es verdad, añade, que el frio de las islas es menos riguroso en la misma latitud que el del continente: pero esta sola causa no puede haber producido una diferencia tan notable (2).

Los Japoneses, mas cercanos al Mediodia, son en jeneral de mediana estatura y bien formados. Son sin embargo de constitucion menos robusta que muchos de los habitantes de Europa, y rara vez se encuentra uno de muchas carnes.

Los Chinos, que habitan un clima templado, tienen casi la misma estatura que la mayor parte de los Europeos. Los pueblos de la misma especie que ellos, que habitan los climas frios de Asia, son mucho mas pequeños. Es raro encontrar entre ellos hombres cuya estatura pase de cinco piés y dos pulgadas (3).

(1) La Perouse, *Viaje al rededor del mundo*, t. IV, páj. 98 y 99.—Krusenstern, *Viaje al rededor del mundo*, t. II, cap. XV, páj. 80.

(2) La Perouse, t. III, cap. XVIII, XX y XXI, páj. 75, 125, 127, 128, 156, y t. IV, páj. 90 y 91.

(3) Mac-Leod, *Viaje del Alcestes*, páj. 110. —Macartney, *Viaje á China y Tartaria*, t. III, cap. IV, páj. 257.



Los Persas, que pertenecen á la misma raza que los Chinos, se asemejan á ellos los mas; pero en muchas familias, la especie se ha mejorado en gran parte por su cruzamiento con la raza caucásica, aunque viven en un clima mas cálido que los Chinos.

«La sangre de Persia, dice Chardino, es naturalmente tosca. Así se ve en los Güebros, que son los restos de los antiguos Persas. Son feos, contrahechos, pesados, de piel áspera y tez colorada. Otro tanto se ve en las provincias mas cercanas á la India, en donde los habitantes son poco menos contrahechos que los Güebros, porque solo se enlazan entre sí. Pero en lo restante del reino, la sangre persa se ha vuelto en la actualidad muy hermosa, por la mezcla de la sangre jeorjiana y circasiana, que es sin duda el pueblo donde la naturaleza forma las personas mas bellas, y un pueblo esforzado y valiente, á la par que vivo y obsequioso. A no ser la mezcla de que acabo de hablar, las personas de jerarquía de Persia serian las mas feas del mundo, pues son oriundas de aquellos paises, entre el mar Caspio y la China, apellidados la Tartaria, cuyos habitantes, los mas feos del Asia, son pequeños y gruesos, tienen los ojos y la nariz á lo chino, los rostros aplanados y anchos, y la tez, entre amarilla y negra, muy desagradable (1).»

Esta constitucion peculiar de la especie mogola, y que se observa en los paises mas frios así como en los mas cálidos, ha sido modificada pues por la mezcla de las especies; el calor del clima no ha hecho dejenerar á los descendientes de las Circasianas.

Los habitantes de la pequeña Bukharia, al norte de las montañas del pequeño Tibet, no llegan de mucho á la es-

(1) Chardino, *Viaje á Persia*, t. III, cap. II, páj. 403 y 404.

tatura ordinaria. «He observado mucho á esos pequeños Tártaros en Persia y en las Indias, en diversos lugares y distintas veces, dice Chardino. Su talla es comunmente cuatro pulgadas mas corta que la nuestra, y á proporcion mas gruesa; su tez es roja y morena; sus rostros son anchos y cuadrados; tienen la nariz aplastada y los ojos pequeños (1).»

Los hombres de la misma especie que habitan en las orillas de los rios del mar Glacial son jeneralmente de talla inferior á la mediana, de tez pálida y amarilla, y están faltos de fuerza y vigor. Un Ruso puede luchar ventajosamente contra muchos de ellos, aunque sean de su misma edad y estatura (2).

Los Arabes no pertenecen á la raza mogola. Su constitucion física varia, no segun el mayor ó menor calor del clima, sino segun la abundancia ó escasez de alimentos, y segun el afan que cuesta adquirirlos. En jeneral, los Beduinos son pequeños, flacos y morenos; la talla comun es de cinco piés dos pulgadas; tienen las piernas descarnadas, sin pantorrillas, y el vientre pegado al dorso. Los que viven en la frontera de los paises cultivados, están mejor constituidos que los que viven en el Desierto; y los labradores están todavía mejor constituidos que los que viven en sus fronteras. Finalmente, los jeques y sus criados, es decir, los que logran mayor cantidad de alimentos, son mas altos, y tienen mas carnes que el pueblo. Su estatura es por lo jeneral de cinco piés seis pulgadas. Esto debe atribuirse, dice Volney, á la nutricion, que es mas abundante para la primera clase que para la ínfima

(1) *Viaje á Persia*, t. VIII, páj. 177.

(2) Fischer y Georgi, citados por Malte Brun, *Precis de Géographie universelle*, t. III, lib. LIX, páj. 372 y 380.



(1). Así, aunque los Arabes habitan un clima mucho mas cálido que los Chinos y Persas, alcanzan mayor estatura, mientras no padezcan una privacion habitual de alimentos.

¿No están los pueblos de Africa sujetos á la misma ley que los pueblos de las rejiones que ya hemos recorrido? ¿Los que habitan la estremidad austral y la septentrional de aquel continente, son mas altos y robustos que los que habitan entre los trópicos? El Cabo de Buena Esperanza, entre los 30 y 35 grados de latitud austral, está habitado por dos pueblos diferentes, sin contar los colonos; por los Hotentotes y los Bosjesmanes. Segun Kolbe, estos no son mas que Hotentotes desterrados de las tribus por sus delitos, ó que se han refujiado voluntariamente á los montes, para llevar en ellos una vida mas independiente (2). Pero otros viajeros mas instruidos, y sobre todo mas atinados observadores, han visto en los Bosjesmanes un pueblo tan distinto de los demás, que han creido formaba una especie particular. Estos hombres viven en montes inaccesibles, en las concavidades de los peñascos, y por consiguiente en una temperatura mucho mas fria que la de las llanuras ó valles habitados por los Hotentotes. Su estatura es tan corta, que la de los hombres pasa rara vez de cuatro piés (3); su constitucion física es aun mas desmedrada que su estatura. «No sin admiracion, dice

(1) Volney, *Viaje á Siria y Ejipto*, t. I, cap. XXIII, páj. 357, 358 y 459. — Niebuhr, *Descripcion de Arabia*, páj 45.

(2) Kolbe, *Descripcion del Cabo de Buena Esperanza*, t. I, cap. IX, páj. 133.

(3) Peron, *Viaje de descubrimientos á las tierras australes*, t. II, lib. IV, cap. XXXIII, páj. 308 y 309. — El juicio que hace Barrow de los Bosjesmanes ó bosjesmen es igual al de Peron. Sparrman, t. I, cap. V, páj. 63. — Levaillant, *Segundo Viaje*, t. III, páj. 165, 166 y 181.

Sparrman, ví por primera vez un jóven Bosje en Lange-Kloof; su rostro, sus brazos, sus piernas y todo su cuerpo, eran tan flacos y estenuados, que á primera vista estuve por creer que alguna calentura epidémica le habia reducido á tan lastimoso estado; mas á los pocos instantes, le ví correr con la velocidad de una ave (1). »

Los Hotentotes, segun Dampier, son de talla mediana; su cuerpo es endeble, y los miembros pequeños (2). Sparrman no creyó que fuesen, en cuanto á la estatura, inferiores á la mayor parte de los Europeos; pero le parecieron mucho mas delgados (3). Los Kabobiqueses y los Koraqueses, de la misma especie que los Hotentotes, pero mas avanzados hácia el ecuador, son mucho mas altos y robustos que ellos. Los Kabobiqueses, otra tribu de la misma raza, son tan altos como los Cafres, llevando á los Hotentotes de mediana estatura toda la estension de la cabeza (4).

Los Cafres, que están algunos grados mas cerca del ecuador que los Hotentotes, son muy superiores á estos últimos. Su estatura es mas alta, están mejor conformados y son mas robustos: son fuertes y bien proporcionados (5), mas fieros, mas atrevidos, y sus facciones son mas agradables. Mujer cafre hay, dice Levaillant, que puede pasar por muy bonita al lado de una Europea (6).

(1) Sparrman, t. I, cap. V, páj. 64 y 65.

(2) Dampier, *Nuevo Viaje al rededor del mundo*, t. II, cap. XX, páj. 213.

(3) Sparrman, *Viaje al Cabo de Buena Esperanza*, t. I, cap. V, páj. 236 y 238.

(4) Levaillant, *Segundo Viaje al interior del Africa*, t. III, p. 87 y 88.

(5) Thunbergo, *Viaje al Africa*, cap. III, páj. 117. — Barrow, *Nuevo Viaje á la parte meridional del Africa*, t. I, cap. I, páj. 152.

(6) Levaillant, *Primer Viaje al interior del Africa*, t. II, páj. 250 y 251.



Estos pueblos son, en sentir de Barrow, el tronco primitivo de los Arabes Beduinos (1).

Desde Mozambique hasta Melinda, es decir, desde los 15 hasta los 33 grados de latitud austral, la costa oriental de Africa está habitada por los Makuas ó Makuanas, y por otras tribus mas numerosas y prepotentes que los Cafres. Estos pueblos son muy robustos y de formas atléticas. Hiciéronse temibles á los Portugueses establecidos en la misma costa, y les obligaron á retirarse (2). Los pueblos mas cercanos al ecuador, en aquella costa, son pues los mas altos, los mejor constituidos y los mas robustos (3).

Los indíjenas del Congo, situados bajo la misma latitud, en la costa occidental, son jeneralmente hermosos. Son muy negros, pero tienen lindas facciones; sus dientes en particular son hermosísimos (4).

Los negros del Senegal, situados entre los 10 y 20 grados de latitud norte, son fuertes y bien constituidos. Las mujeres son tan bien conformadas como los hombres, lo

(1) Barrow, *Nuevo Viaje á la parte meridional del Africa*, t. II, páj. 250 y 251.

Barrow, despues de haber dicho que los Cafres tienen la mas hermosa estampa que jamás haya visto, añade que un jóven de veinte años, de seis piés y seis pulgadas (inglesas) de alto, tenia la figura mas hermosa que se puede creer. Era, dice, un Hércules perfecto, y una estatua modelada sobre su cuerpo no hubiera estado fuera de su lugar en el pedestal de aquella divinidad en el palacio Farnesio. *Ibid.*

(2) Salt, *Viaje á Abisinia*, t. I, cap. I, páj. 46, 47 y 48.

(3) Los pueblos de estas costas son jeneralmente poco conocidos; los mas son una mezcla de diversas especies ó variedades. Véase Malte-Brun, *Précis de la Géographie universelle*, t. V, lib. CXIII, páj. 94 y 108.

(4) De Granpré, t. II, páj. 13.

que es muy raro en los pueblos no civilizados. Tienen el cútis hermoso y suave, los ojos negros y rasgados, la boca y los labios pequeños, y todas las facciones bien proporcionadas. Las hay muy lindas; son vivas, despejadas y graciosas (1).

Finalmente, los Asantos, situados entre los 5 y 10 grados de latitud norte, forman al parecer la nacion mas numerosa y pujante de aquellos climas. En las guerras sostenidas contra los Ingleses, han alcanzado victorias señaladas, por mas que las tropas contrarias lograsen sobre ellos la prepotencia de las armas y de la táctica. Sus triunfos fueron tales, que muchos Ingleses se quejaron de que su gobierno no orillase el intento de formar establecimientos en aquella costa, y esto que no tenia entonces la Gran Bretaña otra guerra que sostener.

Los pueblos de la costa septentrional de Africa, clasificados entre los que pertenecen á la raza caucásica, no son mas pequeños ni mas endebles, ni mas inactivos que los Sicilianos, los Napolitanos, y los Españoles, que están mucho mas adelantados hácia el norte. Los grados de calor que habitualmente esperimentan estos pueblos, no deben únicamente apreciarse por los grados de latitud á que se hallan unos y otros, sino en particular por la posicion de cada pais. Los vientos del Este y del Sur llegan á España, á Sicilia y á Italia, refrescados por el Mediterráneo, al paso que no llegan á ciertos puntos de la costa septentrional de Africa, hasta despues de calentados por los ardientes arenales del Desierto. ¿No debiéramos inferir de estas circunstancias (si el calor del clima fuese causal de postracion y cobardía) que los habitantes de Tunez y de Marruecos son tributarios de los reyes de Nápoles y de Sicilia?

(1) *Historia natural del Senegal*, páj. 21 y 22.



Algunos viajeros y fisiólogos han observado, entre los habitantes de Ejipto, tres variedades de hombres: los Coptos, los Indios, y los individuos de raza berebera, pero nadie ha observado que el calor del clima hubiese constituido alguna de aquellas razas inferiores á lo que son bajo climas menos ardientes; allí, como en todas partes, los hombres son robustos ó endebles, segun abundan ó escasean los alimentos, segun se entregan á un ejercicio moderado ú á trabajos escesivos.

Si nos trasladamos ahora á Europa, arduo nos será encontrar naciones á las cuales algunos grados mas ó menos de calor hayan dado una constitucion física mas ó menos viciosa. No hay nacion alguna, si esceptuamos la inglesa, que, en los quince primeros años de este siglo, no haya visto en su territorio numerosos ejércitos de casi todos los paises; y no se ha observado en ninguna parte que uno de ellos alcanzase superioridad física sobre los demás. Las tropas de preferencia de cada pueblo son tan hermosas como las de los pueblos vecinos; y los soldados tomados sin distincion de estatura son en todas partes iguales. Juzgando de la poblacion rusa por sus ejércitos, se puede creer que la clase mas hermosa es aquella de la cual se sacan los oficiales, siendo de advertir que es la clase en la cual menos se deja sentir el influjo del clima. Es la clase que posee los medios de sustraerse á los rigores del frio y á los estremos del calor, y que puede disfrutar á un tiempo de las ventajas que le proporciona su propio clima, y de las producciones de los climas del mediodia. Las clases obligadas á ceñirse á las producciones de su suelo, y mas sujetas á la accion directa de su clima, lejos de ser superiores á las clases correspondientes de los demás paises de Europa, les son inferiores de mucho. No cabe comparacion, por ejemplo, entre los campesinos

rusos y los habitantes mas pobres de Grecia, España ó Italia (1).

Puédense sin duda encontrar en algunos puntos del norte de Alemania, poblaciones de mas estatura que ciertas poblaciones de Francia, Italia ó España; pero tambien se encontrarian fácilmente, entre estas tres últimas naciones, poblaciones mas hermosas que muchas de las que se ven en el norte de Europa. En muchas provincias de Francia, en Normandía y en las llanuras y montañas de Auvernia, por ejemplo, se encontrarian hombres tan hermosos como en otra cualquier parte de Europa. Otro tanto se puede decir de algunas provincias de Italia y de España; el primero de estos dos paises contiene hombres descollantes por su bella constitucion (2).

Ya llevo advertido que Montesquieu habia sacado de Chardino su sistema sobre los efectos producidos por los climas cálidos. Hablando de los efectos producidos por los

(1) «La altura de los mayores Lapones, dice Regnard, no pasa de tres codos, y en mi vida he visto figuras mas ridículas. Tienen la cabeza abultada, la cara ancha y complanada, la nariz aplastada, los ojos pequeños, la boca ancha, y una barba pobladísima que les cae sobre el pecho. Todos sus miembros son proporcionados á la pequeñez de su cuerpo; sus piernas son delgadísimas, los brazos largos, y toda su maquinita parece movida por un resorte..... He aquí la descripcion de ese animalito llamado Lapon, pudiéndose decir que despues del mono, es el animal que mas se parece al hombre». *Viaje á Laponia*, t. I, p. 118, 119, edic. de 1823.

Puédese comparar esta descripcion de los pueblos que habitan mas allá de los 65° de latitud N., con la de los hombres que habitaban en otro tiempo la parte mas meridional de Europa, y que sirvieron de modelo á los escultores griegos para fraguar la imájen de sus dioses.

(2) Los fisiólogos ingleses son los que particularmente lo han notado. *W. Lawrence's Lectures on physiology, zoology, and the natural history of man, delivered at the royal college of Surgeons*, cap, IV, páj. 352 y 353.



climas frios, no ha hecho mas que espresar de un modo jeneral lo que dijeron César y Tácito de la talla y pujanza de los pueblos de Jermania. Nuestros soldados, dice César, preguntan á los Galos, quienes les cuentan «que los Jermanos son de enorme estatura, de increible valor, muy aguerridos, y de un aspecto tan feroz, que ni siquiera habian podido resistir sus miradas en los encuentros (1).» César refiere en otra parte que los Jermanos pasan toda su vida á la caza ó en ejercicios guerreros (2), y Montesquieu reduce tambien este hecho á sistema jeneral, así como redujo tambien el que le precede. En los paises del norte, dice, una máquina sana y bien constituida, pero pesada, se complace en todo cuanto puede ocupar el entendimiento, la caza, los viajes y la guerra (3). Montesquieu añade el vino; pero desde César acá se ha multiplicado mucho la vid.

Aun admitiendo que los Jermanos fuese un pueblo alto y fuerte, este hecho solo no bastaria para fundar un sistema sobre la estatura y fuerza de todos los pueblos del globo, y sobre todo para afirmar que la magnitud y fuerza del cuerpo son una consecuencia de la impresion del frio

(1) *Cæs. Bell. gall.* lib. I, cap. VIII.

Si los descendientes de los Galos hiciesen hoy la descripcion de los descendientes de los Jermanos, ensalzarian sin duda su valor; mas no harian de ellos un retrato espantoso. ¿Débese creer que los unos han dejenerado, y que los otros se han perfeccionado? ¿Hase vuelto mas cálido el clima de Alemania, ó se ha enfriado el de Francia? Es muy digno de notar que el mismo César hiciese acerca de los Galos una observacion análoga á la que hacian los Galos sobre los Jermanos. «Su talla aventajada, dice, hace despreciar á los Galos la pequeñez de la nuestra;» (*Ibid.*, cap. VII) de lo cual se pudiera inferir que los Romanos eran enanos, ó que los Jermanos eran jigantes.

(2) *Cæs. Bell. gall.*, lib. VI, cap. IV.

(3) *Esprit des lois*, lib. XIV, cap. II.

en los órganos : dos fenómenos, segun ya he demostrado, pueden existir simultáneamente en un mismo lugar, sin que con fundamento pueda decirse que el uno sea consecuencia del otro.

Un escritor bien conocido por su exactitud y por sus tareas de estadística, y que ha hecho sobre la Francia investigaciones parecidas á aquellas cuyos resultados acabo de dar, ha llegado á las mismas conclusiones. No puedo trascribir aquí los hechos particulares y los cálculos que ha publicado, pero hay que presentar á lo menos su resúmen.

Las partes de la Francia donde con menos afan se logra una alimentacion sana y abundante, moradas cómodas y buenos vestidos, suponiendo iguales todas las demás circunstancias, son aquellas donde los hombres aparecen mas altos y con desarrollo mas rápido.

En las altas montañas, los hombres son jeneralmente menos altos, y su crecimiento mas tardío que en las llanuras bajas; pero estas diferencias dependen mas bien de la pobreza que de la accion directa de un clima riguroso (1).

En los lugares donde se ven ricas y abundantes cosechas, árboles corpulentos, animales robustos y numerosos rebaños, los hombres alcanzan ordinariamente alta estatura; y al contrario, en aquellos donde escasean las cosechas, los árboles son raros y desmedrados, escasos los rebaños, los hombres son pequeños, y su desarrollo tardío.

Por fin, los lugares en los cuales alcanzan los hombres

(1) He manifestado en otra parte que jeneralmente los hombres que habitan las montañas mas altas de Francia están peor alimentados que los habitantes de los valles. *Traité de la Proprieté*, cap. XIV, t. I, páj. 221 y 224.



mayor talla, son tambien aquellos donde logran mas robustez, y hay menos enfermedades (1).

(1) *Annales d'Hygiéne publique et de Médecine légale. — Memoire sur la taille de l'homme en France*, por M. L. R. Villermè. Esta memoria se publicó en 1829.

## CAPITULO XI.

*Causas jenerales del desarrollo físico del hombre.*

De los hechos referidos en los dos capítulos anteriores, resulta que los hombres mas cercanos á los polos, ó situados en las montañas mas altas y frias, son en jeneral los menos numerosos, los mas endebles, los peor constituidos; que los hombres de estatura mediana habitan jeneralmente los paises templados; y que entre los trópicos, en las tierras mas fértiles, y en la atmósfera mas pura, se encuentran los hombres mas altos y robustos.

Es cierto que se encuentran algunas poblaciones endebles en paises cálidos ó templados; pero en ninguna de las estremidades del globo, ni en las montañas muy elevadas se encuentran hombres altos y fuertes, como no tengan medio de sustraerse á los rigores del clima, y proporcionarse los alimentos ó vestidos que no puede suministrarles el pais.

No hay que inferir de estos hechos que la accion directa del calor sobre el hombre baste para desarrollar sus órganos físicos, dándole mucha fuerza, y que cierto grado

de frio sea un obstáculo invencible para su desarrollo: este seria un sistema algo menos irracional que el contrario, pero no seria muy atinado.

El clima, ciñendo esta voz á su acepcion natural, tomándola por el grado de latitud, no indica el grado de frio ú de calor que hay en un pais determinado. En todas las partes del mundo se puede encontrar el frio de Siberia: basta llegar á cierto grado de elevacion. Partiendo del pié de los Alpes y elevándose hasta la cumbre, se pasa sucesivamente por todas las temperaturas. En América, partiendo del pié de las montañas y encumbrándose hasta cierta altura, se pasa de la zona tórrida á otra glacial, en el mismo grado de latitud. Las producciones del suelo cambian conforme nos vamos encumbrando; bajo la misma latitud, se encuentran las plantas que solo crecen en los paises ardientes, y las que, en nuestros climas, no crecen mas que en la cumbre de los Alpes (1).

(1) «En ninguna parte, dice Mr. A. de Humboldt, se conoce mejor el órden admirable con que las diferentes tribus de vejetales se siguen como por capas, unas encima de otras, subiendo desde el puerto de Veracruz hácia el páramo de Perota. Allí se ve cambiar á cada paso la fisonomia del pais, el aspecto del cielo, la traza de las plantas, la figura de los animales, las costumbres de los habitantes, y la clase de cultivos á que se dedican». *Ensayo político sobre Nuev España*, t. II, lib. III, cap. VIII. páj. 336.

El mismo sabio viajero dice en otra parte: «Estas consideraciones jenerales sobre la division física de Nueva España, ofrecen grande interés político. En Francia, y en muchas partes de Europa, el uso del territorio y las divisiones agrícolas dependen casi enteramente de la latitud jeográfica; en las rejiones equinocciales del Perú, en las de Nueva Granada y de Méjico, el clima, la naturaleza de las producciones, el aspecto, me atrevo á decirlo, la fisonomía del pais, están únicamente modificados por la elevacion del suelo sobre la superficie de los mares El influjo de la posicion jeográfica es nada



La elevacion del suelo no es la única circunstancia que influye en la temperatura atmosférica; una isla de corta estension, situada en medio del Océano, disfruta una temperatura mas apacible y menos desigual que la que se esperimenta, bajo el mismo grado de latitud, en un dilatado continente; los estíos son en ella menos ardientes; los inviernos menos rigurosos; la elevacion y cercanía de las montañas, la distancia ó proximidad del mar, ejercen tambien grandísimo influjo en la temperatura atmosférica.

Cuando se habla de un clima frio, no se entiende designar un pais que jamás esperimente los efectos bienhechores del sol; pues nada podria vivir en una tierra privada totalmente de calor. No habria en este caso vejetacion, ni animales, ni alimentos para el hombre.

Al hablar pues de los climas frios favorables al jénero humano, no se ha querido hablar sino de los paises donde se esperimenta frio y calor alternado, pero donde la du-

al lado del efecto de dicha elevacion. Las líneas ó zonas de cultivo parecidas á las que han trazado, sobre las proyecciones horizontales de Francia, Arthuro Young y Decandolle, no pueden indicarse sino sobre los perfiles de Nueva España.

«Bajo los 19 y 22 grados de latitud, el azúcar, el algodon, y sobre todo el cacao y el añil, no vejetan con lozanía sino hasta los 600 ú 800 metros de altura. El trigo de Europa ocupa una zona que, en el declive de los montes, empieza jeneralmente á 1400, y remata á los 3000 metros. El bananero (*musa parasidiaca*), planta bienhechora, que constituye la alimentacion principal de todos los habitantes de los trópicos, casi no da fruto pasados los 1550 metros. Las encinas de Méjico no vejetan mas que entre los 800 y 3100 metros. Los pinos no descienden hácia las costas de Veracruz sino hasta las 1850 metros; pero tampoco se elevan, cerca del límite de las nieves perpetuas, mas que hasta 4000 metros de altura».

*Ensayo político sobre Nueva España*, t. I, lib. I, cap. III, páj. 290 y 291.

racion del frio escede á la del calor : el Kamstchatká, por ejemplo, tiene cerca de nueve meses de invierno y unos tres de verano; aquel es un pais frio. Un pais templado es aquel donde el tiempo de la vejetacion dura casi tanto como el en que descansa la naturaleza; tal es una gran parte de Europa. Finalmente, un pais cálido es aquel donde la naturaleza no descansa; donde la vejetacion está en incesante ejercicio.

¿Cuál de estos tres paises es pues el mas propicio á los medros del jénero humano? Es claro que el hombre no pudiera vivir en los paises que hemos llamado frios, si en la buena estacion no acopiase abastos para el invierno, y si, cuando llegan los frios rigurosos, no poseyese ningun medio artificial para proporcionarse calor. Los Kamtchadales, antes que los Rusos les hubiesen enseñado á construir chozas menos malas, pasaban el invierno debajo tierra, y allí se alimentaban de pescado seco. No se conservaban en medio de la intemperie de su clima, sino sustrayéndose á él, formándose debajo tierra, si así puede decirse, un clima templado. Si los abastos que habian reunido por medio de la pesca eran insuficientes, los suplian tendiendo lazos á los animales; pero estos serian muy escasos, supuesto que no habian de encontrar medios de subsistencia.

En los paises templados, donde los pueblos no han progresado en la civilizacion, como eran no ha mucho varias rejiones de América, el número de la poblacion está siempre reducido á lo que puede mantener el pais durante el invierno; pero aquí las subsistencias son menos escasas y de mejor calidad que en los paises que solo tienen tres meses de vejetacion. No hay duda que el hombre no puede alimentarse de las plantas que empiezan á brotar desde la primavera y que se conservan durante el invierno, hasta debajo la nieve; pero otros animales se sustentan con ellas, y á él le sirven aquellos de alimento. Siendo la estacion menos rigurosa, no tiene que estar encerrado tanto tiempo; puede dedicarse con mas facilidad á la caza y á la pesca; los lagos y los rios están helados por menos tiempo, y el hielo es mas quebradizo. Por último, durante la buena estacion, la tierra puede suministrarle por mas largo tiempo mayor cantidad de vejetales. Esto nos esplica el porqué, partiendo de la estremidad septentrional de América, y adelantando hácia el ecuador hasta la Luisiana, se encuentran hombres siempre mas numerosos y mejor constituidos.



Un pais cálido, donde la vejetacion está en actividad incesante, ofrece á la poblacion todos los recursos de la caza y de la pesca, y estos recursos son los mismos casi durante todo el curso del año. Ofrece además producciones vejetales que se renuevan de continuo, y que proporcionan, así al hombre, como á los animales de que se nutre, alimentos, sino copiosos, repartidos á lo menos con mayor igualdad durante las diversas estaciones. La prevision, que consiste en repartir por todo el curso del año los productos de algunos meses, es aquí menos necesaria al hombre : la misma naturaleza se ha encargado de la distribucion. Dícese que los Caribes ó Caraibes son los salvajes mas impróvidos; y la razon es obvia, porque la tierra y las aguas sobre las cuales viven, les han dispensado en cierto modo de la prevision. Si á las ventajas de una temperatura caliente y casi siempre igual, se juntan las de una tierra fértil, la abundancia de vejetales y animales propios para la subsistencia del hombre, esposicion feliz, y un ejercicio moderado, la constitucion humana adquirirá todos los medros y pujanza de que es capaz. Entonces se encontrarán, como en medio del

Grande-Océano, en el centro de América y en algunos puntos del Africa, hombres de bellísimas formas y de estatura colosal (1).

Pero un calor igual y continuado no basta para desarrollar la constitucion física de los hombres. Si un sol ardoroso no calienta mas que una tierra desnuda y árida, como los páramos de Asia y América; si solo desarrolla en ella algunas plantas escasas y poco sustanciosas, unas cuantas gramíneas que la sequía reduce á polvo; si la aridez acosa al viajero fatigado, podrán ciertamente verse en ella algunas tribus, como las de los desiertos de Arabia; pero serán poblaciones diferentes: los hombres se mantendrán en ellas sanos como el ambiente que respiran, pequeños y secos como las plantas de que se nutren sus camellos.

Hasta en nuestros paises medio civilizados, la constitucion física de los hombres varia con las circunstancias en que se encuentran; varia con la educacion que reciben, con el arte que profesan, con los ejercicios á que se dedican, con la calidad del ambiente que respiran, con las aguas que beben, con los alimentos de que se nutren; el grado de latitud en que se hallan es por lo jeneral la circunstancia menos influyente en ellos. La civiliza-

(1) «La naturaleza, dice Raynal, habia cuidado de la felicidad de los Malayos: un clima apacible, sano y refrescado por los vientos y las aguas; bajo el cielo de la zona tórrida, una tierra pródiga en frutos deliciosos, que pudieran bastar para el hombre salvaje, dispuesta al cultivo de todas las producciones necesarias á la sociedad; bosques de eterno verdor; flores nacientes al lado de las que se marchitan; un aire balsámico; olores vivos y suaves que se exhalan de todas las plantas de una tierra aromática, encienden el ardor del deleite en todos los seres que respiran la vida». *Historia filosófica de las dos Indias*, t. I, lib. I, páj. 172.



cion y el comercio, si es lícito decirlo así, sitúan bajo un mismo clima á todos los hombres que gozan de mediana fortuna; todos logran alimentos y bebidas de igual naturaleza; todos saben adecuar sus vestidos y moradas al grado de frio del pais que habitan. La temperatura de un habitante de Rusia, en medio del invierno, es quizás mas elevada que la de un habitante de Francia en la misma estacion. Los hombres del mediodia que viajan por el norte durante el invierno, hallan ordinariamente las viviendas demasiado calientes. Es cierto que los habitantes de los paises cálidos no pueden sustraerse á la accion del calor con la misma facilidad que los habitantes de los paises frios á la intemperie; pero ya hemos visto con repetidos ejemplos que el calor dista mucho de contrariar los medros físicos del hombre.

Los paises mas favorables al desarrollo de los órganos físicos del hombre son pues aquellos que suministran con menos trabajo alimentos abundantes y de buena calidad; aquellos donde se respira un ambiente saludable, y que están en toda estacion bañados por aguas siempre puras; aquellos donde no se esperimentan fuertes ni repentinas transiciones de temperatura; aquellos por fin donde los hombres pueden dedicarse á ejercicios moderados, y disfrutar con seguridad de todos los beneficios de la naturaleza.

Mas no todas las especies de hombres parecen capaces de adquirir los propios medros físicos; los individuos mas altos y mejor constituidos de la especie mogola son inferiores, por lo que toca á la robustez y á la talla, á los hombres mejor constituidos de la especie malaya; y no parece que todas las variedades de la especie caucásica puedan adquirir los mismos medros que algunas de las variedades de la especie cobriza: sin embargo la fuerza

muscular y la estatura son otras de las prendas mas sujetas á variacion.

He deslindado anteriormente dos jéneros de perfeccion de nuestros órganos físicos: uno que consiste en la bondad de su constitucion, y otro en la facultad que les dan el estudio y el ejercicio para desempeñar ciertas funciones ó ejecutar ciertas tareas. No hemos hablado mas que de la primera perfeccion, por ser el resultado inmediato de las causas esternas que obran sobre el hombre; y estando el segundo subordinado en gran parte á los medros de las facultades intelectuales, hablaré de él cuando haya espuesto las circunstancias que favorecen ó atajan el desarrollo de la intelijencia humana.

Heme ceñido en este capítulo á indicar las causas jenerales que impelen ó atajan la primera de aquellas dos especies de perfeccion: daré á conocer sus causas especiales al tratar de las relaciones que existen entre los pueblos, y de las circunstancias físicas en medio de las cuales los colocó naturaleza.

---

## CAPITULO XII.

*Medros intelectuales adquiridos en América, bajo diferentes grados de latitud, por los pueblos de especie cobriza.*

Si se quiere determinar con alguna exactitud el influjo que en los hombres ejercen las circunstancias físicas que les rodean, no hay que comparar entre sí naciones que pertenezcan á especies diferentes; sino que es menester parangonar pueblos de una misma especie, pero que no se hallen en posicion igual, observando primero las diferencias que median entre unos y otros, y averiguando en seguida si corresponden á las diferencias de los lugares en que se hallan colocados.

El continente americano, por ejemplo, contiene hoy pueblos que pertenecen á especies diferentes; mas si se quiere saber cuál ha sido en aquel continente el influjo de los lugares y del clima, no debemos cotejar los pueblos cobrizos del Canadá con los descendientes de los Españoles establecidos en la América meridional, ó los Angloamericanos de Nueva York, con los salvajes del emboca-

dero del Orinoco; es menester examinar cuál era el estado de las naciones solariegas á la llegada de los Europeos.

Cuando los Españoles conquistaron una gran parte de aquel continente, únicamente dos pueblos habian hecho ya algun progreso en la civilizacion; ambos estaban situados entre los trópicos, y la capital del mas civilizado se hallaba debajo del ecuador. Es verdad que la elevacion del suelo templaba allí el ardor del sol; pero sin embargo es imposible no clasificar entre los paises cálidos rejiones donde la naturaleza jamás descansa, y cuya temperatura es bastante elevada para producir la banana, el azúcar, el algodon, el cacao y el añil. Si los paises situados entre los trópicos, donde crecen plantas que no pueden producir las partes mas meridionales de Europa, no fuesen paises cálidos, arduo seria determinar lo que se entiende por las palabras frio y calor.

Si se coteja el estado de civilizacion á que habian llegado los pueblos del centro de América á fines del siglo quince, con el estado en que se encuentran hoy los pueblos europeos mas civilizados, se verá sin disputa que los primeros no habian hecho grandes progresos; mas si se comparan los pueblos de ambos continentes en las mismas épocas; si se atiende además que los Europeos del siglo quince habian recojido, por medio de los Griegos y Romanos, los inventos y las producciones de los pueblos mas antiguamente civilizados de Africa y Asia; que desde una época imposible de asignar, y que remonta mucho mas allá de tres mil años, poseian el hierro y sabian trabajarlo; que tenian, mas que los Americanos, un sinnúmero de animales domésticos, como el caballo, el buey y otros; que contaban con los granos en que se funda la subsistencia de una gran parte del linaje humano, mientras que los Americanos no tenian sino el maiz; si se atienden, digo,



todas estas circunstancias, y los progresos que han hecho los Europeos de tres siglos á esta parte, se verá que el clima de la zona tórrida no habia sido menos propicio al desarrollo de las facultades intelectuales de la especie americana, que el clima del norte á los medros intelectuales de la poblacion rusa, sumida entonces en rematada barbarie, y desconocida de las naciones mas ilustradas de la tierra.

No olvidemos empero que se trata de comparar pueblos de una misma especie, situados bajo diferentes zonas, y no pueblos pertenecientes á razas distintas. ¿Cuál era pues la civilizacion de los habitantes de Méjico, de Nueva Granada, del Perú y de las riberas del Misisipi, cuando fueron conquistados por los Españoles? La destruccion de la parte ilustrada de aquellos dos pueblos fué tan completa, que es imposible saber hoy de una manera exacta en qué consistian sus conocimientos. Los descendientes de los que se salvaron de la destruccion, ni siquiera tradicionalmente saben cuales fueron las artes, el gobierno y la relijion de sus antepasados. Son tan ignorantes sobre el particular, dice Mr. de Humboldt, como lo serian dentro de tres siglos los biznietos de nuestros labradores mas pobres y menos instruidos, si fuesen reducidos á la esclavitud, y alguna gran catástrofe barriese toda la parte ilustrada de la poblacion, anonadando todas las obras que forman el depósito de nuestros conocimientos (1). Para conocer pues el desarrollo intelectual á que habian llegado los Americanos, solo quedan los monumentos que nos han dejado, y los sospechosos testimonios de sus conquistas.

(1) Alejandro de Humboldt, *Viaje á las rejiones equinocciales*, lib. II, cap. V, tom. II, páj. 377 y 378; y t. III, lib. III, cap. IX, páj. 259 y 260.

En la época de la conquista, ó, por mejor decir, de la destruccion de los pueblos de Méjico y del Perú, estos se hallaban muy adelantados en las artes y en algunas ciencias. Tenian ciudades populosas, carreteras, y acueductos; poseian algunos conocimientos de aritmética y hasta de astronomía. Sabian el arte de fundir y separar los metales, el de dar al cobre el temple del metal mas duro, convirtiéndolo en instrumentos ó en armas; el de cortar las piedras preciosas; el de hilar y tejer el algodon y la lana, el de fundir estatuas de oro y plata. Por último, estaban tan adelantados, en órden á la ciencia del gobierno, como entonces y aun hoy muchos pueblos de Europa (1).

Existen todavía en el Perú y en Méjico notables vestijios de la antigua civilizacion. En la parte marítima del Perú, Mr. de Humboldt ha visto residuos de paredes sobre las cuales era conducida el agua por un espacio de cinco á seis mil metros, desde el pié de la cordillera hasta las costas. Los conquistadores del siglo XVI destruyeron aquellos acueductos, y aquella parte del Perú se ha convertido, como la Persia, en un desierto privado de vejetacion. He aquí la civilizacion que llevaron los Europeos á unos pueblos que se han complacido en llamar bárbaros (2). El páramo de la Puebla ofrece igualmente vestijios de la mas antigua civilizacion mejicana (3).

La poblacion mas numerosa y civilizada de América, despues de la de Méjico y del Perú, era la situada entre las dos. Los habitantes de Bogotá, en Nueva Granada, sub-

(1) Robertson's *History of America*. Cook, VII. Véanse tambien las *Cartas* de Carli, los *Discursos filosóficos* de Ulloa, y el *Ensayo político sobre Nueva España*, lib. II, cap. V, por Mr. de Humboldt.

(2) *Ensayo político sobre Nueva España*, t. II, lib. III, cap. VIII, páj. 142.

(3) *Ibid.*, páj. 268.



sistian principalmente de los productos de la labranza. La propiedad territorial estaba establecida entre ellos, afianzada por las leyes, y trasmitida de padres á hijos. Habitaban en pueblos que se pueden apellidar grandes respecto á las aldeas de otras naciones. Vestian de una manera decente, y sus viviendas eran cómodas. Tenian un gobierno regular, encargado de perseguir y castigar los delitos, manteniéndose con los impuestos que percibia de los habitantes (1).

En la Florida y en las riberas del Misisipi, habia propasado la poblacion en las artes, á lo menos en cuanto podemos juzgar por las distinciones de las categorías establecidas entre ellos, y por las prerogativas de que disfrutaban sus caudillos. La poblacion de Cuba y de algunas otras islas situadas entre los trópicos parecian tambien muy adelantadas; pero habiendo sido aquellos pueblos completamente destruidos por los conquistadores, es arduo determinar hasta qué punto se habia desarrollado su intelijencia (2).

Los pueblos que habitan la parte nordeste de la América equinoccial, la Tierra Firme y las riberas del Orinoco, se hallan hoy dia en un estado casi enteramente selvático. Algunos, como los Maquitanos y los Makos, tienen moradas fijas, se dedican á la labranza, viven de los frutos que cultivan, tienen intelijencia y costumbres apacibles; pero forman el número mas reducido (3).

Los Guaranis, que habitan en el embocadero del Orinoco, y que pertenecen á una nacion antiguamente muy numerosa, nunca pudieron ser domados por los Españoles.

(1) Robertson's *History of America*, lib. IV, vol. II, páj 141 y 142.

(2) *Ibid.*, páj. 139, 140 y 141.

(3) De Humboldt, *Tableaux de la nature*, t. I, páj. 62.

Han encontrado un albergue en los árboles del embocadero del rio, en las islas que están completamente inundadas durante los seis meses que dura la estacion de las lluvias, y que durante los otros seis meses están cubiertas dos veces al dia por la marea (1). Para formar allí sus viviendas, clavan esteras de un tronco á otro á grande altura; cubren una parte con arcilla para poder encender el fuego que necesitan; y allí establecen sus familias, en medio de una nube de insectos que les libran de los soldados y de los misioneros españoles (2). Los Guaranis, dice Mr. de Humboldt, deben su independencia física, y quizás tambien su independencia moral, al suelo movedizo y hornaguero que pisan con lijera planta, y á su morada en los árboles; república aérea á la cual el entusiasmo relijioso jamás conducirá un estílite americano (3).

Este pueblo no atesora otra industria que la pesca, la fabricacion de las hamacas y de los instrumentos que necesita para pescar. Frecuenta los pueblos españoles situados al norte y al sur del Orinoco, donde va á trocar una parte de los productos de su industria por otros que le hacen falta. Teniendo pescado en abundancia, pudiendo permutar con otros jéneros lo que no consume, y hallándose al abrigo de la opresion, es uno de los pueblos mas joviales de aquel continente, y no turba el órden de sus vecinos que se llaman civilizados. Este pueblo es muy

(1) Depons, *Viaje á la parte oriental de Tierra-Firme*, t. I, cap. IV, páj. 309 y 311.

(2) «La diversidad y muchedumbre de insectos, de los cuales se forma una nube que cubre aquellas islas, las hace inhabitables para cualquiera que no haya nacido en ellas. Esta incomodidad ha alejado siempre á los misioneros.» Depons, t. I, páj. 310 y 311.

(3) *Tableaux de la nature*, t. I, páj. 39 y 40.



superior al que en China vive junto á los rios, y aun á los Indios de la misma raza reducidos á pueblos por los Españoles, puesto que no tiene menos intelijencia, adórnanle costumbres mas acendradas, y hállase mejor provisto de lo necesario á la vida.

La nacion de los Guaranis, una de las mas derramadas por la América meridional en la época de la conquista, estaba dividida en una multitud de tribus. La ocupacion principal de cada una de ellas era la labranza; cultivaban el maiz, la habichuela, la calabaza, el mani ó mandubi *(hexachides)*, la patata y la yuca. Verificada la cosecha, la depositaban en un granero comun, que venia á ser el caudal de su subsistencia. Las tribus situadas cerca de los rios se dedicaban á la pesca, y otras á la caza, pero no empleaban en estas ocupaciones mas tiempo que el que les dejaba de sobras el cultivo de sus tierras (1).

Otros pueblos de la ribera del Orinoco llevaban á corta diferencia el mismo jénero de vida. «Al salir el sol, dice Depons, todos los Indios Otomacos capaces de trabajar iban á la vivienda de sus caciques respectivos, quienes designaban entre ellos los que aquel dia debian ir á la pesca, ó á buscar tortugas, ó á la caza del jabalí, segun la estacion. En tiempo de la sementera ó de la cosecha, se destinaban tambien algunos para el trabajo de los campos, cuyos frutos se depositaban en los graneros públicos y eran repartidos por el jefe. Nunca iban dos dias seguidos unos mismos Indios á labrar los campos (2).»

(1) Azara, *Viaje á la América meridional*, t. II, cap. X, y XI, p. 56, 67, 173 y 174.

(2) Depons, *Viaje á la parte oriental de Tierra-Firme*, t. I, cap. IV, páj. 295. —Esta comunidad de bienes, que anuncia la infancia de la civilizacion, se halla desmentida por Robertson, cuyo testimo-

Los Caribes se dedicaban tambien á la labranza. Cuando se formaron establecimientos europeos en su pais, sirvieron de intermedio á los Holandeses y Españoles para su comercio. A indicacion de los primeros, recojian los bálsamos, las resinas, las gomas, los aceites y las maderas que podian entrar en el comercio, recibiendo en cambio mercancías europeas que iban á vender en las colonias españolas (1).

Un misionero que en el siglo último penetró en el territorio de los Indios independientes, hasta el pais de Moqui, cortado por el rio de Yagüesita, quedó pasmado al ver una ciudad india con dos grandes plazas, casas con distintos pisos, y calles bien alineadas y paralelas unas á otras (2).

Hay sin duda entre los trópicos pueblos que se hallan todavía en ínfimo puesto en la escala de la civilizacion; pero es problemático si estos pueblos y aquellos de que acabo de hablar, no han podido encumbrarse nunca, ó si han descendido al estado en que se encuentran, por alguna grande catástrofe, de resultas de las invasiones de los Europeos, ó de las invasiones interiores. Mr. de Humboldt subiendo por el Orinoco, creyó ver en unas figuras grabadas en los peñascos, pruebas de que antiguamente fué aquella soledad habitada por una nacion que atesoraba ciertos grados de conocimientos. Ellas demuestran, dice,

nio pudiera prevalecer sobre el de Azara y de Depons, si no se hubiese observado la misma comunidad entre los Indios del Norte. Robertson's *History of America*, vol II, nota 35, páj. 396.

(1) Depons, *Viaje á la parte oriental de Tierra-Firme*, t. III, cap. XI, páj. 318.

(2) De Humboldt, *Ensayo político sobre Nueva España*, t. II, lib. III, cap. VIII, páj. 409.



las vicisitudes que esperimenta la suerte de los pueblos, así como la forma de los idiomas que pertenecen á los monumentos mas duraderos de la historia de los hombres (1).

«La parte nordeste de la América equinoccial, dice en otro pasaje el mismo viajero, la Tierra Firme y las riberas del Orinoco, se parecen, en cuanto á la multiplicidad de los pueblos que las habitan, á las gargantas del Cáucaso, á las montañas del Indukho, al estremo septentrional del Asia, mas allá de los Tungusos y de los Tártaros establecidos en la embocadura del Lena.

«La barbarie que se observa en aquellas diversas rejiones, menos es debida quizás á la falta primitiva de toda civilizacion que á los efectos de un dilatado embrutecimiento. La mayor parte de las rancherías que designamos con el nombre de salvajes, descienden probablemente de naciones en otro tiempo muy cultas. ¿Y cómo deslindarémos la infancia prolongada de la especie humana (si es que existe en alguna parte) de aquel estado de menoscabo moral en que el aislamiento, el desamparo, las emigraciones forzadas, ó los rigores del clima, barren hasta los postreros residuos de la civilizacion (2)?»

Con efecto, parece arduo concebir que al lado de pueblos tan adelantados en la civilizacion, como lo estaban los Mejicanos y Peruanos, se encontrasen pueblos de la misma raza no salidos aun del estado salvaje. Semejante fenómeno parece á primera vista mas estraordinario que la decadencia cuyas pruebas cree haber reconocido Mr. de Humboldt. Muchas causales que no existian para los ha-

(1) *Tableaux de la nature*, t. I, páj. 62 y 63.

(2) De Humboldt, *Viaje á las rejiones equinocciales*, t. III, lib. III, cap. IX, páj. 259 y 260; y t. VI, lib. VII, cap. XIX, páj. 165, 268 y 269.

bitantes del Perú, ni para los de Méjico, pudieron sin embargo, segun verémos mas adelante, dilatar la barbarie de los pueblos que vivian en las tierras menos elevadas. El desamparo y la profunda ignorancia en que han estado sumidos los Indios que han quedado sujetos al gobierno español, los han constituido por otra parte muy inferiores á los Indios que conservan su independencia en las riberas del Orinoco. «Los Peruanos, todos los Peruanos sin escepcion, dice Raynal, son un ejemplo del hondo embrutecimiento á que la tiranía puede arrojar á los hombres que han caido en una indiferencia estúpida y universal (1).»

«El olvido de las artes ha sido estremado en términos, dice un autor español, que los Indios *civilizados* no podrian hacer una flecha, ajustar á ella una piedra, ni ponerle las plumas para dirijirla: menos aun sabrian hacer un arco proporcionado. Así, lo que es un juego para los salvajes independientes, llega á imposible para los sucesores de los Indios que mas descollaron por su industria (2).»

En Méjico, los indíjenas que se pudieron salvar de una destruccion completa, se han visto confinados á los terrenos menos fértiles; mas indolentes todavía por su situacion física que por índole, no viven sino para el dia, y considerados en masa, todos ofrecen el cuadro de la miseria (3). En las iglesias se presentan cubiertos de andrajos,

(1) *Historia filosófica de las dos Indias.*

(2) Ulloa, *Disc. filosof*, t. II, disc. XXI, páj. 94. — Los ancianos Peruleros *civilizados* ni siquiera saben contar sus años de edad. *Ibid.*, t. II, páj. 33 y 35. — Mr. de Humboldt ha notado la misma ignorancia en Méjico. *Ensayo político*, t. I, lib. II, cap. VI, páj. 393.

(3) De Humboldt, *Ensayo político sobre Nueva España*, t. I, lib. II, cap. VI, páj, 429. — Depons, *Viaje á la parte oriental de Tierra-Firme*, t. I, cap. III, páj. 263.



mucho mas enemigos del rubor, dice Depons, que en otro tiempo las hojas de higuera; preséntanse á menudo enteramente desnudos, manteniéndose tendidos ó agachados durante el oficio divino (1). La desnudez en que se encuentran es tal, que los efectos del hambre se hacen sentir en casi todas las rejiones equinocciales. En la América meridional, provincia de la Nueva Andalucía, he visto, dice Mr. de Humboldt, pueblos cuyos habitantes, acosados por el hambre, se derraman de cuando en cuando por las rejiones incultas, para buscar en ellas alimento entre las plantas selváticas (2). Es muy comun verles comer hormigas, lagartos y cientopiés ó escolopendras que sacan de la tierra, raices de helecho, goma, y sobre todo arcilla ó greda. Tal es el estado á que sumió la conquista á una nacion en otro tiempo floreciente (3).

El estado de los Indios que los conquistadores y los frailes españoles han *civilizado* á su modo, pudiera pues servir para esplicarnos el estado de los Indios independientes. Dejaríase entender que estos han descendido muchísimo en la escala de la civilizacion, sin haber llegado al punto en que se hallan los Indios subyugados. Concebiríase tambien que los Guaranis, que van á vender la pesca á los pueblos españoles, han cobrado mas amor á su independencia, desoyendo las pláticas de los misioneros que tratan de convertirles. Por lo demás, en la naturaleza del suelo y en otras circunstancias físicas, encontrarémos las causas que han contenido á estos últimos pueblos en

(1) Depons, t. I, cap. IV, páj. 340.

(2) *Ensayo político sobre Nueva España*, t. I, lib. II, cap. V, páj. 357.

(3) De Humboldt, *Viaje á las rejiones equinocciales*. t. II, cap. IV, páj. 259; y t. VI, lib. VII. cap. XIX, páj. 301. — *Tableaux de la nature*, t. I, páj. 62, 195 y 201.

el estado de barbarie á que los vemos reducidos (1).

El calor de las rejiones equinocciales no habia sido pues un obstáculo, en América, para los medros de las facultades intelectuales de los indíjenas, puesto que los Mejicanos, los Peruanos y algunos otros pueblos habian hecho ya muchos progresos en las artes, en las ciencias, y sobre todo en el gobierno, antes de la conquista de los Españoles. Si en las mismas rejiones hay en el dia pueblos poco civilizados, puede dudarse si algunos de ellos se habrán sumido en el estado en que se encuentran á consecuencia de una invasion. Por último, estos mismos pueblos habian dado ya el paso mas arduo para salir de la barbarie, pues sacaban de la labranza sus principales medios de subsistencia, y eran rarísimas entre ellos las rancherías de cazadores (2).

Dirijiéndonos hácia los climas templados ó frios, no echamos de ver pueblo alguno que en ciencias y artes haya progresado mas que los Peruanos y Mejicanos. Los indíjenas del Brasil y los del Uruguay ó Paraguay, situados entre los 20 y 30 grados de latitud austral, formaban parte de la nacion de los Guaranis, y habian quizás aventajado á aquellos. El arte de la labranza, aunque naciente, les proporcionaba sus principales medios de subsistencia.

(1) «Los misioneros aprovechan estas ocasiones para catequizarles, dice Depons hablando de los Indios que van á vender pescado á los Españoles; mas á juzgar por el poco fruto de su moral desde un siglo acá, aquellos Indios persisten en la vida salvaje *mas por conveniencia, que por ignorancia de las ventajas que promete la vida civil.*» *Viaje á la parte oriental de Tierra-Firme*, t. I, cap. IV, páj. 310 y 311.—¡Qué ventajas á la verdad, si son tales como nos las describen Mr. de Humboldt y el mismo Depons!

(2) «Bajo la zona tórrida, dice Mr. de Humboldt, son rarísimos los pueblos cazadores.» *Viaje á las rejiones equinocciales*, lib. III, cap. IX, t. III, páj. 297 y 298.



Habian ya convertido la tierra en propiedades particulares, y sacaban de la caza ó de la pesca lo que no podia darles el suelo (1). Estos pueblos, clavados á la tierra por el cultivo, fueron mas fácilmente subyugados que los que no habian llegado todavía al mismo grado de civilizacion (2).

Las numerosas tribus que viven desde el trijésimo sexto grado de latitud austral hasta el estrecho de Magallanes, hácia el grado cincuenta y cinco, siempre han desconocido la labranza. Las que habitan las orillas de los rios ó del mar, sacan de la pesca la mayor parte de sus subsistencias; las que viven en lo interior de las tierras, se alimentan en particular del producto de sus cacerías (3).

Desde que los Europeos han trasladado á aquel continente bueyes, caballos y mulos; desde que estos animales se han multiplicado estraordinariamente en los páramos americanos, y muchos se han vuelto montaraces, varias tribus de Indios han formado rebaños, y adoptado el jénero de vida de los Tártaros. Tan diestros como los Arabes en montar sus caballos, recorren con inaudita velocidad las llanuras entrecortadas por montañas, asaltan el ganado de los Españoles, y roban á los viajeros (4). Aquellos cuyo territorio está mas cercano al de Magallanes, como los Patagones, van errantes por las sábanas de América como los bárbaros del centro de Asia, sacando de la

(1) Robertson's *Hist. of America*, vol. II, páj. 396.

(2) Azara, *Viaje á la América meridional*, t. II, cap. XI, páj. 176 y 177.

(3) Ulloa, *Disc. filosóf.*, t. II. disc. XXII, páj. 126; y Azara, *Viaje á la América meridional*, t. II, cap. X, páj. 144.

(4) De Humboldt, *Ensayo político sobre Nueva España*, t. II, lib. III, cap. VIII, páj. 377 y 378. —Azara, *Viaje á la América meridional*, t. II, cap. X, páj. 13, 17, 152 y 163.

caza la mayor parte de sus subsistencias (1). Sus vestidos consisten en las pieles de los animales que han muerto (2); sus tiendas están formadas de pieles de vaca ó de búfalo, afianzadas sobre cuatro estacas: y cuando van de viaje, las cargan sobre sus perros, como las rancherías del Asia boreal (3).

Entre todos los pueblos que habitan la América meridional, no puede darse otro mas negado que el que vive en el estrecho de Magallanes ó en la Tierra de Fuego. Situado bajo un clima mas riguroso que el de Noruega, no sabe vestirse sino arrojándose sobre las espaldas una piel de buey marino (4). Sus cabañas consisten en algunas estacas hincadas en el suelo, inclinadas unas sobre otras por la punta, y formando una especie de cono, y sobre las cuales hacinan hácia la parte del viento algunas ramas ó un poco de heno (5). Sin otra industria que la que necesitan para confeccionar sus instrumentos de pesca, no dan á sus alimentos preparacion alguna, devorando el pescado crudo y la carne podrida. Los alimentos de que se nutren, y el desaseo en que viven, les hacen exhalar un hedor intolerable (6).

Echase de ver su escasez intelectual en la tosca confeccion de sus vestidos, instrumentos y chozas, no menos

(1) Azara, *Ibid.*, páj. 52.

(2) Bougainville, *Viaje al rededor del mundo*, primera parte, cap. VIII, tom. I, páj. 164, 165 y 166.

(3) De Humboldt, *Ensayo político sobre Nueva España*, t. II, lib. III, cap. VIII, páj. 377 y 378. —Azara, *Viaje á la América meridional*, t. II, cap. X, páj. 12.

(4) Wallis, *Relacion de un viaje hecho al rededor del mundo*, cap. II, t. II, páj. 65 y 66.

(5) Cook, *Primer Viaje*, lib. I, cap. V, t. II, páj. 335.

(6) Wallis, *Relacion de un viaje hecho al rededor del mundo*, t. II, II, páj. 44, 45, 65, 66 y 69.



que en la falta de preparacion de sus alimentos. Manifiéstase sobre todo en una falta completa de pasmo y curiosidad; su estupidez es tal, que ha sorprendido á todos los viajeros (1). No se puede decir sin embargo que el calor del clima es el que *apaga en ellos toda curiosidad*, puesto que allí nieva en la mejor estacion del año, los indíjenas no pueden pasar nunca sin lumbre, y algunos Europeos han muerto de frio en medio del verano (2).

En la otra estremidad del continente americano, se encuentran tribus que viven casi únicamente de los productos de la pesca, como los Esquimales. Aquellas tribus, aunque situadas bajo una latitud muy elevada, son algo menos estúpidas que los habitantes de la Tierra de Fuego. Sus vestidos, hechos de pieles de buey marino, de animales monteses y á veces tambien de pieles de aves terrestres y acuáticas, están bien cosidos, y los ponen al abrigo de la intemperie (3). Las chozas, escavadas debajo del suelo, toscamente construidas, y en las cuales no se puede entrar sino á gatas, son sin embargo mas propias para guarecer del frio (4). Finalmente, estos pueblos fa-

(1) Bougainville, *Viaje al rededor del mundo*, primera parte, cap. IX, t. I, páj. 196. — Cook, *Primer Viaje*, lib. I, cap. III, t. II, páj. 321. — Wallis, *Viaje al rededor del mundo*, cap. II, t. II, pájina 47.

(2) Cook, *Primer Viaje*, lib. I, cap. V, t. II, páj. 341; y *Segundo Viaje*, cap. V, t. V, páj. 205. — Bougainville, *Viaje al rededor del mundo*, primera parte, cap. IX, t. I, páj. 198. — Wallis, *Viaje al rededor del mundo*, cap. II. t. II, páj. 165.

(3) Ellis, *Viaje á la bahia de Hudson*, paj. 177 y 178.

(4) Mackenzie, *Primer Viaje* al interior de la América septentrional, cap. IV, t. II, páj. 23.

Raynal asegura que los Esquimales pasan el invierno en chozas construidas de guijarros *unidos entre sí con un cimiento de hielo;* y que el calor de su aliento, junto con el fuego de una lámpara, basta

brican con bastante primor los instrumentos que necesitan para subsistir. Si son menos bárbaros que los habitantes de la Tierra de Fuego, no están separados como ellos del continente por un estrecho que los aisla del resto del globo; habitan una tierra menos desprovista de animales, y se proporcionan mas fácilmente su subsistencia; pueden dedicarse á ejercicios mas variados, y tienen mas tiempo para ejercitarse y reflexionar; no añadiré que pertenecen á una especie distinta, porque tal circunstancia me parece aquí de ningun valor.

Algunas de las tribus que habitan el norte de América, desde los 68 hasta cerca de los 48 grados, están quizás algo mas adelantadas que los Esquimales; pero lo están mucho menos que las que habitan desde los 48 hasta los 36 grados. Las primeras viven de caza y pesca, pero desconocen enteramente la labranza. Los hombres persiguen á los animales, ó les tienden lazos; matan el pescado á lanzadas; las mujeres van á la pesca con redes. Las tribus mas cercanas al sur tienen igualmente el recurso de la pesca y de la caza, pero al mismo tiempo cultivan la tierra. Cuanto mas se acercan á los paises cálidos, mayor es tambien la porcion de alimentos que les proporciona la labranza, comparativamente con los que sacan de la caza y pesca.

Las numerosas tribus que estaban diseminadas por aquella parte de América, á la llegada de los Europeos, cultivaban la tierra en comun, depositando sus productos en almacenes públicos, á la manera que muchas de las tribus que habitaban entre los trópicos; y aunque este modo de cultivo favorezca muy poco los progresos de la

para trasformar sus *casas en estufas*. He aquí, sin contradiccion, estufas bien cimentadas. *Historia filosófica de las Dos Indias*, t. VIII, lib. XVII, páj. 359.



civilizacion, proporcionábales el medio de hacer inmensas provisiones. En las guerras que se suscitaban entre aquellos pueblos, el primer afan del vencedor, cual entre los Romanos, era saquear las cosechas de los vencidos, ó incendiar sus almacenes para hambrearles. Los Europeos, que tomaban partido ya por unos ya por otros, les daban la mano en esta destruccion: «Estuvimos ocupados cinco ú seis dias, dice un oficial francés que en el siglo décimo séptimo se hallaba en una de aquellas guerras, en cortar con nuestras espadas el maiz en los campos. De allí pasamos á las dos cortas poblaciones de Thegaronhiers y Danoncaritaos, distantes dos ó tres leguas de la anterior. En ellas hicimos las mismas proezas (1).» Charlevoix cuenta que unos soldados, tras haber causado ya mucho estrago, descubrieron aun almacenes escavados en la tierra, segun la costumbre de los salvajes, y que estaban tan llenos de granos, que habia para mantener toda la colonia (el Canadá) dos años. Los Indios que ocupaban el territorio situado entre el Canadá y el golfo de Méjico fueron al parecer algo mas civilizados (2).

Las costas del noroeste de América presentan un fenó-

(1) Lahontan, *Viaje á la América septentrional*, t. I, carta XIII, páj. 101.

(2) Charlevoix, *Nouvelle-France*, t. II, lib. IX, páj. 158.

Véase, sobre la agricultura de los indíjenas de la América del Norte, á Lahontan, *Viaje á la América septentrional*, t. I, páj. 100, 117, 161 y 170; y t. II, páj. 110 y 153. — Charlevoix, *Nouvelle-France*, t. I, lib. IV, páj. 230; t. II, lib. IX, páj. 158; lib. X, páj. 252; lib. XI, páj. 355; t. III, lib. XVI, páj. 253 y 295; t. IV, lib. XX, páj. 119. — Weld, *Viaje al Canadá*, t. III, cap. XXXIV, páj. 32. — Lewis y Clarke, *Viaje al Océano Pacífico*, páj. 71, 73, 83, 84, 94, 402, 420 y 421. — Hennepin, *Descripcion de la Luisiana*, p. 83, 84, 137 y 158. — Charlevoix, *Nouvelle-France*, t. III, lib. XIII, páj. 22 y 23; t. IV, lib. XX, páj. 192.

meno notable, á saber, el de una poblacion cuya industria y facultades intelectuales han recibido un desarrollo considerable, en medio de tribus que se han mantenido ú descendido al estado de la mas rematada barbarie. Los Tchinkitanes, situados entre los 50 y 55 grados de latitud norte, y algunos de los cuales han subido hasta los 60 grados en las orillas del rio de Cook, son un pueblo que se distingue de todos los demás de la misma raza que habitan el continente americano (1). Sin otro auxilio que el fuego y los útiles que han formado con piedras, huesos de cuadrúpedos, espinas de pescado, y ásperas pieles de cetáceos, construyen casas de dos pisos, de cincuenta piés de largo, treinta y cinco de profundidad y catorce de elevacion; forman tablas de veinte y cinco piés de largo, con cuatro de anchura y dos pulgadas y media de grueso; ejecutan en madera esculturas que representan hombres, aves ú otros animales; pintan el esterior de sus casas y adornan el interior con cuadros; hilan y tejen el pelo de los animales, sirviéndose de sus tejidos para capas; tallan la serpentina, y le dan el pulimento del mármol; fabrican flautas y un instrumento de música algo parecido al harpa. Este pueblo guarda mucho órden en el comercio que hace con los Europeos, y no es ruidoso ni importuno. Viste á la europea; y en sus trueques prefiere los trajes, las armas, y las vasijas propias para la preparacion de sus alimentos (2).

Pero en las mismas costas, ya subiendo hácia el norte, ó bajando hácia el sur, se encuentran rancherías casi tan

(1) G. Dixon, *Viaje al rededor del mundo*, t. II, páj. 11 y 12.

(2) La Perouse, *Viaje al rededor del mundo*, t. II, cap. IX, p. 233. — Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. II, cap. IV, V y VI, páj. 4 — 236. — G. Dixon, *Viaje al rededor del mundo*, t. II, páj. 11 y 24. — Cook, *Tercer Viaje*, lib. IV, cap. III, t. V, páj. 129 y 161.



miserables y estúpidas como las de la Tierra de Fuego, tribus que ofrecen el aspecto mas asqueroso, y se nutren de los alimentos mas groseros (1).

¿A qué causa hay que atribuir la superior intelijencia de los Tchinkitanos? El sabio que ha publicado los viajes del capitan Marchand, opina que aquel pueblo desciende de Mejicanos que se guarecieron en aquellas costas cuando la invasion de los Españoles. Mr. de Humboldt no cree que unos fujitivos hubiesen podido recorrer la inmensa distancia de treinta grados de latitud para buscar amparo en unas costas estériles: ¿pero no habrán existido en América otras naciones civilizadas mas cercanas al norte, que habrán desaparecido antes de sucumbir la nacion mejicana? Las muchas fortalezas descubiertas bajo las latitudes mas favorables de la América septentrional, dan gran probabilidad á esta opinion (2).

(1) G. Dixon, *Viaje al rededor del mundo*, t. I, páj. 435 y 439. — Vancouver, *Viaje á la costa noroeste de la América septentrional*, t. II, páj. 24 y 25.

(2) Se ha descubierto hácia el Misuri una fortificacion de 1250 toesas de largo y paralela á dicho rio. «La descripcion de esta fortaleza corresponde exactamente con la de otras muchas antiguas descubiertas hácia poniente, representadas jeneralmente de forma oblonga, y situadas en posicion fuerte y bien escojida, al paso que siempre contiguas á un rio. Con arreglo al exámen hecho de estas obras, se ha supuesto que fueron construidas hace mil años, ó setecientos antes del descubrimiento de la América por Colon. Parece que todas fueron erijidas en la misma época en toda la dilatada estension, ó á lo menos en la mayor parte del pais limitado por los montes Alleghanis, al levante, y por las montañas Pedregosas al Oeste, *y que están situadas bajo las latitudes mas favorables de la América septentrional* » Lewis y Clarke, *Viaje al Océano Pacífico*, cap. III, páj. 40 y 41.

Existen en la América meridional, lo mismo que hácia el Misurí y al Oeste de los montes Alleghanis, vestijios de un pueblo mas civi-

Cuando trastornos violentos, como las invasiones y las conquistas, no turban el órden que sigue naturaleza en todas sus creaciones, la civilizacion va difundiéndose gradualmente por la haz de la tierra. Si se forma en alguna parte un foco de luces, y si los pueblos no están separados por desiertos inhabitables ó inaccesibles cordilleras, no se pasa repentinamente de un dia brillantísimo á profundas tinieblas. Todo cuanto rodea el lugar donde se formó el foco, está desde luego iluminado; debilítase la luz conforme va uno desviándose, y por fin se llega á un punto donde ya no alcanza. Esta gradacion no solo se percibe considerando pueblos en masa, sino que tambien se observa en cada estado particular: en todos los pueblos se encuentran centros de luz mas ó menos grandes, cuyo efecto va á menos segun aumenta la distancia. Ahora bien; ¿cuál fué en América el clima bajo el cual se formó el primer centro de luz, aquel bajo el cual recibieron sus primeros desarrollos las primeras facultades intelectuales del hombre? Entre los trópicos, bajo la zona tórrida: parece que la civilizacion se difundió desde allí por los lugares templados y de fácil cultivo, pero nunca alcanzó á los paises frios. En la parte mas septentrional de América no se encuentra ningun monumento que atestigüe una civilizacion antigua (1).

lizado que los habitantes actuales, y que habia desaparecido ya antes de la conquista de los Españoles. De Humboldt, *Viaje á las rejiones equinocciales*, lib. XVI, cap. VII, tom. VI, páj. 65 y 66.

(1) Volney, *Tableau du climat et du sol des Etats-Unis*.

## CAPITULO XIII.

*Desarrollo intelectual, adquirido bajo diferentes grados de latitud, en las islas del Grande Océano por los pueblos de especie malaya y por los pueblos de especie etiópica.*

En las tribus que habitan las numerosas islas del Grande Océano, observamos un fenómeno análogo al que hemos visto en el continente americano. Estas tribus, con cortísimas escepciones, pertenecen á la misma especie; tienen una misma organizacion física; hablan dialectos de un mismo idioma. Su orijen comun es, segun se supone, quizás sin mucho fundamento, la península de Malaca, al estremo austral del Asia, entre los 2 y los 10 grados de latitud boreal. La raza malaya, así como la americana, ha manifestado los primeros desarrollos intelectuales bajo la zona tórrida.

Cuando los Europeos visitaron por primera vez las islas del Grande Océano situadas entre los trópicos, todos los isleños ignoraban el uso y aun la existencia de los metales; no poseian por consiguiente ninguno de los útiles

por cuyo medio fabricamos los diversos artefactos que nos son necesarios, y sin los que tal vez no estaríamos mas adelantados que la mayor parte de los indíjenas de la América septentrional á la llegada de los Europeos. De todos los animales domésticos que contribuyen á la ejecucion de nuestras tareas, ó que nos sirven de alimento, no poseian mas que el perro, la gallina y el cerdo; no tenian ninguna de nuestras legumbres ni de nuestros cereales. Sin embargo, ningun recurso sacaban de la caza, y la pesca estaba abandonada á la parte mas infeliz de la poblacion. Sus útiles consistian en piedras cortantes, en pedazos de conchas, en dientes de tiburon y en pieles de raya: con estos únicos enseres tenian que derribar los árboles, desmontar los terrenos, fabricar sus armas, tejer sus telas, construir sus piraguas y sus casas (1). Los árboles que habian de derribar y pulir tenian á menudo ocho piés de circunferencia en el tronco, y cuatro en las ramas (2); el suelo que tenian que desmontar era con frecuencia duro, cuajado de árboles y matorrales (3).

(1) La Perouse, *Viaje alrededor del mundo*, t. III, cap XXV, páj. 275 y 277. — Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. I, cap. II, páj. 190. — Bougainville, *Viaje al rededor del mundo*, t. II, Segunda parte, cap. III, páj. 62. — Labillardière, *Voyage à la recherche de La Perouse*, t. II, cap. XII, páj. 118 y 144.

(2) Cook, *Primer Viaje*, t. II, lib. I, cap. XVIII, páj. 590.

(3) El desmonte que precede á una plantacion, dice Cook hablando de los habitantes de Tanna, debe ser un trabajo muy penoso, atendidos los instrumentos aratorios de que se sirven los habitantes, y que, si bien inferiores á los de las islas de la Sociedad, están construidos bajo un mismo modelo. Sin embargo, su proceder es atinado, y tan espedito como cabe. Cortan las ramitas de los grandes árboles, escavan la tierra debajo las raices, quemando en seguida las ramas, los arbustos y todas las plantas que arrancan de cuajo. Cook, *Segundo Viaje*, t. IV, cap. V, páj. 292. — Este pueblo, situado á los 19° 32′ de latitud austral, pertenece á una variedad de negros.



Con tan endebles medios de ejecucion, hallándose bajo un clima reputado tan contrario al desarrollo de la intelijencia, y perteneciendo á una raza cuyas facultades intelectuales se creen menos capaces de perfeccion que las nuestras, ¿habíanse aquellos pueblos mantenido, ó habian vuelto á caer en el estado salvaje? ¿habian hecho menos progresos los que están debajo del ecuador que los que están mas ó menos apartados?

Los pueblos de las islas Marquesas, que, segun el testimonio de los viajeros, son los mas hermosos que se han encontrado en el Grande Océano, son labradores, como casi todos los que se hallan entre los trópicos. Tenemos pocos documentos acerca de su labranza; pero sabemos que entre ellos la tierra está repartida con mayor igualdad que en ningun otro archipiélago; que las propiedades están mas afianzadas; que el suelo, que consiste en un rico terruño, está cubierto de hermosas plantaciones de bananos ó de selvas de árboles frutales. La pesca, que constituye el principal recurso de los pueblos salvajes situados en las orillas de los lagos ó de los rios, es mirada con desden en aquellas islas, por cuanto poseen una porcion de tierra suficiente para su manutencion (1). Los utensilios, los muebles, los vestidos, los adornos, todo anuncia, en sus inventores y en sus fabricantes, injenio é industria; los avíos de pescar difieren muy poco de los nuestros (2). Por lo demás, podrémos juzgar de su labranza, de sus viviendas y de sus piraguas, por las de los pueblos mas afines y que conocemos mejor.

(1) Krusenstern, *Viaje al rededor del mundo*, t. I, cap. IX, páj. 204 y 220. — Forster, citado en el *Segundo Viaje de Cook*, t. III, cap. IV, páj. 197 y 200.

(2) Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. I, cap. II, páj. 190.

Las islas de los Navegantes, que no se hallan mas que á los 13 grados de latitud austral, son notables por el aseo de las poblaciones y de los habitantes: La Perouse, que los visitó, quedó agradablemente sorprendido. Separóse unos doscientos pasos de las personas de su comitiva, para ir á visitar una poblacion situada en medio de un bosque, ó por mejor decir, de un verjel, cuyos árboles estaban cargados de fruto. Las casas se hallaban situadas en la circunferencia de un círculo de unas ciento y cincuenta toesas de diámetro, cuyo centro formaba una espaciosa plaza, tapizada de hermosísimo césped; los árboles que la cubrian con su sombra mantenian un delicioso fresco (1). «No caben en la imajinacion mas risueña paisajes tan amenos como los de aquellas poblaciones: todas las casas están construidas debajo de árboles frutales que mantienen una temperatura amenísima en aquellas moradas. Hállanse situadas á la orilla de un arroyo que baja de las montañas, y á lo largo del cual hay construido un sendero que penetra en lo interior de la isla (2).»

El objeto principal de la arquitectura de aquellos isleños es guarecerse del calor, sabiendo hermanar la elegancia con la comodidad. Sus casas, bastante capaces para contener muchas familias, están cercadas de celosías, que se levantan por la parte del viento, y se cierran por la del sol. Los isleños duermen en esterillas muy finas, muy limpias y al abrigo de la humedad. «Entré en la mas hermosa de aquellas casas, que probablemente pertenecia al caudillo, dice La Perouse, y quedé pasmado al ver un espacioso gabinete de enrejado, tan bien ejecutado como cualquiera de los de las cercanías de Paris. El mejor ar-

(1) La Perouse, *Viaje al rededor del mundo*, t. III. cap. XXIV, páj. 235 y 236.

(2) La Perouse, cap. XXV, páj. 282.



quitecto nó hubiera podido dar una combadura mas elegante á las estremidades de la elipse en que terminaba aquella casita. Formaba su perímetro una hilera de columnas á cinco piés de distancia unas de otras: aquellas columnas eran troncos de árboles trabajados con mucha limpieza; entre ellas habia esterillas artísticamente recargadas en forma de escama de pez, subiéndose ó bajándose con cuerdas como nuestras celosías. Lo restante de la casa estaba cubierto de hojas de cocotero (1).»

Estos pueblos fabrican esteras muy finas, telas tan suaves y sólidas como las nuestras, y muebles de madera tan pulimentados, que parecen cubiertos del mas fino barniz. Tambien construyen piraguas, pero mas pequeñas que las de las otras islas. Las mas comunes no llevan mas que cinco ú seis hombres; las mayores no llevan mas allá de catorce (2). Como todas las poblaciones están situadas á la orilla del mar, los isleños solo comunican entre sí por medio de piraguas. No se penetra al interior del pais, sino por senderos; y La Perouse no pudo ver el estado de la labranza.

Los habitantes de las islas de la Sociedad no están menos adelantados que los de las islas de los Navegantes; con los mismos instrumentos fabrican los mismos objetos, pero sus piraguas son mucho mayores. Las tierras en aquellas islas están repartidas y bien cultivadas; los habitantes las riegan haciendo subir el agua por medio de esclusas. Ponen tanto esmero en arrancar de los campos las plantas inútiles, que en una escursion de tres dias al interior de las tierras, unos naturalistas no pudieron encontrar mas que tres plantas diferentes (3).

(1) La Perouse, *Viaje al rededor del mundo*, t. III, cap. XXIV; páj. 235 y 236.

(2) *Ibid.*, t. III, cap. XXV, páj. 275 y 281.

(3) Cook, *Segundo Viaje*, t. II, páj. 45, 46, 47 y 135.

Estos pueblos, con sus piraguas, emprenden viajes de cuatrocientas leguas; guíales el sol durante el dia, las estrellas por la noche (1), y la direccion de los vientos cuando está nublado (2). Distinguen las estrellas con nombres particulares; conocen la parte del cielo en que aparecerán cada uno de los meses en que están visibles sobre el horizonte; por último, saben la época del año en que deben manifestarse y desaparecer (3). La capacidad y solidez de las piraguas con que viajan y trafican entre sí, son tales, que, segun Cook, no es mas arduo construir un navío con nuestros instrumentos, que una de aquellas piraguas con los enseres que tenian los habitantes de aquellas islas á la llegada de los Europeos (4). Por último, en la misma época habian aquellos pueblos hecho progresos en cirujía y medicina; atesoraban los elementos del cálculo; se valian del sistema decimal, y podian contar hasta dos mil (5).

Iguales medros intelectuales advertimos en los habitantes de las islas de los Amigos. Las tierras están allí repartidas, acotadas y cubiertas de plantaciones. No se ven mas tierras incultas que las que los habitantes creen necesitar descanso, y son muy pocas. Las propiedades, dice D'Entrecasteaux, están señaladas y protejidas con cercas mucho

(1) Bougainville, *Viaje al rededor del mundo*, segunda parte, cap. III, t. II, páj. 68. — D'Entrecasteaux, *Voyage á la recherche de La Perouse*, t. I, cap. XIV, páj. 311.

(2) Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. X, t. III, páj. 79 y 80.

(3) Cook, *Primer Viaje*, lib. I, cap. XVIII, t. II, páj. 601; y Bougainville, segunda parte, cap. III, t. II, páj. 68.

(4) Cook, *Tercer Viaje*, lib. III, cap. VIII, t. IV, páj. 94.—Wallis, *viaje al rededor del mundo*, cap. VIII, t. II, páj. 194 y 195.

(5) Cook, *Primer Viaje*, lib. I, cap. XIX, t. II, páj. 603, 604, 611 y 613.



mejor ejecutadas que las de Amboina (1). El pais está entrecortado por caminos anchos, llanos, guarnecidos de setos y guarecidos de los ardores del sol por árboles frutales (2). Las casas sin embargo no parecen construidas con tanto esmero como en el Archipiélago de los Navegantes (3). Las piraguas difieren poco de las de los habitantes de las islas de la Sociedad.

Las islas de Sandwich son menos fértiles que la mayor parte de las que están situadas debajo del ecuador, y su poblacion es tambien menos hermosa. Los habitantes pertenecen igualmente á la especie malaya; hállanse, como los demás, en las rejiones equinocciales, pero tienen las facultades intelectuales algo menos desarrolladas. Sin embargo, antes de comunicar con los Europeos, habian hecho en la labranza cuantos progresos permitian su situacion y las ventajas naturales de que disfrutaban. Sus instrumentos, sus producciones eran iguales á las de las demás islas situadas bajo la misma latitud (4). Sus piraguas eran mucho mas lijeras y mucho mas endebles (5). Fueron al parecer muy curiosos, manifestaron mucha admiracion al ver la superioridad que sobre ellos tenian los Europeos (6).

Los habitantes de la isla de Pascua, unos ocho grados mas distantes del ecuador que los de las islas de la Socie-

(1) D'Entrecasteaux, *Voyage á la recherche de La Perouse*, t. I, cap. XIV, páj. 318. — Labillardière, cap. XII, t. II, páj. 149.

(2) Cook, *Segundo Viaje*, lib. II, cap. II, t. II, páj. 331; y *Tercer Viaje*, lib. II, cap. IV y VIII, páj. 139 y 295.

(3) D'Entrecasteaux, *Voyage á la recherche de La Perouse*, t. I, cap. XIV, páj. 308.

(4) Cook, *Tercer Viaje*, t. VII, lib. V, cap. V, VI y VII.

(5) La Perouse, *Viaje al rededor del mundo*, t. II, cap. VI, páj. 128.

(6) Cook, *Tercer Viaje*, t. IV, lib. III, cap. XII, páj. 287; y t. VII, lib. V, cap. VII, páj. 92.

dad, han progresado mucho menos en las artes. Sus útiles son muy imperfectos, y no se ha visto entre ellos ningun apero de labranza (1). Parece que despues de haber escardado la tierra, hacen en ella unos agujeros con estacas, plantando de este modo el corto número de vejetales que poseen (2). Sin embargo, sus campos parecen cultivados con mucha intelijencia, aunque no están cerrados; amontonan y queman las yerbas que arrancan, y destinan las cenizas para abono (3). Estos isleños cultivan la patata, la batata, el banano y la caña de azúcar; recojen en las rocas que están á la orilla del mar un fruto pequeño parecido á los racimos de uva que se encuentran en las cercanías de los trópicos (4). No tienen otros animales que un corto número de volátiles pequeños, y de escasa pluma (5). Parte de sus viviendas son subterráneas; las demás están construidas con juncos (6). Por último, en toda la isla no se han visto mas que tres ó cuatro piraguas construidas con varios trozos de madera unidos entre sí, muy malas, y capaces á lo mas de llevar tres ó cuatro personas (7).

Los pueblos de la Nueva Zelandia habitan un clima frio respecto á los que se hallan entre los trópicos, y aun á los habitantes de la isla de Pascua; la distancia que los

(1) Cook, *Segundo Viaje*, t. III, cap. III, páj. 159 y 160.

(2) La Perouse, t. II, cap. V, páj. 116.

(3) Forster citado en el *Segundo Viaje de Cook*, t. III, páj. 126 y 127. — La Perouse, t. II, cap. IV, páj. 107.

(4) La Perouse, t. II, cap. IV, páj. 106. — Cook, *Segundo Viaje*, t. III, cap. III, páj. 136

(5) Forster, *Segundo Viaje de Cook*, t. III, cap. II, páj. 106. — La Perouse, t. II, cap. IV, páj. 106.

(6) La Perouse, t. II, cap. IV, páj. 101.

(7) Cook, *Segundo Viaje*, t. III, cap. III, páj. 147.



separa de los habitantes de las islas de la Sociedad es de unos veinte grados de latitud. Pertenecen á la misma raza de hombres, hablan el idéntico idioma, y están provistos de los mismos instrumentos; hay con todo suma diferencia entre el desarrollo intelectual de los unos y el de los otros. Los pueblos de la Nueva Zelandia saben construir piraguas; cultivan la tierra, y levantan fortalezas para guarecerse de las invasiones de sus enemigos (1); pero en casi todo lo demás son tan inferiores á la mayor parte de los pueblos que habitan entre los trópicos, que no cabe establecer entre ellos la menor analojía. Por viviendas no tienen mas que unas chozas cuajadas de humo y porquería; llevan vestidos ruines, muy sucios y cubiertos de sabandijas. En sus mismas personas andan tan cuajados de inmundicia, que es imposible distinguir el color de su tez, exhalando además un hedor insufrible (2). Nútrense de los alimentos mas groseros, devorando el pescado y las carnes podridas. Beben el aceite rancio de buey marino con ansia tal, que al vaciar las lamparillas del capitan Cook, se tragaban las mechas encendidas (3). Finalmente, hasta los insectos que les cubren les sirven de alimento (4). Por lo demás, miraban á las tripulaciones europeas sin curiosidad ni pasmo, y no han sabido cultivar las plantas diseminadas por su isla, aunque son muy apasionados á ellas (5).

(1) Cook, *Primer Viaje*, t. III, lib. II, cap. III, IV y XI, páj. 79, 144 y 340. — *Tercer Viaje*, t. I, lib. I, cap. VIII, páj. 32.

(2) Forster, citado en el *Segundo Viaje de Cook*, t. II, lib. II, cap. IV, páj. 445.

(3) Anderson, *Tercer Viaje de Cook*, t. I, lib. I, cap. VIII, páj. 331 y 332.

(4) Forster, citado en el *Segundo Viaje de Cook*, t. I, cap. VIII, páj. 424 y 439.

(5) Cook, *Tercer Viaje*, t. I, lib. I, cap. VII, páj. 259 y 290.

Los indíjenas de la tierra de Van Diemen, situados bajo la misma latitud que la parte mas austral de la Nueva Zelandia, pero pertenecientes á una variedad de la raza negra, tienen la intelijencia aun menos desarrollada. Tan poco curiosos como los de la Tierra de Fuego, y al parecer aun mas estúpidos, no tienen el menor concepto de la labranza, aunque situados en suelo muy fértil (1). Vagando por las orillas del mar, no tienen mas alimentos que las conchas y algunos peces que cojen con suma dificultad. Beben sin repugnancia el agua mas hedionda y cenagosa (2). Completamente desnudos, aunque bajo un clima donde son rigurosos los inviernos, están incesantemente espuestos á la intemperie y á las picaduras de los insectos mas venenosos. A cada paso se ven lastimados por los zarzales por donde pasan, y devorados por los insectos de que se libran zampándoselos (3). Sus viviendas consisten en algunos miserables tejadillos hechos de corteza, ó están escavadas por el fuego en los troncos de los árboles (4). Sus piraguas no son mas que almadías formadas con algunos hacecillos de corteza de árbol (1); sus muebles, una canasta hecha tambien de corteza, un saco de algas marinas, una macana toscamente fabricada, y un palo puntiagudo que lanzan con poca maña y á cortísima distancia (2). Sus poblaciones solo se componen de tres ó cuatro viviendas ruines, en cada una de las cuales caben tres ó cuatro personas. Finalmente aquellos hombres no tienen ni gobierno ni caudillo, viviendo en cabal y mutua independencia. Son endebles, recelosos y malvados: son, dice Peron, los *hijos de la naturaleza* por escelencia (3).

(1) Anderson, *Tercer Viaje de Cook*, t. I, lib. I, cap. VI, páj. 232 y 233.

(2) D'Entrecasteaux, *Voyage à la recherche de La Perouse*, t. I, cap. IV, páj. 56. — Cook, *Tercer Viaje*, t. I, lib. II, cap. VI, páj. 199. — Labillardière, *Voyage à la recherche de La Perouse*, t. I, cap. V, páj. 167; y t. II, cap. X y XI, páj. 55, 56 y 72.

(3) D'Entrecasteaux, *Voyage à la recherche de la Perouse*, t. I, cap. XI, páj. 229. — Labillardière, t. II, cap. X, p. 35 y 50. — Peron, *Viaje de descubrimientos á las tierras australes*, t. I, lib. III, cap. XII, páj. 229 y 230.

(4) Peron, *Viaje de descubrimientos á las tierras australes*, t. I, lib. III, páj. 448. — D'Entrecasteaux, *Voyage à la recherche de La Perouse*, t. I, cap. IV, páj. 61.



Los habitantes de la Nueva Holanda, mas cercanos al ecuador, y pertenecientes á otras variedades de la misma raza, tienen la intelijencia algo mas desarrollada. No manifiestan mas curiosidad que los de la tierra de Van Diemen, ni reciben con menos indiferencia los regalos que se les hacen (4); viven igualmente ajenos de la labranza, y no conocen mejor el arte de vestirse; pero son algo menos desmañados para buscar su alimento, construir sus piraguas, chozas y armas. Sus rancherías son algo mas crecidas, encontrándose en ellos un primer jérmen de or-

(1) L. Freycinet, *Viaje de descubrimientos á las tierras australes*, lib. II, cap. I, páj. 44 y 61. — D'Entrecasteaux, t. I, cap. IV, páj. 95. — Labillardière, t. I, cap. V, páj. 184 y 185.

(2) Peron, t. I, lib. III, cap. XIII, páj. 269. — D'Entrecasteaux, t. I, cap. IV, páj. 56. — Labillardière, t. I, cap. V, páj. 177. — Cook, *Tercer Viaje*, t. I, lib. I, cap. VI, páj. 200. — Anderson, *Tercer Viaje de Cook*, lib. I, cap. VI, t. I, páj. 232.

(3) L. Freycinet, *Viaje de descubrimientos á las tierras australes*, lib. II, cap. I, páj. 43. — Peron, *Viaje de descubrimientos á las tierras australes*, t. I, lib. III, cap. XX, páj. 448.

(4) Cook, *Primer Viaje*, t. IV, lib. III, cap. VI, páj. 145. — Peron, *Viaje á las tierras australes*, t. II, lib. V, cap. XXXVIII, páj. 372.

ganizacion social, por cuanto reconocen caudillos. Los que viven en las orillas del mar sacan de este elemento la principal parte de sus subsistencias; pero conocen, de mas que los habitantes de la tierra de Van Diemen, el uso del anzuelo, el arte de fabricar redes, y de construir diques ó calzadas que retienen el pescado cuando baja la marea (1). A las subsistencias que les proporciona la pesca, juntan las que pueden proporcionarse por medio de la caza; van á cojer los animales que se refujian en los árboles, ó la miel que depositan las abejas; encarámanse por ellos haciendo entalladuras en el tronco (2). Escavan en la tierra unas chozas en las cuales entran á gatas, guareciéndose de este modo del frio, del ardor del sol, y de las picaduras de los insectos (3). Sus piraguas de corteza pueden llevar hasta tres personas, y tambien las construyen valiéndose del fuego, ahuecando troncos de árboles, que tienen hasta catorce piés de largo (4). Sus armas, aunque toscas, son peligrosas (5). Han hecho algunos progresos en la numeracion; pueden contar hasta cuatro (6).

(1) L. Freycinet, *Viaje de descubrimientos á las tierras australes*, lib. II, cap. IV y V, páj. 148 y 162. —Peron. *Viaje de descubrimientos á las tierras australes*. t. II, lib IV, cap. XXVII, páj. 151. —Dampier, *Nuevo Viaje alrededor del mundo*, t. II, cap, XVI, páj. 143. —Phillip. *Viaje á Botany-Bay*. cap. XIV, páj. 162.

(2) White, *Viaje á la Nueva Gales del Sur*, páj. 135.

(3) Peron, *Viaje á las tierras australes*. t. II, lib. IV, cap. XXX, páj. 207 y 214.

(4) Cook. *Primer Viaje*, t. III, lib. III, cap. I, páj. 400; y t. IV, cap. VI, páj. 159 y 161. —L. Freycinet. *Viaje de descubrimientos*, lib. II. cap. IX, páj. 293.

(5) Dampier, *Nuevo Viaje al rededor del mundo*, t. II, cap. XVI, páj. 143.

(6) L. Freycinet, *Viaje de descubrimientos á las tierras australes*, lib. II, cap. IX. páj. 291.



Peron, que pudo comparar por sí mismo estos pueblos con los de Van Diemen, halló que estos eran inferiores á aquellos bajo muchos aspectos.

«En lo concerniente al estado social, dice, los habitantes de la Nueva Holanda, viven á la verdad ajenísimos del cultivo de las tierras y del uso de los metales; están, como los naturales de la tierra de Van Diemen, sin vestidos, sin artes propiamente dichas, sin leyes, sin culto aparente, sin ningun arbitrio seguro de existencia, y precisados, como aquellos, á ir á buscar el sustento á los bosques ó á las playas del Océano. Pero ya despuntan entre ellos los primeros elementos de la organizacion social: las rancherías particulares constan de mayor número de individuos; tienen caudillos; las viviendas, aunque todavía muy toscas, son mayores, y están mejor construidas; las armas son mas variadas y mas temibles, la navegacion mas atrevida, las canoas mejor labradas; las cacerías mas regulares; las guerras mas jenerales. Conocen ya el derecho de jentes. Por fin estos pueblos han domesticado el perro, compañero de sus cacerías, de sus escursiones, y de sus guerras. (1).»

Los habitantes de la Nueva Caledonia, que se han creido pertenecientes á la misma raza que los de la tierra de Van Diemen, y que están unos veinte y tres grados mas cerca que ellos al ecuador, son tambien mucho menos bárbaros: han progresado ya un tanto en la labranza. No solo se han repartido las tierras, sino que su afan para fertilizarlas, escede al parecer al de aquellos isleños mas adelantados. Construyen paredes en las montañas para sortear el derrumbamiento de las tierras, como los

(1) Peron, *Viaje de descubrimientos á las tierras australes*, t. I, lib. III, cap. XX [illegible]

pueblos del Asia Menor y de muchas rejiones de Europa (1). Trazan surcos para conducir el agua á los lugares donde la necesitan (2). Finalmente, muestran mucha intelijencia en la fabricacion de sus armas, aunque ignoran el uso del arco (3).

Los habitantes de Tanna, vecinos de la Nueva Caledonia, y pertenecientes á la misma raza, han ejercitado tambien su industria en la labranza y la pesca. Sus piraguas, sus lanzas, sus mazas, sus esterillas y sus telas son toscas, cual corresponde á su situacion (4). Se afanan en desmontar la tierra y mejorar sus productos, aplicando á sus operaciones todo el esmero que permite la imperfeccion de sus instrumentos. Sacan de la tierra casi todo lo que necesitan para la subsistencia, cuidan con esmero sus árboles y cercan sus plantíos (5).

Los habitantes de las Nuevas Hébridas, mas cercanos al ecuador y pertenecientes á la misma raza, han hecho mayores progresos en la industria. Construyen canoas que pueden seguir por largo tiempo á nuestros mejores buques, y que no les ceden en velocidad (6).

Por fin, los negros de la Nueva Guinea, situados bajo un cielo mas ardiente, están todavía mas adelantados;

(1) Labillardière, *Voyage á la recherche de La Perouse*, t. II, cap. XIII, páj. 193.

(2) Cook, *Segundo Viaje*, t. IV, cap. VIII, páj. 434, 447, 451 y 452. — D'Entrecasteaux, *Voyage á la recherche de La Perouse*, t. I, cap. VI, páj. 356. — Labillardière, t. II, cap. XIII, p. 212.

(3) Labillardière, t. II, cap. XIII, páj. 247.

(4) Cook, *Segundo Viaje*, t. IV, cap. VI, páj. 355.

(5) Cook, *Segundo Viaje*, t. IV, cap. V y VI, páj. 232, 259, 292 y 336. — Forster, *ibid.*, páj. 271.

(6) Cook, *Segundo Viaje*, t. IV, cap. III, páj. 126.



fabrican esterillas, vasijas de tierra, piraguas, y mediante el comercio que hacen con los Chinos, se proporcionan los utensilios, los instrumentos y las telas que necesitan (1).

No hablo de los pueblos que habitan las islas de la Sonda, las Filipinas y las Molucas, porque allí están barajadas muchas especies, y los hechos que podria relatar no harian mas que confirmar las anteriores observaciones.

Así, muy lejos de que los climas frios y aun los templados hayan sido para los pueblos de raza malaya y de raza negra del Grande Océano una causa de desarrollo en su intelijencia, vemos, al contrario, que dichos pueblos han progresado mas entre los trópicos, y que los pueblos mas cercanos á los polos son los que mas atrasados se han quedado en la carrera de la civilizacion (2).

(1) Hawkesbury y Abel Tasman, citados por Malte-Brun, t. IV, lib. LXXVIII, páj. 380 y 381.

(2) Los habitantes de la Tierra de Van-Diemen y de la Nueva Holanda no pertenecen á la raza malaya, segun ya llevo advertido; pero la inferioridad de los primeros no puede atribuirse á la diferencia de especie ó de raza; primeramente porque dicha inferioridad se halla en gran parte en los habitantes de la Nueva Zelandia, que son incontestablemente de raza malaya; y en segundo lugar, porque median, entre los pueblos de la tierra de Van-Diemen y los de la misma especie mas adelantados hácia el ecuador, diferencias intelectuales muy descollantes.

## CAPITULO XIV.

*Desarrollo intelectual adquirido en Asia, bajo diferentes grados de latitud, por los pueblos de especie mogola y por los pueblos de raza caucásica.*

No hay parte del globo donde el influjo de los lugares, de las aguas y de la temperatura atmosférica sobre las naciones, se haya manifestado con mayor evidencia que en Asia: allí, mas que en otra parte, se encuentran pueblos llegados á todos los grados de civilizacion, y allí es donde mejor puede observarse la accion que ejercen unas naciones sobre otras.

Los jeógrafos han dividido el Asia en cinco grandes rejiones físicas. La rejion central, que comprende una estension de unos veinte grados de latitud y cincuenta de lonjitud, está compuesta de un páramo dilatadísimo sobre el cual se levantan montañas vestidas de eternas nieves. La elevacion de esta parte del Asia sobre el nivel del mar está probada, no tanto por las medidas de los viajeros, que por la esterilidad del suelo, por la intensidad del frio que se esperimenta en todas las estaciones, y por los numerosos é inmensos rios que en ella tienen su orijen.

Al norte de este espacioso páramo hay una rejion todavía mas dilatada, cual es la Siberia ó el Asia septentrional, que se estiende desde los 50 grados hasta el mar Glacial. Esta rejion, bañada por numerosos rios, es tan fria y no menos estéril que el Asia central. Los vientos son siempre helados, porque no llegan hasta despues de haber atravesado el mar Glacial, ó recorrido las eternas nieves que cubren las montañas.

La rejion oriental se confunde insensiblemente con el páramo central, y se divide tambien en tres partes. La primera, que es una ancha cordillera de montañas en parte cubiertas de nieve en todas las estaciones, se estiende desde el páramo de Mogolia hasta Corea. Al norte de estas montañas, el Amur se inclina primero hácia el sudeste, y luego hácia el nordeste; el suelo parece muy elevado, á juzgar por el riguroso frio que allí se esperimenta. La segunda parte de esta rejion es la China, que, por su posicion y por la proximidad en que se encuentra de las montañas, encierra todos los climas de Europa. La tercera parte está formada de una prodijiosa cordillera de islas y penínsulas volcánicas, cuyo clima es análogo á la parte del continente á que corresponden.

La rejion del Sur, que se apoya al mediodia del páramo central, está en gran parte situada bajo la zona tórrida. Resguardada de los vientos del norte por las montañas del Tibet, bañada por anchos y numerosos rios, y calentada por un sol ardiente, pero templado por los vientos que soplan de la parte del Océano, contiene el suelo mas fértil del Asia: tal es el Indostan.

Finalmente, la rejion occidental, por la naturaleza del suelo y por la proximidad en que se encuentra del Africa, está en gran parte bajo un cielo todavía mas ardiente que



el de la India. Comprende la Persia, el Asia Menor y la Arabia (1).

El órden con que se han desarrollado las facultades intelectuales de los pueblos corresponde al parecer á la naturaleza física de estas principales rejiones. Las numerosas rancherías que habitan el páramo central del Asia, en un suelo inmutable, se han quedado inmutables como él; viven hoy del modo que vivieron siempre, de la caza, de la pesca, y de la leche de sus rebaños. Dados á la vida vagabunda, que se ha convertido para ellos en necesidad por la naturaleza de sus desiertos, menosprecian la labranza, la vida sedentaria, y sobre todo la morada en las ciudades. No cabe imajinar hombres mas adecuados á los siglos primitivos que los Tártaros de nuestros dias, ha dicho un historiador (2).

Las tribus que habitan al norte del Asia y en las heladas orillas de los rios que se dirijen hácia el polo ártico, son tan bárbaras como las que habitan en el páramo central. Algunos viajeros les han dado el nombre de *Hotentotes del norte*; otros las han comparado con los pueblos mas bozales de América. Los Rusos, que sin dificultad han logrado subyugarles, han establecido algunas poblacioncillas en varios puntos de aquellas dilatadas rejiones, cultivando en ellas algunos cereales. Pero nunca lograrán cambiar la naturaleza del suelo, ni la temperatura del clima, ni la direccion de los rios; y en tanto que se mantenga inmutable la naturaleza, los pueblos se verán precisados á conservar el mismo modo de vivir (3).

La parte nordeste del Asia, sometida hace mas de un

(1) Véase Malte-Brun, *Précis de la Géographie universelle*, t. III, lib. XLVI, páj. 5 y sig.

(2) Raynal, t. III, lib. V, páj. 129 y 130.

(3) Véase el Viaje de Pallas.

siglo á la Rusia, no ha salido, ni probablemente saldrá jamás de la barbarie en que se hallaba cuando la conquista. No se ven todavía en Kamtschatká huertas, ni prados, ni plantíos, ni cercas que indiquen algun cultivo, por mas que el terreno sea muy fértil. No se encuentra allí un camino abierto, ni un sendero por el cual se pueda caminar sin riesgo, y sí solo algunas miserables chozas semi arruinadas, viviendas subterráneas, y algunas vigas con las cuales pasan los arroyos. Estos son los únicos progresos que ha hecho la civilizacion, pues la industria de los habitantes se ciñe todavía al arte de cojer el pescado necesario para su subsistencia, y algunas fieras en cuyas pieles trafican (1).

Las costas de Tartaria son tan poco habitadas, como que algunos viajeros han creido que estaban enteramente desiertas (2). Los hombres que en ellas se encuentran están algo mas adelantados que los habitantes de Kamtschatká situados bajo un clima mas ingrato. Sacan de la caza y de la pesca todos sus medios de subsistencia; pero permutan parte de sus productos con algunas mercancías de la India. Estos pueblos son tan escasos, y sus objetos de cambio tan limitados, que sobre unas costas que tienen mas de dos mil leguas, no se podria completar el cargamento de un buque de trescientas toneladas (3). Sus vestidos son de pieles de perro ú de pescado, y algunas veces de nanquines (4); sus cabañas se componen de trozos de abeto y están cubiertas de corteza. El clima es tan frio, que nieva en medio del verano.

(1) Krusenstern, *Viaje al rededor del mundo*, t. II, cap. XXI, páj. 288 y 290. — La Perouse, t. III, cap. 208.

(2) Broughton, *Viaje de descubrimientos*, t. I, lib. II, cap. VI, páj. 208.

(3) La Perouse, t. III, cap. XXI, páj. 150 y 151.

(4) La Perouse, t. III, cap. XIX, páj. 105 y 106, y t. IV, páj. 100.



No es dable observar las gradaciones que sigue la civilizacion en aquellas costas desde el clima mas frio hasta el templado, porque los viajeros que á ellas se presentan, son rechazados por los ajentes del gobierno chino (1).

Las islas situadas al estremo boreal de aquellos mares, entre el continente asiático y el americano, disfrutan, bajo una latitud igual, de una temperatura menos fria. Los isleños son mas robustos é intelijentes que los naturales de los dos continentes situados bajo las mismas latitudes. Son mas diestros en construir sus canoas é instrumentos de pesca y caza. Tienen caudillos que administran justicia, y la poblacion de sus villorrios es bastante crecida (2).

Los habitantes de la isla Segalien ó Sakhalien, situados bajo la misma latitud que los Tártaros de que acabamos de hablar, pero bajo una temperatura menos fria, les son superiores en intelijencia así como en robustez física (3). Aunque no muy distantes del Japon y de la China, nunca han sido conquistados. Estos pueblos no cultivan la tierra ni poseen rebaños. La caza, la pesca y algunas plantas que crecen espontáneamente les proporcionan sus principales medios de existencia. En esta parte se muestran tan hábiles como próvidos: al lado de sus casas tienen almacenes, en los cuales acopian, durante el estío, todos sus abastos de invierno, como pescado seco, aceite, y diversas plantas que saben conservar (4). Hilan el pelo de los animales, sacan hilo de la corteza del sauco ú de la ortiga mayor, y forman tejidos con la lanzadera; estos tejidos y

(1) La Perouse, t. III, cap. XVII, páj. 46. — Broughton, t. II, lib. II, cap. VII, páj. 235 y 241.

(2) Coxe, *Nuevos descubrimientos de los Rusos entre Asia y América*, primera parte, cap. XIII y XV, páj. 160 á 166.

(3) La Perouse, t. III, cap. XIX, páj. 115.

(4) La Perouse, t. III, cap. XVIII, páj. 73 y 78.

los despojos de varios animales les sirven para confeccionar sus vestidos (1). Sus cabañas están construidas con intelijencia, y cubiertas de paja seca, como el rastrojo de nuestras casas de labriegos en algunos puntos de Francia. Finalmente han mostrado suma curiosidad al ver todos los objetos nuevos que se les presentaron. Nuestras artes, nuestras telas, dice La Perouse, llamaban la atencion de aquellos isleños; volvian y revolvian en todos sentidos las estofas; hablaban entre sí, y trataban de descubrir por qué medios se habia logrado fabricarlas (2).

Los habitantes de la isla Yeso, algunos grados mas cercanos al sur, han hecho al parecer mayores progresos. Su sujecion á los Japoneses esclurye de su territorio á los estranjeros, y les deja por consiguiente pocos medios de observarlos. Sin embargo, vense algunos campos de maiz y de mijo (3), lo cual no se encuentra en los pueblos de la misma raza mas avanzados hácia el norte.

Las islas del Japon, mas cercanas todavía al sur, y situadas entre los 41 y 32 grados de la misma latitud, disfrutan una civilizacion tan antigua, que ignoramos su oríjen. La poblacion de aquellas islas, que se calcula ser de quince á treinta millones, habia hecho ya grandísimos progresos en las artes, en el comercio, y sobre todo en la labranza, cuando los Europeos la visitaron por primera vez.

A unos diez grados al sur del Japon, hay algunas islas en donde la civilizacion parece todavía mas adelantada. El viajero que los visitó no pudo recorrer su interior;

(1) *Ibid.*, cap. XX, páj. 126. — Rollin, *Viaje de La Perouse*, t. IV, páj. 94 y 95.

(2) La Perouse, t. III, cap. XVIII, páj. 73 y 78.

(3) Broughton, t. I, lib. I, cap. V, páj. 142, 145 y 162.



pero el recibimiento que le hicieron sus habitantes, el aseo de sus casas y muebles, la magnificencia de sus vestidos, la buena voluntad con que le dieron cuanto les pidió, y el desinterés con que le proporcionaron los víveres de toda clase que necesitaba para su tripulacion, indican un pueblo muy distante de la barbarie. Es dudoso que unos viajeros desconocidos, que se presentasen necesitados en cualquier puerto de Europa, recibiesen hospedaje tan benévolo y amistoso (1).

Así pues, los pueblos que habitan las rejiones frias del Asia nunca han dejado de ser bárbaros; y al contrario, los que se hallan bajo la zona tórrida ó bajo una zona templada, logran una civilizacion tan antigua, que no hay medio de conocer su oríjen. Remontando los progresos de estos pueblos á una época mas distante que los mas antiguos de nuestros monumentos históricos, no podemos saber cual es la marcha que siguió entre ellos la civilizacion. Ignoramos, y probablemente nunca sabrémos si las facultades del entendimiento humano se desarrollaron á un tiempo entre los Indios, los Chinos, los Persas y los pueblos del Asia occidental, ó si alguno de estos pueblos precedió á los otros, haciéndoles partícipes de sus luces; pero podemos afirmar á lo menos, sin temor de equivocarnos, que ninguno de aquellos pueblos recibió la luz de los habitantes del Asia central, ni de los del Asia boreal.

Los Indios al parecer no han hecho progreso alguno de dos mil años á esta parte. No tratamos ahora de saber porqué se han estancado; fenómeno es este, algunas de cuyas causas podrémos indicar en otra parte; cíñome tan solo á observar que este pueblo habia hecho inmensos progresos, antes que hubiese salido de la barbarie ninguna de las

(1) Broughton, t. II, lib. II, cap. II y III.

naciones que habitan los climas templados de Europa. Si comparamos los productos de su industria que nos trae el comercio, con los que dan las industrias francesa é inglesa, es probable que nos parezcan preferibles los últimos; mas si retrogradamos tres siglos, encontrarémos una diferencia no menos notable, y que no será en favor nuestro. Por último, si queremos ver mayor diferencia todavía, no hay mas que cotejar la industria y los conocimientos de los Indios con la industria y conocimientos de los pueblos del Tibet.

La civilizacion de los Chinos es igualmente muy antigua, pudiendo juzgar de algunos de los productos de su industria, por cuanto el comercio los pone á nuestra disposicion; pero con todo, es arduo determinar hasta que punto se han desarrollado las facultades intelectuales de la mole de la poblacion. Los viajeros que han visitado últimamente aquel pais, y cuyas relaciones hubieran podido inspirarnos la mayor confianza, fueron admitidos en él bajo la vijilancia mas rigurosa. Obligados á encerrarse en las casas que les estaban señaladas, acompañados constantemente en sus correrías por ajentes del gobierno chino, y no pudiendo comunicar con los habitantes sino en presencia de los mismos ajentes, es difícil que por sí hayan adquirido muchos conocimientos; no siendo de creer que unos hombres que inspiraban tanta desconfianza, y que no pudieron hacer larga permanencia en el pais, hayan logrado comunicaciones imparciales acerca del estado y las costumbres de la poblacion. Arduo es además juzgar del interior de la China por las relaciones de los viajeros ó de los negociantes que son admitidos en el puerto de Canton: con razon se ha dicho que tanto valdria querer describir lo interior de un convento por lo que se hubiese visto en el locutorio. Sin embargo, por imperfectos que



sean nuestros conocimientos sobre el particular, es fácil hacerse cargo de que no cabe cotejo entre el desarrollo intelectual á que han llegado los pueblos de aquel dilatado pais, y los de la misma especie que habitan el páramo central ó el norte de Asia (1).

Los Chinos han sido por mucho tiempo reputados el pueblo mas hábil del mundo en el arte de la labranza. Los recientes progresos que ha hecho este arte en algunas naciones de Europa han hecho calificar de exajerados los elojios que dieron á la habilidad de este pueblo los primeros viajantes europeos que lo visitaron; pero admitiendo que haya un corto número de puntos en Europa donde el cultivo está mas adelantado que en ninguna parte del Asia, es incontestable que ninguna nacion perteneciente á la misma especie de hombres ha estremado mas que los Chinos el arte de cultivar la tierra; y hasta es problemático si se encontraria un gran pueblo de especie caucásica que manifestase mas esmero é intelijencia en la práctica de este arte. En ninguna nacion se hallan tantos canales para la facilidad de los riegos y acarreos; en ninguna parte se recojen los abonos con mas cuidado; y en ninguna se ven tan pocas tierras incultas, ni campos mejor labrados. En la época no muy distante en que Macartney visitó aquel pais, cada campo ofrecia, segun este viajero, el aspecto de un huerto hermoso y regular (2). No hay pais don-

(1) Los Chinos, aun cuando hayan admitido en su pais á los Europeos á quienes deseaban obsequiar, como los embajadores, no les han dado libertad para visitar el pais. «Residiamos en medio de Pekin, dice lord Macartney, pero no se nos permitia pasear segun queriamos; al contrario, estábamos custodiados en nuestra casa como en una cárcel.» *Viaje á China y Tartaria*, t. V, cap. I, páj. 226.

(2) Macartney, t. II, cap. III y IV, páj. 234. 270 y 324; y t. IV, cap. I y II, páj. 21. 115 y 116. — Barrow, *Viaje á China*, t. II, páj. 227; y t. III, cap. XII, páj. 73 y 74. — Raynal, *Hist. filosóf.*, t. I, lib. I, páj. 193.

de un príncipe rinda á la labranza homenajes análogos á los que le rinden todos los años los emperadores chinos, y donde los soldados se empleen en el cultivo de los campos, escepto los cortos intervalos en que están de servicio (1).

Parece que no hay en China esos grandes propietarios, esos ricos colonos que se encargan de dilatadas esplotaciones, y que pueden emplear en la labranza las mejores máquinas y el mejor ganado (2); pero si las tierras son algo menos productivas por efecto de una grande division, ¿no queda esta desventaja colmadamente compensada con una reparticion mas igual de los productos? ¿Cien familias que viven con mediana comodidad no valen tanto como una familia que nada en lo superfluo, mas noventa y nueve que carecen de lo necesario? Estas inmensas propiedades que consideramos tan favorables á la labranza, no existen mas que en los paises donde la poblacion laboriosa ha sido despojada por una raza conquistadora. Estas propiedades pueden ser un motivo de orgullo para los descendientes de los hombres que las usurparon, mas ¿cómo podrán ser un motivo de vanidad para los hijos de aquellos á quienes fueron usurpadas? Los Chinos, como todos los pueblos europeos, han estado sometidos á una raza estranjera; pero despues de la derrota, no han sido despojados de sus tierras, ni esclavizados. No han adquirido de este modo las ventajas de estas grandes propiedades; pero tampoco han esperimentado sus inconvenientes. Entre ellos, dice Macartney, no se ven esos arrendatarios especuladores que con indecentes monopolios tratan de sacar partido de su cosecha, triunfando con sus riquezas del pobre

(1) Macartney, t. IV, cap. II, páj. 116.
(2) Barrow, *Viaje á China*, t. III, cap. XII, páj. 69 y 70.



labrador, hasta reducirle al estado de jornalero (1).

Los Chinos no carecen de injenio para concebir, ni de destreza para ejecutar; están dotados de entendimiento despejado, poseyendo en sumo grado el talento de la imitacion (2). Son tan activos é industriosos, que en la colonia holandesa de Batavia, ejercen solos todas las artes y oficios (3). No hay en China, como en algunos estados europeos, grandes capitalistas que hagan trabajar por su cuenta á infinidad de jornaleros, y hay pocas ciudades fabriles; jeneralmente cada cual ejerce su profesion por su cuenta propia (4). ¿Dependerá tal estado de la industria de que jamás haya habido en aquel pais esos monopolios escandalosos que enriquecen á algunos individuos á costa de la masa de la poblacion? ¿Dependerá de otras causas que tiendan á igualar mas los haberes que entre nosotros? Los viajeros nada dicen sobre estas cuestiones, y yo no trataré de resolverlas; debo ceñirme á observar que las grandes fortunas mobiliarias son efecto á menudo de causas análogas á las que han producido la mayor parte de las grandes fortunas territoriales.

Parece que las ciencias no hacen en China los mismos progresos que en algunos estados de Europa; algunas de ellas son completamente ignoradas (5); pero si los conocimientos son en China menos profundos, quizás están difundidos con mayor uniformidad. Encuéntrase en cada ciudad, además de una sala de audiencia, donde se oye á cualquiera que tenga quejas que producir, y un almacen de granos para los tiempos de carestía, una biblioteca

(1) *Viaje á China y Tartaria*, t. III, cap. IV, páj. 258 y 259.
(2) Barrow, *Viaje á China*, t. II, cap. VII, páj. 53 y 54.
(3) *Ibid.*, t. I, cap. IV, páj. 297.
(4) *Ibid.*, t. III, cap. XIII, páj. 106.
(5) Mac-Leon, Viaje del *Alcestes*, cap. VI, páj. 197. —Macartney, t. V, cap. I, páj. 222. —Barrow, t. II, cap. VII, páj. 18 y 23.

abierta para todos los que quieran utilizarse de ella, y un colejio en el cual se examinan los estudiantes (1). Infinidad de obras clásicas y de escritos de amena literatura mantienen las prensas en continua actividad. Finalmente, para alcanzar el poder, los honores y toda clase de empleos públicos, no hay mas camino que el estudio de la política, de la historia y de la moral (2).

Hay en China un arte cuyo atraso ha sorprendido á los viajantes europeos, y es la arquitectura. Por lo jeneral las casas no tienen mas que un piso; los ministros no tienen mejor vivienda que entre nosotros los criados de las casas grandes; la habitacion del emperador, si se le quitase el oro y los adornos que la hermosean, no pasaria de una linda granja (3). Esta inferioridad de la arquitectura puede depender de muchas causas; pero hay dos que merecen especial atencion, cuales son el gusto y las ideas de la casta conquistadora. Cuando los nómades del centro de Asia invadieron aquel pais, aposentaron sus caballos en las casas de los miembros del gobierno, y ellos se alojaron en sus tiendas. La poblacion vencida no ha olvidado esté hecho, citándolo todavía como una prueba de la barbarie de sus conquistadores. Por otra parte, la dominacion parece tan mal afianzada, que los dominadores preveen la posibilidad de ser algun dia rechazados á los lugares en que nacieron sus antepasados. Con tales gustos y semejantes aprensiones, seria muy arduo que el arte de construir hiciese grandes progresos. Si la poblacion china, en vez de haber sido subyugada por nómades, hubiese sido conquistada por nuestros comisionados, ó solamente por

(1) Macartney, t. III, cap. IV, páj. 263.

(2) *Ibid.*, cap. III, páj. 165 y 169.

(3) Barrow, *Viaje á China*, t. I, cap. III, páj. 154, 155, 172 y y 210 — Macartney, t. II, cap. III, páj. 229.



sus criados, la sencillez de la morada de los grandes no chocaria hoy á nuestros secretarios de embajada (1).

La Persia, como la China, ha sido conquistada varias veces, y sus conquistadores fueron casi siempre oriundos del centro de Asia. Hay pues en el mismo suelo dos razas de hombres: los hijos de aquellos que antiguamente introdujeron en él la labranza, y los hijos de los que bajaron mas tarde de las montañas para apoderarse de él. A los primeros pertenece la antigua civilizacion del pais, y á los segundos su moderna barbarie.

El suelo de Persia está bañado por rios ni tan crecidos ni tan numerosos como los de China; no hay uno solo capaz de sostener una lancha, ó de servir de medio de trasporte (2). La tierra es pues allí mucho menos capaz de cultivo, y si la mano del hombre deja de conducir á ella las aguas que fluyen de las montañas, se trasforma en un desierto (3). Sin embargo, á pesar de los obstáculos naturales que el suelo opone al cultivo, aquel pais llegó en otro tiempo al estado mas floreciente, respecto de que la injeniosa industria de los habitantes llevó el agua á todos los puntos á donde fué posible conducirla. Segun los rejistros públicos, contábanse antiguamente en una sola provincia hasta 42,000 acueductos subterráneos. Por prodijioso que parezca este número, nada tiene de inverosimil, cuando vemos que en otra provincia ha bastado un espacio de sesenta años para destruir cuatrocientos (4).

Arduo fuera determinar exactamente cuál fué en otro tiempo la industria de los pueblos de aquella comarca,

(1) Barrow, *Viaje á China*, t. I, cap. III, páj. 182 y 183.

(2) Chardino, *Viaje á Persia*, t. III, páj. 267 y 268.

(3) Niebuhr, *Viaje á Arabia*, t. II, páj. 137. — Chardino, t. III, páj. 259 y 270.

(4) Chardino, t. IV, cap. XVII, páj. 97.

pues sus ciudades mas florecientes han sido destruidas, la mayor parte de las ruinas han desaparecido de la superficie del suelo, y el arado ha surcado los puntos donde existian (1). Sin embargo, lo que aun queda de aquella antigua capital basta para probarnos que las artes habian alcanzado suma perfeccion (2). Los diversos ramos de industria que cultivaban en el siglo diez y siete, y cuya descripcion nos ha trasmitido Chardino, estaban mas adelantados que en cualquier parte de Europa en la misma época (3). El arte con que trabajan todavía el acero, el cuero, la alfarería, la seda y varias clases de tejidos, prueba que,en órden á la destreza é intelijencia, no son inferiores á ningun pueblo. El respeto que profesan al comercio escede de mucho al que se le tributa en la mayor parte de los estados de Europa (4).

Diversos ramos de conocimientos hicieron ya antiguamente en Persia grandes progresos; y aun cuando los conquistadores antiguos y modernos hayan hecho cejar en ella los entendimientos, no han podido estinguir la consideracion aneja al cultivo de las ciencias y de la literatura. La multitud de establecimientos de educacion que hay en todas las ciudades, y las riquezas que poseen estos establecimientos, prueban cuando menos la importancia que se da á la instruccion. Cuando Chardino visitó

(1) Niebuhr, t. II, páj. 98. — Chardino, t, II, páj. 304 y 305.

(2) Langlés, *Memoire sur Persépolis*, inserta en su coleccion de viajes.

(3) Chardino, t. IV, páj. 136.

(4) «En Oriente, dice Chardino, los negociantes son personas sagradas á quienes nunca se toca: aun durante la guerra, ellos y sus jéneros pasan con toda libertad por en medio de los ejércitos. Por esto es tan grande en Asia, y particularmente en Persia, la seguridad de los caminos.» T. IV, cap. XIX, páj. 159.



aquel pais, nada daba mas reputacion que instruir gratuitamente á los jóvenes y fomentar las ciencias. Si el primer ministro era al mismo tiempo literato, tomaba el título de *jefe de los estudiantes*. Los magnates retirados de los negocios públicos y los que habian caido en desgracia, se dedicaban á menudo á la enseñanza pública. Daban mañana y tarde lecciones á los jóvenes que querian asistir á ellas, y hasta les proporcionaban medios pecuniarios para seguir sus estudios (1). Los Persas han tenido poetas no faltos de imajinacion ni de gracia, y sus máximas de moral prueban que saben observar y recapacitar (2).

La parte del Asia occidental cuyo suelo se halla poco elevado sobre el nivel del mar, está situada bajo una temperatura mas cálida que ninguna rejion de Europa; y así es quizás tambien la parte del mundo mas fértil en augustos recuerdos. Allí es donde la industria, el comercio y

(1) Chardino, t. IV, cap. II, páj. 225 y 231.

(2) Si los proverbios de un pueblo no siempre son una prueba de la bondad de sus costumbres, prueban á lo menos su intelijencia. He aquí algunos de los que recojió Chardino en Persia:

«La ignorancia es un rocin que hace tropezar á cada paso al que lo monta, y ridiculiza al que lo guia.

«Quien aumenta sus esperimentos aumenta su ciencia; quien aumenta su credulidad aumenta sus errores.

«Cualquiera que no dé una profesion á su hijo, hace lo mismo que si le enseñase á estafar.

«El hambre es una nube de la cual cae una lluvia de elocuencia y de saber; la saciedad es una nube de la cual sale una lluvia de ignorancia y grosería: cuando el vientre está vacío, el cuerpo se vuelve espíritu; pero cuando está lleno, el espíritu se vuelve cuerpo.

«Nunca alquiles casa en un barrio de jentuza á la vez ignorante y devota.

«Nunca disputes ó riñas con tres hombres á la vez, por no esponerte á que el uno se haga parte y los otros dos testigos.

«Teme á quien te tema.» — Chardino, t. V, cap. XII.

todos los conocimientos humanos habian hecho inmensos progresos, antes que los pueblos europeos, que son hoy los mas civilizados, hubiesen salido á penas del estado salvaje. Tiro, Palmira, Babilonia, y tantas otras ciudades célebres, destruidas por los bárbaros, pero de indeleble recuerdo, atestiguan que bajo los climas mas ardientes no carecen los pueblos de actividad ni de injenio.

Asi pues, en el dilatado continente del Asia, las facultades intelectuales de los pueblos no se han desarrollado mas que bajo los climas cálidos ó templados. Es cierto que los primeros pueblos civilizados han sido avasallados, que la conquista ha derramado sobre todos las mas espantosas calamidades, y que muchos han sido completamente destruidos. Pero si comparamos, aun en el estado actual, las naciones que se hallan situadas bajo un clima cálido ú templado, con las naciones de la misma especie situadas bajo un clima frio, hallarémos que en jeneral las primeras están mucho mas adelantadas que las segundas. Las facultades humanas se notan mas desarrolladas en los Indios que en los habitantes del Tibet; mas en el Imperio Chino que en las costas de Tartaria, en Kamtschatká, en el páramo central del Asia y en la Siberia; mas en los Persas que en los habitantes de la Tartaria Independiente y de la Pequeña Bukaria.

## CAPITULO XV.

*Desarrollo intelectual adquirido en Africa y en Europa, bajo diferentes grados de latitud, por los pueblos de raza etiópica y por los pueblos de raza caucásica.*

El desarrollo del linaje humano ha seguido en Africa el mismo rumbo que en Asia y América. Entre los pueblos de raza etiópica, los menos adelantados son los que habitan la estremidad austral de aquel continente. Nada demuestra que á la llegada de los Europeos, conociesen los Hotentotes del Cabo de Buena Esperanza el arte de cultivar la tierra (1). Alimentábanse, cual se alimentan todavía la mayor parte de ellos, de leche, de animales muertos en la caza, de raices silvestres, de langostas, que los vientos les traen en nubes, de ninfas de hormigas, de arañas, de orugas, y si cabe, de alimentos aun mas groseros y asquerosos (2). En punto á vestidos, cíñese toda su maña á cubrir-

(1) Kolbe, *Descripcion del Cabo de Buena Esperanza*, t. I, cap. VI, páj. 58 y 59.

(2) Sparrman, *Viaje al Cabo de Buena Esperanza*, t. I, cap. V, páj. 263 á 265. — Thunbergo, *Viaje á Africa y Asia*, cap. VI, páj. 120, 150 y 151. — Kolbe, t. I, cap. XVI, páj. 241. — Levaillant, *Primer*

se con una piel de carnero y con los intestinos frescos de los animales que degüellan. Por último, sus chozas, en donde solo pueden entrar á gatas, y en las cuales es imposible estar en pié, reciben luz y dan salida al humo por el único agujero que hay cerca del suelo, y que es al mismo tiempo su única entrada (1). En estas oscuras guaridas permanecen hasta que de ellas les arroja la inmundicia que les cubre (2). Estos pueblos son de los mas puercos y fétidos que hayan encontrado los viajeros (3). Segun Raynal, su intelijencia no es superior de mucho á la de su rebaño (4). Los Ingleses han empezado á civilizar á algunos de ellos.

Los Cafres, situados bajo una latitud menos elevada, se dedican tambien á la caza, y poseen numerosos rebaños: pero se dedican al mismo tiempo á la labranza, teniendo campos y hasta huertos. Sus poblaciones ó *Kraales* se componen de mayor número de cabañas, y estas construidas con mas aseo y solidez. Son mas altas y de forma mas regular que las de los Hotentotes; su cuerpo se compone de una especie de enrejado sólido y liso; por dentro y por fuera le dan dos ó tres manos de una especie de argamasa que le da cierto viso de limpieza (5). Finalmente, con-

*Viaje al interior de Africa*, t. II, páj, 283, 284, 298 y 299; y *Segundo Viaje*, t. I, páj. 128, 129, 199, 230; y t. III, páj. 412 y 413.

(1) Dampier, t. II, cap. XX, páj. 215. — Kolbe, t. I, cap, XIX, páj. 289 á 291. — Sparrman, *Viaje al Cabo de Buena Esperanza*, t. I, cap. V, páj. 256 á 258. — Levaillant, *Primer Viaje*, t. II, páj. 37 y 38.

(2) Dampier, t. II, cap. XX, páj. 214. — Thunbergo, cap. III, páj. 108.

(3) L. Degrandpré, *Viaje á la costa occidental de Africa*, t. II, páj. 186 y 187. — Dampier, t. II, cap. XX, páj. 213. — Kolbe, t. I, cap. XVI.

(4) *Hist. filosóf. de las dos Indias*, t. I, lib. II, páj. 393.

(5) Levaillant, *Primer Viaje*, t. II, páj. 228, 255 y 256.



forme se penetra en el territorio habitado por este pueblo, se ve que ha hecho mayores progresos. «Encontramos, dice Barrow, un terreno dilatado compuesto de huertas, y á eso del medio dia, llegamos á Litakú, muy sorprendidos de hallar en aquella parte del mundo una ciudad grande y muy poblada (1).» Los pueblos de Mozambique son tambien labradores; sus poblaciones, parecidas á las de los Indios, reciben deliciosa sombra de los árboles frutales plantados con mucha regularidad (2).

Los habitantes de la costa occidental de Africa, desde los 17 grados de latitud boreal hasta cerca de los 10 de latitud austral, han hecho mas progresos en las artes que los Cafres. Los pueblos que habitan las riberas del Senegal laborean sus campos con bastante esmero. Cada poblacion tiene tejedores, zapateros, y hasta herreros. Sus estofas están tejidas con esmero y adornadas con dibujos de gusto esquisito. Por último, entienden el arte de fundir el hierro (3).

Los pueblos de estas costas nos parecen hoy dia muy bárbaros; pero si se examina atentamente su organizacion social, la subordinacion que reina entre los caudillos de las diversas tribus, el poder que ejercen unos sobre otros ó sobre los particulares, el modo de administrar justicia, y las pruebas á que someten á los acusados, no admira poco el encontrar en ellos las costumbres, las leyes, los gobiernos y hasta las preocupaciones que reinaban en toda la estension de Europa en la edad media: es el gobierno feudal en toda su pureza primitiva. Si en los últimos siglos,

(1) Barrow, *Nuevo Viaje á la parte meridional de Africa*, t. I, cap. I, páj. 144 y 145.

(2) H. Salt, *Viaje por Abisinia*, t. I, páj. 15 y 16.

(3) Mollien, *Viaje al interior de Africa*, t, I, cap. II, páj. 103 y 104; cap. III, páj. 255 y 256; y cap. IV, páj. 287 y 288.

hubiesen los Asiáticos venido á Europa á hacer el tráfico, hubieran encontrado á nuestros campesinos en el mismo estado en que encuentran hoy dia á los Africanos los traficantes de esclavos de nuestras rejiones (1).

El clima ardiente de los trópicos no ha sido pues mas contrario en Africa al desarrollo de las facultades intelectuales de la raza etiópica, que el clima templado de la estremidad austral de aquel continente. Los pueblos que pertenecen á otras especies, y que han habitado las costas septentrionales de dicho continente, ¿se han visto acaso atascados en su desarrollo intelectual por el calor del clima? ¿Las ciencias y las artes han sido sufocadas en Ejipto por los rayos del sol? ¿Esas ruinas diseminadas por un suelo que no ha podido agotar la codicia de los bárbaros, han sido traidas por ventura de los bosques de la Jermania ó de las heladas márjenes del Volga? Esos monumentos célebres, cuyas reliquias mutiladas por las manos de estúpidos pastores, llaman todavía nuestra admiracion, ¿fueron acaso concebidos y ejecutados por hombres cuyo talento y fantasía estuviesen destroncados por el calor (2)?

(1) J. Mathews, *A voyage to the river Sierra Leone*, cartas II, III, IV, V y VI. —J. Degrandpré, *Viaje á la ribera occidental de Africa*, cap. I y III. — Mollien, *Viaje al interior de Africa*, cap. II y V.

(2) El Ejipto ha sido tantas veces descrito, que nada puede decirse de sus monumentos, sin repetir lo que casi todo el mundo sabe. Sin embargo, no puedo menos de trascribir aquí la impresion que causó en un viajero el aspecto de las ruinas que cubren el suelo de aquel pais:

«Que no me hablen ya de Roma, escribia Norden al baron Stoch; que calle la Grecia, si no quiere quedar convencida de que nada supo sino por medio del Ejipto. ¡Qué venerable arquitectura! ¡qué magnificencia! ¡qué mecánica! ¡qué nacion en fin la que tuvo valor para acometer obras tan asombrosas, que á la verdad sobrepujan la imajicion!» Norden, *Viaje de Ejipto y Nubia*, páj. 46 del prefacio. Todo



¿Acaso en Europa habrian sido los climas frios particularmente favorables á los progresos de la intelijencia humana? ¿No es cierto que en Italia, España y Francia, se verificó la restauracion de las ciencias y de las artes? ¿No se han difundido gradualmente hácia el norte los conocimientos, siendo los paises mas frios los últimos donde penetraron? Sin duda pueden hallarse en Polonia, y aun en Rusia, hombres que hayan llegado á una alta civilizacion; mas no se debe juzgar de los progresos de una nacion por un corto número de individuos que gozan cuantiosos haberes, sino por el todo de la poblacion. Pues bien, en estos paises, el pueblo, á escepcion de una parte de los habitantes de algunas ciudades populosas, está todavía menos adelantado que la nacion francesa en el siglo quince (1).

Considerando el jénero humano desde un punto de vista mas encumbrado, notamos que desde los tiempos mas remotos está sujeto á una accion y reaccion continuadas de

el ejército francés esperimentó una sensacion igual á la de Norden al aspecto de las mismas ruinas. Denon, t. II, páj. 27.

(1) En una parte de la nacion, dice el Sr. de Humboldt, el desarrollo intelectual puede hacer progresos muy señalados, sin que mejore mucho la condicion de las últimas clases. *Casi todo el norte de Europa nos confirma tan triste verdad; paises hay en los cuales, no obstante la cacareada civilizacion de las altas clases de la sociedad, el labrador sigue todavía en el mismo envilecimiento en que jemia tres ó cuatro siglos atrás. Ensayo político*, t. I, lib. II, cap. VI, páj. 421. — Aun comparando las clases instruidas entre sí, la superioridad está en favor de los pueblos de los paises cálidos. ¿Qué pueden oponer todos los pueblos de los paises frios del mundo entero á las obras del Dante, de Petrarca, de Bocacio, del Taso, de Ariosto, de Metastasio, de Alfieri, de Galileo, de Gassendi, de Torricelli, de Maquiavelo, de Dávila, de Bentivoglio, de Guichardini, de Rafael, de Miguel Anjel, de Canova, y de tantos otros sabios, poetas ó artistas que ha producido la sola Italia, aun despues de la invasion de los bárbaros?

civilizacion y de barbarie. Las naciones situadas bajo los climas mas felices se desarrollan las primeras; arrojan alguna luz sobre las bárbaras que las rodean, pero son á su vez sumerjidas en las tinieblas por otras bárbaras, en las cuales jamás han penetrado las luces. Los pueblos situados en las mas bellas rejiones del Asia han aventajado á todos los demás en la carrera de la civilizacion; ellos, al parecer, difundieron la luz en Ejipto, desde donde se derramó por Grecia, por Italia, y por toda la parte del sudeste de Europa. Pero los bárbaros que habitaban las llanuras centrales del continente asiático, se han diseminado á su vez por el mundo civilizado, volviéndole á sumerjir en las tinieblas, en cuanto ha estado en su mano. Igual movimiento de accion y reaccion podemos observar en todos los estados de Europa; los pueblos del sur han hecho penetrar algunos débiles rayos de luz entre sus vecinos del norte, y estos les han recompensado tratando de reducirlos de nuevo á las tinieblas.

Es cierto que los pueblos civilizados del centro de América han sido avasallados y sumidos de nuevo en la barbarie; que los Indios, los Chinos y los Persas han sido conquistados por pueblos venidos del Norte; que los pueblos del mediodia de Europa han sufrido tambien el yugo de los pueblos que habitaban en climas frios; pero no se debe inferir de ahí que los climas cálidos sean un obstáculo para la perfeccion del linaje humano. Si los pueblos civilizados del centro de América han sido sumidos de nuevo en la barbarie, los pueblos de la misma especie situados en las estremidades de aquel continente no han salido jamás de ella. El número de los primeros se ha aumentado, no obstante la opresion de los Españoles, y el número de los segundos disminuye de una manera espantosa, á pesar de los esfuerzos de los Estados Unidos para



conservarlos. La Persia, la China y el Indostan han sido subyugados; pero las rejiones de donde salieron los conquistadores, se han mantenido bárbaras en todos tiempos; son mas pobres que las naciones vencidas, sin ser por esto menos esclavos. El mediodia de Europa ha sido avasallado por el norte; y sin embargo los pueblos meridionales son jeneralmente mas ilustrados, mas ricos y mas libres: si en algunos falta libertad política, hay mucha mayor libertad civil.

Chardino, Montesquieu y todos los escritores que han adoptado sus opiniones, han observado que desde muchos siglos, el espíritu humano iba progresando ya en los climas mas cálidos de Asia, y que al contrario, los pueblos de Europa que viven en climas frios ó templados avanzaban rápidamente. De estos dos grandes fenómenos han inferido que el calor es un obstáculo para la perfeccion del linaje humano, y que el frio le es propicio. Mas para raciocinar con exactitud, hubieran debido comparar los progresos de los pueblos asiáticos que viven bajo un clima cálido ú templado, con los de los pueblos de la misma especie que viven en los climas frios de aquella parte del mundo, y que están sujetos á gobiernos y relijiones semejantes; pues si es obvio que aquellos están mas estancados aun que estos, no veo qué consecuencia pueda sacarse en favor de los primeros. No se supondrá sin duda que la civilizacion no ha tenido jamás principio en el Indostan, en China ó en Persia: estos pueblos, como todos los demás, han partido de un estado de ignorancia y embrutecimiento, para llegar al punto en que se encuentran. De consiguiente, en una época cualquiera, hicieron progresos inmensos: infinita mayor distancia hay de los pueblos de Kamtschatká á ellos, que de ellos á los pueblos que reputamos mas adelantados. Ahora bien; ¿cómo es que la causa

que les ataja el segundo paso, no les impidió dar el primero (1)?

Al esponer la índole, las causas y los efectos de la esclavitud, manifestaré de un modo mas especial las causas que atascan á los pueblos, ó les hacen retrogradar. Proponíame en los capítulos anteriores dar á conocer los lugares donde se han desarrollado mas ó menos las facultades intelectuales de los pueblos de diversas especies, á fin de averiguar en seguida las causas físicas de este desarrollo: queria indagar ademas si el calor del clima, considerado en sí mismo, es un obstáculo para el desarrollo de las facultades del entendimiento humano; si es cierto, cual pretenden Chardino y Montesquieu, que evapora el fuego de la imajinacion, destruye toda curiosidad, apaga toda noble empresa, é imposibilita al hombre aquella intensa aplicacion que produce las obras maestras. Nada he hallado que bastase á justificar tamaños asertos; al contrario, he visto que la civilizacion se ha desarrollado siempre en los climas cálidos ó templados. ¿Deberémos inferir de aquí que cierto grado de calor basta por sí solo para desarrollar las facultades intelectuales de los pueblos? No faltarian razones para defender este sistema, que no estaria peor fundado que el sistema contrapuesto.

(1) La China es el pais que sirvió principalmente de base al sistema de Montesquieu; pero la China no es un clima muy cálido; al contrario, goza de una temperatura muy apacible. «Todo lo que dice de la China este elocuente é injenioso escritor, y en especial lo relativo al clima, es absolutamente inexacto, y falsas las consecuencias que deduce..... La China disfruta de un clima templado desde un estremo al otro del imperio.» Barrow, *Viaje á China*, t. I, cap. IV, páj. 249 y 250.

Disfrutando la China de un clima templado, el pueblo chino, segun el sistema de Montesquieu, deberia ser el mas inconstante y veleidoso del mundo.



Si hubiese querido cotejar los progresos artísticos y científicos, hechos por los diversos pueblos de Europa, hubiera tenido que emprender una tarea mas estensa de la que consiente esta obra; así es que me he ceñido á algunas indicaciones jenerales. En otra parte trataré de demostrar que los progresos de cada nacion corresponden á la naturaleza de los lugares y á la posicion que ocupa. Entonces se podrán ver las conexiones que existen entre los medros de las facultades humanas y las circunstancias físicas que rodean á los hombres. Entonces, sobre todo, podrán convencerse los lectores de que cada nacion tiene causas especiales de prosperidad ó de miseria, independientes de las instituciones humanas; y que cuando un gobierno se propone establecer leyes saludables y permanentes, debe apropiarlas al pais al cual las da. Cuando, en vez de tomar por guia la naturaleza de las cosas, se entregan los gobiernos á la direccion de prácticas exóticas, nada puede consolidarse, y se cae á menudo en gravísimos yerros.

## CAPITULO XVI.

*Perfeccion de las costumbres de los pueblos de diversas especies.—Identidad que, por lo jeneral, se echa de ver entre las costumbres y las leyes.*

Para conocer las leyes á las cuales obedecen los pueblos, es menester, segun ya llevo advertido, determinar la accion que ejercen los hombres entre sí, como individuos ó como colecciones de individuos: hay que observar además las causas que les determinan á obrar ó á ceder á la accion sobre ellos ejercida, y las consecuencias que resultan de dicha accion. Con efecto, las leyes no son mas que una potencia, y esta potencia solo puede existir en los hombres ó en las entidades; la porcion de fuerza que existe en los hombres, se halla en sus conceptos ó en sus pasiones; la porcion de fuerza que existe en las cosas, se encuentra en las cualidades por cuyo medio nos afectan en bien ó en mal.

La distincion que anteriormente he establecido entre las potencias que constituyen las leyes, y las descripciones de los fenómenos producidos por aquellas potencias, se hace aquí tanto mas importante, en cuanto he de dar á conocer

las leyes á que están sujetos muchísimos pueblos que jamás han descrito su órden social; he de dar á conocer la accion que los hombres de todas las razas ejercen sobre sí mismos, ó sobre otros, de una manera individual ó colectiva; y al mismo tiempo he de dar á conocer el cómo se modifica esta accion del hombre sobre sí mismo ú sobre los seres del mismo jénero que él, por las diferencias de las razas, por el temple de la atmósfera, por la naturaleza y esposicion del suelo, por el curso de las aguas, ó por otras circunstancias análogas.

Cuando espuse los diversos elementos de potencia de que se componen las leyes, advertí que se debian comprender en el número de dichos elementos, los conceptos, las preocupaciones, los sentimientos, las necesidades y las pasiones de las varias clases de la poblacion; y además, que en el estudio de las leyes, los conceptos y pasiones de un pueblo asoman unas veces como causales, ó como elementos de fuerza, y otras como efectos. La identidad entre las leyes de una nacion y las costumbres que las constituyen ó que son su espresion, es tan real, que los escritores que han descrito el estado de los bárbaros, nunca han deslindado las unas de las otras. Para dar el nombre de leyes á los fenómenos designados bajo el de costumbres, ha bastado muchas veces encontrar una descripcion mas ó menos auténtica de las mismas. Tácito, que nos ha trazado el cuadro de las costumbres de los Jermanos, tambien nos hubiera probablemente trazado el de sus leyes, si hubiese encontrado que los fenómenos que ha dado á conocer bajo el nombre de costumbres, habian sido descritos por los gobiernos de los pueblos de que habla. Así pues, del hecho de que varias naciones, cuyo estado social se tenga que describir, no conozcan libros ni archivos, no se debe sacar que no están sujetas á ley alguna; no hace



muchos siglos que la mayor parte de las naciones de Europa se hallaban en el mismo caso, y sin embargo estaban rejidas por leyes á las que hemos dado el nombre de costumbres.

Si la existencia de los pueblos es modificada por las circunstancias físicas que los rodean, como la naturaleza y esposicion del suelo, la cualidad, direccion y volúmen de las aguas, la division de las estaciones, la temperatura atmosférica, y otras análogas, estas mismas circunstancias son á su vez hasta cierto punto modificadas por la accion que sobre ellas ejercen lospueblos. Los hombres modifican el suelo con plantaciones ó desmontes, con descuajes, con abonos, ó con una sucesion de cosechas que lo empobrecen; obran sobre las aguas, ya estrechando sus límites, ya encaminándolas hácia puntos en que faltan, ya destruyendo los bosques que alimentan los rios; obran sobre la temperatura atmosférica, y aun sobre la naturaleza del aire que respiran, con los desmontes, con la desecacion de pantanos y con otros artificios: en una palabra, ejércese una accion y reaccion incesantes de las entidades sobre los hombres, y de estos sobre aquellas, y esta accion y reaccion influyen siempre mas ó menos en las relaciones que tienen entre sí los individuos y las agregaciones de individuos que componen el jénero humano.

De todas las circunstancias físicas que rodean á los hombres, ninguna al parecer mas independiente de ellos, que la temperatura atmosférica; y sin embargo consiguen modificarla en la accion que se supone mas influyente, en la que les afecta de una manera inmediata. Conforme van progresando, aprenden á crearse una atmósfera templada, variando sus trajes y viviendas. Si pues el frio y el calor causan los efectos que les han atribuido los mas de los filósofos, deben aquellos manifestarse con tanta mayor pu-

janza cuanto mas bárbaros sean los pueblos.

Si queremos saber cómo influyen en los pueblos las circunstancias físicas que les rodean, y cómo este influjo de las entidades sobre los hombres concurre luego á modificar la accion que ejercen, ya sobre sí mismos, ya unos respecto de otros, debemos seguir considerando separadamente cada una de las divisiones principales en que se ha repartido el jénero humano, y tratar de inquirir el estado á que ha llegado cada una de las razas de hombres que conocemos, bajo todos los climas y en todas las posiciones. Este bosquejo de la civilizacion comparada de los pueblos de todas las razas, y de todas las partes del globo, ha exijido muchísimo afan. He tratado de compendiarlo cuanto me ha sido dable; pero sin embargo requiere alguna paciencia por parte de los que quieran enterarse de él.

Observando el rumbo que ha seguido la civilizacion en cada una de las principales partes de la tierra, hemos visto formarse las luces primero en los climas cálidos, difundirse en seguida por los templados, y atajarse ante los climas frios, ó penetrar en ellos con mil dificultades. Espondré mas adelante las principales causas de este fenómeno; ahora solo debemos examinar si las costumbres y las leyes han seguido igual marcha que las luces; y sobre todo, si los vicios y las virtudes, las buenas y las malas leyes que se observan en los pueblos de diversas razas, situados bajo diferentes zonas, son efecto de la temperatura del clima, ó de otras causas.

Segun Montesquieu, el calor del clima postra las fuerzas del alma al par que las del cuerpo; enjendra la cobardía, la pereza, los celos, la desconfianza, la astucia, la falsía, el orgullo, la venganza, la crueldad, estinguiendo por último todo impulso jeneroso. Segun él, encuéntranse en



los climas del norte pueblos que adolecen de pocos vicios, y que atesoran bastantes virtudes, mucha sinceridad y desembozo. Acercaos, dice, á los paises meridionales, y no parecerá sino que os alejais de la misma moral; las pasiones mas ardientes multiplicarán los delitos, y veréis que cada cual trata de adquirir sobre los demás todas las ventajas que pueden favorecer á aquellas mismas pasiones.

Si es cierto, cual me parece demostrado, que la civilizacion se desarrolló primero en los climas cálidos ó templados, siempre que no mediaron causas invencibles, como la aridez del suelo ú el influjo de naciones bárbaras, y si el calor causa los efectos que le achacan ciertos filósofos, fuerza será admitir, con Rousseau, que los conocimientos humanos han ido siempre á la par con la corrupcion de las costumbres, y que si los vicios no son consecuencias necesarias de las artes y ciencias, son enjendrados á lo menos por las mismas causas. En esta hipótesis, será exacto decir que la misma fuerza que atasca en la ignorancia y barbarie á los pueblos de los paises frios, les dá ó les conserva sus virtudes (1).

El entendimiento se cansa de refutar opiniones que no están fundadas en observacion alguna acertada, y desmentidas por una multitud de hechos; pero cuando una opinion, por falsa que parezca á los que la han examinado, es

(1) Raynal ha sido de la misma opinion que Montesquieu sobre los climas, y que Rousseau en órden á los efectos morales de la civilizacion. «Conforme, dice, crecen y duran las sociedades, se estiende la corrupcion; los delitos, *sobre todo, los que nacen de la naturaleza del clima*, cuyo influjo es perenne, se multiplican, y caen en desuetud los castigos, á menos que el código se ponga *bajo la sancion de los Dioses.*» Hist. filosóf., t. I, lib. I, páj. 88.

He aquí, en cinco líneas, cuatro errores, bastantes cada uno, si fuese plenamente adoptado, á sumir ó retener para siempre en la barbarie á un pueblo.

profesada por hombres como Montesquieu, Raynal, Robertson, y otros menos célebres; cuando esta opinion afecta los mayores intereses de la especie humana, la moral, las leyes y la misma relijion (1); por último, cuando se ve que hombres, no faltos de juicio ni de conocimientos, publican las opiniones menos sensatas sobre las ciencias morales, ¿ creerémos que la multitud, que no tiene opinion propia, y que solo piensa con arreglo á los libros, podrá guardarse contra todos los errores? ¿Pensarémos que no creerá en el influjo de los climas sobre las costumbres, cuando ve escritores, que se deben tener por sensatos, atribuir el espíritu revolucionario de los pueblos á la carga eléctrica de la atmósfera, y su reforma moral al uso del café (2)?

Es fácil enjendrar sistemas, y con cuatro palabras esplicar á los ignorantes todas las revoluciones del mundo; pero no así proceden las ciencias; nadie las adivina ni las

(1) «Las relijiones han sido siempre crueles en los paises áridos, sujetos á inundaciones y erupciones volcánicas, y siempre apacibles en los paises favorecidos por la naturaleza. Todas llevan el sello del clima en que nacieron.» Raynal, *Hist. filosóf.*, t. II, lib. III, pájina 36.

(2) He aquí la esplicacion que da un abate físico (el Sr. Giraud Soulavie) de las revoluciones que en diversas épocas se han verificado entre los hombres: «Los basaltos y los amigdaloides aumentan la carga eléctrica de la atmósfera, é influyen en la moral de los habitantes, haciéndoles veleidosos, revolucionarios é inclinados á abandonar la relijion de sus padres.» De Humboldt, *Ensayo político sobre Nueva España*, t. II, lib. V, cap. XII, páj. 496.

«Pudiera citar, dice otro escritor hablando de la apacibilidad de las costumbres, las atrocidades que han manchado la revolucion, y han hecho creer que Paris no era ese buen pueblo tan encomiado; tales atrocidades no fueron ejercidas mas que por infelices *no habituados al café*.» Robin, *Viaje á Luisiana*, t. I, cap. VIII, páj. 137.



improvisa. Además no perdamos de vista que el exámen del sistema sobre el influjo inmediato del frio y del calor en los órganos de las diversas razas de hombres, no es aquí mas que un objeto secundario. El objeto principal que me propongo, segun dejo dicho, es determinar la accion que ejercen sobre los hombres las entidades consideradas bajo un punto de vista jeneral, la que á su vez ejercen los hombres sobre las entidades, y por último la que ejercen unos respecto de otros.

Montesquieu, al afirmar que los pueblos situados bajo los climas frios tienen mas virtudes y menos vicios que los pueblos de los climas cálidos, y que al acercarse á los paises meridionales, parece que uno se aleja de la misma moral, no deduce estos hechos del exámen de las costumbres de cada pueblo, sino de la debilidad física producida, segun él, por el calor en los órganos del hombre; y como anteriormente se ha probado que los pueblos situados bajo climas cálidos son en jeneral mejor constituidos y mas robustos que los pueblos de la misma especie situados en los climas mas frios, seria fácil volcar su sistema, pudiéndose decir, segun sus principios, que los vicios están reservados á los climas frios, y las virtudes á los cálidos. Mas antes de afirmar que tal ó cual constitucion física produce tal ó cual clase de pasiones, hubiera sido menester examinar los hechos, convencerse de que, donde quiera se encuentra tal constitucion, se ven reinar tales pasiones, y que nunca reinan en los lugares en que los hombres están diversamente constituidos; este exámen no lo ha hecho Montesquieu, ni ninguno de los escritores que han adoptado su sistema.

Cuanto menos han progresado los hombres, mas fácil es observar la accion que en ellos ejerce la naturaleza inculta y bravía; en ninguna parte se manifiesta con mayor

pujanza el influjo de las entidades en las costumbres de las naciones, que en los distritos donde nunca penetró la civilizacion. Hay pues que observar á los pueblos de todas las razas en todas las circunstancias en que han sido colocados. Dedicándonos á estas observaciones, y notando la accion que han ejercido unas sobre otras las naciones, darémos con el oríjen de muchísimas de nuestras preocupaciones, de nuestros afectos, de nuestras leyes. Comparando entre sí pueblos pertenecientes á la misma especie, pero situados en posiciones diferentes, nos será mas fácil hallar las causas de la prosperidad de los unos, y de la decadencia ó del estancamiento de los otros. Comparando entre sí pueblos de razas diferentes, situados en posiciones análogas, nos será mas fácil inquirir si existe alguna superioridad entre unos y otros, y de qué clase sea. Si la anatomía comparada nos ha hecho progresar inmensamente en el conocimiento de la parte física de los hombres, tal vez no estará de mas para el progreso de las ciencias morales un tratado de moral ó de lejislacion comparada.

A fin de seguir un órden en la esposicion de las costumbres ó leyes de los pueblos de distintas razas, daré á conocer primero las varias clases en que se dividen cada nacion, cada ranchería, ó cada tribu; espondré en seguida las relaciones que tienen los individuos de cada clase, tanto entre sí, como con los individuos que pertenecen á clases diferentes; manifestaré en tercer lugar cual es, en cada estado, la condicion de las mujeres, de los niños y de los ancianos; indicaré además los hábitos que no afectan inmediatamente sino á las personas que los han contraido; y daré á conocer por último las relaciones que median de pueblo á pueblo. De este modo se podrá ver cómo influyen en la suerte de toda la especie los hábitos morales de cada fraccion, y cómo las emigraciones, las invasiones ó



las conquistas trasladan los conceptos, las costumbres y las instituciones, nacidas bajo el imperio de ciertas circunstancias locales, á otros pueblos colocados en circunstancias diversas.

---

# CAPITULO XVII.

*Relaciones observadas entre el réjimen social de los pueblos de especie cobriza del norte de América, y los medios con que atienden estos pueblos á su existencia.*

Los medios por los cuales atiende una nacion á su subsistencia, dependen de la posicion que ocupa en la superficie del globo, y de su talento para utilizar los diversos objetos en medio de los cuales la ha colocado la naturaleza. Sus hábitos morales, sus leyes y sus instituciones se hallan determinadas, por otra parte, por los medios que emplea para proporcionarse los objetos necesarios á la satisfaccion de sus necesidades. Median pues íntimas relaciones entre las costumbres de un pueblo, el órden, bajo el cual se desarrollan sus facultades intelectuales, y las entidades por las cuales se conservan ó perpetúan. En este capítulo y en los siguientes se verán muchas y variadas pruebas de estas relaciones.

Al esponer los diversos grados de medros intelectuales á que habian llegado los indíjenas de América, antes que la existencia ó el órden social de estos pueblos hubiese sido turbado por las invasiones de los Europeos, hemos

visto que en las dos estremidades de aquel continente los hombres vivian principalmente de los productos de la pesca ó de la caza; que partiendo del norte, no se empezaban á percibir algunas señales de cultivo hasta los 45 grados de latitud; que la labranza iba acabalándose conforme nos acercábamos al ecuador; que bajo la zona tórrida, ya no se encontraban pueblos cazadores, viviendo cada cual en particular de los productos de su labranza; y que los únicos pueblos que habian hecho algunos progresos en las artes, se hallaban entre los trópicos ó muy cercanos á ellos.

No es tan fácil seguir en aquel continente los progresos de las costumbres, como los de la industria. En jeneral, las observaciones sobre las costumbres exijen mas tiempo y tino que las observaciones sobre las artes. No pueden hacerse sino en los lugares mismos, siendo imposible renovarlas, cuando han desaparecido los pueblos, ó ha sido modificada su existencia por fuertes sacudimientos. Para juzgar de la intelijencia de las tribus que habitan en las dos estremidades del continente americano, ha bastado considerar por algunos instantes sus instrumentos de caza ó pesca, y examinar de qué modo están formados los vestidos ó las chozas que les guardan del frio. Los productos industriales pueden trasladarse á grandes distancias, y á menudo nos es dable repetir, sin movernos de nuestra localidad, las observaciones hechas por los viajeros en los lugares mismos. Nos es fácil, por ejemplo, juzgar si son exactas las descripciones que nos han dado los navegantes de la industria de los isleños del Grande Océano, bastando para ello trasladarnos á los gabinetes donde están depositados los objetos que han recojido muchos viajeros. Por otra parte, los productos de las artes ó de la industria sobreviven con frecuencia á los pueblos que los crea-



ron; y así es que podemos juzgar, á lo menos parcialmente, sin acudir á descripcion alguna, del talento de los antiguos pueblos de Italia y de Grecia.

Pero las observaciones sobre las costumbres ofrecen muchas y mas graves dificultades. Si el clima, bajo el cual está situado un pueblo, es riguroso, como el de las estremidades austral y boreal de América, los viajeros no pueden detenerse en él para hacer observaciones seguidas sobre las costumbres de los habitantes. Así, aun cuando los pueblos que viven cerca del estrecho de Magallanes, en la Tierra de Fuego y en la embocadura de los rios que desaguan en el Océano Artico, hayan sido visitados por viajeros harto sagaces, no conocemos de ellos mas que su estremada miseria y estupidez. No estamos mas adelantados en órden á las costumbres de los pueblos del centro de América, los cuales, en el siglo quince, eran los mas civilizados de aquel continente, habiendo sido avasallados ó destruidos por los Españoles. Los conquistadores son los menos aptos para juzgar de las costumbres de las naciones que conquistan, porque los pueblos rara vez se muestran tales cuales son á los estranjeros que se presentan como enemigos.

Poquísimo pues podemos saber en órden á las costumbres de los Mejicanos y de los Peruanos, antes de la conquista, por cuanto sobre el particular no tenemos mas escritos que los de los Españoles, y no es dable ya repetir ó estender las observaciones que contienen. Sin embargo, por imperfectos que sean nuestros conocimientos, bastan para convencernos de que los pueblos del norte, lejos de haber logrado ninguna superioridad moral sobre los pueblos de la misma especie que viven entre los trópicos, les son jeneralmente inferiores.

Ya hemos visto que los pueblos situados á la estremi-

dad boreal del continente americano, mas allá de los 66 grados de latitud, viven principalmente de los productos de la pesca; y que la caza no les suministra mas que accidentalmente un suplemento á las subsistencias que sacan del mar ó de los rios. Los pueblos que viven entre los 66 y 45 grados de latitud, al contrario, hallan sus principales medios de subsistencia en los productos de la caza. Aunque saquen de los lagos y de los rios una parte de sus abastos, es de menor cuantía que los que les proporcionan los animales terrestres. Desde los 45 grados de latitud hasta cerca de los 30, hácia el golfo de Méjico, la poblacion vive de los productos de la caza, de la pesca y de la labranza. La tierra está muy imperfectamente cultivada: está dividida entre las tribus, pero no repartida entre los individuos ó las familias; el cultivo se hace en comun, y sus productos son depositados en almacenes públicos. Por último, entre los trópicos, ya casi no se hallan pueblos cazadores: el territorio ocupado por cada tribu está casi por todas partes dividido en propiedades particulares. Cada cual cultiva las suyas como sabe, y disfruta esclusivamente de los productos que recoje (1).

Una nacion que posee medios muy variados de existen-

(1) Este es el aspecto jeneral bajo el que se presentaron los pueblos de América cuando el descubrimiento por los Europeos; pero las diferencias de posicion han dado lugar á muchas escepciones de esta division jeneral de los pueblos. Aun en las naciones mas civilizadas, las partes de la poblacion que viven en las orillas del mar, en los golfos, ó en las márjenes de los rios, sacan de la pesca una porcion considerable de sus subsistencias. Lo mismo ha sucedido en las tribus americanas bajo todas las latitudes; cuanto mas fácil ha sido la pesca, ó mas copiosos sus productos, menos dispuestos se han visto los pueblos á adoptar otra clase de industria. La dificultad ó la imposibilidad de cultivar el suelo se ha agregado algunas veces para atajar los progresos de un pueblo, á la facilidad de la caza ó de la pesca.



cia, está por lo jeneral menos espuesta á la carestía que la que no los logra sino de una especie: un pueblo que solo saca su subsistencia de la pesca, no puede pasar muchos dias sin cojer pescado, sin esponerse necesariamente á ser víctima de la carestía, ó á lo menos de la escasez: el que al arte de pescar junta el de la caza, puede hallar en el uno el suplemento de lo que falte al otro; el que á estos dos medios reune el arte de cultivar un campo, está todavía menos espuesto, por cuanto le pueden faltar dos recursos, sin que corra riesgo de perecer; por último, el que dedicándose á la labranza, sabe variar sus productos, en términos que la estacion impropia para cierta clase de vejetales haga prosperar otra, todavía corre menos riesgos; si está espuesto á padecer estrechez, es casi imposible que sufra carestía. De ahí se sigue que cuanto menos distante se halla una nacion del estado salvaje, ó cuanto mas riguroso es el clima que habita, mas próxima está á la carestía.

La poblacion que mas espuesta se halla á carecer de subsistencias, es al mismo tiempo la que necesita ocupar un territorio mas dilatado, y afanarse mas para adquirir los alimentos que le son indispensables. Una tribu de dos ó tres cientas personas que vivan de los productos de la caza, necesita un territorio mas estenso que algunos de los reinos de Europa (1). En otra parte he manifestado las razones, y por consiguiente seria por demás emitirlas aquí (2).

El rigor del clima de la estremidad boreal de América no ha permitido á los viajeros el permanecer en ella lo bastante para adquirir un conocimiento cabal de las cos-

(1) Robertson's *History of America*, b. IV, vol. II, páj. 128 y 129.
(2) *Traité de la Proprieté*, cap. IX, t. I, páj. 117 y 118.

tumbres de los moradores; mas podemos juzgar de ellas, tanto por las de sus vecinos, como por las de otros pueblos que siguen el mismo réjimen de vida. Los Esquimales sacan la mayor parte de su subsistencia del mar; beben agua y aceite de ballena; comen buey marino, caballo marino, pescado podrido, y otros alimentos todavia mas asquerosos. Es muy creible que aun estos toscos alimentos les llegan á faltar á menudo, cuando en el mismo continente vemos acosados por la carestía á pueblos que habitan un clima menos riguroso. Ahora bien, una carestía habitual, y las demás calamidades inseparables de la vida selvática, no pueden menos de causar en ellos los mismos efectos que en todas las rancherías que se hallan en posicion semejante. Segun Ellis, estos pueblos son astutos, fementidos, recelosos, rastreros y crueles (1). Sus costumbres, segun Charlevoix, son tan bárbaras y feroces como las de los lobos y osos que pueblan sus desiertos, difiriendo de los irracionales tan solo en la figura (2). Aprovechan, dice Mackenzie, todas las ocasiones para asaltar á los indefensos; juntando la perfidia con la crueldad, caen de improviso sobre los hombres á quienes han jurado odio eterno, y los matan (3).

Los recursos que ofrece la caza á los pueblos mas inmediatos á los Esquimales, no son menos inciertos que los de la pesca, y aun á veces lo son mas. Los animales herbívoros, los únicos que ofrecen alimentos cuantiosos al hombre, casi siempre van en manadas. Para encontrar algunos, se requiere á veces que una ranchería de cazadores recorrá un espacio de diez ó doce leguas (4). A menudo

(1) Ellis, *Viaje á la bahia de Hudson*, páj. 181.

(2) Charlevoix, *Nouvelle France*, t. II, lib. VIII, páj. 97.

(3) Mackenzie, *Primer Viaje*, t. II, cap. V, páj. 59.

(4) Lewis y Clarke, Viaje al *océano Pacífico*, cap. V, páj. 84 y 85. — Hennepin, *Descripcion de la Luisiana*, páj. 121.



recorre por espacio de tres ó cuatro dias un territorio inmenso, sin alcanzar un animal para proporcionarse alimento (1). Los pueblos cazadores contraen al fin, como los animales de rapiña, el hábito de pasar muchos dias sin comer, ó de contentarse con cortísima cantidad (2). Si tienen la dicha de encontrar y cojer una manada de animales, degüellan á cuantos pueden alcanzar, y cada cual se harta entonces de carne. Un salvaje que ha sufrido el hambre por mucho tiempo, consume tantos alimentos como seis individuos de buen apetito. Entre ellos, es tan meritorio tolerar una larga abstinencia, como el comer con esceso (3).

Los pueblos que viven de la caza ó de la pesca, estando espuestos á frecuentes estrecheces y aun carestías, adquieren el hábito de nutrirse de alimentos groseros y asquerosos. Los indíjenas del norte de América, cuando nada han sacado de la caza y pesca, comen la corteza de ciertos árboles, musgo hervido, yerba, pescado podrido y gusanos (4); comen sus zapatos y las pieles en que trafican, cuando están medio podridas, la inmundicia que les cubre, y los insectos que se pegan á la piel de los animales; por último, cuando no tienen otro recurso, se

(1) Hearne, *Viaje al océano del Norte*, cap. II, IV y IX, páj. 12, 13, 23, 64, 65, 66 y 307. — Weld, *Viaje al Canadá*, t. III, cap. IV, páj. 49. — Hennepin, *Costumbres de los salvajes de la Luisiana*, páj. 14 y 15.

(2) Charlevoix, *Nouvelle France*, t. I, lib. I, páj. 51. — De Humboldt, *Nueva España*, t. III, lib. IV, cap. IX, páj. 32 y 46.

(3) Lahontan, *Viaje á la América septentrional*, t. II, páj. 144. — Hearne, c. IV, páj. 66. — Volney, *Tableau du climat et du sol des Etats-Unis*, t. II, páj. 445 y 446. — La Perouse, t. IV, páj. 59.

(4) Charlevoix, *Nouvelle France*, t. II, l. VIII, páj. 115. — Mackenzie, *Segundo Viaje*, t. I, páj. 298. y t. III, c. IX, páj. 126. — Hearne, c. IX, p. 305.

comen á sus propios hijos, ó se devoran unos á otros (1).

Una tribu, en la cual no hay mas que una sola profesion para todos los hombres, y donde las propiedades individuales son insubsistentes y de poca cuantía, no conoce otra desigualdad que la resultante de la fuerza, no necesitando caudillo sino en el trance en que se trata de obrar en comun, ya para el ataque, ya para la defensa. Cuando una tribu de salvajes se prepara á cercar la presa que ha perseguido por largo tiempo, ó á sorprender un pueblo con el cual está en guerra, se somete á la direccion del individuo reconocido por mas hábil cazador ó aventajado guerrero. La subordinacion es entonces tan cabal, y tan rendida la sumision como en el ejército mas bien disciplinado; cada uno hace depender su interés individual del interés jeneral con un abandono sin reserva (2).

Fuera de estos casos, no hay en dichos pueblos autoridad comun: un hombre que manda en jefe á sus mujeres y á sus hijos, no ejerce autoridad alguna sobre las personas que no forman parte de su familia (3). Sus hijos no le obedecen sino el tiempo que de él dependen por la subsistencia: en cuanto llegan á alcanzar la misma destreza ó la misma fuerza que él, ya son sus iguales (4). Las delibera

(1) Ellis, *Viaje á la bahía de Hudson*, páj. 250 y 251.—Mackenzie, *Primer Viaje*, t. II, c. VII, páj 148 y 149. — Hearne, c. II, VI, VII y IX, páj. 32, 33, 151, 152, 186, 302 y 303. — Hennepin, páj. 296 y 297.

(2) Hearne, c. IV, páj. 42.

(3) Hearn e, c. VI y VIII, páj. 153 y 268.—La Perouse, t. IV, páj. 61 y 62.—Fleur ieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. II, c, IV, páj. 83 y 84. —Azara, t. II, c. X, páj. 15, 54 y 62.—Bougainville, primera parte, c. VIII, t. I, páj. 166.

(4) Lahontan, t. II, p. 110.—Weld, t. III, c. XXXV, p. 115. — Hearne, c. IX, p. 321. —Hennepin, *Costumbres de los salvajes de la Luisiana*, páj. 53.



ciones que toman los miembros de la tribu, ya para ir á la caza, ya para acometer al enemigo, no son obligatorias para persona alguna: cualquiera individuo que las desapruebe es libre de conformarse ó no á ellas (1). Por último, los hombres que dirijen las espediciones, y que por esta causa consideramos como á caudillos, no logran mejor choza, ni mejores vestidos, ni mejores alimentos que los demás miembros de la tribu. Si por casualidad están mejor provistos, es en virtud de su fuerza individual, y no de la autoridad de que están revestidos (2).

No media pues en la tribu ninguna autoridad para cortar las desavenencias que pueden suscitarse entre los individuos que la componen: cada cual se hace la justicia como puede (3).

En los pueblos menos adelantados, y que se hallan habitualmente en estado de guerra, los jefes son electivos. Los hombres que muestran mayor pujanza en tolerar los males inherentes á la vida bravía, son los que merecen los votos. El candidato que resiste por mas tiempo los dolores del hambre, las mordeduras de los insectos, y el humo que habitualmente llena sus cabañas, puede estar seguro de ser elejido, si por otra parte tiene el talento

(1) Charlevoix, *Nouvelle France*, t. III, páj 266 y 267.—Robertson's *History of America*, t. II, l. IV. páj. 134 y 135.

(2) Robertson, vol. II, l. IV, páj. 182 y 183.— Azara, t. II, c. X, páj. 62.

(3) Robertson observa que el gobierno de los indíjenas del norte de América tiene mas bien por objeto los negocios estraños que los domésticos; y su opinion está fundada en el testimonio de casi todos los viajeros que han vivido entre aquellos pueblos. Sin embargo, supuesto que las pescas y cacerías se hacen en comun, y supuesto que tambien en comun se cultiva la tierra, depositándose sus productos en almacenes públicos, ¿no ha sido menester una autoridad cualquiera para hacer el reparto de la caza ó del maiz? Pero quizás se comia tambien en comun.

necesario para la guerra y la caza (1). En las tribus que han hecho algunos progresos, y que han empezado á repartir la tierra en propiedades particulares, hay caudillos cuya autoridad es hereditaria, pero que se reduce á algunas leves muestras de atencion ó de deferencia. Los que de ella están revestidos, no ejercen en realidad mando alguno; tienen que trabajar como los demás, si quieren vivir, y no están mas bien hallados que los que no disfrutan autoridad alguna (2).

Los pueblos del norte que andan errantes de contínuo por los inmensos bosques en pos de la caza, que solo se visten de algunas pieles de animales, cuyas viviendas son miserables chozas de tierra y ramas de árbol, y que no se alimentan mas que de los productos de la caza y de la pesca, no pueden estar sujetos á la opresion metódica de un hombre ó de una familia. Engañaríase sin embargo quien creyese que se cometen entre ellos menos actos de opresion ó de violencia que entre los pueblos menos bárbaros del mediodia: hay en aquellos pueblos una especie de desigualdad cuyos efectos nada puede templar; tal es la fuerza.

Como estas tribus no se dedican á ninguna especie de cultivo, no conocen otra propiedad individual que las armas, los vestidos y los adornos que cada uno posee; las mujeres mismas son consideradas como propiedades de sus padres ó de sus maridos. Las armas de un salvaje tienen para él un precio infinito, pues si llega á perderlas, corre riesgo de morirse de hambre; sin embargo, estas propiedades son muy poco respetadas, y los prepotentes rara vez escrupulizan en despojar de ellas á los desvalidos.

(1) Raynal. t. VII, l. XIII, páj. 25.
(2) Azara, t. II, c. X, páj. 15 y 62.



Una cuadrilla de cazadores que encuentre á otra menos poderosa, no solo le quita la caza que ha muerto y las pieles que ha recojido, sino tambien sus instrumentos de caza y pesca, sus hijos y sus mujeres (1). Si llega á morir un caudillo, dejando hijos menos robustos que él, sus propiedades pasan al compañero que tiene bastante fuerza para usurparlas (2). Si un individuo posee una cosa que guste á otro mas fuerte que él, se la quita y se la queda (3); á veces tambien el que desea una cosa que no puede alcanzar por un mero acto de violencia, se apodera de ella por medio del asesinato (4).

Las mujeres son las propiedades que con mas frecuencia se disputan los cazadores del Norte. El que codicia una mujer que otro posee, le provoca á la lucha, y si sale vencedor, queda dueño de la mujer. Si el individuo cuya mujer es apetecida, no la cede voluntariamente en cuanto ha sido derribado, sus deudos y amigos le hacen presente los peligros á que se espone resistiendo por mas tiempo, y le aconsejan que se someta á la necesidad. Un hombre de mucha fuerza cuenta á veces siete ú ocho mujeres, a paso que los mas endebles no tienen ninguna. Sin embargo, la fuerza muscular no siempre decide la propiedad de las mujeres; sucede á menudo que el hombre que quiere conservar la que tiene, ó recobrar la que le han arrebatado, da de puñaladas al individuo á quien cree no poder vencer en la lucha; y á veces tambien el raptor asesina al primer poseedor para aventar toda zozobra. Los mas fuertes se apoderan de los abastos de los mas desvalidos, así como

(1) Hearne, c. V y VIII, páj. 116, 155 y 165.
(2) Volney, *Tableau du climat et du sol des Etats-Unis*, t. II, páj. 451.
(3) Cook, *Tercer Viaje*, t. V, l. IV, c. I, páj. 45.
(4) Hennepin, páj. 205 y 206.—Lewis y Clarke, c. XVII, páj. 283.

se apoderan de sus mujeres, teniendo á esclarecido honor el vivir á costa de los que no pueden defenderse (1).

No teniendo nadie mas garantía que su fuerza personal y la de los individuos con quienes le estrechan la sangre ó la amistad, cada cual es juez de la pena que merecen las injusticias ó las ofensas que se le hacen. De ahí resulta un anhelo de venganza que solo se apaga con la muerte del agraviado, ó con el asesinato del contrario. La menor pendencia arma la mano con el puñal, una sola palabra tenida por insultante enciende en su pecho una llama que no puede apagarse sino en la sangre del ofensor; jamás se perdona de buena fe una injuria (2). Un hombre disimula á

(1) Hearne, cap. V, páj. 97, 98, 99, 100, 101 y 104. —Mackenzie, *Segundo Viaje*, t. II, cap. II, páj. 196 y 197. — Unos hombres que respetan tan poco las propiedades de sus compatricios, menos deben respetar aun las de los estranjeros; y así es que jeneralmente están muy dispuestos y se muestran muy ájiles en eso de apoderarse de cuanto les hace al caso. «Habiamos ya esperimentado, dice La Perouse hablando de los Indios de la costa Noroeste, que eran muy rateros; pero no les suponiamos con la enerjia y terquedad necesarias para llevar á cabo proyectos de larga y difícil ejecucion; mas pronto nos desengañamos. Pasaban todas las noches acechando el momento favorable para robarnos; pero nosotros estábamos muy vijilantes..... Luego me obligaron á levantar el establecimiento que tenia en la isla; desembarcaban en ella por la parte mas ancha; atravesaban un bosque muy frondoso en el cual nos era imposible penetrar de dia, y reptando como las culebras, sin casi mover una hoja, conseguian, á pesar de nuestros centinelas, robarnos algunos efectos. Por último, tuvieron una noche la maña de entrar en la tienda donde se hallaban acostados los señores Lauriston y Darvaud, que estaban de guardia en el observatorio, y se llevaron un fusil guarnecido de plata, junto con dos vestidos que por precaucion tenian junto á la almohada. No fueron vistos por la guardia que constaba de doce hombres, ni dispertaron los oficiales. Tomo II, cap. VII, páj. 177, 178 y 179. Véase Cook, *Tercer Viaje*, lib. IV, cap. I y II; t. V, páj. 40 y 122.—Hennepin, páj. 91.

(2) Charlevoix, *Nouvelle-France*, t. IV, lib. XIX, páj. 7. — Weld,



veces veinte años su rencor, para aguardar el trance de satisfacerlo impunemente (1). Un salvaje, para vengarse de una ofensa, corre á veces centenares de millas por los bosques, se esconde en los huecos de un árbol, pasa muchos dias y noches sin comer, y en cuanto atisba á su enemigo, lánzasele encima con la rapidez de un ave de rapiña, le degüella, le arranca la cabellera, y desaparece engreido de poder contar á los suyos el triunfo que ha alcanzado (2). La venganza no se ciñe al que la ha motivado, sino que se estiende á sus hijos, á su familia, á todas las personas que pertenecen á su tribu (3); y no solo la enconan las ofensas personales, sino tambien las hechas á sus padres, á sus amigos, á los individuos de su ranchería (4).

El temor de las represalias obliga á veces á estos hombres á disimular su venganza, ó suspender sus efectos; pero cuando la embriaguez les quita toda imprevision, entréganse á toda clase de violencias. Aunque en tales circunstancias cuidan ya las mujeres de esconder las armas de sus maridos, no se embriaga jamás una ranchería sin que haya algunos asesinatos. Los maridos degüellan á sus mujeres, ó estas á sus maridos; los hijos sacrifican á su padre, ó este á sus hijos; ni se perdona á los mismos caudillos, cayendo muchas veces bajo el puñal de los que

t. III, cap. XXXV, páj. 109. —Lahontan, t. II, páj. 102. — J. Long, cap. IX, páj. 149. — La Perouse, t. II, cap. IX, páj. 216 y 217.

(1) Weld, t. II, cap. XXX, páj. 148 y 249.

(2) J. Long, cap. IX, páj. 147. — Weld, t. III, cap. XXXV, páj. 109. — Michaux, *Viaje al oeste de los montes Alleghanys*, cap. XVII, páj. 275 y 276. — J. F. D. Smith, t. I, cap. XLIII, páj. 173 y 174.

(3) Volney, *Tableau du climat et du sol des Etats Unis*, t. II, páj. 148 y 149. — Weld, t. II, cap. XXX, páj. 248 y 249.

(4) Ulloa, *Discurso filosófico*, t. II, disc. XVIII, páj. 28.

creen haber recibido la mas leve ofensa. A veces algunos hombres se embriagan con la mira de vengarse impunemente, y con la esperanza de que serán mas fácilmente indultados. Con efecto, los asesinatos cometidos durante la embriaguez escitan un resentimiento menos profundo que los cometidos con intento premeditado; estos, sin embargo, son castigados á menudo con igual delito (1). La pasion de la venganza no es esclusiva de las naciones del norte de América, sino comun á todas las tribus de aquel continente que pertenecen á la misma especie y que no gozan garantías sociales, desde las que habitan mas allá de la bahía de Hudson hasta el golfo de Méjico, tanto en las que habitan la costa del Oeste, como en las que viven en las costas orientales (2). Verémos sin

(1) Habiéndose embriagado un cacique de salvajes del Canadá, encontró á otro de quien deseaba vengarse hacia veinte y dos años. Viéndose solo, aprovechó la ocasion, y le mató. Al dia siguiente, armada toda la familia, pidió su muerte. Llegóse al fuerte Miami, dice Volney, á encontrar al capitan Marshal, comandante por quien he sabido este hecho, y le dijo: « Que quieran matarme es muy justo; mi corazon ha descubierto mi secreto; el licor me volvió loco; pero matar á mi hijo, á quien amenazan, no es justo. Padre, mirad si se puede componer esto. Les daré cuanto poseo: dos caballos, mis alhajas de oro y plata, y mis armas mas hermosas, escepto un par. Si no quieren aceptarlo, que escojan dia y sitio; yo me presentaré solo, y me matarán. » *Tableau du climat et du sol des Etats-Unis*, t. II, páj. 458 y 459. — Véase Charlevoix, *Nouvelle-France*, t. III, lib. XV, páj. 180, 181. — J. Long, cap. VII, VIII, X y XI, páj. 97, 99, 111, 125, 163 y 197. — Ellis, páj. 242. — J. F. D. Smith, t. I, cap. XXIV, páj. 93 94. — Weld, t. III, cap. XXXV, páj. 116. — Dampier, t. I, cap. I, páj. 14. — Ulloa, *Discursos filosóficos*, disc. XVII, páj. 15, 16, 17 y 19. — Robertson's *History of America*, vol. II, lib. IV; páj. 152 y nota 38, páj. 398.

(2) Lahontan, t. II, páj. 102. — Charlevoix, N.-F., t. IV, lib. XIX, páj. 7. — Michaux, cap. XVII, páj. 175 y 176. — Stedman, t. II, cap. XIV, p. 92 y 93. — Depons, t. III, cap. X, páj. 112 y 113. — Ulloa, t. II, páj. 19. — Raynal, t. V, lib. X, páj. 256. — Cook, *Tercer Viaje*, t. V, lib. I, cap. IX, páj. 119.



embargo mas adelante que esta pasion es menos pujante en los pueblos que viven bajo un clima apacible, que en los que habitan en climas rigurosos.

No hay pueblo mas hábil que ellos en el arte de engañar; si han recibido una injuria, disimúlanla con cabal artificio hasta que se presenta ocasion de vengarse. Nunca se muestran mas halagüeños y obsequiosos que cuando meditan una traicion ó un asesinato. Llevan el disimulo á un estremo increible, poniendo en práctica con igual facilidad mentidos halagos y lágrimas fementidas (1). Son tan embusteros y falsos para alcanzar los objetos que desean, como para perder á sus enemigos. Tratan de enternecer á las personas á quienes se dirijen, con el relato de supuestas desgracias, simulándose ciegos ó estropeados para mas fácilmente mover á compasion. Las mujeres en particular descuellan en tales mañas; puedo afirmar, dice Hearne, haber visto algunas con una mitad del rostro bañado en lágrimas, y la otra con la espresion de la alegría (2). Si quieren lograr una cosa que desean, vuélvense de repente serviles, rastreros, falsos y depravados (3). Poseen en alto grado el arte de la lisonja, empleándolo mientras se lo dicta su interés, y no mas (4). Los pueblos que habitan hácia las costas del Noroeste no están menos adelantados en el arte de engañar, que los que ocupan las

(1) Charlevoix, *Nouvelle-France*, t. I, lib. V, páj. 285; t. II, lib. III, páj. 81 y 82. — Hennepin, páj. 227. — J. Long, cap. X, páj. 184 y 185. — J. F. D. Smith, t. I, cap. XXXIV, p. 173 y 174. — Robin, t. II, c. LIV, p. 370.

(2) Hearne, c. IX, p. 286, 287 y 288.

(3) Weld, t. III. cap. XXXV, páj. 117. — Lahontan, t. II, páj. 117.

(4) Hearne, cap. IX, páj. 287.

partes mas elevadas del norte. «Cuando tomaban un aire risueño y apacible, dice La Perouse, ya estaba seguro de que habian robado alguna cosa (1).»

Estos pueblos saben ocultar tan bien sus vicios, y afectar la franqueza y buena fe con tanta naturalidad, que solo pueden haberlos juzgado bien los viajeros que han vivido largo tiempo entre ellos. Los que solo los han visto durante corto tiempo, ó los que se les han presentado con fuerzas imponentes é infundiéndoles temor, han formado á veces de ellos un concepto favorable, desmentido luego por la esperiencia (2).

Los Americanos del norte, siempre en pugna contra la naturaleza ó contra sus semejantes, para atender á su conservacion, son esencialmente egoistas; parece que en su idioma no hay voz que esprese la gratitud (3). Muéstranse insensibles á los dolores ajenos, y al parecer apenas conocen aquel impulso de compasion que á los demás pueblos inspiran hasta los padecimientos de los animales. El aspecto del dolor, lejos de mover en ellos la compasion, no escita mas que sus mofas ó sus chocarrerías. «He visto á uno de estos Indios, dice Hearne, arrancar las mas violentas carcajadas á toda una comitiva (de cuyo júbilo por cierto no era yo partícipe), remedando las convulsiones y jemidos de un hombre que habia muerto entre los mas acerbos dolores (4).» Todos los hombres que pertenecen á esta especie, lejos de ser propensos á la alegría, son al contrario, serios y taciturnos: solo los movimientos de

(1) La Perouse, t. II, cap. IX, páj. 218.

(2) Charlevoix, N.-F., t. I, lib. II, páj. 82 y 83, t. III, lib. XIII, páj. 116.

(3) Hearne, cap. IX, páj. 286.

(4) Hearne, páj. 316 y 317; y cap. III, páj. 49.



una alegría estraordinaria pueden hacerles prescindir de su gravedad (1).

Habiendo demostrado que los medios por los cuales atienden á su existencia los pueblos de especie cobriza del norte de América, escluyen el concepto de todo gobierno; habiendo espuesto además el cómo suplen los particulares, con sus fuerzas individuales, la accion de toda autoridad pública; y habiendo por fin indicado algunas de las principales consecuencias que resultan, tanto de su manera de vivir, como del uso esclusivo de las fuerzas privadas para guardar sus personas y haberes contra los peligros interiores que les amenazan, deberia, para seguir el órden natural de las ideas, dar á conocer las relaciones de familia que median entre aquellos pueblos; mas las relaciones que existen de una á otra ranchería ejercen tanto influjo en las de individuo á individuo, que me veo obligado á esponerlas en primer lugar. Por otra parte, dichas relaciones son poco variadas, resultando casi todas del estado de guerra; y además son casi siempre consecuencias de los medios que emplean aquellos pueblos para proporcionarse el sustento.

(1) Lahontan, t. II, páj. 102. — Hennepin, páj. 35 y 51. — De Humboldt, *Ensayo político*, t. I, lib. II, cap. VI, páj. 414. — Azara, t. II, cap. X, páj. 60.

# CAPITULO XVIII.

*Influjo que ejercen en las relaciones recíprocas de los pueblos de especie cobriza del norte de América, los medios por los cuales atienden á su existencia y seguridad.*

En las tribus que principalmente viven de la caza ó de la pesca, las propiedades privadas son de suyo poco cuantiosas, reduciéndose á los instrumentos de guerra, de caza y de pesca, que posee cada cual. Al contrario, las propiedades públicas, las que proporcionan alimento á la poblacion entera, son de alta importancia, comprendiendo el territorio en cuya estension se caza, los rios, los lagos y los golfos que suministran pescado para la subsistencia diaria. Los límites de las posesiones de una ranchería de salvajes no están trazados con menos exactitud que los del territorio de una nacion civilizada, ni guardados con menor cuidado (1). Una tribu que penetre en el territorio de otra para buscar medios de existencia, se espone á la guerra, si es sorprendida; y la guerra en tal caso se hace con tanto mas furor cuanto los dos ejércitos lidian por su subsistencia. Sin embargo, es difícil que unos cazadores aco-

(1) Robertson's *History of America*, vol. II, nota XXXV, páj. 396.

sados por el hambre, que ven pasar á un territorio estranjero la presa que por largo tiempo han perseguido, se detengan de repente por respeto á la propiedad ajena: es un esfuerzo de virtud de que rara vez son capaces aun los hombres menos bárbaros, y mucho menos hambrientos.

La costumbre de estos pueblos de considerar la ofensa hecha á una persona como hecha á la ranchería entera, y la de desagraviarse de una injuria recibida, en cualquiera individuo que pertenezca á la familia ó á la tribu del ofensor, son manantiales de guerra no menos fecundos. Así depende de cualquiera el poner en guerra á su nacion con otra á quien tenga á bien provocar; y las antipatías individuales se convierten siempre en nacionales (1). Así es que todas las tribus que habitan el norte y noroeste de América se hallan en un estado de hostilidad permanente unas contra otras; cuanto menos civilizadas están, mas cruel y destructora es la guerra que se hacen (2). En sus victorias no indultan la edad, ni el sexo; ancianos, niños, mujeres, todos quedan sacrificados. Si por casualidad hacen prisioneros, destínanles á una muerte mas lenta aun y dolorosa (3). La distancia á que se halla una tribu de un

(1) Weld, t. II, cap. XXX, páj. 248 y 249.—Volney, t. II, páj. 158 y 159. —Ulloa, t. II, disc. 18, páj. 28.

(2) Hearne, cap. VIII, páj. 248. — Mackenzie, *Primer Viaje*, t. I, páj. 291; t. II, cap. V, páj. 69; segundo Viaje, t. II, cap. VII páj. 406. —Charlevoix, *Nouvelle-France*, t. III, lib. XIV, páj. 85.—Lewis y Clarke, cap. III, páj. 59. —G. Dixon, t. I, páj. 512 y 513, y t. II, páj. 8. —Vancouver, t. IV, lib. IV, cap. VI, páj. 18 y 39; y t. V, lib. V, cap. X, páj. 236.

(3) Hearne, cap. VI, páj. 144 y 145. —Mackenzie, *Primer Viaje*, t. I, páj. 291. —Charlevoix, *Nouvelle-France*, t. II, lib. VII, páj. 3 y 4. —Lahontan, t. I, páj. 181 y 182. —Hennepin, páj. 63.



enemigo, los obstáculos que ha de salvar y los peligros á que debe esponerse, no bastan á precaver sus ataques. Una cuadrilla de salvajes recorre al través de los bosques un espacio de quinientas leguas, traspone las montañas, avanza por entre los hielos y las nieves, y se espone á perecer de hambre, para ir á sorprender y sacrificar una tribu de la cual cree haber recibido algun agravio (1). El anhelo de venganza que les anima, no se entibia sino con la destruccion cabal de la nacion que miran como enemiga. El desenfreno de esta pasion, que trae su oríjen de la necesidad de aterrorizar á sus enemigos, ha llegado á estinguir un sinnúmero de tribus que existian aun no hace dos siglos, en el norte de América, y de las cuales no queda en el dia el menor residuo (2).

El ahinco con que guerrean estos pueblos, se manifiesta en la educacion que dan á sus hijos, y en el modo con que se preparan para sus espediciones. Los niños que cometen actos de de violencia, nunca son reprimidos, aun cuando de ellos sean víctimas los autores de sus dias, por no apocar su valor (3). Acostúmbraseles desde su mas tierna niñez á chupar la sangre de los prisioneros. «Quiero, decia á un misionero una madre que criaba por este estilo á su hijo, quiero que mis hijos sean guerreros; y

(1) Hearne, cap. V, páj. 108 y 110. —Lahontan, t. II, páj. 85.—Hennepin, páj. 304. —Los salvajes tienen á mas honor destruir á su enemigo por sorpresa que atacándole á fuerza abierta: así opinaban tambien los Espartanos: «En Esparta, dice Plutarco, el capitan que, por astucia ó por medios amistosos, ha logrado su intento, sacrifica un buey á los dioses; y el que lo logra mediante una batalla y la fuerza de las armas, sacrifica un gallo.» *Vida de Marcelo.*

(2) Mackenzie, *Primer Viaje*, t. I, páj. 158, 159 y 180.—Charlevoix, N.-F., t. I, lib. VI, páj. 377 y 378; y t. II, lib. VII y VIII, páj. 19, 29, 43, 62 y 107. —Hennepin, páj. 7.

(3) Hennepin, páj. 53.

para lograrlo es menester que se alimenten con la carne de sus enemigos (1).» En cuanto llegan los niños á la mocedad, se les ejercita en atormentar á los cautivos hechos en la guerra, y dilatar su suplicio (2).

Cuando un guerrero ha resuelto emprender una espedicion militar, va de poblacion en poblacion invitando á los caudillos al festin, y estos se trasladan á su cabaña, cantando: *voy á la guerra*, *voy á vengar la muerte de mi padre; mataré, incendiaré*, *haré esclavos*, *me comeré á los hombres*. Las proclamas de guerra de algunas de estas tribus son cortas, pero enérjicas: *marchemos* y *comámonos á ese pueblo* (3).

Como estas hordas solo embisten por sorpresa, y con frecuencia en medio de la noche, todas ellas viven en continua zozobra. Así es que cuando lo permite la esposicion de los sitios, colocan sus poblaciones en montañas escarpadas, en peñascos casi inaccesibles, que fortifican con esmero. Si no pueden aprovecharse de la posicion local, se rodean de fortificacion es artificiales, y colocan sus cabañas á gran distancia unas de otras, cual si cada familia temiese la proximidad de todas las que componen la puebla. Estas precauciones no bastan para ponerlas al abrigo de un golpe de mano; los viajeros encuentran á cada paso poblaciones destruidas y desiertas, en lugares al parecer inaccesibles. El ansia de destruir es una pasion no menos pujante, ni menos irresistible en una tribu de salvajes, que lo era en los ejércitos romanos (4).

(1) Hennepin, páj. 68.—Raynal, t. VIII, lib. XVI, páj. 296.

(2) Lahontan, t. II, páj. 184 y 185.

(3) Hennepin, páj. 41. — Charlevoix, *Nouvelle-France*.

(4) Vancouver, t. IV, lib. IV, cap. VI, páj. 18 y 39, y t. V, lib. V, cap. X, páj. 236. — G. Dixon, t. I, páj. 512 y 513; y t. II, páj. 8. — Mackenzie, *Segundo Viaje*, t. II, cap. V, páj. 310. — Lewis y Clarke, cap. XIV, páj. 242 — Robin, t. II, cap. LI, páj. 305.



Sin embargo, por mucha que sea la violencia con que se hacen la guerra estos pueblos, la necesidad de ponerle un término prevalece á menudo sobre el odio que les anima. Envíanse entonces embajadores, que son tan respetados del enemigo como los parlamentarios entre los pueblos mas civilizados. Los ajentes encargados de negociar la paz se muestran en sus relaciones tan mirados y astutos como el mejor diplomático europeo, descollando quizás en el arte de persuadir, porque no deben su nombramiento á la privanza ni al manejo. Los tratados de paz se convierten en leyes, que dirijen la conducta de las partes contratantes hasta que un acontecimiento imprevisto les obliga á traspasarlas y á empezar de nuevo las hostilidades.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

# INDICE DE LOS CAPITULOS

## DEL TOMO SEGUNDO.

## CONTINUACION

## DEL LIBRO SEGUNDO.

PAJ.





## LIBRO TERCERO.

*Perfeccion y degradacion del hombre. — Distincion de las diversas especies de hombres. — Causas á que se atribuye la produccion de estas especies ó variedades. — Desarrollo adquirido por pueblos de diversas especies bajo diferentes grados de latitud. — Influjo de los lugares, de las aguas y del clima en aquel desarrollo.*

FIN DEL INDICE DEL TOMO SEGUNDO.